

The book cover features a detailed illustration. In the foreground, a crow is perched on the woman's shoulder, its dark feathers and sharp beak rendered with fine detail. The woman's face is shown in profile, looking towards the right, with soft lighting highlighting her features. Her hair is blonde and styled in waves. She is wearing a garment with a complex, dark floral or vine-like pattern. The background is a warm, golden-brown color, suggesting a sunset or sunrise, with some dark, abstract shapes that could be other birds or leaves. The overall mood is mysterious and elegant.

UN
ENCANTAMIENTO
DE CUERVOS

MARGARET ROGERSON

Traducción de Carmen Torres y Laura Naranjo



NOCTURNA
EDICIONES

MARGARET ROGERSON

UN
ENCANTAMIENTO
DE CUERVOS

Traducción del inglés
Carmen Torres y Laura Naranjo

 NOCTURNA
EDICIONES

Título original: *An Enchantment of Ravens*

© de la obra: Margaret Rogerson, 2017

Derechos de traducción cedidos por KT Literary LLC.

y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL.

Todos los derechos reservados

© de la traducción: Carmen Torres y Laura Naranjo, 2018

© de las plumas: nadtytok, goldnetz, BalMak, Brainstorm331
(Shutterstock)

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

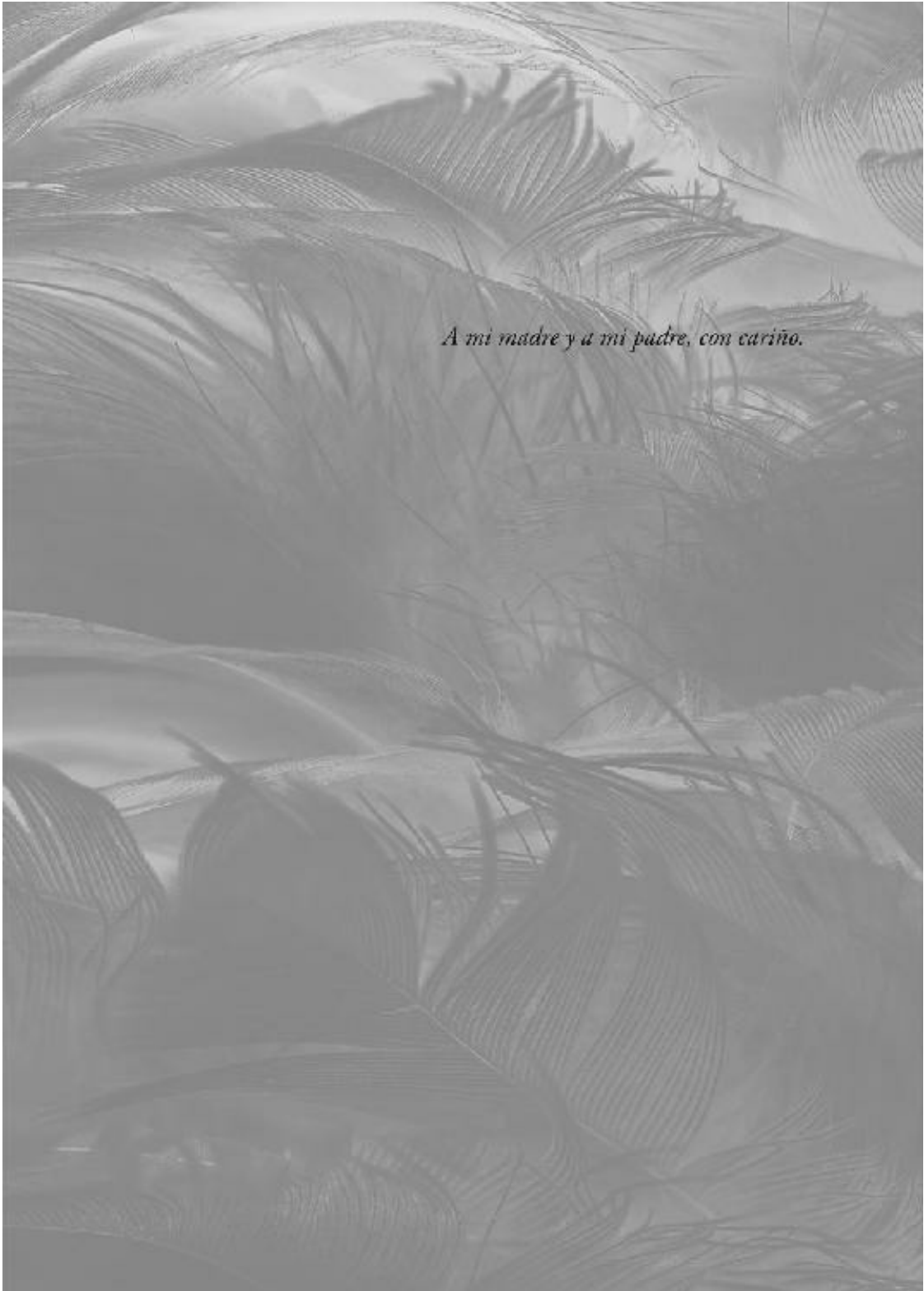
Primera edición en Nocturna Ediciones: febrero de 2019

Edición digital: Elena Sanz Matilla

ISBN: 978-84-17834-01-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español

de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).



A mi madre y a mi padre, con cariño.

**UN ENCANTAMIENTO
DE CUERVOS**

Uno

Mi salón olía a aceite de linaza y a espliego, y una pincelada de amarillo de plomo y estaño brillaba en mi lienzo. Estaba a punto de plasmar a la perfección el color de la chaqueta de seda de Tábano.

Era difícil convencer a Tábano de que llevara la misma ropa para cada sesión. Son necesarios varios días para que las distintas capas de la pintura al óleo se sequen y a él le costaba entender que no pudiera cambiarle la indumentaria al completo por otra que le gustara más. Era asombrosamente presumido incluso para los estándares de los elfos, que es como decir que un charco está muy mojado o que un oso es demasiado peludo. En resumidas cuentas, se trataba de una cualidad encantadora para una criatura que podía matarme sin renunciar a su hora del té.

—Podrías pintarme unos encajes plateados en las muñecas — sugirió—. ¿Qué te parece? Podrías añadirlos, ¿no?

—Por supuesto.

—Y si eligiera otro pañuelo para el cuello...

Por dentro, puse los ojos en blanco. Por fuera, me dolía la cara de llevar dos horas y media esbozando una sonrisa amable. La grosería era un error que no me podía permitir.

—Podría modificar vuestro pañuelo, siempre y cuando sea más o menos del mismo tamaño, pero necesitaría otra sesión para terminarlo.

—Eres una auténtica maravilla, mucho mejor que el anterior retratista, ese tipo del otro día. ¿Cómo se llamaba? ¿Sebastian Flácido? Puaj, no me gustaba ni un pelo, olía un poco raro.

Tardé un instante en caer en la cuenta de que se refería a Silas

Plácido, un artista ilustre que había muerto hacía más de trescientos años.

— Gracias — dije—. Es todo un cumplido.

— Es apasionante ver la evolución del arte a lo largo del tiempo. — Sin prestar demasiada atención a mi respuesta, seleccionó uno de los pastelitos de la bandeja que había junto al diván. No se lo comió de inmediato, sino que se quedó mirándolo como habría hecho un entomólogo de haber descubierto una nueva especie de escarabajo—. Uno cree que ha visto lo mejor que los humanos tienen que ofrecer y de repente aparece un nuevo método para esmaltar la porcelana o estos fantásticos pastelillos rellenos de crema de limón.

Para entonces yo ya estaba acostumbrada a las peculiaridades de los elfos. Sin apartar la vista de su manga izquierda, seguí dando pinceladas al amarillo lustroso de la seda y recordé los tiempos en que su conducta me desconcertaba. Sus gestos eran distintos a los de los humanos: suaves, precisos, caracterizados por una rigidez particular, jamás fuera de lugar. Aquellos seres podían permanecer quietos sin pestañear durante horas o moverse con una rapidez tan pasmosa que los tenías encima antes de que te hubiera dado tiempo a reaccionar.

Me recliné en la silla, pincel en ristre, y contemplé el retrato; casi había terminado. Allí estaba la semblanza petrificada de Tábano, tan inmutable como él mismo. Escapaba a mi entendimiento la razón por la que a los elfos les fascinaban tanto los retratos. Suponía que tenía algo que ver con la vanidad y con sus insaciables ganas de rodearse de arte humano. Ellos nunca reflexionaban sobre su juventud porque no conocían otra cosa y, para cuando muriesen, si es que lo hacían, sus retratos llevarían mucho tiempo desintegrados.

Tábano parecía un hombre de treinta y tantos. Como todos los

ejemplares de su especie, era alto, esbelto y guapo. Sus ojos eran del azul cristalino en que se torna el cielo después de que un chaparrón se ha llevado la calima del verano; su tez, pálida e inmaculada como la porcelana, y su pelo, del radiante oro platino del rocío iluminado por el amanecer. Sé que suena cursi, pero los elfos requieren de semejantes comparaciones. Sencillamente, no se les puede describir de otro modo. Una vez, un poeta de Extravagancia murió de desesperación al verse incapaz de capturar la belleza de un elfo en una metáfora. Creo que lo más probable es que muriera por envenenamiento con arsénico, pero eso es lo que cuenta la leyenda.

Por supuesto, no hay que olvidar que todo eso no es más que un glamur, una fachada, no su verdadero aspecto.

Los elfos son unos farsantes portentosos, pero no pueden mentir abiertamente y su glamur siempre tiene una tara. La de Támano eran sus dedos: demasiado largos para ser humanos y con extrañas articulaciones en algunos puntos. Si alguien le miraba las manos durante demasiado tiempo, él las entrelazaba o se apresuraba a esconderlas como un par de arañas bajo una servilleta para quitarlas de la vista. Aquel era el más afable de cuantos elfos había conocido y sus modales eran más relajados que los del resto, pero quedarse embobado mirando nunca era una buena idea, a menos que, como yo, tuvieras una buena razón para hacerlo.

Finalmente, se comió el pastelito. No vi que lo masticara antes de tragárselo.

—Estamos a punto de terminar por hoy. —Limpié el pincel en un trapo y a continuación lo metí en el tarro de aceite de linaza que había junto al caballete—. ¿Os gustaría echar un vistazo?

—¿Acaso necesitas preguntarlo? Isobel, sabes que nunca de-

saprovecho la oportunidad de admirar tu arte.

Antes de que me diera cuenta, lo tenía inclinado sobre mi hombro. Se mantuvo a una distancia prudencial, pero su extraño olor me envolvió: una fragancia a verdes frondas primaverales, al dulce perfume de las flores silvestres. En segundo plano se apreciaba algo salvaje, algo que llevaba milenios vagando por los bosques y que tenía largos dedos arácnidos que podían aplastar la garganta de un humano mientras su dueño esbozaba una sonrisa cordial.

El corazón me dio un vuelco. «En esta casa estoy a salvo», me recordé.

—Creo que prefiero este pañuelo después de todo —dijo—. Un trabajo exquisito, como siempre. ¿Cuánto te debo entonces?

Atisbé de refilón su elegante perfil. Se le había escapado un mechón de pelo del lazo azul que llevaba atado en la nuca como por accidente. Me pregunté por qué se lo habría arreglado así.

—Acordamos que sería un encantamiento para nuestras gallinas —le recordé—. Cada una de ellas pondrá seis huevos buenos por semana durante el resto de su vida y no debe morir de forma prematura por ningún motivo.

—Muy práctico. —Soltó un suspiro trágico—. Eres la mejor artista de esta era. ¡Imagina la de cosas que podría concederte! Podría hacerte derramar perlas en lugar de lágrimas. Podría prestarte una sonrisa que esclavizara los corazones de los hombres o un vestido que una vez que se contemple nunca se olvide. Y, sin embargo, tú me pides huevos.

—Es que me gustan mucho —respondí con firmeza, consciente de que los encantamientos que describía al final podían tornarse extraños y amargos, e incluso mortales. Además, ¿qué diantres iba a hacer yo

con los corazones de los hombres? Con ellos no podía preparar una tortilla.

— Oh, muy bien, si insistes... El encantamiento empezará a surtir efecto mañana. Y con esto me temo que debo marcharme: tengo que ir a preguntar por el bordado.

Me levanté, arrancándole un chirrido a la silla, y me incliné ante él cuando se detuvo en la puerta. Él me correspondió con una elegante reverencia. Como la mayoría de los elfos, era un experto en fingir que devolvía la cortesía por elección, que para él no era un mero acto reflejo, tan necesario como respirar.

— ¡Ajá! —añadió, enderezándose—. Casi se me olvida. Por la corte de la primavera corre el rumor de que el príncipe del otoño va a hacerte una visita. ¿No es fantástico? Estoy deseando saber si consigue posar durante una sesión entera o sale corriendo tras la Cacería Salvaje en cuanto llegue.

No fui capaz de controlar la expresión de mi cara ante semejante noticia. Me quedé allí plantada, boquiabierta, hasta que una sonrisa de desconcierto atravesó los labios de Tábano y este extendió su pálida mano en mi dirección, tal vez en un intento por determinar si había muerto, una preocupación nada desdeñable, pues sin duda para él los humanos fallecían a la menor provocación.

— El príncipe del... — Me salió una voz ronca. Cerré la boca y me aclaré la garganta—. ¿Estáis seguro? Tenía la impresión de que el príncipe del otoño no visitaba Extravagancia. Nadie lo ha visto desde hace cien... — Me quedé sin palabras.

— Te puedo asegurar que está vivito y coleando. Es más, lo vi justo ayer en un baile. ¿O fue el mes pasado? En cualquier caso, va a venir mañana. Salúdalo de mi parte.

—Se... Será un honor —tartamudeé, y me encogí mentalmente ante mi falta de compostura, una actitud impropia de mí. De repente necesitaba aire fresco, así que atravesé la habitación para abrir la puerta. Acompañé a Tábano hasta la salida y me quedé contemplando el veraniego trigal mientras su figura se alejaba por el camino.

Una nube pasó por delante del sol y una sombra inundó mi casa. Siempre era verano en Extravagancia, pero, después de que cayese una hoja del árbol del camino y de que otra la siguiese, no pude evitar sentir que se avecinaban cambios. Aún estaba por ver si los aprobaba o no.

Dos

¡Mañana! Tábano ha dicho que mañana. Ya sabes cómo son respecto al tiempo de los mortales. ¿Y si se presenta a las doce y media de la noche y me pide que trabaje en camisón? Mi mejor vestido tiene un desgarrón y no van a poder arreglármelo para entonces, así que tendré que usar el azul. — Mientras hablaba, me masajee las manos con aceite de linaza, las restregué con una toalla y me limpié la pintura de los dedos. Normalmente no me molestaba en hacerlo, pero no era habitual que trabajase para un elfo de la realeza y no tenía ni idea de qué tipo de nimiedades podían ofenderlo. Y, para colmo, ando escasa de amarillo de plomo y estaño, y tendré que ir al pueblo esta tarde... Mierda. ¡Mierda! Lo siento, Emma.

Me remangué la falda para que no se mojara con el agua que se esparcía por el suelo y me apresuré a coger el asa del cubo que acababa de tirar.

— ¡Santo cielo, Isobel! Todo saldrá bien. Marzo. — >Mi tía se bajó los anteojos y aguzó la vista—. No, Mayo..., ¿por qué no le secas eso a tu hermana, anda? No tiene un buen día que se diga.

— ¿Qué significa *mierda*? — preguntó esta con picardía mientras se agachaba a mis pies y secaba el suelo con un trapo de varias pasadas.

— Es lo que se dice cuando derramas sin querer un cubo de agua — respondí, consciente de que encontraría la verdad peligrosamente inspiradora—. ¿Dónde está Marzo?

Mayo me obsequió con una sonrisa mellada.

— En lo alto de los armarios.

— ¡Marzo, bájate de ahí ahora mismo!

—Se lo está pasando de miedo ahí arriba, Isobel —dijo Mayo, mojándome los zapatos.

—Cuando se haya matado, no se lo pasará tan bien —espeté.

Marzo soltó un balido de placer y bajó de un brinco, tiró una silla de una patada y cruzó la habitación saltando como una loca. Como vi que se dirigía hacia nosotras, alcé las manos para detenerla, pero no iba a por mí, sino a por Mayo, que se levantó justo a tiempo de chocar la cabeza con la suya. Eso me concedió un momento de respiro mientras las dos se tambaleaban aturdidas. Suspiré. Emma y yo estábamos intentando quitarles aquella costumbre.

Mis hermanas gemelas no eran precisamente humanas. Habían venido al mundo como un par de cabritillas antes de que un elfo borracho las encantara por diversión. Era un proceso lento, pero me dije a mí misma que al menos la cosa marchaba. El año anterior por la misma época aún no estaban domesticadas. Si había que sacar algo positivo de su encantamiento, era el hecho de que este las había vuelto casi indestructibles: yo misma había sido testigo de cómo Marzo sobrevivía tras comerse una maceta rota, roble venenoso, belladona y varias pobres salamandras sin que le pasara absolutamente nada. En mi opinión, que saltara por los armarios de la cocina entrañaba más peligro para los propios muebles que para ella.

—Isobel, ven aquí un momento. —La voz de mi tía interrumpió mis pensamientos. Me miró por encima de sus anteojos hasta que obedecí y luego me cogió la mano para limpiarme una mancha que había pasado por alto—. Mañana lo vas a hacer muy bien —me aseguró—. Estoy convencida de que el príncipe del otoño es como cualquier otro elfo y, si no lo es, recuerda que estás a salvo entre estas cuatro paredes. —Me envolvió las manos con las suyas y me dio un

apretón—. Acuérdate de lo que ganaste para nosotras.

Le devolví el apretón. Tal vez en ese momento mereciera que me hablasen como a una niña pequeña. Intenté que mi voz no sonara lastimera cuando le respondí:

—Es que no me gusta la idea de no saber lo que voy a encontrarme.

—Ya lo sé, pero, si hay alguien en Extravagancia capaz de enfrentarse a esto, eres tú. Y los elfos lo saben tan bien como nosotras. Ayer mismo oí que alguien decía en el mercado que a este paso vas derechita al Pozo Verde...

Retiré la mano, perpleja.

—Ya sé que no es así, que tú nunca tomarías esa decisión. Lo que intento decirte es que, si los elfos consideran a alguien indispensable, es a ti, y eso es importantísimo. Así que mañana todo irá bien.

Dejé escapar un largo suspiro y me alisé la falda.

—Supongo que tienes razón —dije, sin creérmelo del todo—. En fin, debería irme si quiero regresar antes del anochecer. Marzo, Mayo, no volváis loca a Emma mientras estoy fuera. Confío en que la cocina esté perfecta a mi vuelta.

Miré intencionadamente la silla volcada antes de salir de la habitación.

—¡Al menos nosotras no hemos llenado el suelo de mierda! —gritó Mayo a mi espalda.



Cuando era pequeña, una excursión al pueblo me parecía toda una aventura. Ahora, en cambio, no veía el momento de marcharme. El

estómago se me hacía un nudo cada vez que algún transeúnte pasaba por la ventana.

—¿Sólo amarillo de plomo y estaño? —me preguntó el joven dependiente mientras envolvía con diligencia la barrita de tiza en un cartucho de papel de carnicero. Phineas sólo llevaba unas semanas trabajando allí, pero ya conocía bien mis hábitos.

—Pensándolo mejor, creo que me llevaré también una barrita de verde tierra y otras dos de bermellón. ¡Ah! Y todos los carboncillos que tengas, por favor.

Mientras veía cómo preparaba mi pedido, me entró cierta desesperación por todo el trabajo que me aguardaba aquella noche. Tenía que moler y mezclar los pigmentos, seleccionar la paleta y desplegar el nuevo lienzo. Con toda probabilidad, la sesión del día siguiente sólo consistiría en terminar el esbozo del príncipe, pero no soportaba la idea de no estar preparada para cualquier imprevisto.

Cuando Phineas se agachó y desapareció de mi vista, eché una ojeada por la ventana. Una pátina de polvo cubría el cristal, y la ubicación de la tienda, en una esquina entre dos edificios más grandes, le otorgaba un aire siniestro, cochambroso y recóndito. Ni un solo encantamiento iluminaba sus lámparas, sonaba cuando se abría la puerta o mantenía los rincones libres de polvo. Saltaba a la vista que los elfos no le habían prestado la menor atención; no necesitaban para nada los materiales que se usaban para hacer arte, tan sólo el producto acabado.

Los demás establecimientos de la calle eran otro cantar. Distinguí una falda de mujer que se colaba a toda prisa en Firth & Maester y, por aquella imagen fugaz, supe que se trataba de una elfa: ningún mortal podía permitirse las prendas de encaje que allí se vendían. Y

ningún mortal compraba tampoco en la confitería contigua, cuyo cartel anunciaba flores de mazapán, unos dulces hechos con carísimas almendras importadas desde el Otro Mundo, a pesar del peligro que aquello entrañaba. Un arte de semejante calibre sólo podía pagarse con encantamientos.

Cuando Phineas se enderezó, sus ojos brillaban de un modo que reconocí en el acto. No, *reconocer* no era la palabra adecuada. Más bien que *temí*. Se apartó tímidamente un mechón de pelo de la frente al tiempo que mi corazón se hundía, se hundía y se hundía cada vez más. «Por favor—pensé—, otra vez no».

—Dama Isobel, ¿os importaría echarle un vistazo a mi obra? Sé que no soy como vos —se apresuró a añadir, esforzándose por controlar los nervios—, pero maese Hartford me ha estado animando, por eso se hizo cargo de mí, y llevo practicando todos estos años.

Sostenía un cuadro contra su pecho, escondiendo a propósito la parte frontal, como si lo que temiera exponer no fuera un lienzo, sino su propia alma. Yo conocía muy bien aquel sentimiento, lo cual no hacía más fácil lo que venía a continuación.

—Con mucho gusto —contesté.

Al menos tenía una dilatada experiencia fingiendo sonrisas.

Me lo tendió. Le di la vuelta y contemplé el paisaje que representaba a la tenue luz de la tienda. Me invadió una oleada de alivio; no se trataba de un retrato, gracias a Dios. No quiero parecer arrogante, pero mi arte gozaba de tan alta estima entre los elfos que estos no recurrirían a otro retratista hasta después de mi muerte y, para cuando ellos se dieran cuenta de que había fallecido, podían haber transcurrido varias décadas perfectamente. Me daban pena todos esos nuevos artistas que surgían en la estela de mi fama. Tal vez

Phineas tuviera una oportunidad.

—Es muy bueno —le dije con sinceridad, y se lo devolví—. Tienes un excelente dominio del color y la composición. Sigue practicando, pero, mientras tanto —vacilé—, podrías vender tu obra.

Sus mejillas se encendieron y se puso muy recto. Se me pasó el alivio: ahora venía la peor parte. Me armé de valor mientras formulaba justo la pregunta que temía.

—¿Podrías...? ¿Creéis que podríais recomendarme a alguno de vuestros clientes?

Volví a desviar la mirada hacia la ventana, por donde vi que la propia señora Firth colocaba un nuevo vestido en el escaparate de Firth & Maester. De pequeña creía que era una elfa. Tenía la piel de porcelana, una voz más dulce que el canto de un ruiseñor y una cascada de rizos castaños demasiado lustrosos para ser naturales. Además, debía de rondar los cincuenta y no aparentaba más de veinte. Sólo más tarde, cuando aprendí a distinguir el glamur, me percaté de mi error. Y con el transcurso de los años, los encantamientos, que no eran más que una mentira, me desencantaron profundamente. Aunque fueran formulados con ingenio, todos, salvo los más mundanos, se echaban a perder. Y los que no eran formulados con ingenio arruinaban vidas. A cambio de aquella cinturita de avispa, la señora Firth no podía pronunciar ninguna palabra que comenzase por una vocal. Y el octubre anterior, el primer pastelero de la confitería había intercambiado por error tres décadas de vida por unos ojos más azules y había dejado viuda a su esposa. Pese a todo ello, la fascinación por la riqueza y la belleza estaban a la orden del día entre los vecinos de Extravagancia, que vislumbraban el Pozo Verde al final del camino como la promesa del mismísimo cielo.

Phineas debió de percibir mi reticencia, pues añadió a toda prisa:

—No a alguien importante, desde luego. A alguno del tipo de ese Macaón. A veces lo veo comprando Arte por la calle. Y dicen que los elfos de la corte de la primavera son de trato más amable.

La verdad era que no había ningún elfo amable, fuera de la casa que fuera. Sólo fingían serlo. El mero pensamiento de que Macaón se acercara a Phineas hizo que se me subiera la bilis. No era ni mucho menos el peor elfo al que había conocido, pero tergiversaría las palabras para convencer al pobre muchacho de que intercambiara a su primogénito por unas cuantas espinillas menos.

—Phineas, supongo que sabes que, por mi oficio, he pasado más tiempo que nadie del pueblo en compañía de los elfos. —Clavé mi mirada en la suya al otro lado del mostrador. Se le cambió la cara; sin duda pensaba que estaba a punto de rechazar su petición, pero seguí adelante—: Así que créeme cuando te digo que, si quieres tratar con ellos, debes tener cuidado. Que no sean capaces de mentir no los hace sinceros; intentarán engañarte a la primera de cambio. Si te ofrecen algo demasiado bueno para ser verdad, es que hay gato encerrado. La fórmula del hechizo no debe dar pie a que pueda malinterpretarse. De ninguna manera.

Sus ojos se iluminaron tanto que temí que todos mis esfuerzos fueran en vano.

—¿Eso significa que vais a recomendarme?

—Tal vez, pero no a Macaón. No negociés con él hasta que conozcas sus costumbres.

Me mordí la cara interna de la mejilla y miré por el rabillo del ojo a un hombre que salía de Firth & Maester: Tábano. Era obvio que había ido allí a por su bordado. Aunque yo debía de ser casi invisible

en la penumbra de la tienda al otro lado de la calle, miró en mi dirección, sonrió y me saludó con la mano. Todos los transeúntes, incluido un grupo de jovencitas que lo esperaban en la puerta, estiraron el cuello para averiguar quién era tan importante como para merecer su atención.

—Él lo hará —declaré. Dejé mis monedas en el mostrador y me eché la bolsa al hombro, evitando contemplar el alborozo que iluminaba la cara de Phineas—. Tábano es mi mejor cliente y le gusta ser el primero en descubrir nuevos talentos, así que tal vez sea tu mejor baza.

Lo decía en todos los sentidos. Phineas estaría a salvo con Tábano. Si no hubiera tratado con él a mis cándidos doce años, no habría llegado a cumplir los diecisiete, ni siquiera con ayuda de Emma. Y, aun así, no podía quitarme de encima la sensación de que le estaba haciendo un flaco favor al joven al concederle aquel deseo ardiente que iba a acabar destrozándolo o decepcionándolo. La culpa me espoleó hasta la puerta y ni me molesté en despedirme. Pero, cuando agarré el picaporte, me quedé de piedra.

Había un cuadro colgado en la pared junto a la entrada, la imagen desvaída de un hombre en un altozano rodeado de árboles de extraños colores. Tenía el rostro oscurecido, pero blandía una espada que destellaba incluso en la luz grisácea. Varios sabuesos pálidos trepaban por la loma en su dirección y estaban representados en mitad del salto. Se me puso la piel de gallina. Conocía a aquella figura. Era un motivo recurrente en las obras pictóricas de hacía más de trescientos años, cuando dejó de visitar Extravagancia sin explicación alguna. En las que quedaban, siempre se lo veía en la distancia, luchando contra la Cacería Salvaje.

Al día siguiente lo tendría sentado en mi salón.

Abrí la puerta de un empujón, le hice una ligera reverencia a Tábano y me precipité por entre la multitud de espectadores curiosos con la cabeza gacha. Las exclamaciones se sucedían a mi paso. Alguien gritó mi nombre, tal vez con la esperanza de obtener el mismo favor que Phineas. Ahora que Emma lo había dicho, veía la verdad escrita en las caras de todos los presentes: me observaban fijamente, esperando que aceptara una invitación que no consideraría ni muerta. No podía explicarles a todos y cada uno de ellos que, para mí, la recompensa del Pozo Verde no era ni mucho menos el cielo, sino todo lo contrario: el mismísimo infierno.

El sol estaba bajo en el cielo mientras me dirigía a casa. Mis zapatos repiqueteaban por el camino que cruzaba el trigal al rítmico zumbido de las cigarras y la luz oblicua intensificaba el calor estival, hasta que la nuca se me puso pegajosa por el sudor y empezaron a darme escalofríos cada vez que una ráfaga de viento me apartaba el pelo. Los tejados torcidos y de vivos colores del pueblo se perdían de vista a mi espalda, ocultos por las colinas ondulantes que el estrecho sendero partía como si fuera la raya del pelo de una mujer. Si me daba prisa, estaría en casa al cabo de treinta y dos minutos exactamente.

Siempre era verano en Extravagancia, a diferencia de lo que sucedía en el Otro Mundo, donde las estaciones cambiaban según el paso del tiempo, cosa de la que apenas podía hacerme una idea. Mientras caminaba por mi sendero inmutable, los árboles de extraños colores del cuadro me acechaban como un sueño reciente. El otoño era, sin duda, una estación sombría que marchitaba el mundo, en la que los pájaros desaparecían y las hojas se descolorían y caían de las

ramas como moribundas. Era obvio que la nuestra era mejor. Más segura. Puede que los cielos azules infinitos y el trigo permanentemente dorado fueran aburridos, pero me dije, y no por primera vez, que era estúpido anhelar cualquier otra cosa. Había cosas mucho peores que el aburrimiento, y en el Otro Mundo tenían buena constancia de ello.

Un olor a podredumbre me sacó de mis pensamientos frustrados. Aquella parte del camino discurría cerca de la linde del bosque y eché un precavido vistazo a las sombras. Las tupidas madreselvas y los escaramujos florecían formando una barrera por debajo de las ramas de los árboles. En un pasado remoto, durante aquellos días menos amables anteriores a la prohibición del hierro, los granjeros arriesgaban sus vidas clavando clavos en la corteza de los árboles para mantener a raya la maldad de los elfos. La visión de esos viejos clavos oxidados y retorcidos, casi irreconocibles, me hacía estremecer.

Volví a barrer la maleza con la mirada, pero no noté nada fuera de lugar. Lo más probable es que sólo se tratase de una ardilla muerta que se estaba pudriendo en algún sitio cercano. Me conformé con esa suposición y hurgué en la bolsa por cuarta o quinta vez para asegurarme de que no me había dejado nada en la tienda, lo cual habría sido muy raro, pues no era nada despistada. Cuando alcé la vista, algo iba mal. Una criatura se erguía en la cima de la siguiente colina, junto al roble solitario que marcaba la mitad del trayecto.

Lo primero que pensé fue que se trataba de un ciervo. Uno de tamaño descomunal, aunque más o menos conservaba la forma exacta: cuatro patas y dos cuernos. Entonces se giró para mirar en mi dirección y me di cuenta en el acto de que no lo era.

La sensación de que algo iba mal se intensificó. La brisa amainó y

el aire se paralizó y dio paso a un calor opresivo. Los pájaros dejaron de cantar y las cigarras de zumbar, e incluso el trigo languideció en la quietud del ambiente. El hedor a podredumbre se tornó abrumador. Me agazapé, pero era demasiado tarde.

El no-ciervo seguía observándome.

A pesar del calor, una gelidez febril me envolvió la piel y se me clavó en el estómago. Sabía lo que aquel no-ciervo era en realidad. Y también sabía que estaba sentenciada: nadie escapaba ni se escondía de un animal fantástico. Esa criatura había emergido de un túmulo y era una especie de unión grotesca de magia élfica y antiguos restos humanos. Algunas de aquellas bestias actuaban como sirvientes y guardianes de sus amos; otras surgían de la tierra de manera espontánea. Un monstruo como ese había matado a mis padres cuando era una cría y los había dejado en tal estado que Emma no me dejó ver sus cuerpos. Y ahora yo iba a morir de la misma manera. No creo que mi mente llegara a procesar aquello, porque lo siguiente que pensé fue que no debería haber malgastado el dinero comprando pigmentos; era evidente que ya no me iban a hacer ninguna falta.

El animal bajó la cabeza y lanzó un rugido que atravesó todo el campo, un sonido profundo, impactante y pútrido, como si alguien hubiera tocado un viejo cuerno de caza que hubiera sido hermoso alguna vez y que ahora estuviera lleno de musgo putrefacto. Giró su pesado cuerpo, coronado por aquella cornamenta, y se precipitó por la ladera.

Yo me puse en pie de un brinco y eché a correr. No hacia la seguridad de mi hogar a medio kilómetro de distancia, sino en la dirección opuesta, hacia el trigal. Si quería hacer algo meritorio en mis últimos instantes de vida, podía intentar alejar a aquella cosa de mi

familia lo máximo posible.

El trigo se abría alrededor de mi falda remangada. Los tallos crujían bajo mis botas y las espigas me azotaban y me arañaban los brazos desnudos. La bolsa me rebotaba contra la parte posterior de los muslos y me ralentizaba. Las cigarras se apartaban de un salto como si una mano invisible tirara de ellas. Al principio sólo oía mi propia respiración desapacible. Nada de aquello parecía real; bien podría haber estado corriendo por ese campo por el mero placer de hacerlo un día radiante bajo un cielo cerúleo.

Hasta que la frialdad de una sombra me acarició la espalda sudorosa y me vi envuelta en la oscuridad. El trigo flameaba a latigazos como un mar embravecido por una tempestad. Entonces, una pezuña dio un fuerte pisotón a mi lado y se clavó en el suelo. Retrocedí por instinto, me tambaleé y caí rodando entre las espigas. La bestia se cernió sobre mí.

La imagen de un ciervo orgulloso ondeaba sobre ella como el reflejo del sol en el agua. Por los huecos oscuros que quedaban en el espejismo se entreveía una silueta esquelética formada por corteza en descomposición y unida por enredaderas que se movían como tendones, una cara hueca como una calavera y unos cuernos que no eran sino un par de ramas torcidas unidas por zarzas espinosas cuya longitud era equiparable a la estatura de un hombre. Una sensación nauseabunda lo impregnaba todo; cuando aquella cosa bufó y alzó una pata temblorosa, la corteza se desprendió y cayó al suelo. Un sinfín de escarabajos diminutos salieron correteando de las piezas y se escabulleron por encima de mis medias antes de echar a volar en todas direcciones. Me dieron arcadas al sentir en la boca el sabor a podredumbre.

El animal se encabritó y tapó el sol. Creí que lo último que iba a ver en la vida era la constelación de gusanos que se retorcían en su vientre. Por eso no supe reaccionar cuando el monstruo se desplomó delante de mí y quedó reducido a un impreciso montoncito tembloroso de madera carcomida. Unos ciempiés más largos que mi mano se adentraron en la hierba. Dos enormes polillas moteadas alzaron el vuelo. Las cigarras volvieron a zumbar como si nada hubiera ocurrido, aunque yo seguí sudando y temblando en el suelo mientras la sangre me reverberaba en los oídos. Solté un grito de repulsa y le di una patada al montón. Varias esquirilas de hueso salieron despedidas junto con la corteza; el cadáver humano que le daba vida había sido destruido.

—Llevo dos días siguiendo a esa bestia; puede que no le hubiese dado alcance si no hubieras llamado su atención —dijo una voz cálida y jovial—. Por si te interesa, es un sayón.

Levanté la mirada de los restos de la criatura. Había un hombre delante de mí, tan eclipsado por el sol que no acerté a distinguir sus rasgos, sólo que era alto y esbelto y que estaba envainando una espada.

—¿Llamado su...? —Me interrumpí, perpleja y bastante ofendida. Lo dijo como si no tuviera importancia, como si mi vida no contara en absoluto. Y entonces lo vi claro: tal vez aquella figura pareciera humana, pero no lo era—. Gracias —respondí, cambiando de opinión y tragándome mis protestas—. Me habéis salvado la vida.

—¿Yo? ¿Del sayón? Ah, sí, supongo que sí. En ese caso, de nada... Oh, no sé tu nombre.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo como un trueno que retumbara en mitad de la noche. No me había reconocido, lo que

significaba que no iba a Extravagancia muy a menudo, si es que alguna vez había puesto un pie allí. Quienquiera que fuese, podía ser más peligroso que los elfos con los que acostumbraba a tratar. Y, como todos los de su especie, no podía resistirse a averiguar mi verdadero nombre. Hice una pausa para poner a prueba mi mente y mi buen juicio, y llegué a la tranquilizadora conclusión de que no me había lanzado ningún hechizo malicioso, uno de esos que podían desatarme la lengua o hacerme revelar secretos que no debía. Nadie usaba su nombre de pila en Extravagancia, porque hacerlo sería exponerse a un encantamiento por el que un elfo podía controlar el cuerpo y el alma de un mortal para siempre, sin que este llegara a advertirlo, sólo por el poder de aquella única palabra secreta. Esa era la forma de magia élfica más perversa y, por ende, la más temida.

— Isobel — respondí, poniéndome en pie como pude.

Hice una reverencia.

Si se dio cuenta de que le había proporcionado mi nombre falso, no lo dejó entrever. Pasó por encima del montón de una larga zancada, hizo una profunda reverencia y me cogió la mano. La sostuvo en alto y la besó. Yo disimulé mi cara de extrañeza. Ya que se había empeñado en tocarme, habría preferido que me ayudara a levantarme.

— De nada, Isobel — continuó.

Sentí sus fríos labios en los nudillos. Como había agachado la cabeza, sólo alcancé a ver su pelo, que estaba despeinado. Lo tenía oscuro y ondulado más que rizado, y adquiriría un leve matiz cobrizo al contacto con el sol. Su aire alborotado me recordó a cuando una fuerte racha de viento desordenaba las plumas de un cuervo o un halcón. Como me ocurría con Tábano, también era capaz de olerlo:

desprendía un aroma especiado a hojas secas y crujientes, a frías noches bajo una luna clara, a naturaleza, a nostalgia. El corazón me martilleaba en el pecho, tanto por el horror que me había provocado el animal fantástico como por el encuentro con ese elfo a solas en el campo, que suponía un peligro igual de acuciante. Por eso os pido que me perdonéis por lo que os voy a decir: de pronto, aquel olor me pareció irresistible, más que cualquier otro que hubiera percibido en toda mi vida. Y empecé a desearlo con todas mis fuerzas. No a él exactamente, sino a la novedad enorme y misteriosa que representaba, a la promesa de que, en algún sitio, el mundo era distinto.

Bueno, hasta ahí habíamos llegado. Volví a izar mi enfado como una bandera en un mástil.

—No sabía que los besos en la mano duraran tanto, señor.

Se enderezó.

—Para un elfo, nada dura demasiado —contestó con una media sonrisa.

Habría jurado que me sacaba sólo un par de años, aunque sabía que su edad real bien podía centuplicar aquella estimación. Tenía unos rasgos elegantes y aristocráticos que contrastaban con su pelo revuelto y una boca expresiva que quise pintar en el acto. Las sombras en las comisuras de sus labios, el ligero pliegue en una mejilla que aparecía cuando sonreía.

—He dicho —recalcó— que, para un elfo, nada dura demasiado.

Levanté la mirada y vi que me observaba con perpleja fascinación y la sonrisa aún congelada en la cara. Ahí estaba su defecto: el color de sus iris, un curioso tono de amatista, resaltaba entre el dorado de su tez y me trajo a la memoria la luz del crepúsculo al bañar las hojas caídas. Sus ojos me perturbaron por alguna razón que no tenía nada

que ver con su inusual tonalidad, pero no supe concretar por qué.

—Perdonadme. Soy retratista; acostumbro a quedarme mirando a la gente y a olvidarme de todo lo demás. He oído lo que habéis dicho, pero no sé qué responder.

Él se fijó en mi bolsa. Cuando volvió a concentrarse en mí, su sonrisa había desaparecido.

—Claro. Imagino que nuestras vidas escapan a la comprensión humana; al menos en su mayor parte.

—¿Sabéis por qué el sayón ha salido del bosque para dirigirse a Extravagancia, señor? —pregunté, porque me daba la sensación de que esperaba algún tipo de confirmación sobre su carácter enigmático y porque quería que la conversación fuera corta y práctica. Era muy raro ver un animal fantástico por aquellos lares y su presencia resultaba muy inquietante.

—No lo sé. Tal vez la Cacería Salvaje lo haya ahuyentado o quizá sólo estuviera vagando por ahí. Ha habido otros últimamente y están causando bastantes problemas.

«Últimamente» podía significar cualquier cosa para un elfo, incluida la fecha de la muerte de mis padres.

—Sí, los humanos muertos suelen causar bastantes problemas.

Arrugó el entrecejo y su mirada se tornó escrutadora. Sabía que me había ofendido en algo, pero, como era habitual entre los de su especie, le resultaba imposible averiguar en qué. Era tan incapaz de entender la tristeza que conllevaba una muerte humana como un zorro de lamentarse por la muerte de un ratón.

Yo, por mi parte, tenía clara una cosa: no quería quedarme allí el tiempo suficiente para comprobar que aquella confusión lo crispaba y acababa echándome un hechizo ruin a modo de venganza.

Agaché la cabeza e hice otra reverencia.

—La gente de Extravagancia os agradece vuestra protección. Nunca olvidaré lo que hoy habéis hecho por mí. Que tengáis un buen día, señor.

Aguardé hasta que él se inclinó de nuevo antes de girarme hacia el sendero.

—Espera — me pidió.

Me quedé quieta.

Oía el susurro del trigo a mi espalda.

—Si he dicho algo que te ha molestado... Perdona.

Miré despacio por encima del hombro y vi que me observaba con cierta vacilación. No tenía ni idea de cómo interpretar el gesto. Era bien sabido que los elfos se disculpaban en algunas ocasiones — cuidaban los modales en extremo—, pero la mayoría de las veces aplicaban un doble rasero y esperaban que fueran los humanos los que guardaran las formas mientras ellos hacían todo lo posible por disimular su mala conducta. Estaba estupefacta.

Así que dije lo único que se me ocurrió:

—Disculpas aceptadas.

—Estupendo. —Volvió a esbozar aquella media sonrisa y su vacilación se tornó en autocomplacencia—. Nos vemos mañana entonces, Isobel.

Ya había echado a andar cuando sus palabras hicieron mella en mí y caí en la cuenta de lo que significaban. Me giré de nuevo, pero el elfo, que sólo podía ser el príncipe del otoño, ya se había ido. El trigo ondeaba alrededor del sendero vacío y el único signo de vida que se percibía en todo el tragal era un cuervo solitario que volaba hacia el bosque y cuyas rojizas plumas brillaban allí donde reflejaban la luz

del crepúsculo.

Tres

Aún no tenía ni idea de cuándo llegaría el príncipe y, como mi tía estaba de visita en el pueblo, la responsabilidad de sacar a las dos cabras locas de la cocina recaía sobre mí. Era más fácil decirlo que hacerlo.

— ¡Dijo que nuestros nombres eran raros! — chilló Mayo mientras Marzo sollozaba en silencio junto a la estufa. Nunca había detestado más al hijo del panadero, aunque, a decir verdad, era bastante agradable y, en realidad, tenía parte de razón.

Me acuclillé y las cogí por los hombros.

— Escuchad, cuando tía Emma y yo os pusimos el nombre, erais cabras — les expliqué—. Para entonces, ya os habíais acostumbrado a Marzo y Mayo y, como no estábamos seguras de si el encantamiento duraría, decidimos conservarlos.

Marzo dio un hipido. Necesitaba cambiar de táctica.

— Escuchad, tengo una pregunta importante que haceros. ¿Qué es lo que más os gusta?

— Asustar a la gente — respondió Mayo tras reflexionar durante un instante.

Marzo abrió la boca e hizo un gesto de asentimiento.

Ay, madre.

— Eso es un poco rarito, ¿no os parece?

Mayo me lanzó una mirada cautelosa.

— A lo mejor...

— Sí, definitivamente lo es — repuse con voz firme—. Pero que sea raro no significa que sea malo, ¿verdad? Puede ser bueno, como

asustar a la gente o comer salamandras. Harold os estaba haciendo un cumplido.

— Mmm — murmuró Mayo. No parecía muy convencida. Pero al menos Marzo había dejado de llorar, de modo que, en aras de mi salud mental, declaré aquella ronda como una victoria parcial.

— Ahora, venga, id a jugar fuera hasta que llegue nuestro invitado. Recordad, no traspaséis la linde del trigal.

Mientras las empujaba hacia la puerta, una viscosa sensación de malestar me revolvió el estómago. Si otra bestia fantástica emergía del bosque...

Algo así ocurría en muy contadas ocasiones y no se me iba de la cabeza la facilidad con la que el príncipe había despachado al monstruo el día anterior. Seguro que estábamos a salvo en su presencia. Pero el malestar seguía allí, así que añadí:

— Si oís que las cigarras se callan, volved a casa de inmediato.

Mayo alzó la mirada hasta mí con las cejas juntas en señal de sospecha.

— ¿Por qué?

— Porque lo digo yo.

— ¿Por qué no podemos jugar en casa?

Las empujé por las escaleras de la entrada mientras la desvencijada puerta de la cocina se cerraba de golpe a nuestra espalda. Comprobé aliviada que todo parecía normal fuera. Las gallinas cloqueaban para sí mismas mientras cruzaban airadas el patio, los árboles se mecían con una ligera brisa y las sombras recorrían las redondeadas colinas. Con todo, Mayo se quedó mirándome. Me di cuenta de que aún tenía el estómago cerrado como un puño y que eso debía de reflejarse en mi cara.

—Sabes de sobra el motivo —respondí con brusquedad, enterrando mi culpa.

La verdad es que razones no faltaban. Mayo había volcado mis caballetes en más de una ocasión y Marzo hacía gala de un apetito insaciable por el azul de Prusia. Pero la razón principal era que a los elfos no les hacía gracia tenerlas cerca. Mi teoría era que las gemelas les avergonzaban, pues eran la prueba viviente de uno de sus errores, una prueba involuntariamente poderosa de la que librarse. Y sabía a ciencia cierta que no se les podía lanzar un hechizo: Marzo y Mayo eran sus verdaderos nombres. Si los elfos pudieran utilizar ese conocimiento en su contra, ya lo habrían hecho.

Marzo dio un balido de regocijo y se encaramó a la pila de la leña, pero Mayo no apartó la vista.

—No te preocupes, no nos haremos daño —concluyó con sobriedad, y me dio una palmadita en la rodilla. Acto seguido, echó a correr tras su hermana.

Los ojos me escocían. Rápidamente, me alisé la falda y me remetí unos cuantos mechones de pelo por detrás de la oreja. No quería que se dieran cuenta de que me había emocionado y tampoco quería admitirlo ante mí misma. Cuando me concentraba en mantenerlo todo en orden, no tenía que pensar en lo que les había ocurrido a mis padres ni en por qué aquel acontecimiento seguía provocándome pánico doce años después cuando en su día ni siquiera lo había presenciado ni había visto ni oído nada. Sin embargo, era obvio que no escondía mi miedo todo lo bien que debería; hasta Mayo lo notaba.

El graznido bronco de un cuervo resonó en el árbol que hacía sombra en el patio.

— ¡Fuera! — dije sin apenas alzar la vista. Los cuervos espantaban a los pájaros cantores que anidaban en nuestros arbustos y Emma y yo hacíamos todo lo posible por devolverles el favor.

Mi inquietud se desvaneció bajo el cálido sol al ver a Marzo y a Mayo trepando por los troncos. Desde lejos, el único modo de distinguirlas era fijándote en los lunares blancos que salpicaban su piel, por lo demás rosada: Mayo tenía uno que le recorría la mejilla izquierda y la mitad de la nariz. El pelo negro y rizado era idéntico en ambas, así como la mella en los dientes delanteros y sus ceños sorprendentemente traviosos. Parecían un par de cupidos que hubiesen decidido que preferían disparar flechas reales. Eran terribles. Las quería con locura.

Pero no podía olvidar que el príncipe estaba al llegar y la aprensión lamía sin descanso las orillas oscuras de mi subconsciente.

El cuervo volvió a graznar.

Esta vez alcé la vista. El ave ladeó la cabeza contemplando mi frente arrugada. Erizó las plumas y se puso a dar elegantes saltitos por la rama. Cuando salió a la luz, se me cortó la respiración. Su dorso tenía un brillo rojizo y me pareció que sus ojos eran de un color inusual.

Hice una rápida reverencia y entré en casa a toda prisa, dividida entre la esperanza de que el cuervo no fuese el príncipe después de todo y la sensación de que, si ese era el caso, le había hecho una reverencia a un pájaro y luego había huido a la desbandada. La puerta suelta de la cocina hizo pom, pom, pom al cerrarse detrás de mí.

Sonó un cuarto pom, pero esta vez fue diferente. Alguien llamaba.

— ¡Adelante! — grité. Miré a mi alrededor y deseé no haberlo hecho.

Cogí un cacillo al azar y lo metí en el fregadero. Ni siquiera estoy segura de que estuviera sucio, pero eso fue lo único a lo que me dio tiempo antes de que la puerta se abriera de par en par y el príncipe del otoño entrara en la habitación. El marco estaba hecho para humanos de tamaño medio, así que tuvo que agachar la cabeza para evitar darse con el dintel.

—Buenas tardes, Isobel —me saludó, e hizo una elegante reverencia.

Nunca antes había tenido a un elfo en la cocina. Era una habitación pequeña con bastas paredes de piedra, un suelo de madera tan desgastado por el paso de los años que se había combado por el centro y una ventana alta que dejaba entrar un poco de luz, la suficiente como para centrar la atención en la pila de platos sin fregar junto al armario y en el puñado de turba que seguía ardiendo con poco entusiasmo en la pequeña chimenea que llegaba a la altura del pecho.

En contraste, el príncipe parecía recién salido de un carruaje dorado del que tiraran media docena de sementales blancos. No recordaba qué llevaba puesto el día anterior, pero, si se hubiera parecido a lo que llevaba ese día, lo habría hecho. El abrigo de seda negra ajustado casi arrastraba tras sus botas a modo de manto y estaba ribeteado de terciopelo cobrizo. Sobre la frente llevaba una corona de cobre a juego y, aunque el pelo revuelto parecía haber cobrado vida propia y engullido la mayor parte de esta, pude distinguir que tenía forma de hojas entrelazadas y que estaba salpicada de verde y cardenillo. En la solapa tenía prendido un broche con forma de cuervo, sin duda una reliquia de una época pretérita, y la espada del día anterior aún pendía de su cintura.

Sí, allí estaba, a escasos centímetros de una piel de cebolla mustia que no había barrido aquella mañana.

Ya había incumplido el código de la etiqueta. Lo que dijera a continuación debía ser meditado y sereno. En cambio, lo que me salió fue:

— ¿Qué ocurre si no sois capaz de devolver la reverencia?

El príncipe se había girado para hacer tiempo y miraba atentamente un cucharón mientras yo me recomponía. En ese momento, sin embargo, volvió la vista hacia mí. «¿Qué eres?», parecían decir sus desconcertados ojos amatista.

— Me temo que no te entiendo.

El suelo de madera combado estaba a punto de ceder. Tal vez me hiciera el favor de complacerme en ese preciso instante.

— Si alguien os hace una reverencia o se inclina ante vos y no sois capaz de devolverle el gesto — me oí decir.

Su cara se iluminó al comprender y su habitual media sonrisa reapareció en su rostro. Se inclinó hacia mí y sostuvo mi mirada como si fuera a revelarme un gran secreto. Tal vez lo estuviera haciendo.

— Es un auténtico incordio — me confesó en voz baja—. Tenemos que encontrar al que lo hizo y, hasta entonces, no podemos quitárnoslo de la cabeza.

Vaya.

— Supongo que yo acabo de hacerlo. Lo siento.

Se enderezó y me dio la impresión de que se había olvidado de mí durante un momento.

— Encontrarte ha sido un placer — dijo amablemente, aunque un poco distante, y cogió una brocheta para la carne—. ¿Esto es un arma?

Se la quité con cuidado y la devolví a su sitio.

—En principio, no.

—Ya veo —dijo y, antes de que pudiera detenerlo, atravesó la cocina en tres grandes zancadas para inspeccionar una sartén que colgaba de un clavo en la pared—. Estoy casi seguro de que esto sí lo es.

—En realidad... —Era la primera vez que me quedaba sin palabras en presencia de un elfo—. Bueno, se puede utilizar como tal, claro, pero sirve para cocinar. —Desvió la mirada hasta mí—. Arte para preparar comida —le aclaré, porque sus cejas se habían juntado en una amable consternación que rayaba la alarma.

—Sí, sé lo que es cocinar —repuso—. Sólo estaba asombrado de la cantidad de herramientas que tu arte puede utilizar también como armas. ¿Es que no hay nada que vosotros, los humanos, no utilicéis para mataros los unos a los otros?

—Seguramente no —admití.

—Qué curioso.

Hizo una pausa para echar un vistazo al techo. Preocupada por cuál sería su próximo comentario, carraspeé e hice una reverencia. Él arrugó un poco la frente, se giró y me devolvió el saludo.

Por lo general recibo a mis clientes en el salón, que es por aquí. ¿Empezamos? No quisiera robaros demasiado tiempo.

—Claro, claro —respondió, pero, mientras recorríamos el pasillo, continuó mirando hacia arriba y, un instante después, paró en seco para posar la mano en la pared de revoque blanco. Yo también me detuve y esperé a que terminara con una tensa sonrisa en la cara, que, en realidad, era una manera de evitar que me pusiera a gritar de exasperación.

—Hay un gran encantamiento en esta casa, uno muy extraño —

comentó al final.

—Sí. —Eché a andar de nuevo, aliviada al oír que el frufrú de su abrigo me seguía—. Fue lo primero para lo que trabajé cuando empecé a pintar retratos, me costó todo un año. Ningún elfo...

—Puede herir a un morador de esta casa mientras vivas —remató en un murmullo—. Un trabajo impresionante. ¿Tábano?

Asentí, resistiéndome a la necesidad de mirar por encima del hombro. Cuando el olor particular del salón me invadió, adopté el tono formal de siempre:

—He tenido el placer de trabajar para él desde hace años. ¿Puedo preguntar por qué os resulta extraño?

—Nunca había visto un encantamiento semejante. Ni me habría esperado algo así de Tábano.

Entonces fui yo la que casi paró en seco. Tuve que hacer un esfuerzo físico para continuar avanzando. Entré en el salón y me puse a organizar de manera mecánica los carboncillos que necesitaría para la sesión del boceto. ¿Habría perdido su efecto el encantamiento? ¿Habría metido la pata con Tábano hacía años? ¿Habría dejado un resquicio en los términos de nuestro acuerdo? Aquella posibilidad era tan espeluznante que las manos y los pies empezaron a quedárseme dormidos.

—Como príncipe, podría destruir la mayoría de los encantamientos si quisiera —continuó él, que seguía contemplando a su alrededor algo que yo no lograba ver—. Pero, cuando he dicho que este era poderoso, hablaba en serio. Sobrepasa incluso mi poder. Tábano debe de haber consumido una gran cantidad de energía para conseguir semejante efecto, lo que resulta extraordinario, pues nunca lo he visto mover un dedo a menos que fuera estrictamente necesario.

Debe de valorar tu arte en gran medida. Empiezo a comprender por qué ha insistido tanto en que me hiciera un retrato.

Solté un suspiro tranquilo.

Lo que acababa de decir el príncipe me extrañó; me había dado la impresión de que Tábano no tenía nada que ver con aquella cita. Pero me sentí tan aliviada que el pensamiento abandonó mi mente casi de inmediato.

—No tenía ni idea —respondí—. Sois el primero en decírmelo; nadie lo había mencionado antes.

El príncipe pasó por mi lado; su manga me rozó el brazo. El salón parecía interesarle mucho. Era la habitación más grande de la casa y la más abarrotada, por lo que nos costaba horrores mantenerla decente. En ese momento, el único mueble desocupado era el diván que había junto a la ventana. En el rincón que quedaba a mi izquierda había una mesita auxiliar barnizada en la que reposaba un jarrón que contenía dos plumas de pavo real, un juego de porcelana importada, un montón de libros encuadernados en piel y una jaula vacía. Las sillas llenas de brocados de al lado estaban apiladas junto con visillos, alfombras y cortinas desparejados de todos los colores y diseños imaginables. El resto de la estancia era más o menos por el estilo: en cada recoveco y rendija había una colección distinta de curiosidades, como si el salón fuese un museo ecléctico y en miniatura del arte humano. Mi silla y mi caballete se hallaban modestamente justo en el centro.

El príncipe parecía demasiado distraído como para responder, de modo que continué:

—Cuando los retratistas trabajan con clientes humanos, suelen ir a sus casas a pintarlos. Como yo no puedo hacer eso con los elfos,

elegimos muebles y objetos decorativos y los disponemos a vuestro gusto en esta sala.

—Nos limita —murmuró el príncipe, que tocó la jaula delicadamente con la punta de los dedos y recorrió con ellos los finos barrotes de metal. Me acordé del cuervo posado fuera y lamenté no haber tenido la lucidez de colocar la jaula en otra habitación, aunque en realidad no tenía ni idea de a qué demonios se refería. Ni un solo elfo había demostrado otra cosa que placer al verse rodeado de la llamativa utilería del salón.

Apartó los dedos bruscamente y se giró. Su actitud meditabunda se desvaneció en una sonrisa, igual que la niebla de la mañana se disipa con el sol.

—El encantamiento de Tábano. Por eso ninguno de nosotros te lo ha mencionado antes. Es como tener un par de grilletos en las muñecas, ligeros como una telaraña pero duros como el hierro. A ningún elfo le gusta comentar sus propias debilidades.

—Pero vos sois una excepción, ¿no es cierto, señor?

—Oh, en absoluto. A mí tampoco me gusta. —Su sonrisa se hizo más evidente y el hoyuelo reapareció en su mejilla—. Y habrás notado que la discreción me importa bien poco.

Por supuesto que lo había notado. No se parecía en nada a ningún elfo que hubiera conocido.

—¿Cuál es la manera adecuada de dirigirme a vos como príncipe? —inquirí para ganar tiempo mientras cruzaba la habitación con el fin de elegir una tela que sirviera de fondo y que casara con su vestimenta.

—Nosotros no observamos semejantes formalidades —respondió, y me miró—. Creía que ya lo sabrías. —«¿Cómo?», me pregunté. No es que tuviera a la realeza élfica cenando en mi casa todos los días—.

En cualquier caso, me llamo Grajo.

No pude reprimir una sonrisa.

— Os viene como anillo al dedo, señor.

Buscó mi cara con la mirada y me pareció que su sonrisa se volvía incluso más familiar, provista de una intimidad de la que no sabía que su especie pudiera hacer gala. Una vez a su lado, me di cuenta de que mi coronilla sólo le llegaba al pecho. Me ruboricé.

¡Dios santo! ¡Tenía que ponerme a trabajar!

— Creo que este brocado os vendrá bien — observé, levantando una pesada seda de color herrumbroso con bordados de cobre.

Él se detuvo a mirarla, casi con impaciencia. Aquella parte siempre me había parecido interesante. Normalmente no podías sacar demasiada información de los elfos, pero, de vez en cuando, sus elecciones estéticas abrían ventanas en sus almas (si es que las tenían, un asunto que siempre generaba controversia en la iglesia). A Tábano le encantaba recargar sus cuadros con tantos adornos rimbombantes como fuera posible. Otro cliente, Macaón, prefería objetos funcionales que se hubieran utilizado con anterioridad: velas medio consumidas o libros con los lomos agrietados y las esquinas gastadas.

Grajo negó con la cabeza ante el brocado y se inclinó para inspeccionar una hilera de jarrones de cristal soplado. Examinó estatuillas y espejos, cestas llenas de fruta de cera, probetas y cálamos con total concentración, seria y silenciosa, lo que resultaba extrañamente llamativo. No alcanzaba a imaginar lo que estaría pensando. Al final volvió a la jaula y, al alzar la vista, me pilló observándolo. Volvió a esbozar su voluble sonrisa.

— He decidido que no quiero nada en mi retrato — declaró, y se dirigió al diván. Se sentó con un brazo estirado en el respaldo y una

mirada cómplice que me decía que había descubierto el motivo exacto por el que me había quedado embobada—. Si debes contemplar algo durante horas, preferiría que fuera sólo a mí.

Me costó mantener la compostura.

—Qué amable, señor. Tardaré mucho menos tiempo en terminar vuestro retrato si sois el único motivo.

Se enderezó un poco y frunció el ceño, haciendo que una nota de irritabilidad ensombreciera sus rasgos aristocráticos.

Pero ¿qué demonios se suponía que estaba haciendo? Era fácil, y mucho, que la ofensa a un elfo despertara en este una ira peligrosa. No era propio de mí. Tantos años siendo cuidadosa y, en cuestión de minutos, había empezado a meter la pata. Me tragué mis palabras, me dirigí a la silla, me compuse la falda y seleccioné un carboncillo. Descarté el resto de pensamientos.

Es difícil explicar lo que ocurre cuando elijo un carboncillo o un pincel. Os aseguro que el mundo cambia. Cuando no estoy trabajando, veo las cosas de un modo y, cuando trabajo, de otro completamente distinto. Los rostros pierden sus rasgos y se convierten en estructuras consistentes en luces y sombras, en formas, ángulos y texturas. El brillo profundo y luminoso de un iris cuando la luz incide en él desde la ventana se convierte en algo exquisitamente arrebatador. Ansío la sombra que cae en diagonal sobre el cuello del abrigo de mi cliente, los filamentos más finos de su pelo iluminados como hebras de oro. Mi mente y mi mano parecen estar poseídas. No pinto porque quiera ni porque sea buena, sino porque es lo que debo hacer, el motivo por el que vivo y respiro, para lo que fui creada.

Las preocupaciones me abandonaron con los trazos del carboncillo en el papel. No me percataba del polvillo negro que se

desprendía y me caía en el regazo. Primero un círculo, impreciso, enérgico, para capturar la forma de su rostro. Luego, vigorosas líneas más amplias que esbozaran su pelo alborotado, su corona.

No.

Arranqué el papel del caballete, lo dejé caer al suelo y empecé un nuevo boceto. Rostro, pelo, corona. Cejas, oscuras y arqueadas. Una sonrisa torcida. La sólida complexión de sus hombros. Bien. Mejor. Ahora había dos Grajos en la habitación y ambos me contemplaban. Ninguno de ellos era más real que el otro.

Al otro lado del caballete, el Grajo viviente ladeó la cabeza. Cambió de postura. Sentí que me observaba y no me importó, perdida como estaba en el fervor de mi arte. Pero, con la pequeña porción de mi mente reservada a otros pensamientos, reparé en que se estaba impacientando y recordé lo que Tábano me había mencionado el día anterior, algo sobre que a Grajo le costaba estarse quieto.

—Espera —pidió, y mi carboncillo paró a medio camino. Lo miré y mis ojos volvieron a ajustarse al mundo real como si acabara de estar fijándome insistentemente en una ilusión óptica. Parecía contrariado. De repente me preocupó que estuviera a punto de cancelar la sesión—. ¿Está... —arrugó el entrecejo, en un intento por encontrar las palabras — fijado? ¿El retrato? ¿Puedes cambiar una cosa?

Dejé escapar el aire que había estado reteniendo. De modo que eso era todo.

—En esta parte del proceso puedo hacer cualquier cambio que deseéis. Una vez que empiece a pintarlo, será más difícil, pero aún podré introducir retoques hasta el final.

Durante un momento, no habló. Me miró, apartó la vista y, a continuación, se quitó el broche con forma de cuervo y se lo metió en

el bolsillo.

—Excelente —dijo—. Eso es todo.

Mentiría si dijera que no sentí curiosidad. El broche, por supuesto, era una pieza de arte humano, como el resto de su atuendo. Mucho tiempo atrás, Grajo había sido muy conocido en Extravagancia. Y un buen día, de improviso, desapareció del mapa. Los elfos codiciaban el arte por encima de todo. ¿Qué calamidad podía apartar a alguien de esa costumbre? ¿Tendría algo que ver con el adorno que acababa de quitarse?

O, tal vez, algo más probable e incluso seguro: que el broche sencillamente estuviera pasado de moda o se hubiera hartado de llevarlo o acabara de decidir que no pegaba con el color de los botones y quisiera que se lo rehicieran. Era un chico élfico, no uno mortal. No podía caer en la trampa de congraciarme con él. Era el truco favorito más viejo y peligroso de los de su especie.

Volví a concentrarme en mi trabajo. Sus rasgos se iban perfilando y, sin embargo, una imperfección empezó a molestarme cuando ultimaba el boceto. No sabía por qué, pero sus ojos no quedaban bien. Daba toquecitos en el papel con la miga de pan humedecida que tenía en la mesita auxiliar y volvía a empezar, aunque cada vez que los rehacía, me salían peor. Cada uno de los detalles, desde los pliegues de sus párpados hasta la curva de sus pestañas, era un fiel reflejo de su imagen, pero la suma de todos ellos no conseguía captar su..., su alma. Nunca antes se me había presentado ese problema con un elfo. ¿Qué demonios me pasaba ese día?

El carboncillo se partió. Una mitad rodó por el suelo de madera y desapareció bajo el diván. Hice amago de levantarme, pero Grajo se agachó y me la trajo. Antes de volver a su asiento, se detuvo y miró mi

obra. Me pareció oír que retenía el aire de manera apenas audible.

Se inclinó hacia delante para contemplarla con más detenimiento.

—¿Es así como me ves? — me preguntó en un tono tranquilo y maravillado.

No estaba segura de qué contestar. Para mí, el defecto indescriptible era demasiado patente y hacía el retrato antiestético.

—Es el aspecto que tenéis, señor — me atreví a decir—. Pero aún necesita mucha mejora. Me gustaría retocarlo más antes de que hayamos dado la sesión de hoy por terminada.

Grajo se tocó la corona, casi de manera inconsciente, mientras volvía a su asiento. Titubeó y a continuación volvió a colocar el brazo donde lo había puesto antes. Tras una pausa, ajustó su postura para que fuera la exacta.

El resto de la sesión transcurrió en silencio. No el silencio incómodo que suelo sentir en presencia de los de su especie, sino una calma más cálida e indefinida. Me recordó a cuando fui a sentarme bajo mi árbol favorito del pueblo para leer a su sombra y descubrí que había otra niña allí haciendo lo mismo. Pasamos varias horas juntas tras dedicarnos un simple y breve «hola». Para cuando nos fuimos a casa, sentí que éramos amigas aunque sólo hubiéramos intercambiado una tímida palabra. Más tarde descubrí que se había marchado con sus padres al Otro Mundo.

Me di cuenta de lo tarde que era cuando dos cabezas llenas de ricitos asomaron por la ventana. Grajo permaneció ajeno a las gemelas que lo observaban hasta que Mayo pegó la boca al cristal como una ventosa e infló los mofletes. Entonces él se giró, pero no a tiempo para ver cómo se escondían y dejaban tan sólo un parche de vaho en el cristal que se fue difuminando poco a poco. El sol estaba a punto de

ponerse y yo seguía sin saber qué les pasaba a sus ojos.

Un gesto de decepción le arrugó la frente cuando le dije que habíamos terminado.

— ¿Puedo volver mañana? — me preguntó.

Alcé la vista del delantal que me estaba desatando.

— Tábano tiene una sesión reservada. ¿Qué tal pasado mañana?

— Muy bien — aceptó molesto, aunque no conmigo, según intuí.

No sé muy bien lo que me sobrevino a continuación. Cuando abrió la puerta, no se marchó enseguida, sino que se entretuvo como si quisiera decirme algo más, pero no supiera el qué. La misma sensación hizo mella en mí. Nuestras miradas se encontraron, forjando un vínculo entre los dos extremos de la habitación. Cogí aire y solté con osadía, arrepintiéndome en el acto:

— ¿Vais a volver convertido en cuervo?

— Creo que será lo más probable.

— Antes de que os marchéis, ¿puedo ver cómo os transformáis?

No se esperaba semejante petición. En su rostro se reflejaron varias emociones a la vez: esperanza, cautela, placer. Ninguna de ellas exactamente humanas, aunque no pude evitar sentir que tenían más sustancia que las frías copias de sentimientos que otros elfos se endosaban como si fueran sombreros, burdas imitaciones no más reales que su glamur.

— ¿No te asustarás? — me preguntó.

Negué con la cabeza. Ninguno de los dos apartó la mirada.

— A mí no se me asusta tan fácilmente.

Una chispa prendió en sus ojos. Un susurro colmó la casa, el sonido de una fría ráfaga de viento lejana que soplara entre hojas secas, que fue aumentando de volumen hasta que sentí que me

rodeaba, que me daba salvajes tirones de la ropa, con aquel aroma embriagador a bosque nocturno, asfixiándome de nuevo con aquella indefinida sed de cambio. Los bocetos desechados se agitaron y revolotearon por la habitación. Cuando el sol se puso en el horizonte, la jaula emitió un cegador destello dorado durante un instante antes de que el salón se sumiera en las sombras.

Grajo pareció volverse más alto, más oscuro, más fiero. Sus ojos púrpura resplandecieron con impetuosidad, indiferentes a su media sonrisa sutil. Un torbellino de plumas negras se elevó del suelo y lo engulló.

Debí de pestañear, porque lo siguiente que vi fue que los papeles se habían pegado a la pared y un cuervo me contemplaba con las alas medio desplegadas desde lo alto de la jaula. La última luz del día brilló en sus lustrosas plumas y destelló en sus ojos.

El viento me había arrebatado el aire de los pulmones. No tenía palabras para describir lo que acababa de ver.

—Ha sido maravilloso —fui capaz de susurrar al final, y le hice una reverencia.

Con cierto toque de humor, el pájaro inclinó la cabeza y echó a volar por la puerta.

Cuatro

Septiembre pasó tan rápido que fue como si lo hubiese soñado. Acabé el retrato de Tábano y poco después me salió otra clienta: Verbena, de la casa del verano. Pero me daba la impresión de que Grajo ocupaba todo mi tiempo.

A mitad del mes, había pospuesto el tema del pago todo lo posible. Lo normal era que mis clientes hiciesen el primer movimiento, ansiosos por atraparme con alguna de sus peliagudas tentaciones, pero sospechaba que el príncipe llevaba tanto tiempo sin tratar con mortales que había perdido la práctica. El hecho de tener que sacar el tema a colación me ponía de los nervios. Fingí que se debía a la ansiedad de salirme de la rutina habitual, aunque la verdadera razón era que no quería que Grajo me ofreciera rosas cuyo perfume me hiciera olvidar los recuerdos de mi infancia, ni diamantes que me despertaran un interés inaudito por las gemas a partir de entonces ni plumón de ganso que me robara los sueños. Sabía que esa parte de él existía, pero no quería verla. Y aquel sentimiento era más peligroso que todos los encantamientos que pudiera ofrecerme.

En tres ocasiones dejé el pincel y abrí la boca para hablar, hasta que, por fin, a la cuarta, encontré el valor necesario. Él alzó la vista de la taza de té que había estado analizando — con bastante recelo, pensé — y escuchó lo que tenía que decirle.

—Sí, claro —convino cuando hube acabado y, acto seguido, me sorprendió al preguntarme—: ¿Qué tipo de encantamiento te gustaría?

Me paré a reevaluarlo. A lo mejor prefería ver cómo los mortales

orquestaban su propia ruina. En ese caso, tendría que extremar la precaución. Sopesé cada una de las palabras que acudieron a mi lengua.

—Uno que me alerte cuando yo o alguno de los míos esté en peligro. —Me tomé un momento para revisar los puntos débiles de la petición y continué—: Con «los míos» me refiero a mi tía Emma y a mis hermanas adoptadas, Marzo y Mayo. La señal debe ser sutil, para no llamar la atención, y clara, para que no la pase por alto llegado el caso.

Depositó la taza de té en la mesita auxiliar, se cruzó de brazos y me lanzó una sonrisa torcida. Me armé de valor.

—Cuervos —sugirió, y su respuesta volvió a desarmarme.

¿Cuervos? No supe dilucidar si la idea se debía a la vanidad, a una deprimente falta de imaginación o a ambas cosas.

—Perdonad el atrevimiento, pero los cuervos pueden ser muy ruidosos. Si huyera a la carrera de un... —titubeé y opté por cambiar de tema— salteador de caminos, por ejemplo, no creo que una bandada de cuervos graznando sobre mi escondite me fuera de mucha ayuda.

—Ah, ya veo. En ese caso, cuervos bien amaestrados. De los que cuidan sus modales.

—Sois extrañamente persistente, señor. ¿Hay algo en esos cuervos que pueda llegar a lamentar? —La frustración endureció mi voz. Me resultaba imposible calarlo. Tenía que haber algún resquicio. Por Dios, tenía que haber uno que me recordara lo que era en realidad—. ¿No me atormentarán vaticinando mi propia muerte o me mantendrán en vela por las noches o bajarán en tropel cuando esté a punto de golpearme un dedo?

—¡No! —exclamó medio levantándose del asiento. Se refrenó, apartó la espada y volvió a hundirse en él con la inquietud reflejada en la cara. Lo miré fijamente—. No estoy tramando ninguna fechoría —continuó, y su voz delató la misma frustración que la mía—. Y, aunque lo intentara, no parece que fueras a permitirla.

Las palabras se me atascaron en la garganta. Los elfos nunca mentían. Desvié la mirada de aquellos ojos que no podía describir ni plasmar en un lienzo.

—No, no lo haría. Pero, ya que me lo garantizáis, acepto... los cuervos. —Avergonzada por lo estirada que parecía, apreté los puños hasta que las uñas se me clavaron en las palmas—. Podemos discutir el resto de los términos mañana.

La mención de la palabra *mañana* hizo que se le iluminara la cara e inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Lo estoy deseando —respondió de buena gana y, con eso, el asunto quedó zanjado.

Reprimí una sonrisa y cogí una espátula por error antes de encontrar el pincel.

Cuando se hubo marchado, no pude quitarme de la cabeza la idea de que había insistido en lo de los cuervos por algo. Ya casi había acabado de limpiarlo todo cuando se me ocurrió una posible explicación. Se me encendieron las mejillas y una punzada de anhelo punteó una cuerda dulce y triste en mi estómago. En realidad, era muy sencillo: no quería que me olvidara de él cuando se hubiera ido.



Las siguientes semanas se difuminaron. El verano permaneció

inmutable. Sin embargo, mientras los campos se cocían a fuego lento bajo el sol en el exterior, en mi salón se había producido un cambio vital: cuando Grajo no estaba allí, no hacía más que pensar en él. Durante nuestras sesiones, el corazón me martilleaba como si hubiera echado una carrera. Me pasaba la mitad de la noche dando vueltas en la cama, atormentada por el enigma de aquellos ojos que era incapaz de pintar, desvelada y medio loca por la luz de luna que se colaba a través de mi ventana y cuyo brillo habría jurado que superaba con creces al de cualquier otra luna que hubiera visto con anterioridad. Así debía de ser el despertar de la primavera, pensé. Me sentía más viva que nunca, en un mundo que ya no me parecía estancado, sino cargado de una promesa apasionante.

Sabía que sentir aquello por Grajo era peligroso, pero el peligro lo hacía aún más sugerente. Quizá todos los años que había pasado en solitario con una educada sonrisa dibujada en la cara me habían desequilibrado un poco y la locura no había empezado a hacer efecto hasta que había probado algo nuevo. Caminar por el borde de un precipicio cada vez que intercambiábamos una reverencia o un saludo, a sabiendas de que un paso en falso podía exponerme a un peligro mortal, hacía que la sangre me bullera en las venas. Me regocijaba por mi propia inteligencia. De todos los artistas de Extravagancia, yo era la que mejor conocía a los elfos. A medida que los días se me escurrían como el agua entre los dedos, escabulléndose por mucho que intentara aferrarme a ellos y conduciéndome hacia el inevitable final de un momento que me hubiera gustado que durara para siempre, la convicción de que podía manejar a Grajo se fue convirtiendo en una certeza absoluta.

Y habría seguido creyéndolo si no hubiera averiguado lo que les

pasaba a sus ojos durante nuestra última sesión.

—Tábano me dijo que, la primera vez que lo pintaste, los pies no te llegaban al suelo —me comentó, y así empezó todo—. Lo dijo como si sólo fuera... Isobel, ¿qué edad tienes? Nunca se me ha ocurrido preguntártelo.

—Diecisiete —respondí, apartándome del cuadro para ver su reacción.

En el transcurso de nuestras primeras sesiones había posado tieso como una vela, al parecer porque pensaba que iba a interferir en mi trabajo si se movía demasiado. Cuando le aseguré que habíamos llegado al punto en el que la postura ya no importaba, se tumbaba de costado en el diván para poder mirar a menudo por la ventana, como si le apenara perderse una sola nube o un solo pájaro que pasara. Pero incluso entonces continuaba mirándome la mayor parte del tiempo. Nuestra relación se había relajado peligrosamente.

No reaccionó como yo esperaba. Se limitó a mirarme durante un rato con cara de perplejidad o quizá de derrota.

—¿Diecisiete? —repitió—. Eres muy joven para ser toda una autoridad en la materia. ¿Y dices que ya eres adulta del todo?

Asentí. Y habría sonreído si no llega a ser por la expresión de su cara.

—Sí, soy joven. La mayoría de los de mi edad no alcanzan este nivel. Empecé a pintar en cuanto aprendí a sujetar un pincel.

Negó con la cabeza y bajó la vista al suelo. Se llevó la mano al bolsillo, preocupado.

—¿Y vos qué edad tenéis? —pregunté yo, estupefacta por el aire de melancolía que se había apoderado de él.

—No lo sé. No puedo... —Miró por la ventana. Un músculo se

movió en su mandíbula—. Los elfos no prestan atención a los años, pasan muy rápido. No creo que pudiera decírtelo de un modo que me entendieras.

¿Cómo sería? Conocer a una chica, estrechar lazos con ella en el transcurso de una tarde dorada y darte cuenta enseguida de que, para ella, cada minuto que pasaba era un año. Cada segundo, una hora. Estaría muerta antes de que el sol saliera al amanecer. Un dolor mudo y punzante me retorció el corazón.

Fue entonces cuando vi el secreto que se escondía en lo más profundo de sus ojos. Aunque era imposible, se trataba de pena. No del típico pesar efímero propio de los elfos, sino de una pena humana, desalentadora e infinita, que se abría en su alma como un gran abismo. No era de extrañar que no hubiera podido identificar el defecto hasta entonces: aquella emoción no pertenecía a los de su clase. Ni por asomo.

El tiempo se detuvo. Me dio la impresión de que hasta las motas de polvo que brillaban en el aire se habían quedado inmóviles.

Tenía que estar segura de lo que había visto. Crucé la habitación en estado de trance y llevé mi mano a su mejilla con tanta delicadeza que apenas llegué a tocarlo. Él no me había prestado atención e hizo un levísimo movimiento como de retroceso antes de mirarme. Sí, era evidente que la pena seguía allí. Y, junto a ella, dolor y confusión, en tal extremo que me pregunté si él mismo sería consciente de lo que sentía o si le resultaría ajeno, como tantos aspectos de los elfos lo eran para nosotros.

—¿Te he ofendido? —me preguntó—. Lo siento, no pretendía insinuar...

—No. —Me esforcé por que mi voz sonara normal—. Me he dado

cuenta de algo en lo que necesito trabajar más antes de acabar vuestro retrato. ¿Podrías mantener la cabeza así durante unos minutos?

Consciente de que me estaba tomando demasiadas libertades, alcé la otra mano, le cogí la cara y se la giré suavemente hacia el caballete, lo justo para que la luz oblicua le diera en los ojos. Él me dejó hacer en silencio mientras me observaba y me calentaba las muñecas con su cálido aliento.

Aquel era nuestro último día juntos. La primera y la última vez que tendría la oportunidad de tocarlo. La evidencia de aquel gesto palpitó entre nosotros como un corazón latente. Al mirarnos de aquel modo, salió a la luz otra verdad inequívoca. Sentía que la conexión entre nosotros era tan tangible como un apretón de manos o una palmada en el hombro. Y sabía que él también lo sentía.

Retrocedí mareada y cerré la puerta a aquella sensación antes de que cobrara forma. Unas manchas negras se propagaron por las comisuras de mis ojos y un pánico frío me hizo expulsar todo el aire de los pulmones. Fuera lo que fuese aquello, tenía que acabar. En ese mismo instante.

Andar por el borde de un precipicio sólo era divertido hasta que el borde dejaba de ser una metáfora.

Los mortales prestaban poca atención a los crípticos edictos de la Ley del Bien, pero una de sus normas recaía sobre nosotros de todas formas: estaba prohibido que un elfo se enamorara de una humana y viceversa. Lo cual, para ser sinceros, era casi una broma. El tipo de cosa sobre la que los artistas escribían canciones y tejían tapices. Nunca había ocurrido y nunca podía ocurrir porque, a pesar de su coquetería y de su necesidad de atención, los elfos no sentían nada parecido al verdadero amor. O eso creía yo. Ahora dudaba de todo lo

que me habían dicho sobre los semejantes de Grajo, de todo lo que había visto con mis propios ojos, de las leyes claras y sensatas que había dado por sentadas durante toda mi vida. Las leyes no existían sin una razón... o un precedente.

¿Y cuál era el castigo? Ya se sabe cómo son estas cosas: no podía ser otro que la muerte. Para salvar su vida, para salvar la vida de ambos, la mortal debía beber del Pozo Verde. Eso si los elfos no los capturaban antes.

—Por favor, quedaos quieto —le pedí. Me salió con frialdad y el crujido que emitió mi silla sonó a leguas de distancia. Elevé el pincel sin atreverme a mirarlo; temía ver cómo reaccionaba a mi cambio de conducta.

Cuando el mundo se me caía encima, siempre me refugiaba en mi trabajo. Era un auténtico santuario donde los problemas se difuminaban entre la exigencia y la obsesión que este requería. Me concentré en los ojos de Grajo, en el aroma intenso y delicado de la pintura al óleo, en el trazo brillante y sensual que mi pincel iba dibujando por el lienzo rugoso, y en nada más. Ese era mi arte, mi propósito. Estábamos allí sólo por esa razón. Su expresión enigmática era algo que sólo un maestro podía reproducir y yo estaba dispuesta a hacerle justicia. La técnica residía en las sombras de sus iris: profundas, turbias y misteriosas, como la oscuridad que proyecta una barca en el fondo de un lago cristalino. No la cosa en sí, sino la forma fantasmal que deja a su paso.

Y, mientras trabajaba, una fiebre se apoderó de mí, una excitación derivada de mi talento, y tuve la absoluta certeza de que estaba a punto de terminar un retrato único. Me olvidé de quién era, barrida por aquella fuerza que parecía atravesarme de fuera adentro y de

dentro afuera.

La luz menguó, pero no me di cuenta de ello hasta que la habitación se quedó en penumbra y el lienzo se oscureció. Emma estaba en casa; la oía moverse por la cocina, intentando no hacer demasiado ruido mientras llevaba a las gemelas arriba. Me dolía la muñeca. Unos mechones de pelo me caían por las sienes sudorosas. Sin previo aviso, me detuve a moldear el pincel y me percaté de que había acabado. Grajo me miraba como si su alma estuviera atrapada en dos dimensiones.

De pronto sonó a lo lejos el toque de un cuerno.

Se puso en pie de un salto y atravesó la estancia sombría con todos los músculos en tensión. Hizo ademán de coger la espada. Lo primero que pensé, confundida, fue que se trataba de otro animal fantástico, pero el sonido no coincidía: alto, nasal y sostenido. Me reafirmé cuando el cuerno sonó por segunda vez, tembloroso, y luego se calló.

Sentí un escalofrío por la espalda. Aunque la llamada de la Cacería Salvaje apenas se oía en Extravagancia, era difícil de olvidar.

—Debo irme, Isobel — anunció mientras se colocaba el cinto de la espada—. La Cacería se ha colado en las tierras del otoño.

Me levanté tan de súbito que tiré la silla. Esta restalló como el disparo de un mosquete contra las tablas del suelo, pero no me inmuté.

—Esperad. El retrato ya está.

Se detuvo con la mano apoyada en la puerta entreabierta. Me dio la horrible sensación de que no pensaba mirarme. De que no... podía. Entonces supe, sin la menor sombra de duda, que pretendía desaparecer otra vez del mundo de los humanos, totalmente y, en lo que respectaba a mi vida mortal, para siempre. Ninguno de los dos

podía permitirse tentar a la suerte. Cuando se marchara, no volveríamos a vernos.

—Prepáralo para enviarlo a la corte del otoño —indicó con voz hueca—. Un elfo llamado Helecho lo recogerá dentro de dos semanas. —Vaciló, pero en ese momento el cuerno sonó de nuevo y se limitó a añadir—: Un cuervo para un peligro incierto. Seis para uno inminente. Doce para la muerte, si no se evita. El encantamiento queda sellado.

Se agachó para cruzar el dintel y franqueó la puerta. Y, de esta forma, se fue para nunca volver.

Ahora debo contaros lo tonta que soy. Antes de los días grises y mortecinos que siguieron a la marcha de Grajo, siempre me había burlado de aquellas historias en las que las jóvenes añoraban a sus pretendientes ausentes, muchachos a los que apenas conocían y de los que no tenían derecho a enamorarse. ¿No se daban cuenta de que sus vidas valían para algo más que para aspirar al dudoso afecto de un tontaina cualquiera? ¿De que la vida no giraba sólo en torno al desamor?

Pero entonces lo vives en tus propias carnes y eres igual que todas las demás. Te siguen pareciendo absurdas, por supuesto, pero te unes al grupo con humildad. ¿Acaso el absurdo no es una cualidad inherente a los seres humanos? No somos criaturas intemporales que vemos pasar los siglos desde la distancia. Nuestro mundo es pequeño y nuestra vida corta, y sangramos cuando nos pinchan.

Dos días más tarde, hice inventario mental de los defectos de Grajo, dispuesta a darme el gusto de criticarlo un poco. Era arrogante, egocéntrico y obtuso, y no me merecía en absoluto. Sin embargo,

cuando rememoré enfadada nuestro primer encuentro, no pude evitar recordar lo rápido que se había disculpado, aunque no tuviera la menor idea de por qué lo hacía. Me acordé exactamente de su expresión. Al final del ejercicio, acabé sintiéndome mucho peor.

Tres días más tarde, metí el puñado de bocetos preliminares a carboncillo que había hecho de él entre unas hojas de papel encerado, los até y los escondí en el fondo del armario, decidida a no volver a mirarlos hasta que se me pasaran las ganas irrefrenables de verle la cara. La tarde dorada ya era historia. Cuando me recordara, si es que lo hacía, ya llevaría mucho tiempo muerta.

Comía. Dormía. Me levantaba de la cama por la mañana. Pintaba, fregaba los platos, cuidaba de las gemelas. Cada día amanecía azul y radiante. Durante las tórridas tardes, el zumbido de las cigarras se diluía en una vibración monótona. Era mejor así, me decía a mí misma, tragándome el mantra como un trozo de pan amargo.

Era mejor así.

Dos semanas más tarde, como me había prometido, Helecho vino y se llevó el retrato envuelto en una tela dentro de un cajón relleno de paja. Después de la tercera semana ya me sentía un poco mejor conmigo misma, aunque parecía que me faltaba algo y sospechaba que nunca volvería a ser la de antes. Tal vez aquello formara parte del hecho de hacerse adulta.

Una noche, cuando ya había oscurecido, fui a la cocina y me encontré a Emma echada sobre la mesa. Se había quedado dormida y así de mala manera un frasco de tintura a punto de volcar. En el mortero se veían unas hierbas acres a medio moler. No era ningún descubrimiento insólito.

—Emma —susurré, y le di un golpecito en el hombro.

Ella apenas acertó a murmurar una respuesta.

—Es tarde. Acuéstate, anda.

—De acuerdo, voy —dijo desde detrás de sus brazos, que amortiguaron su voz, pero no hizo ademán de moverse.

Le quité la tintura de la mano y la olí; luego le puse el tapón y la dejé a un lado. Sabía lo que contenía por el aliento de Emma.

—Vamos.

Me eché su brazo flácido por los hombros y la aupé. Los tobillos se le doblaron antes de apoyar los pies en el suelo. Subir las escaleras demostró ser tan interesante como esperaba.

La gente solía confundirla con mi madre. Sobre todo los niños y los forasteros, aquellos que no sabían lo que les había ocurrido a mis padres o que Emma, como médico de Extravagancia, había intentado salvarle la vida a mi padre y había fracasado. Al contrario que mi madre, este no había muerto en el acto, lo que, a todos los efectos, habría sido mucho mejor.

Así que supongo que no podía enfadarme con ella por sus vicios, ni siquiera cuando estos le daban la vuelta a la tortilla y me convertían en su cuidadora. Quizá se le hubiera muerto un paciente aquel día, aunque ya hacía mucho que había dejado de preguntarle por esas cosas, en cuanto yo misma había empezado a atar cabos. En especial, no podía olvidar que yo era la razón de que siguiera en el pueblo. Si no hubiera sido por mí, por la responsabilidad de criar a la hija de su hermana, a la hija del hombre que había muerto en sus brazos, se habría marchado al Otro Mundo en cuanto hubiera podido. En un lugar donde los encantamientos reinaban por encima de todo y las criaturas que comerciaban con ellos no necesitaban la medicina humana... En fin, su vida ideal no estaba precisamente allí.

A ella también le faltaba algo, y yo haría bien en tenerlo presente.

— ¿Puedes quitarte los zapatos? — le pedí conforme la bajaba hasta el borde de la cama.

— Mmm..., sí — respondió con los ojos cerrados, de modo que se los quité yo y los coloqué bajo el faldón para que no se tropezase con ellos si se levantaba en mitad de la noche. Después me agaché y le di un beso en la frente.

Ella entreabrió los ojos. Eran marrones oscuros, casi negros, como los míos; enormes y penetrantes. Tenía las mismas pecas desperdigadas por su clara tez y el mismo pelo abundante y trigueño. Antes de que todo ocurriera, recuerdo haberla oído bromear con mi madre sobre que las mujeres de nuestra familia eran las dueñas y señoras: legaban sus genes sin aporte alguno por parte de los hombres.

— Siento lo de tu Grajo — murmuró, alzando la mano para tirarme con cariño de un mechón de pelo idéntico al suyo.

Me quedé helada. Empecé a titubear, a tambalearme en el borde del precipicio.

— No sé de qué...

— Isobel, no estoy ciega. Era consciente de lo que pasaba.

Sentí una terrible acidez en el estómago. Me salió una vocecilla tensa, preparada para elevarse con estridencia y ponerse a la defensiva:

— ¿Y por qué no me dijiste nada?

Su mano se desplomó en la colcha.

— Porque no iba a decirte nada que tú no supieras. Confiaba en que tomarías la decisión correcta. — Mi hostilidad, lanzada con remordimientos a su cara de comprensión, se desinfló de súbito, si bien el vacío que dejaba atrás era muchísimo peor aún —. Además, me preocupo por ti. Tu arte te tiene tan ajetreada y aislada que nunca has

tenido la oportunidad de experimentar... un montón de cosas. Lo hemos pasado mal mientras nos las apañábamos sin los encantamientos, pero me gustaría que...

Un golpe seco hizo temblar el techo y, acto seguido, se oyó una risotada maniaca. Agradecí la interrupción. Cuanto más hablaba Emma, más me costaba retener las lágrimas.

—Ay, Dios, las gemelas. — Su voz chirrió como el papel de lija.

Alzó la vista con resignación.

Me apresuré a levantarme.

—No te preocupes. Ya me ocupo yo.

La vieja escalera que conducía al ático crujió bajo mi peso. Cuando entré en el dormitorio de las gemelas, un cubículo diminuto de techos bajos e inclinados en el que apenas cabían dos camas y un tocador, ambas fingieron estar dormidas, aunque no habrían logrado engañarme ni aunque hubieran reprimido aquella risita.

—Sé que tramáis algo, así que soltadlo.

Me fui hacia Mayo y le hice cosquillas. Sólo confesaba bajo tortura.

—¡Marzo! —chilló, revolviéndose bajo la colcha—. ¡Marzo quiere enseñarte algo!

Cedí y miré a esta última con los brazos en jarras, intentando parecer firme. A juzgar por sus mejillas infladas, estaba a punto de espurreame agua en toda la cara, o probablemente algo menos agradable. No podía mostrar debilidad. Di golpecitos con el pie en el suelo y arqueé una ceja en señal de impaciencia.

—Puaaaaj —profirió, y escupió un sapo vivo en lo alto de la colcha.

Negué con la cabeza ante la risa histérica de Mayo.

—Bueno, al menos no te lo has tragado —concluí, lanzándome a por la húmeda y traumatizada criatura. La atrapé antes de que pujara por su libertad escaleras abajo—. Ahora calmaos, ¿de acuerdo? Emma tiene una noche de esas.

No sabían lo que aquello significaba, sólo que era serio, y ya se me ocurriría algún modo de recompensarlas por su buen comportamiento.

—Bueno —aceptó Mayo soltando un suspiro y dejándose caer en la cama. Me miró casi sin prestarme atención—. ¿Qué vas a hacer con él?

—Ponerlo lo más lejos posible de la boca de Marzo.

«Espero que el pobre no tenga pesadillas», pensé, y cerré la puerta a mi espalda.

Anduve sin rumbo por la casa; la luz de la luna dibujaba formas extrañas en el desorden del salón. Una Verbena a medio terminar me sonreía con frialdad desde el caballete; ostentaba una expresión que bien podría haberse tallado en el maniquí de un fabricante de pelucas. Trabajar con ella me había supuesto una auténtica conmoción después de lo de Grajo, aunque sabía que sólo se trataba de la vuelta a la normalidad, significara lo que significase aquello.

Crucé despacio la cocina y salí a la hierba húmeda, donde liberé al sapo. El animal se adentró a saltos en la maleza y se dirigió al bosque. Al otro lado del campo iluminado por la luna plateada, las copas de los árboles despuntaban sobre el horizonte como un banco de nubes.

La brisa hacía ondear el trigo y silbaba entre la hierba, helando el rocío en mis pies. El viento soplaba desde el bosque y, por un momento, imaginé que captaba un susurro de aquel aroma fresco, silvestre y nostálgico, el aroma de Grajo, que me había robado el

corazón y no pensaba devolvérmelo. Sabía lo que era: el otoño.

De repente, el pecho se me hinchó de una añoranza indecible y un dolor se me alojó en la base de la garganta como un grito silenciado. Allí fuera me esperaban un sinfín de vidas diferentes, lejos de la seguridad de mi hogar familiar y de mi restrictiva rutina. El mundo entero me estaba esperando. Sentí una punzada de anhelo. Ojalá fuera de las que se desahogaban pegando un grito.

Me sequé las manos mojadas en la hierba y volví sobre mis pasos.

Oí un batir de alas en el viejo roble.

Me giré. El viento me revolvió el pelo. Divisé un cuervo en el árbol. Pero ¿de cuál se trataba: del que debía anunciarme un peligro o de aquel que amaba?

Antes de que pudiera reaccionar, Grajo se plantó ante mí. Sólo me dio tiempo a pensar: «De ambos». Pues aquel no era el Grajo que conocía. Cuando las plumas se retiraron y se reunieron en un largo abrigo, revelaron una cara lívida de furia. Ninguna media sonrisa ablandaba aquella máscara petrificada y sus ojos amatista fulguraban como llamas.

— ¿Qué has hecho? — gruñó.

Cinco

Aquella desconcertante pregunta me heló el alma. Negué con la cabeza sin mediar palabra. Tenía que entrar en casa.

Anticipándose a mis movimientos, me acorraló contra un lateral y me retuvo allí. No me tocó, pero los brazos que enmarcaban mis hombros y las fuertes manos que agarraban la madera que quedaba junto a mi cara irradiaban una clara amenaza. Descartada la huida como opción, descubrí que no podía apartar la vista de él. Su boca, normalmente expresiva, estaba apretada hasta formar una fina línea blanca mientras esperaba una respuesta por mi parte. Yo habría agradecido cualquier cambio en su gélida expresión, incluso a peor, que me diera alguna pista de lo que pasaba por su cabeza.

—Grajo, no sé de qué estáis hablando —dije, y soné tan intimidada como realmente me sentía—. Yo no he hecho nada.

Él se enderezó hasta alcanzar toda su dimensión. Había olvidado lo alto que era. No conseguía reclinar la cabeza hacia atrás lo suficiente como para abarcarlo entero.

—Deja de tomarme el pelo. Sé que sabotaste el retrato. ¿Por qué? ¿Trabajas para otro elfo? ¿Qué te han ofrecido para que me traiciones?

—¿Ofrecerme? ¿De qué estáis hablando?

En sus ojos distinguí un destello. Pero, aunque le hubiera hecho entender la realidad, rápidamente se reafirmó en sus dudas.

—Le hiciste algo entre la última sesión y cuando me lo enviaste. Ahora tiene un defecto y todo el que lo contempla lo nota.

—Os pinté a vos, eso es todo. Es lo único en lo que consiste mi arte. ¿Cómo iba a...?

«Oh, oh».

—Pues le hiciste algo —siseó, y sus dedos se curvaron contra la pared.

—¡No! Quiero decir, sí, pero no era parte de ningún plan o sabotaje. Lo juro. Os pinté tal y como sois. Lo vi, Grajo. Lo vi todo, aunque intentaseis ocultarlo.

Vale. Puede que sea un prodigio artístico, pero nunca he dicho que fuera un genio. Justo en ese momento se me ocurrió que la pena secreta de Grajo podía ser secreta por un motivo. Que podía ser un secreto incluso para él.

—¿Que lo viste todo? —Su voz adquirió un calmado tono amenazador. Se inclinó sobre mí, acorralándome con su cuerpo desde todos los ángulos—. ¿Qué es lo que crees que viste con tus ojos mortales, Isobel? ¿Alguna vez has visto los esplendores de la corte del verano o presenciado la muerte de elfos tan viejos como la propia Tierra en las montañas de cristal de la corte del invierno? ¿Has contemplado a generaciones enteras de seres vivos crecer, florecer y morir en menos tiempo del que te lleva soltar un simple suspiro? ¿Recuerdas lo que soy?

Me encogí contra las tablas que se me clavaban en la espalda.

—Puedo cambiarlo —afirmé, y enseguida me pregunté si acababa de mentirle. Aunque mi vida dependiera de ello, la idea de destruir mi obra perfecta se me antojaba inimaginable. Era el único ejemplo de su clase en el mundo entero.

Grajo soltó una carcajada amarga.

—El retrato se expuso públicamente ante la corte del otoño. Toda mi casa lo ha visto.

La mente se me quedó en blanco.

—Mierda —convine elocuentemente tras una pausa.

—Sólo hay un modo de restaurar mi reputación: vendrás conmigo para someterte a un juicio por tu delito en las tierras del otoño. Esta noche.

—Esperad...

Grajo se retiró. Cegada por la luna, cuyo resplandor me daba de lleno en los ojos, me vi caminando tras él por el patio hacia el trigal que me llegaba a la altura del hombro. Mis piernas se movían a trompicones, como si pertenecieran a una marioneta controlada por un titiritero. Un pánico inconsciente se apoderó de mí. Por mucho que recriminara a mi cuerpo su traición, era incapaz de dejar de andar.

—Grajo, no podéis hacer esto. No conocéis mi verdadero nombre.

Él no se molestó siquiera en girarse mientras hablaba. Tuve que conformarme con el frufrú de su abrigo.

—Si estuvieras sometida a un encantamiento, no lo sabrías. Me seguirías por voluntad propia, convencida de que tú misma habrías tomado la decisión. Esto no es más que un burdo hechizo. Pareces haber olvidado lo que soy al fin y al cabo. Sólo existe un elfo en todo el mundo más fuerte que yo, y dos que me igualan.

—El rey Aliso —murmuré. En la distancia, los árboles se mecieron.

Grajo se detuvo en seco. Ladeó la cara ofreciéndome una perspectiva de su perfil, aunque no me miraba, como si no quisiera apartar la vista de otra cosa.

—Una vez que nos adentremos en el bosque —dijo—, no menciones esas palabras. Ni siquiera las pienses.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Lo único que sabía sobre el

rey Aliso era que era el señor de la corte del verano y que había gobernado a los elfos desde siempre. Los límites de su influencia se extendían a lo lejos, imponiendo en Extravagancia un eterno estío. En aquel momento pareció que los árboles se juntaban, que susurraban. Que esperaban a que dejara atrás aquellos clavos oxidados y torcidos y caminara bajo sus ramas para poder observar y oír. Casi había llegado a los límites de mi jardín cuando sentí como si estuviera a punto de traspasar el cerco de luz emitida por un farol y adentrarme en una oscuridad sin fin colmada de horrores. No, no sólo lo sentí, era la realidad.

No podía gritar. No alcanzaba a imaginar lo que le ocurriría a Emma si salía corriendo de casa y la idea de que las gemelas lo presenciaran me horrorizaba. Pero tampoco podía limitarme a ir detrás de él como una marioneta, directa al bosque plagado de sombras que tenía delante.

Tragué saliva, me agarré la falda a puñados e hice una torpe reverencia a su espalda.

Él se giró y se inclinó, mirándome como si fuera a fulminarme allí mismo. En cuanto volvió a girarse y dio otro paso, hice otra reverencia. Repetimos aquel extraño ritual cuatro veces y su expresión fue tornándose cada vez más iracunda antes de que notara que el hechizo que controlaba mis piernas me subía por el cuerpo y me petrificaba la cintura, confiriéndole la rigidez de la de una muñeca de porcelana. Hasta ahí llegó mi plan.

Nos sumergimos en el prado. El trigo susurraba a mi alrededor, me hacía cosquillas, me arañaba y se enganchaba en la basta tela de mi ropa. Cuando miré por encima del hombro, no vi luces en la casa. ¿Sería esa la última vez que vería mi hogar? ¿A mi familia? De repente,

sentí tanto aprecio por las tejas y aleros plateados, y por el viejo y gran roble que había junto a la puerta de la cocina, que los ojos se me empañaron de lágrimas. Grajo no se percató de mi aflicción. ¿Se preocuparía si me viera llorar? Tal vez sí. Tal vez no. En cualquier caso, no pasaba nada por averiguarlo.

Flexioné los dedos. Bien: mis brazos seguían estando libres. Encontré el bolsillo escondido entre los pliegues de la falda y empecé a pellizcar una costura con las uñas.

—Grajo, esperad —le pedí. Otra lágrima caliente me rodó por la mejilla y se me coló por el cuello del vestido—. Si en algo os importo u os he importado, deteneos un momento y permitid que me recomponga.

Su paso se ralentizó hasta detenerse. Mi propia marcha continuó hasta que me hallé justo detrás de él, que era justo lo que esperaba.

—Yo... —empezó, pero no tuve oportunidad de oír lo que había estado a punto de decir.

Le cogí la mano y se la apreté con fuerza, asegurándome de que el anillo que había sacado del bolsillo se le incrustara en la piel. No era un anillo cualquiera; estaba forjado en hierro puro y frío.

Él se balanceó en el sitio, como si el suelo se hubiera derrumbado a sus pies. Entonces se zafó de mi mano, se giró y me rodeó emitiendo un gruñido feroz que dejaba sus dientes al descubierto. El corazón me dio un vuelco. Con el paso de los años y tras observar las imperfecciones individuales en el glamur de cada elfo, me había hecho una idea de cuál era su aspecto real bajo su fachada exterior. Pero resultó que aún no estaba preparada para esa visión.

En su forma verdadera, Grajo parecía una criatura demoníaca salida de las entrañas del bosque: no espantosa, para ser exactos, pero

sí terroríficamente sobrehumana. La vida había abandonado su piel dorada y le había dejado un gris seboso y enfermizo, tenía las mejillas hundidas y el pelo se le enredaba alrededor de la cara como sombras arrojadas por una zarza. Sus ojos luminosos, ahora penetrantes y desprovistos de compasión o sentimiento, me recordaron a los de un halcón. La longitud y el número de articulaciones de sus dedos eran sorprendentes y, por lo holgada que le quedaba la ropa, se notaba que estaba esquelético. Pero lo peor de todo eran sus dientes, afilados como cuchillos tras el labio superior retraído.

Casi de inmediato, el regreso de su glamur le rellenó las mejillas, le alisó el pelo y le devolvió el color a su cara cenicienta, aunque aquella imagen espantosa se había grabado a fuego en mi mente para siempre.

—¿Cómo te atreves a usar hierro contra mí? —dijo con voz áspera, presa de una agonía que estrangulaba cada una de las sílabas—. Sabes tan bien como yo que en Extravagancia está prohibido por ley. Debería matarte aquí mismo.

Me debatí por mantener la voz templada mientras el corazón me martilleaba en el pecho:

—Sé que los de vuestra especie cumplís vuestra palabra y que valoráis la justicia en gran medida. Si pretendierais matarme por llevar hierro, ¿no sería justo y necesario administrar el mismo castigo a cualquier otra persona culpable de idéntica ofensa?

Dudó. Asintió sin apartar la vista.

—Entonces, si habéis de matarme, debéis hacer lo mismo con todos los habitantes de Extravagancia, hasta el último niño. Todos portamos hierro en secreto desde el día que nacemos hasta el día en que morimos.

—Desgraciada... —En cualquier otra circunstancia, su

consternación habría resultado cómica—. Primero me traicionas y ahora..., ahora me dices...

Se devanó los sesos por encontrar las palabras. Quedaba claro que no estaba acostumbrado a que lo derrotaran en su propio terreno. Porque, por supuesto, los elfos no podían ir por ahí matando a toda Extravagancia; codiciaban demasiado el arte para pensarlo siquiera.

Di un suspiro tranquilizador.

—Sé que no puedo escapar de vos. Hechizarme para que camine no cambia nada, aparte de gastar energía que podríais emplear en otra cosa. —Debo admitir que me lo estaba jugando todo a aquella carta, pero, por el modo en que Grajo apretó los labios, supe que había dado en el clavo—. Así que, si me dejáis caminar libremente y conservar mi hierro, iré con vos de buena gana en cuerpo, aunque no en espíritu.

Entonces dio una, dos, tres zancadas hacia atrás entre el trigo, giró sobre sus talones y se dirigió con paso airado hacia los árboles. Yo lo seguí dando trompicones: el desvanecimiento del hechizo fue su única respuesta.

Mi mente clamaba que escapara, pero sabía que eso diezmaría mis oportunidades y tal vez las arruinara para siempre si intentaba huir en aquel momento. Así que no tenía otra alternativa que seguirlo por el trigal, por la maleza, hasta el bosque que esperaba al otro lado y que sólo unos cuantos humanos se habían atrevido a pisar antes, aunque ninguno de ellos había vivido para contarlo.

Cada músculo de mi cuerpo se tensó ante la expectativa de más maldades élficas, pero mis objeciones iniciales demostraron ser sorprendente y desagradablemente mundanas. Mi aliento bronco resonaba en mis oídos y la falda se me pegaba a las piernas sudorosas

mientras me abría paso a duras penas entre los matorrales. Los cadillos se me enganchaban en las medias y no hacía más que tropezar con raíces y piedras. Mientras tanto, Grajo parecía no existir siquiera; se deslizaba por entre la vegetación como si nada. De vez en cuando, una rama se le enganchaba en el hombro, pero se combaba, se soltaba y me daba a mí en la cara; creo que lo hacía a propósito.

—Grajo.

Ninguna respuesta.

—Está oscureciendo demasiado; ya no hay luz de luna. No veo nada.

Una luz feérica emergió de su mano alzada. Era púrpura, del mismo color que sus ojos, y más o menos del tamaño de un puño, vaporosa y titilante. Flotó hasta casi rozar el suelo e iluminó las hojas con un resplandor espectral. La voz de mi madre advirtiéndome que nunca siguiera esas luces se encontraba entre mis primeros recuerdos.

Caminamos y caminamos.

—Mmm. —Ya no podía aguantar más sin sacar el tema—. Yo, mmm, necesito aliviarme. —Como él no daba ninguna muestra de estar escuchando, añadí—: Ya.

Entonces ladeó un poco la cabeza y su perfil se vio inundado de luz.

—Hazlo rápido.

Estaba claro que no me iba a entretener con la ropa interior bajada en un bosque oscuro al lado de un príncipe élfico. Él parecía esperar que me acuclillara y orinara allí mismo, lo cual supongo que daba igual, puesto que no nos hallábamos en ningún sendero, pero yo quería conservar cierto grado de dignidad, así que me adentré unos pasos en una masa de madreselvas y me agaché al otro lado. La luz

cabeceó obedientemente junto a mis talones.

Estuve a punto de pegar un grito cuando miré por encima del hombro y me encontré con que Grajo se cernía sobre mí.

— ¡Daos la vuelta! — exclamé.

Volví a ver aquella mirada desconcertada que me había dedicado en la cocina, aunque esta se desvaneció tan rápido que no me quedó claro si la había atisbado realmente.

— ¿Y por qué iba a hacerlo? — preguntó en un tono frío y principesco.

— ¡Porque esto es privado! Me habéis dado la espalda durante todo el camino; seguro que podéis volver a hacerlo durante unos segundos. Además, si me miráis, no me saldrá nada.

Eso, al menos, le hizo comprender. Sin embargo, como yo trajinaba por la maleza como una gallina ponedora con la falda recogida y la fina tela de su abrigo me rozaba el pelo cada vez que se movía, mi vejiga sencillamente se negaba a cooperar. Y mucho menos cuando eché un vistazo a mi alrededor para distraerme y vi un anillo de setas cercano. Cada una de ellas tenía un sombrero tan grande como un plato llano y el musgo que había entre ellas estaba salpicado de diminutas flores blancas. Decía la leyenda que los elfos utilizaban portales como esos para viajar por caminos mágicos. La idea de que de repente pudiera aparecer un segundo elfo de la nada hizo que se me encogiera aún más todo por dentro.

Un cuerno sonó en la distancia. Al oír aquella melodía estridente y trémula, se me erizaron todos los vellos del cuerpo y no me enorgullece decir que acabé regando las madreselvas en ese mismo instante.

Grajo me cogió del brazo y me puso en pie mientras yo batallaba

por recomponer mi ropa.

—La Cacería Salvaje —anunció. Desenvainó la espada delante de mí y me arrastró de vuelta por los matorrales con el otro brazo atravesado por el pecho como si fuera una rehén—. No debería habernos encontrado aquí, al menos no tan rápido. Algo va mal.

Quejarse no era lo más apropiado en un momento como aquel, así que mantuve la boca cerrada, aunque no pude evitar arañarle el brazo en señal de protesta. Volvía a llevar su broche del cuervo y este quedaba a la altura justa para que se me clavara en la nuca.

—Deja de hacer eso. En cuanto los sabuesos nos divisen, irán derechos a por ti. Matarlos es un juego de niños, pero proteger a una mortal al mismo tiempo... Debes hacer lo que te diga sin rechistar.

Con la garganta seca, asentí.

Una sombra espectral se dirigió hacia nosotros a través del sotobosque emitiendo una débil luz. Aquello no era un sabueso normal, sino una bestia fantástica. Había adquirido el aspecto de un perro de caza blanco de patas largas y pelaje abundante, pero yo sabía mirar más allá de la fachada y pronto su glamur titiló, tan rápido que sólo me quedó la impresión de algo viejo bajo el espejismo, algo muerto, oscuro y cubierto de hiedras y hojas secas. Se abalanzó en silencio sobre la madreselva y sus ojos blandos y líquidos se clavaron en mí. Percibí un hedor a podredumbre seca antes de que la espada de Grajo le asestara un golpe y lo redujera a una lluvia estrepitosa de ramitas entrelazadas con huesos humanos. Un sonido apacible y musical se elevó de su cuerpo al morir, muy parecido al suspiro de una mujer.

Un coro de aullidos colmó el aire del bosque. Yo me encogí en los brazos de Grajo. El lamento invernal era tan lastimero, tan

profundamente triste, que me costó creer que aquellas voces pertenecieran a monstruos que querían matarme.

Al oírlos, Grajo emitió un sonido despectivo; sentí la vibración en su pecho. Envainó la espada y me dio la vuelta.

—Hay más de una docena de criaturas y todas van a atacarnos a la vez. No podemos enfrentarnos a ellas. Debemos echar a correr.

Era obvio que la idea de huir le irritaba.

—No puedo...

—Sí, lo sé —me cortó, y me lanzó una mirada indescifrable—. Apártate.

El viento arremetió contra los árboles levantando un frenesí de hojas por el bosque que se estrellaron contra Grajo como una ola. Este había desaparecido y un caballo gigantesco que me miraba con unos ojos fríos y claros pateaba el suelo y resoplaba en su lugar. No cabía duda de que era él, igual que había sido el cuervo. La luz espectral que ahora planeaba sobre mi hombro reveló un toque de castaño rojizo en lo que de otro modo habría sido un pelaje negro. Sus crines y su cola eran profusas y estaban revueltas y enredadas. Se postró de rodillas ante mí dando una impaciente sacudida con la cabeza.

Estaba a punto de romper otra de las reglas vitales de Extravagancia.

Si un perro que no conoces te sigue por la noche, no te pares a mirarlo. Si te despiertas y te encuentras con un gato que no reconoces sentado en tu patio, contemplando tu casa, no le abras la puerta. Y lo más importante: si ves un hermoso caballo cerca de un lago o en la linde del bosque, nunca, jamás, intentes montarlo.

Como diría Emma: «Ay, Dios».

Me quité el anillo de un tirón y me lo metí en el bolsillo. Por muchas ganas que tuviera de vengarme de Grajo, hacerle volver a su forma normal precisamente cuando los sabuesos iban a devorarme me parecía un pelín contraproducente. Me detuve el tiempo justo para dar un suspiro tranquilizador, luego me subí a horcajadas a su ancho lomo con la falda remangada por los muslos y enterré los dedos en sus crines.

Él se encabritó, crispó sus poderosos músculos bajo el pelaje y salió disparado a galope tendido. A pesar de aferrarme a él como si mi vida dependiera de ello — bueno, la verdad es que mi vida dependía de ello —, me costaba sujetarme: daba un bote con cada impacto de sus cascos en el suelo y a continuación me desplomaba con una sacudida en el coxis tan fuerte y dolorosa que empezaba a notarme la retaguardia insensible. Y cada vez que se ladeaba para evitar un árbol, yo resbalaba sin remedio. Resollaba entre mis piernas como el fuelle de una fragua y cada movimiento de sus músculos fibrosos me recordaba que iba a lomos de una criatura que me superaba diez veces o más en tamaño. El suelo quedaba muy lejos.

Decidí que no me gustaba montar a caballo.

El aullido nos seguía y se acercaba cada vez más. Pronto distinguí elegantes siluetas blancas que atravesaban el bosque a toda velocidad por ambos lados. Los dos sabuesos más cercanos aceleraron el ritmo y viraron para cortarnos el paso. Un hueco en el dosel de los árboles permitía la entrada de un rayo de luz de luna y, cuando lo cruzaron de un salto, su pelaje espectral dio paso a la esquelética complejidad recubierta de cortezas que había debajo. Abrían unas fauces espinosas y miraban con las cuencas de los ojos vacías.

Grajo dio un impetuoso resoplido y embistió hacia delante,

acortando la distancia que nos separaba de nuestros perseguidores. Estos se giraron enseñando los dientes, pero lo hicieron demasiado tarde, pues los pisoteó con los cascos hasta convertirlos en astillas.

Sentí cierto punto de satisfacción vanidosa en su galope y en el modo en que miraba a los demás sabuesos, que ahora nos iban a la zaga, con las orejas pegadas a la cabeza, retándolos a acercarse más. Pero, como suele decirse, el orgullo antecede a la caída. Nos adentramos en un claro y Grajo trastabilló antes de chocar con la figura que se erguía en el centro y que se interponía directamente en nuestro camino.

Nunca había visto a un elfo de la corte del invierno. No suelen visitar Extravagancia. A veces me preguntaba qué aspecto tendrían sin utilizar el arte humano, ni siquiera la ropa. Por fin tenía la respuesta.

Aquel ser era extraordinariamente alto, más que Grajo, y no llevaba ningún glamur. Su tirante piel de color blanco hueso recubría una cara fina y angulosa rodeada por un halo ingrávido de pelo igualmente blanco. Sólo pude formarme esa vaga impresión de sus rasgos, pues sus ojos atrajeron y mantuvieron mi atención. Parecían dos piedras pulidas de color verde jade. Eran a la vez inescrutables y magnéticos, y estaban animados por el interés cruel y luminoso de un gato doméstico que contempla un ratón moribundo. Supe en el acto que me hallaba ante una criatura tan alejada de lo humano que sería incapaz de imitar nuestras costumbres aunque quisiera.

Iba ataviada del cuello a los pies con una armadura de corteza negra que sencillamente parecía haber crecido sobre su cuerpo, nudosa y resquebrajada por el paso del tiempo, y que sólo dejaba fuera la cabeza. Hizo un gesto forzado y elegante posando una mano en el pecho que atrajo mi atención hacia sus garras amarillentas y

larguísimas. Grajo agachó el morro en lo que pasaba por ser una reverencia malhumorada.

— ¡Oh, Grajo! — exclamó con voz estridente no muy distinta al aullido sobrenatural de los sabuesos—. ¡No sabía que traías compañía! ¡Qué interesante! ¿Qué se supone que debemos hacer?

Aquellos terribles ojos se clavaron en mí y el ser élfico sonrió, pero, aunque movió la boca, el resto de su cara permaneció impasible.

Grajo pateó el suelo y a continuación se encabritó, pillándome por sorpresa. Echó la cabeza hacia atrás de golpe y yo evité caerme rodeándole el cuello con los brazos, en los que sentí su pulso; tenía el sedoso pelaje empapado en sudor.

—No te preocupes, de momento no voy a hacer nada. —Mi cerebro paralizado reparó con cierto retraso en que se trataba de un ser femenino o en que, al menos, sonaba como tal—. Después de todo, el juego ha cambiado; vamos a tener que inventar una nueva serie de normas. No sería justo luchar hasta la muerte aquí, en este claro, no después de que una mortal te haya expuesto. Ah, hola —añadió, inclinándose hacia un lado para verme mejor. La elegante sonrisa seguía plasmada en su rostro, tan olvidada como un sombrero que se deja en un perchero.

— Buenas noches — respondí, consciente de que, aparte de Grajo, los buenos modales eran mi única protección.

— Soy Cicuta, de la casa del invierno. — Los sabuesos, más silenciosos que el vuelo de un búho, nos cercaron desde todos los rincones del claro. Deambularon alrededor de sus piernas y presionaron las estrechas cabezas contra sus manos—. Llevo liderando la Cacería Salvaje desde antes de que el árbol más viejo de este bosque echara su primera raíz.

¿Era mi imaginación o en verdad estaba oyendo a los sabuesos susurrar entre ellos con un ligero murmullo que sonaba como el cuchicheo ansioso de unas mujeres tras una puerta cerrada?

Tragué saliva intentando no pensar en lo que escondían en su interior.

—Encantada de conoceros. Me llamo Isobel. Soy, mmm, retratista.

—No tengo la menor idea de lo que eso significa —respondió Cicutu sonriendo—. Ahora, Grajo...

Este bailoteó de costado y le dedicó un espeluznante relincho.

—¡Oh, no seas maleducado! No debemos armar un escándalo sólo porque estamos en guerra el uno con el otro. Como iba diciendo antes de que me interrumpieras, creo que deberíamos poner los marcadores a cero y darte otra oportunidad. Si mis sabuesos vuelven a atraparte, entonces tendré todo el derecho del mundo a hacerte trizas. ¿Qué te parece?

Él sacudió la cabeza hacia delante y emitió un chasquido hacia el aire que los separaba. Me horroricé al descubrir que pretendía defender su posición. Giré la cara hacia sus crines para que Cicutu no me viera hablando con él.

—Por favor, aceptad —exhalé—. Vos sobreviviríais a esto, pero yo no lo conseguiría y, sin mí, nunca restableceréis vuestra reputación.

La piel se le crispaba a la altura de los hombros, como si quisiera espantar una mosca.

—¿De verdad las disputas de vuestra corte merecen tanto la pena?

Él giró la cabeza. Uno de sus ojos se fijó en mí y fue horrible ver la inteligencia que irradiaban, una inteligencia que nada tenía que ver con la forma del animal que había adoptado.

—Por favor —susurré.

Echó a andar de un tirón como si le hubiera espoleado con una fusta y, tras rodear a Cicuta y a sus sabuesos, emprendió el galope hacia la oscuridad que nos aguardaba.

—¡Date prisa, Grajo! —gritó Cicuta a nuestra espalda emitiendo un chillido estridente y casi desesperado—. ¡Pronto iré tras de ti! ¡Corre tan rápido como puedas!

Enredé las muñecas en las largas crines y me arriesgué a echar un vistazo por encima del hombro: la armadura de Cicuta se fundía tan bien con el bosque que sólo vi alejarse su pálido y cadavérico rostro hasta que las ramas y las hojas acabaron por oscurecerlo también. El cuerno de la Cacería Salvaje volvió a sonar. Caí en la cuenta de que había observado con detenimiento a Cicuta y ella no portaba ninguno.

Grajo corría como si llevara al demonio pegado a los talones. Mientras, yo me concentraba en no caerme y no prestaba atención al paisaje que atravesábamos a toda velocidad. Durante un rato, lo único de lo que fui consciente fue del rítmico golpeteo de sus cascos, del calor sofocante que desprendía su lomo y de los terrones que levantaba con el galope y que me acribillaban las piernas. Entonces, una forma brillante me pasó por delante de la cara y se alojó en el cuello de mi camisa. Al principio, no reconocí el revoloteante objeto amarillo como una hoja. Cuando lo hice, todo cambió.

Levanté la cabeza. Se me cortó la respiración. Me invadió una sensación de maravilla, más resplandeciente que un amanecer que se derrama por el horizonte, más embriagadora que una copa de champán espumoso.

Estábamos en las tierras del otoño.

A pesar de la penumbra, el bosque refulgía. Las hojas doradas que destellaban al pasar rutilaban como las chispas que suelta una hoguera y una alfombra escarlata se desplegabá ante nosotros, suntuosa y sin tacha como el terciopelo. Las raíces negras y enredadas que sobresalían del suelo despedían una niebla azulada que reducía los troncos de los árboles más lejanos a siluetas fantasmales, pero que dejaban intacta la tonalidad luminosa de su follaje. El musgo, de intenso color, moteaba las ramas como cobre deslustrado. El olor a savia de pino se imponía en el aire fresco al perfume húmedo de las hojas secas. Se me hizo un nudo en la garganta. No podía apartar la vista. Había demasiado que ver e íbamos demasiado deprisa; no sería capaz de asimilarlo todo. Necesitaba absorber cada hoja, cada astilla de corteza de árbol, cada hebra de musgo. Enterré mis dedos en las crines de Grajo, ansiosa por mi pincel, por mi caballete. Me enderecé y dejé que el viento me acariciara y llenara mis pulmones por completo. Seguía sin ser suficiente. Después de vivir diecisiete años en un mundo que nunca cambiaba, me sentí como si acabara de quitarme un sofocante jersey de lana y experimentara por primera vez la brisa en mi piel. Ya nada volvería a ser suficiente.

Cuando ralentizó el paso, la ausencia del viento que tiraba de mi ropa y del sonido y el movimiento de su martilleante galope me dejó extrañamente desamparada. Los pensamientos se arremolinaban en mi mente y la sangre bullía en mis venas. Los sonidos parecían amortiguados tras la salvaje huida: sus cascos apenas alteraban el acolchado suelo del bosque; el aliento salía de sus ollares en absoluto silencio. Finalmente se arrodilló en mitad de un claro. Yo me dejé caer sobre unas piernas debilitadas y temblorosas, y me giré describiendo un círculo lento y vacilante.

Ya no sonaba ningún cuerno en la distancia, el ladrido de los sabuesos ya no perturbaba el aire neblinoso. Allí no había cigarras zumbantes, sólo la música de los grillos, el líquido croar de las ranas, el silencioso repiqueteo de las bellotas que caían de los árboles. No se vislumbraba ni un solo cuervo posado en las alturas. El peligro había pasado.

Cuando al fin hube completado la vuelta, me quedé petrificada ante la visión de Grajo, que había recuperado su forma habitual y estaba de pie con la espada en ristre.

Y me olvidé por completo de pensar cuando la giró hacia sí mismo.

Seis

No protesté. No grité. Ni quería ni podía parar lo que fuera que estuviese haciendo.

No parecía exhausto ni desarreglado en absoluto cuando se puso de rodillas con la manga derecha subida hasta el codo y la espada atravesada en la mano. Un mechón de pelo mojado que le caía sobre la frente era lo único que recordaba nuestra huida temeraria, y el sudor que le había empapado el cuello y los hombros. Apartó la vista con calma y se rajó la palma de la mano de un tajo. La sangre salpicó el musgo de abajo. Era de un tono más pálido que la de los humanos y más espesa, como si estuviera mezclada con savia de árbol.

Cuando me recuperé de la impresión, caí en la cuenta de que estaba practicando algún tipo de magia élfica. Fuera lo que fuese, esperaba que doliera. A lo mejor incluso lo debilitaba de algún modo del que pudiera aprovecharme.

—Dijisteis que sólo había otros dos elfos tan poderosos como vos —comenté, haciendo una reverencia para llamar su atención—. Creí que os referíais a los regentes de las cortes de la primavera y el invierno. ¿Cicutu es uno de ellos?

Se limpió la mano en el musgo, se inclinó sobre la rodilla en una reverencia fluida y se levantó. El corte había desaparecido, aunque no tenía manera de saber si se había curado de verdad o lo había disimulado con el glamur. Me dio la impresión de que lo segundo sería fruto del orgullo.

—Todos tenemos dones diferentes, unos más que otros. Yo puedo cambiar de forma y, como príncipe, controlo el poder de mi

estación. Cicuta es conocida por su valor en la batalla, pero no es la señora de la casa del invierno. Tal vez, si toda mi magia se agotara o si decidiera no usarla, me las vería con ella en igualdad de condiciones en un combate físico — me explicó. Sus labios se curvaron. Me pregunté con qué frecuencia desearía mentir.

—Entonces sus bestias serán un peligro para vos —aventuré, vislumbrando la oportunidad de averiguar algo más sobre sus posibles debilidades—. Si no una o dos, sí toda la jauría luchando al lado de su ama.

Envainó la espada con un gesto violento y se dirigió hacia mí a grandes zancadas; se detuvo cuando casi nos rozábamos y bajó la vista. Sentí su aliento en la cara. El corazón me dio un vuelco. Noté que jadeaba un poco, después de todo.

—Son un peligro para ti, mortal, no para mí. Ya viste cómo me enfrenté al sayón. ¿Cuántas veces tengo que recordártelo? Soy un príncipe.

—¡Ya lo sé! —No cedí ni un ápice—. ¡Como si me hubierais dado la oportunidad de olvidarlo!

Él cuadró los hombros y dejó al descubierto los dientes como si acabara de abofetearle.

Aunque me dieron ganas de coger el anillo, me contuve.

—No entiendo nada. Bestias fantásticas, el conflicto entre vuestras casas, por qué demonios la Cacería Salvaje lleva siglos persiguiéndoos si Cicuta sabe que no puede ganar. Supongo que mi pobre cerebro mortal es incapaz de asimilarlo.

Grajo se relajó. Fue un fastidio que no pillara el sarcasmo.

—Cicuta es la Cazadora— contestó—. Responde a la llamada de la corte del invierno, que siempre pretende extender su escarcha por las

tierras del otoño.

—El cuerno —murmuré— se lo ordena. No tiene elección.

Asintió.

—Para ella, la Cacería lo es todo. Es su único propósito. Seguirá cazando hasta que muera y no pueda cazar más.

El viento susurró entre las copas de los árboles y las hojas tamborilearon como la lluvia al otro lado del claro. Recordé la cara cadavérica de Cicuta retrocediendo hasta la oscuridad, el modo en que nos había gritado que huyéramos. Un escalofrío me recorrió el cuerpo; el frío aliento del aire otoñal por fin me alcanzaba.

Entonces me pregunté si de verdad se debía a eso, porque la cosa fue a más y todo empezó a temblar, hasta el suelo bajo mis pies. Me tambaleé hacia atrás, pero fue imposible escapar del intenso y extraño movimiento que vino a continuación. Una marea de musgo, salpicada de diminutas flores celestes del tamaño de la punta de mi meñique, se precipitó desde el punto donde Grajo había derramado su sangre y se desplegó por el claro, cubriendo en parte los troncos de los árboles y mis propias piernas. Chillé y liberé mis botas de un tirón; luego me sacudí la falda vigorosamente y varios pegotes de musgo salieron despedidos.

—Date la vuelta —me indicó Grajo con frialdad, mirándome de reojo. Por un momento había adoptado su antiguo tono de voz, como si volviéramos a ser amigos en mi salón, e intuí que las aguas volvían a su cauce.

Y me giré, incapaz de contenerme. Los árboles del claro crecían, se alargaban y desplegaban sus ramas por encima de sus vecinos. Cuando todas se reunieron en el centro, se entrelazaron bajo el brillante cielo nocturno. Varios pimpollos emergieron del musgo y se abrieron paso

entre los árboles más grandes para cubrir los huecos que estos habían dejado, exhibiendo nuevas hojas trémulas que ya resplandecían con sus vivos colores otoñales. Todo ocurrió casi en silencio y el leve crujido, quejido y chasquido de la madera en expansión fue lo único que delató la metamorfosis.

Fue como si el claro hubiera envejecido un siglo en cuestión de segundos. Pero ningún claro envejecía de esa manera por causas naturales. Me hallaba allí de pie en un espacio abierto en el que los árboles se desplegaban a mi alrededor y sobre mi cabeza como si de una catedral se tratara. Sus ramas estaban tan entretejidas que parecían arbotantes; ningún arte que se preciara podía capturar la majestuosidad ni la magnificencia de aquella antecámara viviente. Me mareaba con sólo levantar la vista. Unas hojas escarlatas cayeron desde las silentes alturas y atravesaron varios rayos de luna en su pausado descenso.

Giré en un remolino.

—Vuestra sangre ha hecho esto...

Grajo continuó mirándome como si un confuso clamor de emociones se hubiera apoderado de sus ojos: fascinación ante mi respuesta humana, esperanza de que aquello que había creado me pareciera hermoso y, bajo ella, un profundo pesar, descarnado como una herida abierta.

La desesperación destelló en sus rasgos. Intentó recomponerse, pero no pudo. Al final, me dio la espalda con un gesto teatral que hizo que sus faldones ondearan; sacó la espada mínimamente y fingió que examinaba la hoja.

—Aquí estarás a salvo esta noche —dijo de manera imperiosa—. La Cacería no nos olerá entre los serbales y, aunque Cicuta diera con

este sitio por casualidad, ningún animal fantástico ni ningún otro elfo podría romper el hechizo que acabo de lanzar.

La certeza de que decía la verdad pura y dura, sin adornos, consiguió que se me hiciera un nudo en la garganta. Su arrogancia rayaba lo insufrible, pero, Dios santo, ¡cuánto poder poseía! Y allí estaba, confundido como un niño por sus propias emociones, llevándome a juicio por una pintura. No me entraba en la cabeza que aquella misma mañana hubiera creído que estaba enamorada de él. ¡Qué disparate!

—Diez mil años y parecen cinco —murmuré para mí, tanteando el suelo con el pie.

—¿Qué has dicho? —preguntó en tono gélido.

Era obvio que los elfos tenían un oído finísimo.

—Nada.

—Has dicho algo, pero, sea lo que sea, seguro que es indigno de mí. —Volvió a envainar la espada con un golpe seco—. Ahora acuéstate y descansa. Seguiremos al alba.

Por lo general era reacia a seguir órdenes, pero tampoco iba a servirme de nada pasar la noche en vela por mera cabezonería. Merodeé por el claro hasta que hallé un saliente de musgo en el que apoyar la espalda —un tocón sepultado, supuse— y me acurruqué de costado observando a Grajo, que permanecía de pie con la mirada perdida. Me puse otra vez el anillo de hierro, agradecida de contar con una medida de protección, por pequeña que fuera. Sin embargo, ahora me enfrentaba a un peligro distinto. ¿Cómo iba a conciliar el sueño?

Probablemente, Emma y las gemelas no se habrían dado cuenta de mi ausencia. Lo harían por la mañana, cuando encontrarán la cama vacía. ¿Qué haría mi tía? Lo había sacrificado todo por criarme. Le

había prometido a mi padre en su lecho de muerte que cuidaría de mí. Y ahora me había desvanecido en mitad de la noche sin decir nada. A menos que tuviera mucha suerte y jugara bien mis cartas (tenía que ser sincera respecto a mis posibilidades), nunca se enteraría de lo que me había ocurrido. Me esperaba de por vida. Era demasiado cruel para soportarlo.

Había encantado a las gallinas para asegurarse de que cada una ponía seis huevos a la semana, me recordé. Un estéreo de leña aparecía por arte de magia en la casa cada dos meses. Otro elfo le llevaba un ganso bien hermoso cada quince días. Y, cosa rara, debido a un acuerdo expresado en términos extraños, una pila de exactamente cincuenta y siete nueces se materializaba en el umbral cuando un tordo cantaba en el roble. Las gemelas le darían problemas, pero estaría bien. ¿O no?

A unos pasos de distancia, Grajo por fin se había sentado. Parecía muy elegante, con un brazo apoyado en la rodilla. A lo mejor sabía que lo estaba mirando y había adoptado aquella pose a conciencia. No, creía que estaba dormida, y sabía que ese era el caso porque se había quitado el broche del cuervo y le daba vueltas en las manos. A su espalda, las hojas escarlatas continuaban cayendo, cribadas por la luz de la luna, como pétalos de rosas iluminados por una vidriera plateada.

Con el corazón roto, me pregunté si Emma pensaría que me había escapado con él a propósito. Tan sólo unas horas antes me había demostrado lo bien que me conocía. Si era así, tenía que haberse imaginado que, por mucho recelo que me inspiraran los elfos, quería volver a ver a Grajo más que cualquier otra cosa en el mundo. Quizá la atormentara de por vida la posibilidad de que sus palabras

apesadumbradas me hubieran animado a huir. La posibilidad de que me hubiera hartado de hacerme cargo de mi familia y las hubiera abandonado a ella y a las gemelas sin despedirme siquiera.

Me dio la impresión de que mi imaginación me planteaba escenarios cada vez más improbables y sensibleros, pero, como estaba sumida en aquella agonía hasta el cuello, no tenía manera de pararlo. Me imaginé a Emma tomando una dosis excesiva de su tintura y desmayándose. Y a las gemelas registrando mi habitación en busca de algún indicio de adónde había ido y hallando en el armario los bocetos de Grajo. Una lágrima caliente se derramó por mi mejilla. Respiré por la boca para que Grajo no me oyera sollozar y sorber por la nariz taponada. Y al final me entregué al llanto. Hasta que las pestañas se me empezaron a cerrar, la vista se me emborronó y me quedé dormida.

Cuando me desperté, todo se había vuelto dorado. La luz que me acariciaba la cara era de ese color, así como la calidez que reinaba en el ambiente. Fue como si estuviera suspendida en miel o ámbar. Una fragancia otoñal me rodeaba, me envolvía, mezclada con otro olor subyacente, masculino, salvaje y no del todo humano que una vez me había reconfortado y se había instalado en mis entrañas como oro fundido que se vertiera en un crisol.

Y alguien me peinaba el pelo con los dedos.

— ¡Parad! — grité alarmada, irguiéndome en el acto. El abrigo de Grajo me resbaló de los hombros y miré a mi alrededor hasta que lo vi a mi espalda luciendo una sonrisa de satisfacción—. ¿Qué creéis que estáis haciendo?

— Todavía tienes unas cuantas ramitas en el pelo — dijo, y volvió a

estirar la mano en mi dirección.

La intercepté con la que llevaba el anillo o al menos lo intenté, porque se levantó como un rayo antes de que lo consiguiera y me fulminó con la mirada.

—Grajo —empecé a decirle, esforzándome para que mi voz sonara firme—, antes de que me levante tenéis que prometerme que no volveréis a tocarme sin mi permiso.

—Yo puedo tocar a quien me plazca.

—¿Os habéis parado a pensar que el hecho de que podáis hacer algo no implica necesariamente que debáis hacerlo?

Entrecerró los ojos.

—No —admitió.

—Pues este es uno de esos casos. —Me di cuenta de que no me entendía—. Entre los humanos se considera de buena educación —añadí, rotunda.

Un músculo palpitó en su mejilla. La sonrisa se había desvanecido.

—Pues no parece muy razonable. ¿Y si te estuviesen atacando y tuviera que tocarte para salvarte la vida, pero no pudiera porque debiese pedirte permiso primero? Dejarte morir no sería de buena educación.

—De acuerdo. En ese caso podéis tocarme, pero será mejor que me preguntéis de vez en cuando.

—¿Y por qué das por sentado que voy a acceder a tus absurdas exigencias de mortal?

Me quitó el abrigo de malos modos y se lo echó por los hombros.

—Porque os puedo hacer la vida imposible hasta la corte del otoño y lo sabéis —lo reté.

Cruzó el claro con aire enfadado. Me dio la sensación de que tenía

que pasársele el berrinche antes de ceder. Como era de esperar, no tardó en volver con expresión tempestuosa mientras la tierra cambiaba a su alrededor. El musgo se tornó marrón y unas zarzas espinosas emergieron en sus talones y se aferraron a ellos como dedos hasta que se convirtieron en una maraña de aspecto sobrenatural tan alta como mi cintura. No me esperaba algo tan espectacular: cada espina era del tamaño de mi dedo y estaba tan afilada que destellaba en la luz matutina. Todos mis sentidos me gritaban que me levantara y echara a correr antes de que me alcanzaran. Sin embargo, esa era la reacción que Grajo había previsto, de modo que me quedé donde estaba.

Las zarzas se retorcieron alrededor de mi cuerpo y extendieron sus sinuosos zarcillos hacia mi ropa; las espinas repiquetearon de manera amenazadora. Les lancé una mirada adusta: sabía reconocer un farol en el acto. Al final, las zarzas descendieron reticentes y se quedaron inmóviles. Grajo se cernió sobre mí revestido de aquel mar de espinos con los labios lívidos de furia, la prueba final de que yo había ganado.

—¿Y bien? —lo alenté.

—Te doy mi palabra de que no volveré a tocarte sin permiso, a no ser que tenga que librarte de algún mal —declaró. He de reconocer que lo dijo en tono ceremonioso, desprovisto de la petulancia que esperaba.

Suspiré aliviada.

—Gracias, Grajo.

—No hay de qué —respondió de manera mecánica, y a continuación frunció el ceño. Aquello era como lo de las reverencias: tanto si le gustaba como si no, tenía que responder a los gestos de cortesía mundanos. Se recuperó de la humillación estirando el brazo

con dramatismo. Dos de los árboles alzaron las raíces y se apartaron a toda prisa, como si fueran un par de señoras perplejas a las que hubiera lanzado una bola de billar. Sus troncos torcidos formaron una nueva arcada hacia el bosque que quedaba detrás.

—Venga, ¿a qué esperas? —Se dirigió a la arcada. Una raíz se apartó solícita de su camino—. Como si no fuera bastante lo poco que tus piernecillas mortales van a dar de sí, ya llevamos una hora de retraso.

«¿Y de quién es la culpa?», pensé.

Sin embargo, mientras me abría paso tras él entre las zarzas crujientes, que se desintegraban al rozarlas, me fijé en el ordenado montoncito de hojas y ramitas que me había quitado del pelo y no pude evitar que se me escapara una sonrisa.

Pasamos esbeltos abedules de corteza blanca cuyas hojas ocres brillaban y tamborileaban con la brisa como monedas de oro. Pasamos arroyos pedregosos que serpenteaban entre montículos de musgo y cuya agua se había vuelto blanca como la leche por el deshielo. Pasamos fresnos que habían perdido la mitad de su follaje de una tacada, el cual yacía alrededor de sus raíces como si una doncella se hubiera despojado de su vestido. Un ciervo y una cierva se pararon a observarnos antes de alejarse saltando entre la niebla bañada por la luz, proyectando sus sombras en el aire como si este fuese un biombo.

El primer hito desagradable al que llegamos fue un roble hendido por un rayo. Su tronco estaba parcialmente ennegrecido; la corteza se había levantado y en ella brillaban perlas de savia endurecida. De sus ramas más bajas seguían colgando varias hojas marrones. Grajo se paró a examinarlo. Parecía fuera de lugar entre los abedules, vigilante,

malévolo. Una extraña desazón me advirtió que no me acercara.

—¿Se trata de la entrada a un camino mágico? —pregunté, haciendo crujir el manto del bosque a mis pies mientras pasaba por su lado.

Él me miró y dejó de andar.

—Sí, aunque no iremos por ese sendero.

—¿No podéis llevar a humanos?

—Oh, sí. Pero este me parece desaconsejable.

Aquello podía significar cualquier cosa. Que el esfuerzo mermaría su poder o que alertaría de nuestra presencia a los elfos equivocados. ¿Quién sabe? No parecía dispuesto a responder a más preguntas y, como tampoco creía que indagar más en la cuestión fuera a servirme de algo, dejé de insistir.

El mediodía se fue tal como había llegado. El sol resplandecía entre las hojas y salpicaba el suelo de patrones veteados que me habrían resultado cautivadores de no haber estado tan preocupada por mi creciente malestar. Me dolían los muslos y el trasero por la cabalgada de la noche anterior. Estaba sucia; tenía las piernas cubiertas de barro y la falda tiesa y llena de cadillos y sudor seco de caballo. Era consciente de que olía fatal. Y, por Dios, me moría de hambre.

En cambio, Grajo tenía exactamente el mismo aspecto que cuando había ido a por mí la noche anterior: sus botas relucían y su abrigo no presentaba ni una sola arruga. Lo único que desentonaba era su pelo, pero aquello no contaba, pues siempre lo llevaba así.

Llegamos a un largo terraplén que bajaba hasta un barranco. Grajo descendió con agilidad, mientras que yo fui arrastrando los pies y patinando por el lecho de hojas hasta que por fin consideré la posibilidad de rendirme y dejarme caer sentada. Mientras miraba

enfadada al suelo, su mano extendida se interpuso en mi campo de visión. No quería su ayuda, pero era mejor aceptarla que seguir haciendo el ridículo, de manera que la agarré. Parecíamos capaces de tocarnos mutuamente sin mediar palabra si era yo quien tomaba la iniciativa.

Su piel estaba fría y daba la impresión de que apenas me tenía cogida. Me ayudó a bajar por el terraplén y a subir la colina del lado contrario como si no pesara más que una pluma. Cuando llegamos a la cima, me rugió el estómago. Para mi horror, no fue un rugido común y corriente: mis tripas bramaron con estruendo y a continuación emitieron una serie de chirridos largos e interminables.

Grajo retrocedió alarmado. Entonces, al darse cuenta de lo que me pasaba, me dedicó una sonrisa cómplice. Lo cual no dejaba de ser interesante, pues la mayoría de los elfos no entendían el concepto humano del hambre en su totalidad. Y antes también había hablado como si hubiera intentado llevar a algún humano por un camino mágico; ¿habría viajado ya con uno?

Para ser sincera, había estado un poco lenta en mis deducciones. Al fin y al cabo, sus ojos reflejaban un poso de tristeza humana y sólo había una manera de que hubiera podido aprenderla.

—No como nada desde la cena de ayer —dije cuando mi estómago se apiadó de mí y por fin se calló—. No creo que aguante mucho más sin comer.

—¿Sólo desde ayer?

—Os aseguro que la mayoría de los humanos no acostumbran a pasar un día entero sin llevarse algo a la boca. —Como siguió contemplándome con escepticismo, me apresuré a añadir con voz firme—: Me siento muy débil. De hecho, no puedo dar ni un paso

más. Si no como algo pronto, me moriré.

El pelo se le puso de punta. Casi sentí lástima por él.

— Quédate aquí — me apremió, y desapareció en el acto. Las hojas que había estado pisando se arremolinaron como arrastradas por una corriente de aire.

Miré a mi alrededor. El estómago me dio un vuelco y la boca se me secó. La maleza dispersa y musgosa ofrecía una clara panorámica desde la distancia. No vislumbré ninguna figura alta ni ningún cuervo aleteando en la foresta. Grajo parecía haberse esfumado.

«Corre», pensé. Pero intentar ponerme en movimiento era como tener de nuevo cuatro años, acercarme a los pies de la cama de mi madre tras una pesadilla y ser incapaz de pronunciar una sola palabra para despertarla. El bosque también dormía. ¿Sería fácil llamar su atención? ¿Estaba realmente preparada para esa pesadilla?

Sin embargo, no tuve ni que molestarme en darle más vueltas al asunto; algo provocó un ruido sordo en las hojas que tenía a mi espalda y, al girarme, vi a Grajo de pie junto a una liebre muerta en el suelo.

— Adelante — dijo cuando vio que no me movía, mirándonos por turnos a mí y al animal.

Me acerqué a él arrastrando los pies y lo cogí por el cogote. Todavía estaba caliente y me observaba con sus ojos negros y brillantes.

— Mmm — balbucí.

— ¿Ocurre algo?

Adoptó una expresión precavida.

Estaba famélica. Estaba dolorida. Estaba aterrorizada. No obstante, al mirarlo, me imaginé a un gato llevándole a su amo con

orgullo varias ardillas muertas sólo para ver que el muy zoquete cogía por la cola esos preciados regalos y los lanzaba a los arbustos como si nada. Sin darme cuenta, solté una carcajada.

Grajo se removió indeciso entre el enfado y el desasosiego.

—¿Qué? —preguntó.

Caí de rodillas con la liebre en el regazo desternillándome de risa.

—No hagas eso. —Miró a su alrededor, como preocupado por que alguien viera lo mal que manejaba a su humana. Me reí todavía más alto—. Isobel, compórtate, por favor.

Puede que hubiera viajado con humanos, pero era obvio que no había comido con ellos.

—¡Grajo! —Casi gimoteé su nombre—. ¡No puedo comerme un conejo así como así!

—No veo por qué no.

—Pues porque... ¡hay que cocinarlo!

Durante un instante, antes de que su expresión se cerrara en banda, el horror y la confusión se apoderaron de él.

—¿Quieres decir que no puedes comer nada sin aplicarle antes algún arte?

Di un trémulo suspiro y me fui calmando poco a poco, aunque sabía que explotaría de nuevo a la menor provocación.

—Podemos comernos la fruta tal cual y también la mayoría de las verduras y los frutos secos. El resto, no.

—¿Cómo es posible? —preguntó para sí. No hizo falta más; se me escapó un gemido estrangulado. Se agachó y me escrutó la cara, que estoy segura de que en ese momento representaba la antítesis de la belleza—. ¿Qué necesitas?

—Para empezar, un fuego. Algunas..., algunas ramas para hacer

una hoguera, supongo. O quizá podríamos cortarla y ensartar los trozos en brochetas. Nunca he cocinado una liebre en el campo. —Era como estar hablándole a una pared—. Leña —le recalqué—. Un tronco de este tamaño —abrí las manos— y un palo largo, fino y recio con la punta afilada.

—Muy bien. —Se levantó—. Te lo traeré.

—Esperad —dije antes de que se esfumara. Le tendí la liebre. Se puso tenso—. ¿Podéis despellejarla? Ya sabéis, quitarle la piel. Y también hay que trocearla. No puedo hacer nada de eso sin un cuchillo.

—Vaya si eres mortal, ¿eh? —se burló con desdén y me quitó la liebre de la mano.

—Ah, y sacadle primero las vísceras, por favor —añadí con resolución.

Se detuvo en seco como si estuviera a punto de desaparecer, con los hombros rígidos.

—¿Eso es todo?

Una pícara parte de mí se preguntó hasta dónde podía seguir chinchándolo. Si fingía que era necesario para mi arte, podía pedirle que hiciera el pino o que diera tres vueltas mientras preparaba la liebre. Sin embargo, las apremiantes exigencias de mi estómago vacío evitaron que me divirtiera a su costa.

—Por ahora —respondí.

Menos de veinte minutos después estábamos sentados delante de un precario fuego humeante que parecía completamente inútil hasta que Grajo se cansó de verme frotar dos palos y prendió la leña con un chasquido de sus largos dedos. Mientras yo acercaba un cuarto trasero del animal (o eso creía, pues resultó que los elfos no eran unos

carniceros demasiado escrupulosos) a las llamas, él no hacía más que mirar con impaciencia la posición del sol. La grasa de la carne goteaba y chisporroteaba al contacto con las brasas. Se me hizo la boca agua e intenté no mortificarme con la posibilidad de que, en otras circunstancias, el olor me habría parecido nauseabundo más que apetecible. No sabía que los conejos olieran así, pero, mientras siguiera chamuscando aquel sin querer, al menos no vomitaría.

Durante la espera, Grajo soltó su séptimo suspiro dramático. Había empezado a contarlos.

—¿Por qué no probáis a hacerlo si estáis tan aburrido? —lo animé, y le tendí la brocheta.

La cogió entre el pulgar y el índice. Después de examinar la carne y de darle varias vueltas, la bajó hacia el fuego con frivolidad.

Un cambio se produjo en él al instante. En un principio pensé que había avistado algo horrible en el bosque a mi espalda y me giré de súbito con la piel de gallina. No había nada, pero su expresión permanecía inalterable: los ojos a punto de salirse de las órbitas, los rasgos petrificados como si acabaran de comunicarle la muerte de alguien o como si él mismo estuviera muriéndose. Me resultaba imposible describirla. Había pintado miles de caras y nunca había visto una semejante.

¿Qué ocurría? Me devané los sesos hasta que di con la respuesta: el arte. Nosotros podíamos transmutar sustancias con la misma facilidad con la que respirábamos, pero, para los elfos, aquella creación no existía. Era tan contraria a su naturaleza que tenía el poder de destruirlos. Y, por increíble que pareciera, incluso algo tan trivial como asar una liebre en una hoguera al aire libre era considerado arte según las supuestas fuerzas que gobernaban a los de su especie.

No transcurrieron más de un par de segundos antes de que su glamur empezara a desconcharse como una pintura vieja y dejara al descubierto su auténtica forma, aunque esta no era tal como la recordaba. Su piel estaba seca y gris y sus ojos iban perdiendo vida por momentos. Era como si las luces se fueran apagando una a una en su interior y este se fuera oscureciendo con cada latido.

Sabía que, si no hacía nada, no tardaría en morir.

Y sería libre. Podría escapar... o al menos intentarlo. Pero entonces me acordé de la catedral del bosque, de las hojas escarlatas que caían en silencio. De la expresión de su cara cuando se había convertido en cuervo en mi salón. Del olor de la transformación en el viento salvaje y del modo en que había dejado que le girase la cabeza, con sus ojos apesadumbrados clavados en los míos. Pronto todas aquellas maravillas no serían más que polvo y no quedaría ningún rastro de ellas sobre la faz de la Tierra.

Así que salté por encima del fuego y le arrebaté el palo de las manos.

Siete

Gritó al soltar el palo, un sonido de angustia agudo e inquietante: dolor, pero también pérdida. Recuperó el color, seguido del glamur, aunque se desplomó hacia un lado y tuvo que parar la caída apoyando una mano en el suelo.

—Isobel —dijo con voz ronca, lleno de incertidumbre y alzando la vista hasta mí.

Mi voz llegó de muy lejos, amortiguada por la sangre que bullía en mis oídos.

—Era arte. Cocinar. Cuando os lo ofrecí, no lo sabía. No tenía ni idea.

Su atención recayó en el palo que yo sostenía, un trozo de madera con un pedazo de carne de conejo que ardía en la punta. Compartía su descrédito. Resultaba casi imposible que algo tan común y corriente pudiera hacerle daño.

—Deberíamos..., deberíamos irnos. —Estaba tan decaído que sonó casi humano. Se levantó a duras penas y se giró primero hacia un lado y luego hacia el otro, incapaz de orientarse—. Apenas hemos recorrido... ¿Has comido? ¿Sigues hambrienta?

—Puedo comer mientras caminamos —respondí con calma, sorprendida al ver reducida su condición de aquella forma. Gracias a las enseñanzas de Emma, reconocí los síntomas de una conmoción.

—¿No vas a morir? —me preguntó.

Negué con la cabeza. Divertirme a su costa ya no me parecía tan gracioso.

—Bien. —Se llevó la mano a la espada, anhelando tal vez su

solidez tranquilizadora. A continuación se palpó los bolsillos con aire inquieto hasta que encontró el broche con forma de cuervo en el del pecho y lo aferró con fuerza—. En ese caso...

Se apartó y giró rápidamente con cada músculo del cuerpo en tensión. Al principio pensé que se había vuelto loco. Luego también lo oí: un sonido agudo y sobrenatural en la distancia. Aullidos.

—Supongo que sólo era cuestión de tiempo que la Cacería Salvaje nos alcanzara —dije con sensatez, pues de repente tuve la poderosa sensación de que alguien debía comportarse de manera sensata y calmada, aunque esa persona, por desgracia, tuviera que ser yo—. Al menos parece que les sacamos una buena ventaja.

—No, no era sólo cuestión de tiempo. Nos encontramos en el corazón de mis dominios, de mi reino. Cicutu no debería haber sido capaz de rastrearnos hasta aquí con tanta facilidad.

—Tal vez la diferencia sea que ahora voy con vos. Como habréis notado, desprendo un poco de, mmm..., olor.

Él apenas me dedicó una mirada, desaprovechando la oportunidad de criticar mi mortalidad que le había servido en bandeja. Cuanto más desconcertado parecía, mayor era mi aprensión. Él no veía la Cacería Salvaje como una seria amenaza. ¿Era sólo su reciente experiencia cercana a la muerte lo que le hacía actuar de esa forma o era algo más, algo que yo ignoraba?

Volvió en sí y se soltó el broche como si este lo hubiera quemado.

—Necesitamos salir de las tierras del otoño antes del anochecer.

Y dicho eso, fijó una dirección y emprendió la marcha.

Yo arramblé con tanta carne asada como pude y chapoteé tras él por las hojas que me llegaban a la altura de los tobillos.

—Un momento, ¿salir de las tierras del otoño? ¿Qué queréis

decir? Creía que nos dirigíamos a la corte del otoño.

—Y eso hacemos, sólo que no por el mismo camino de antes.

—¿Puedo preguntar entonces adónde vamos?

—Al lugar donde los poderes de Cicuta se desvanecen, lo más lejos posible de la corte del invierno. En las tierras del verano, rastrearnos le resultará más duro, por no decir imposible.

El paisaje fue cambiando poco a poco. El sol se hundió tras las colinas arrojando sombras largas y rectas por detrás de los árboles y saturándolo todo con una luz bermeja. Robles, olmos y alisos de troncos más gruesos reemplazaron a los abedules y los fresnos más esbeltos. En el aire de aquella parte del bosque pendía cierta melancolía: las hojas eran marrones o de un tono rojizo apagado y las setas moteaban las raíces y subían por los troncos, amarillas y carnosas. Por mera curiosidad posé la mano en la corteza, cerca de una de esas colonias de setas, y esta se desprendió en mi mano. El tronco expuesto de debajo era pálido y esponjoso, y las cochinillas se escabulleron correteando por las ranuras.

Tiré la corteza podrida, que se deshizo en el suelo, y me apresuré a alcanzar a Grajo, que iba varios pasos más adelante.

—Pronto llegaremos a las tierras del verano, ¿no? —le pregunté por sacar algún tema de conversación. La quietud por aquellos lares contaba con un peso físico. No pude evitar sentir como si algo estuviera escuchando, una impresión que se intensificaba cuanto más permanecíamos en silencio.

—Estamos en las tierras del verano. Ya llevamos un rato en ellas.

—Pero los árboles...

—No son de otoño —respondió él—. No, estos árboles se están

muriendo. —Entrecerró los ojos y apretó la mandíbula con un gesto de tensión—. He oído... rumores de que, en algunos sitios, a las tierras del verano les ha... pasado algo. No había tenido ocasión de ver la desgracia con mis propios ojos. Confieso que es peor de lo que esperaba.

—Seguro que el bosque se puede recuperar. Os he visto levantar todo un claro con unas cuantas gotas de sangre.

—Aquí, sólo una persona ostenta ese poder. —Desvió la vista hasta mí y la advertencia que descubrí en sus profundidades amatistas me resultó tan evidente como un trozo de acero al descubierto—. Y utiliza su savia como cree conveniente.

Los árboles eran más grandes y estaban más distanciados. Las raíces nudosas que se interponían en nuestro camino me recordaban a venas varicosas. De vez en cuando sobresalían del suelo piedras inmensas, más altas que yo, envueltas en gruesos mantos de musgo y hiedra de color rojo sangre. Los últimos rayos de sol de la tarde produjeron un destello dorado que resplandeció en las hojas que caían y, en esa luz, vi una cara que me observaba desde la siguiente piedra junto a la que pasamos.

Me detuve. Se me heló la sangre.

En realidad no era una cara. Estaba grabada en la roca, pero su realismo era tal que mi mente registró el ser como algo vivo antes de que la lógica me hiciera razonar. Salpicado de musgo y dotado de una barba de hiedra, su rostro serio era a la vez antiguo y meditabundo, y sus ojos cerrados estaban hundidos en una miríada de arrugas. Una corona de astas entrelazadas descansaba en su frente implacable. En aquel momento me pareció estar mirando a un rey enfermo en su lecho de muerte, a un soberano cuya consciencia cruel y triste rumiaba

todas las ofensas de su larga vida sin remordimiento. Pero no, supe al instante que estaba equivocada. Aquel rey no conocía la muerte. Puede que durmiera, pero no moría. Nunca lo haría.

Miré a mi alrededor y encontré el mismo rostro en cada piedra. Aquellos grabados eran arte, de eso no me cabía la menor duda. Hacía miles de años que no se permitía la entrada a los humanos en el bosque. No alcanzaba a imaginar la edad que tendrían, ni qué habría inducido a la gente de aquella era olvidada a grabar, una y otra vez, el terrible semblante del rey Aliso.

«El rey Aliso».

Las hojas, que habían estado cayendo ingravidas desde que llegamos, repiquetearon en medio de una brisa caliente y viciada.

«El rey Aliso», volvieron a susurrar mis traicioneros pensamientos, poniendo nombre al miedo indescriptible que me atenazaba desde todos los flancos. «El rey Aliso». Ya que había empezado, era imposible parar.

—Isobel. —Grajo salió de un matorral a grandes zancadas, apartando las ramas de un espino amarillo. No me había dado cuenta de que había desaparecido. Fue a agarrarme del hombro, pero su mano se petrificó a escasos centímetros de mi vestido—. Tenemos que irnos. Rápido.

—No pretendía...

El matorral atrajo mi atención y lo que vi me dejó atónita: al otro lado del espino había un claro con más piedras labradas dispuestas en círculo. En el centro se alzaba un montículo, de unos cinco metros de largo y la mitad de ancho, cuya cumbre redondeada era más alta que la cima de las piedras. Un túmulo. Grajo se había referido a un peligro completamente diferente.

Un revoloteo de alas sonó en la quietud. Un graznido y luego otro. Alcé la vista. Había toda una bandada de cuervos de ojos brillantes posados en los árboles que había sobre nosotros, observándonos, esperando.

Doce para la muerte. ¿Y qué pasaba cuando había veinte o cien más?

—Has pensado en su nombre —dijo tras una pausa—. Y todavía sigues pensando en él.

Volví a mirarlo; sabía que cada centímetro de mi rostro era presa del terror.

No parecía enfadado conmigo. Su expresión era neutra, una capa de hielo bajo la cual discurrían corrientes atroces e invisibles. Ojalá hubiera parecido enfadado. Aquello era peor; significaba que lo que estuviera a punto de ocurrir era tan horrible que no podía permitirse el lujo de malgastar el tiempo sintiendo algo.

—Prepárate para montar —me advirtió, dando un paso atrás.

Justo como había ocurrido la noche anterior, cuando se transformó, una racha de viento sopló entre los árboles provocando un remolino de hojas. Me preparé para verlo cambiar de forma en cuanto el torbellino lo tocara, pero esta vez el viento se aplacó al aproximarse y las hojas volaron suspendidas los últimos metros y se desperdigaron alrededor de sus botas. Grajo frunció el ceño. Se enderezó aún más y, al instante, otra racha de viento más fuerte rugió desde las entrañas del bosque, aunque esta también se extinguió antes de llegar hasta él.

El túmulo llamaba mi atención una y otra vez. Todas aquellas piedras ancestrales que miraban hacia dentro como centinelas que montaran guardia ante un prisionero. Lo habían vigilado durante

milenios, incapaces de apartar la vista.

En ese momento, el calor se hizo insoportable. Un débil olor a putrefacción pendía en el aire. Uno de los cuervos dio un único y chirriante graznido, estridente como el de una sierra que raspara metal.

—¿Por qué no os transformáis? —le pregunté, sin apartar la vista siquiera del montículo.

Grajo renunció a su último intento de mutación con un gesto de la mano, aunque un destello desafiante brillaba en sus ojos y parecía estar en plena forma.

—Este sitio no me lo permite. Parece que hemos ido a parar al lugar de descanso de un señor Túmulo.

Ah, conque era eso. No pensaba quedarme allí esperando a conocer algo llamado señor Túmulo, así, con mayúsculas. Me remangué la falda y me dispuse a echar a correr, pero algo en el modo en que había dicho «parece» me paró en seco.

—Ay, Dios. Esta es la primera vez que os tropezáis con uno, ¿no?

—Rara vez te los encuentras —admitió a regañadientes. Al percatarse de mi postura, añadió—: No, no huyas. Ya está despierto bajo tierra, sabe que estamos aquí. No se puede escapar de él y nos daría caza por la espalda. Esta vez debemos luchar. —Volvió a fijar la vista en mí—. O, más bien, lo haré yo mientras tú procuras quitarte de en medio.

Se había cargado a un sayón de una simple estocada. Había tildado de juego de niños la aniquilación de los sabuesos de la Cacería Salvaje. Pero saber aquello servía de poco consuelo frente a una bandada entera de cuervos posados por encima de mi cabeza. Eso y el hecho de que esa vez Grajo se había mostrado dispuesto a retirarse sin

rechistar.

— ¿Qué es exactamente un señor Túmulo? — pregunté.

— Sobre ese tema quizá prefieras la ignorancia.

— Creedme, ese nunca es mi caso.

— Si insistes... — aceptó, reticente—. La mayoría de los monstruos fantásticos cobran vida con el simple hueso de un mortal. — Asentí; ya estaba al tanto—. Los señores Túmulo son aberraciones: cada uno de ellos es un conglomerado de restos, enredados los unos con los otros en la muerte. Son criaturas atormentadas, iracundas, en desacuerdo consigo mismos. Nosotros no contribuimos a su crecimiento. Lo hacen por sí solos, en lugares donde los mortales de épocas pasadas enterraban a las víctimas de guerra o de una plaga.

Como si hubiera oído que estaban hablando de él, el mon-tículo se estremeció. La tierra se movió y se desmoronó hasta el suelo. Un sonido grotesco emanó de su interior: era como si algo húmedo y viscoso se estuviera deshaciendo en sus profundidades. Fuera lo que fuese, era más grande que un sayón. Más grande que todos los sabuesos juntos.

Grajo desenvainó la espada y se dirigió hacia él, haciendo gala de una tranquilidad y confianza que me resultaron tan falsas como su glamur. No lograba adivinar si lo hacía en mi beneficio o en el suyo.

En cuanto llegó al borde exterior del círculo, el túmulo se agitó de verdad. Primero se hinchó por un sitio y luego por otro, como una larva que intentara romper su capullo. Al poco, una riada de escarabajos enterradores emergió de la tierra, junto con una especie de fluido baboso; oler el hedor a podredumbre húmeda fue como recibir un puñetazo en el estómago. Sin poder evitarlo, me incliné hacia delante presa de las arcadas.

El túmulo se hinchó por última vez y vomit su contenido. Una forma asimétrica salió despedida hacia delante y se cernió sobre Grajo, al que doblaba en estatura, mientras terrones de barro le caían en cascada por los lados. Ninguna ilusión óptica suavizaba su monstruosidad. Contaba con el número correcto de apéndices en más o menos los sitios adecuados, pero eso era lo único que podía decir en su favor. Su carne era la corteza de un tronco en descomposición, plagado de hongos y enfermedades. La cabeza, una caverna hueca de madera con dos cuencas vacías por las que asomaban dos puñados de setas que se contoneaban en largos pedúnculos con vida propia, los cuales se retorcieron a la vez y apuntaron a Grajo con los sombreros. Ojos. Aquellos eran sus ojos.

Sentí que la presión iba aumentando en mi nuca. En la distancia, o tras una puerta cerrada, unas voces discutían. Una niña pequeña sollozaba. Alguien la regañaba con impaciencia. Un hombre bramaba como con una agonía indescriptible. El señor Túmulo dio una sacudida convulsiva y estuvo a punto de perder el equilibrio. Su constitución se parecía a la de un oso, pero sus patas delanteras —sus brazos, pens— eran demasiado largas y se debatía por mantener la postura erguida. Me di cuenta de que intentaba aparentar que volví a ser humano del único modo que podía.

La espada de Grajo destelló y abrió un corte en el vientre de la bestia; su pútrida piel se desgarró sin el menor esfuerzo. Grajo dio un paso atrás justo a tiempo de evitar la resbaladiza cascada de setas que se derramó de la herida y que se detuvo a un centímetro escaso de la punta de sus botas.

Las voces se silenciaron. Luego gritaron al unísono. El señor Túmulo arremetió con un brazo contra la estatua ante la que Grajo

había estado una milésima de segundo antes, esparciendo esquiras de piedra y musgo. Embistió una y otra vez contra él, sin ton ni son e impredecible en su colérica violencia, obligándolo a retirarse fuera de su alcance hasta que tocó el seto con la espalda y empezó a rodearlo con paso relajado, como un gato que rodeara a un sabueso sin ápice de miedo.

Yo iba arrastrando los pies tras él y me lanzaba con torpeza sobre las piedras que había erguidas. Grajo intentaba alejarlo de mí, pero, en cuanto ese pensamiento acudió a mi mente, la niña pequeña dio un grito estridente y el señor Túmulo se detuvo. Las setas, en una repentina y húmeda contracción, se replegaron y me miraron. Trastabillé hacia atrás. Oí un gemir y crujir de árboles derribados, y clavé la vista en el horror que se precipitaba en mi dirección: al correr se le desprendían trozos podridos del cuerpo, que salían despedidos por la violenta fuerza de sus zancadas.

Grajo se interpuso entre nosotros y su espada destelló una vez y después otra; el brazo que el señor Túmulo había levantado para partirme en dos explotó formando una nube porosa en el suelo del bosque, y los escarabajos se enjambraron en la cavidad que había dejado. Con un miembro menos, su peso descompensado hizo que se balancease hacia atrás, hasta que se desplomó contra un par de piedras labradas, rasgándose la piel y empujando los monumentos de soslayo.

Por un momento, creí que Grajo había ganado; la caída había dejado hecha un desastre a la bestia, cuya mucosidad, que se filtraba por los desgarrones de su piel, brillaba. Sin embargo, ya se debatía por volver a levantarse, mientras unas raíces babosas y llenas de hongos sobresalían de su muñón para formar un nuevo brazo. La cabeza se movía de un lado para otro, goteando. Las voces se consultaban las

unas a las otras en un murmullo agitado.

Grajo aferró la empuñadura de su espada con más fuerza y volvió sigilosamente al ataque, aplastando restos de la criatura a su paso. La hoja destelló de nuevo. Trozos de madera salieron volando. Podía seguir así durante días, mutilando a aquel monstruo sin descanso. De hecho, sospecho que, de no haber sido por la necesidad de mantenerme con vida, el señor Túmulo no habría representado la menor amenaza para él.

Algo me agarró el tobillo.

Bajé la vista.

Un esqueleto humano, cuyas partes estaban unidas por tendones vegetales, se había desprendido del miembro cercenado del señor Túmulo. Con un temblequeteo horripilante, alzó la otra mano para cogerme la falda con sus dedos huesudos; unos hongos tumorosos bulleron entre sus costillas y lo forzaron a abrir la mandíbula. Se aferró a mí y fue subiendo con mucho esfuerzo. Una mujer, cuya voz sonaba más cerca que ninguna otra, sollozaba y suplicaba.

—No puedo ayudarte —susurré, queriendo salirme del pellejo y horrorizada hasta la médula—. No puedo...

Grajo se plantó allí. Asió el cadáver por el cráneo y me lo quitó de encima de un tirón, aplastando el hueso parduzco y quebradizo como una cáscara de huevo. A continuación, miró por encima del hombro. Sin dudar, me agarró por los míos y me apartó de un empujón; aterricé en los arbustos, sin aliento por el impacto y justo a tiempo de ver cómo el señor Túmulo le asestaba un golpe que lo estampaba contra el tronco de un árbol a varios metros de distancia y lo dejaba desplomado en el suelo. La espada salió despedida al otro extremo del claro.

Ay, Dios.

Ahora el señor Túmulo sólo tenía ojos para mí. Avanzó pesadamente hasta que me hallé en la fétida oscuridad de su sombra. Los cuervos se lanzaron graznando desde los árboles para rasguñar y picotearle la espalda, para revolotear en su cara, pero sus voces pronto se convirtieron en ensordecedores chillidos de desesperación, pues sus plumas se quedaban pegadas a la piel de la bestia. Unas manos esqueléticas emergieron, los atraparon con avidez y tiraron de ellos hacia el interior. Los pájaros se debatieron y se revolvieron, aunque, poco después, lo único que quedó de ellos fue un pico aquí y un ala allá que sobresalían al azar de la carne rancia del monstruo. Algunos de ellos seguían crispándose.

El señor Túmulo bajó la cabeza hasta ponerla a mi nivel.

Sólo su cabeza era del tamaño de un tronco y el hueco redondo que pasaba por su boca tenía la anchura suficiente para que una persona se colara en su interior. Los hongos se retorcían y giraban. Una bocanada caliente siguió a otra.

Estaba claro que era demasiado pequeña y débil para representar un peligro para aquella criatura. Las voces no paraban de cuchichear. La niña pequeña reía nerviosa.

Un gemido desgarrado me salió del pecho al hundir los dedos en su cara mullida, lo cual me proporcionó suficiente agarre para auparme y asirme a un puñado de setas de uno de sus ojos con la otra mano, la que llevaba el anillo de hierro. Los hongos se marchitaron en el acto; se volvieron grises y quebradizos y se secaron.

Todas las voces clamaron al unísono desde un lugar tan lejano que empecé a pensar que procedían del mismísimo infierno. El señor Túmulo dio un paso atrás, obligándome a arrastrar las piernas por el

suelo. Di a los pedúnculos del ojo un último apretón y sentí que se desmoronaban. Sólo necesitaba ganar un segundo más porque, por el rabillo del ojo, vi que Grajo se levantaba.

Tenía una mano dentro del abrigo, aferrada al pecho, y daba miedo mirarle la cara, desfigurada de dolor y rabia. Se tambaleaba; me pregunté si lo conseguiría.

Lo hizo.

Me solté y caí al suelo mientras él subía con mucho esfuerzo hasta la cara del señor Túmulo, sacaba la mano ensangrentada del abrigo y la introducía justo en la boca del monstruo. Primero se oyó un crujido, como de madera que se astillara y se chascara. El cuerpo de la bestia se convulsionó y se ladeó completamente rígido. A continuación, unas ramas espinosas tan gruesas como mi torso brotaron de cada centímetro de su ser, ensartándolo cien veces, anclándolo al sitio como una estatua macabra. No estaba segura de que estuviera muerto. No estoy segura de que eso importara siquiera.

Una última rama salió lentamente del ojo que le quedaba y unas hojas amarillas se desplegaron a escasos centímetros de mi nariz.

— Grajo — exhalé—. Lo habéis conseguido. Habéis...

Pero un golpe seco me interrumpió. Aparté las hojas y vi que Grajo se había desplomado, que estaba inconsciente y que su glamur iba desapareciendo por momentos.

Ocho

Lo primero que advertí cuando me dejé caer de rodillas a su lado fue que su ropa estaba desgarrada y sucia por el enfrentamiento, y arrugada por el viaje. No me había fijado bien en ella cuando había perdido su glamur previamente aquella tarde y el cambio me resultó impactante: el príncipe se había transformado en mendigo en cuestión de segundos. No se me había ocurrido que también podía usar aquel glamur para alterar el aspecto de su atuendo. Y lo más sorprendente de todo era que, hasta el momento, el enorme desgarrón que presentaba en la pechera del abrigo donde el señor Túmulo le había golpeado me había resultado del todo invisible.

— ¿Cuánta magia desperdiciáis en vanidad? Por el amor de Dios, si apenas podéis teneros en pie. — Las manos me temblaban cuando me quité el anillo, lo dejé a un lado y le desabroché los botones del abrigo —. Tampoco es que al señor Túmulo y a mí nos importara demasiado vuestro aspecto, ¿no os parece?

Le abrí la pechera y la cabeza se le cayó hacia un lado. Tenía la boca entreabierta. Había decidido no mirar más que de refilón aquellos dientes afilados detrás de sus labios, pero ni siquiera tuve que pensar en ello porque la herida que presentaba en el pecho requería toda mi atención.

No tenía nada con lo que compararlo, pero me atreví a aventurar que, con el glamur, disimulaba aquel pecho flacucho en el que se le marcaban todas las costillas. Ojalá no hubiera tenido que vérselas. Y no toda la blancura que mostraba entre la sangre pertenecía a su camisa desgarrada.

La herida era larga y repugnante, y le bajaba desde la clavícula izquierda por encima de las costillas hasta el lado derecho; un humano con una herida semejante habría muerto desangrado. Por suerte, él no parecía estar desangrándose, pero me habría tranquilizado un poco si hubiera estado consciente y me hubiera dicho con su engreimiento característico que aquel tajo profundo no era más que un corte superficial.

—Grajo —lo llamé, dándole una palmada en la mejilla e intentando no sucumbir al miedo. Sus huesos prominentes y su cara hueca me traían a la memoria al esqueleto que me había trepado por las piernas—. Sois un príncipe, ¿recordáis? Despertad y enfadaos conmigo, anda.

Él giró la cara hacia mi mano y soltó un gemido.

—Tendréis que esforzaros más.

Lo cogí del abrigo y se lo apreté contra el pecho. Luego, acordándome de la noche anterior, le agarré la muñeca derecha y le volví la palma hacia arriba. Así que había usado el glamur para esconder el corte después de todo... Y, sin embargo, su mano se curaba deprisa; si no hubiera sabido la verdad, habría creído que la herida tenía una semana como poco.

Me sobresalté cuando me di cuenta de que había entreabierto los ojos y me estaba mirando.

—Sigues aquí —murmuró entre delirios.

Me apresuré a soltarle la mano.

—¿Dónde iba a estar si no?

—Huyendo.

—Por si no os habéis dado cuenta, este bosque está lleno de cosas que quieren matarme. Hasta sus miembros desmembrados quieren

matarme. Aunque me cueste admitirlo, con vos tengo más posibilidades de sobrevivir.

—Tal vez —dijo. Intentó moverse, pero se mareó.

—No os pongáis enigmático. ¿Qué tengo que hacer para que podamos salir de aquí? ¿Grajo? —Le di otra palmadita en la mejilla.

—Ayúdame a levantarme. No, coge primero mi espada y después...

Me puse de pie y busqué la espada con la vista. El claro se había transformado en el breve espacio de tiempo que había estado de rodillas. Los restos petrificados del señor Túmulo ya eran casi irreconocibles; un árbol gigante había echado nuevas ramas y los había sepultado. Y caía una lluvia de hojas doradas que se iban depositando en el suelo y que tuve que sortear en mi búsqueda del arma. Al final la encontré, pero sólo porque su empuñadura asomaba entre el esplendoroso follaje.

A mi regreso, las hojas caídas casi lo habían cubierto también a él. Di los últimos pasos a la carrera, me tropecé por el camino con una raíz oculta y se las quité de encima mientras me observaba en silencio, demasiado débil, supuse, para hacer algún comentario sobre la extrañeza de mi comportamiento. Ni siquiera yo sabía por qué me alarmaba tanto ver cómo desaparecía en el suelo del bosque. Sólo sabía que había algo fúnebre en ello. Algo definitivo, como si la tierra se lo tragara.

Cuando acabé, hizo ademán de quitarme la espada de las manos, pero apenas podía sostenerla, de modo que lo ayudé a envainarla.

Tenía una pregunta atascada en la parte trasera de la lengua, hasta que un anzuelo tiró de las horribles palabras.

—¿Os estáis muriendo? —solté con un extraño tono de voz, casi

como si fuera una acusación.

Él frunció el ceño.

— ¿Es eso lo que quieres?

— ¡No! — Mi vehemencia pareció sorprenderlo, tanto que sentí que tenía que argumentar mi respuesta—. Si quisiera veros muerto, no os habría quitado la brocheta esta tarde.

— Primero me la diste.

— Porque no sabía lo que iba a ocurrir ni vos tampoco. — Busqué las palabras adecuadas—. Lo que me estáis haciendo no está bien. Es obvio que no me gusta ser vuestra prisionera. Pero de ahí a querer veros muerto hay una gran diferencia. — ¿Lo entendía? Su mirada distraída parecía sugerir lo contrario. ¿Acaso le importaban los sentimientos humanos?—. Quizá deberíais saber — añadí con dureza —, porque ya se ha acabado, que hace dos días estaba enamorada de vos.

Aguzó los ojos para enfocar mi cara en medio de la neblina de dolor. Luego apartó la vista y dejó caer el brazo al suelo, un movimiento vano, como si buscara algo que estaba fuera de su alcance. Parecía de otro mundo. Su reacción no me satisfizo en absoluto. Más bien me dejó bastante fría.

— Ayúdame a levantarme — murmuró haciendo un gran esfuerzo. El aire llenaba y vaciaba sus pulmones, y cada respiración iba acompañada de un pequeño jadeo.

Me pregunté si se habría roto alguna costilla y esta le habría perforado un pulmón, un peligro que Emma me había explicado una noche con una tintura en la mano, y, en ese caso, si podía hacerse algo al respecto. Pero él se me adelantó:

— Debemos volver a las tierras del otoño, aquí no puedo curarme.

Hay algo malo en este lugar, una corrupción que no logro explicar. — Hizo una pausa para coger aliento—. Aunque, con suerte, nos habrá venido bien para que la Cacería nos pierda el rastro.

Me eché su brazo flácido por el hombro e intenté auparlo con todas mis fuerzas. Consiguió ponerse en pie, pero cargaba todo el peso sobre mí y, cuando se desnivelaba, hacía un sonido angustioso, una especie de sollozo, que me atravesaba el pecho como si fuera una flecha cargada de compasión.

—¿No deberíais llamar a otros elfos?

Tomó una bocanada de aire y respondió con voz áspera y entrecortada:

—No.

—No es momento de ponerse cabezota. Seguro que vuestra propia corte dispone de los medios para ayudaros.

No dije «de mejores medios» porque yo no tenía nada que ofrecerle en absoluto. No se me escapó que aún no había respondido a mi primera pregunta; no me había dicho que no se estaba muriendo.

—No —repitió.

Apreté la mandíbula y eché a andar por donde habíamos venido, pero él señaló en una dirección diferente y cambié de rumbo. Aunque sospechaba que era más ligero que un hombre humano, cargaba más peso sobre mí del que podía soportar y la diferencia abismal entre nuestras respectivas alturas me hacía arrastrarlo con un extraño vaivén. Evité por todos los medios mirar su cara cadavérica y, al cabo de un rato, su sangre empezó a empaparme el vestido. No olía como la humana: tenía un olor fresco y resinoso, como el de un árbol cortado por un hacha.

Ya casi había oscurecido del todo. En aquellos dominios costaba

ver más que en las tierras del otoño, donde los árboles aportaban color a la noche. Grajo esbozó un gesto con la mano en el aire, un movimiento giratorio que hizo que sus dedos desprovistos de glamur parecieran todavía más insectiles, y, un momento después, me di cuenta de que intentaba conjurar una luz feérica en vano.

Un escalofrío de pavor me bajó por la espalda y se me instaló en la base de la columna. ¿Y si volvían a atacarnos? Ya no le restaba poder alguno.

—No puedo buscar ayuda entre los de mi clase. —Sus palabras susurrantes y entrecortadas me sobresaltaron después de aquel largo silencio—. No preservamos nuestra soberanía a través del amor o el respeto hacia nuestras cortes, sino a través del poder. Si mi corte me viera así, debilitado por un señor Túmulo cualquiera, se preguntaría si debe reemplazarme y cuál de sus miembros sería el recambio perfecto. Ya ha habido dudas acerca de mi idoneidad como príncipe. No una vez, sino dos. Confiaba en enmendar la segunda. —Hizo una pausa para recobrar fuerzas. Supe que se refería al retrato y a mi juicio. Pero ¿cuál era la primera?—. Una tercera muestra de debilidad supondría mi derrocamiento, sin lugar a dudas.

Negué con la cabeza.

—Qué cruel.

Todo el asunto lo era. Él era cruel conmigo y ellos con él.

—Así es nuestra naturaleza. Puede que sea cruel, pero también es justa.

Bajó la vista.

Yo apenas veía ya nada, pero, al fijarme en las duras líneas de su perfil, aprecié que dudaba de sí mismo. Entonces me di cuenta de que aquella rabia desatada de la que había hecho gala al raptarme no era

sino miedo. Miedo de que su poder se desvaneciera. Miedo de que hubiera algo malo en él, de que no fuera merecedor de su corona y de que los demás fueran conscientes de ello.

Porque yo lo había pintado en sus ojos, claro como el agua.

—Yo no creo que sea justa en absoluto —lo contradije con la voz teñida por la furia.

—Eso es porque eres humana y los humanos son las criaturas más extrañas que existen. —Su voz era apenas un susurro—. ¿Y si te dijera que podría enviarte de vuelta a Extravagancia? Hay poder en la muerte de un elfo, el suficiente para mostrarte el camino.

—No juguéis conmigo.

Las lágrimas asomaron a mis ojos.

—No lo hago —susurró—. No lo hago.

«Confiaba en enmendar la segunda», había dicho. En pasado.

Después de eso, no dije ni una palabra porque no se me ocurrió nada que tuviera sentido para él. Sólo me embargaban emociones humanas que no tenía modo de acallar, y estas resultarían tan estridentes y bulliciosas para un elfo como una bandada de loros. Cuando al fin me decidí a hablar, lo único que le dije fue que no podía seguir andando. A esas alturas él ya estaba medio inconsciente y, cuando fue a soltarse, se resbaló de mi hombro como un saco de arena y se desmoronó en el suelo cuan largo era.

El corazón me dio un vuelco antes de ver que había parado el golpe con las manos. Soltó un gruñido, se giró y se tumbó de espaldas. Volvió a palparse la herida con una mano y tuve que reprimirme para no regañarle como a un niño.

Cuando la apartó y la posó en el suelo, vi lo que estaba haciendo. Esperó; sentí su mirada.

—Si no me marchó esta noche... —empecé a decir.

—Perderás la oportunidad. La Cacería no tardará en olerte.

Tragué saliva un par de veces. Me estaba volviendo loca. Contemplé su mano ensangrentada.

—Pero si aún estamos en las tierras del verano.

—Todavía sigo siendo un príncipe —me recordó, y, al mirar con determinación aquel rostro cadavérico de huesos afilados que descansaba sobre una maraña de rizos y esos ojos febriles, pensé: «Sí que lo eres, sí».

Me remangué la falda y me senté en una roca.

Esa fue la única respuesta que necesitó.

Hundió la mano en el suelo y hurgó en él con sus largos dedos. No era una ofrenda a la tierra, sino una orden, y el bosque emergió a nuestro alrededor. Unas raíces zarzosas tan anchas como mesas salieron a la superficie, ostentando unas espinas más largas y amenazantes que cualquier espada. Cuando alcanzaron su altura máxima, se ramificaron y siguieron trepando y anudándose unas con otras hasta que nos encerraron por completo en una fortaleza propia de un cuento de hadas, una de esas en las que una princesa maldita dormía prisionera. Yo estaba fascinada por la visión de aquellas despiadadas espinas y me pregunté si las historias habrían sido diferentes si las hubieran contado las propias princesas.

Cuando los últimos zarcillos adoptaron su posición bajo la luna y la resquebrajaron como si de un espejo roto se tratara, Grajo soltó una exhalación y se quedó inmóvil.

Al despertarme a la mañana siguiente, lo hice en un mundo completamente distinto al de la mañana anterior. Los irregulares

parches de cielo que se vislumbraban entre las zarzas estaban tan encapotados que no habría sabido decir si era antes o después del alba. El rocío se había posado en mí durante la noche y me había empapado la ropa; tenía la piel fría y húmeda y los dedos entumecidos. Fui inmediatamente consciente de mi mal aspecto y del pésimo estado en el que me encontraba. Lo único que sentía caliente en todo mi cuerpo era el hombro, pero de un modo húmedo y desagradable que hizo que se me pusiera la carne de gallina. Lo encontré cubierto de musgo en el punto donde la sangre de Grajo me había calado el vestido y me apresuré a arrancarlo.

Entonces me di la vuelta y hallé a Grajo muerto a mi lado.

Yacía tumbado a poca distancia exactamente en la misma postura en la que lo había visto por última vez. Su mano seguía enterrada en el suelo y su cara era sepulcral. No habría imaginado que podía palidecer aún más durante la noche, pero parecía que ese había sido el caso.

Fui hacia él; la falda empapada y mugrienta me golpeteaba en las piernas. Me cerní sobre su cuerpo y me limité a mirarlo durante un momento. Lo había apostado todo por su supervivencia, más de lo que era sensato, hube de admitir, mientras un triste vacío se apoderaba de mí, seguido por un débil resquicio de esperanza.

Porque estaba equivocada. Porque tenía que estar vivo. La sangre que había derramado se había trocado en musgo durante la noche, pero su cuerpo permanecía entero; si estuviera muerto, yo no estaría viéndolo así, intacto, en esos momentos.

Me arrodillé y le apoyé la mano en el pecho. Cuando lo noté elevarse y descender superficialmente bajo el abrigo, exhalé y dejé escapar una risita entrecortada, rebotante de alivio. Cogí el filo del abrigo para retirárselo de la herida. La manga se me enganchó en el

broche del cuervo y el frío metal saltó contra mi muñeca. Lo retiré. Me había topado con un resorte. El pájaro albergaba un compartimento secreto.

Mentiría si dijera que me sorprendió lo que escondía. No había muchas explicaciones veraces para el comportamiento de Grajo y aquello confirmaba la más probable: un rizo rubio de cabello humano atado cuidadosamente con hilo azul.

Me acordé de lo mucho que había insistido en quitarse el broche para el retrato. Incluso entonces había intentado protegerse, proteger su reputación, de aquella aflicción condenadamente mortal. Lo seguía llevando, aunque su deslustre y la antigüedad de la artesanía delataban que tenía doscientos o trescientos años.

Lo cerré con delicadeza, pero tuve que presionarle el pecho para encajar el resorte y creo que le dolió, porque sus ojos se abrieron de súbito. Su aspecto sobrenatural a plena luz del día me provocó una desagradable impresión. Estaban vidriosos, ardientes de fiebre. Intentó moverse y empezó a jadear.

—Me siento raro —anunció, esforzándose por enfocar la vista en el espacio vacío que quedaba a mi lado.

—Se os ve raro. —Me armé de valor y le toqué la frente, que me pareció tan caliente como un horno al contacto con mis gélidos dedos —. Tenía la impresión de que a los elfos no os entraba fiebre —dije preocupada.

—¿Qué es la fiebre? —preguntó extrañado, lo que me intranquilizó más si cabe.

—Te da cuando una herida empeora. Voy a mirárosla.

Le señalé la ropa y se puso tenso, pero asintió. Mientras esperaba a que hiciese mi trabajo, sacó la mano de la tierra, se la examinó y tanteó

a su alrededor en busca de algo con lo que limpiársela. Tuve la molesta sospecha de que pensó en mi vestido antes de cebarse con un trozo de musgo.

Le abrí el abrigo y el estómago se me revolvió. La piel de alrededor de la herida se había ennegrecido y unas venas negras irradiaban de ella como una telaraña y se perdían bajo su ropa. ¿Hasta dónde llegaba el veneno? Le abrí más el abrigo y la camisa de abajo y le desabroché los botones hasta la cintura sin molestarme en preservar su recato. O el mío, ya puestos, pues, aunque me había instruido cuidadosamente al respecto, nunca había visto a un hombre desnudo.

Se irguió sobre un codo. A pesar de su debilidad, de repente parecía muy interesado en lo que estaba haciendo. Clavó los ojos en su pecho y soltó un grito de espanto. Me arrancó la ropa de las manos, se la abotonó deprisa y se levantó con más ímpetu del que le habría creído posible. Lo escruté. La mejoría era evidente en muchos aspectos, pero, como la fiebre continuase, aquella podía ser la última llamarada antes de que su cuerpo quedara reducido a cenizas.

—No podéis fingir que no existe —le amonesté, y me puse en pie.

—Pero es espantosa —alegó, como si fuera una objeción razonable.

—Las heridas supurantes siempre lo son. —Ignoré la mirada ofendida que me lanzó al escuchar la palabra *supurantes*, quizá pensando que acababa de insultarlo—. ¿Tenéis la menor idea de por qué os está ocurriendo esto?

Se giró hacia mí, se levantó el cuello de la camisa con gesto remilgado y miró debajo.

—Esa tierra no era... buena. El señor Túmulo compartía su sufrimiento y parece que me lo ha transmitido. De forma temporal,

claro está.

Aquello no sonaba nada bien.

— Grajo, creo que necesitáis tratamiento médico.

— ¿Y tú sabes cómo curarme? No. Ya veo que no. Así que retomemos el camino hacia las tierras del otoño. No deberíamos tardar mucho ahora que ya puedo caminar sin ayuda. — Evitó mirarme a los ojos al decir esto último. Era obvio que no se sentía muy orgulloso de la noche anterior—. Evolucione como evolucione la herida, no importará una vez que pueda curarme como es debido. De modo que será mejor que nos pongamos en marcha cuanto antes.

Admití a regañadientes que, en lo que a aquello respectaba, sabía más que yo. Se dirigió a zancadas al borde de las zarzas, zigzagueando tan sólo un poco, y colocó las manos en uno de los zarcillos espinosos, que enseguida empezó a retorcerse como un gusano y a retirarse para formar una puerta. Me apresuré a franquearla tras él mientras me encogía ante el roce de la falda sucia contra mis piernas.

El bosque que nos aguardaba no resultaba tan amenazador como el lugar de las piedras erguidas, aunque seguía teniendo un aspecto enfermizo que no había visto en la oscuridad y que no era fácil de describir con palabras. Las hojas verdes eran demasiado brillantes, casi como si también estuvieran aquejadas por algún tipo de fiebre. El sol se esforzaba en disipar la densa niebla que había confundido con nubes.

Mientras viajábamos, no podía quitarme de la cabeza los recuerdos de la noche anterior. Un leve tufo a podredumbre imaginaria acechaba mis pasos. Me examiné y descubrí una mancha en la media a la altura del tobillo izquierdo por donde el cadáver me había agarrado. Me costó horrores no detenerme allí mismo y

arrancarme las medias de cuajo. Como suele ocurrir con las molestias menores, ahora que me había dado cuenta, no podía olvidarme de ella, desquiciada por lo mucho que picaba con el calor estival.

Y, al pensar en ello, se me ocurrió una idea.

—El sayón también era de las tierras del verano, ¿verdad? —le pregunté—. El que destruisteis el día en que nos conocimos. La temperatura cambió cuando apareció, igual que con el señor Túmulo. Sin embargo, este no fue el caso con los sabuesos de la Cacería Salvaje.

Asintió con reticencia.

Entorné los ojos.

—¿Y qué me decís del número inusual de animales fantásticos del que me hablasteis? ¿También procedían de las tierras del verano?

—Ah —murmuró—. Sí que es una extraña coincidencia, ahora que lo mencionas.

—¡Pues yo dudo mucho que sea una coincidencia! —Me agarré la falda y avancé con dificultad hasta ponerme a su altura, sintiéndome cada vez más sucia y asquerosa. Daba igual. Se lo merecía—. ¿Queréis decir que nunca se os ha ocurrido atar cabos? ¿Acaso no tenéis pensamiento crítico?

Él miró al frente con arrogancia.

—Claro que lo tengo. Soy un...

—Que sí, que sois un príncipe y todo eso. ¿Y qué más da?— Me dio la impresión de que no había oído la expresión «pensamiento crítico» en toda su vida—. ¿Alguna de las otras cortes ha estado hablando de ello, entonces? —insistí.

Se quitó la corona y se alborotó el pelo.

—¿Por qué te importa tanto? —exclamó enfadado.

—¿Que por qué...? —Me detuve en seco. Él se dio la vuelta al

percatarse de que me había dejado atrás—. ¿Por qué? Porque es probable que un animal fantástico de las tierras del verano matara a mis padres. Porque otro casi me mata a mí en dos ocasiones. Porque van a seguir matando a humanos si nadie averigua qué pasa. Ya sabéis, estúpidas razones de los mortales.

Se quedó quieto. Apreté los puños al ver que la tristeza surcaba su rostro. No quería que se sintiera mal y se disculpara, sólo que comprendiera.

—No hablamos de esas cosas —respondió por fin—. Nunca. Porque no podemos. No podemos pensar en ellas. Puede que incluso esta conversación nos ponga a los dos en un grave peligro.

Las palabras prohibidas treparon por mi garganta como la bilis. Me estremecí y me las tragué.

Grajo no era responsable de los animales fantásticos. Y, aunque, para ser justos, sí que era responsable de haberme arrastrado hasta el bosque, había estado a punto de morir para protegerme la noche anterior. Aquello no podía negarlo. Se lo veía exhausto en sus ropas raídas y la corona temblaba entre sus dedos. Le costaba respirar. Era obvio que la discusión le había pasado factura.

—Lo siento —nos disculpamos los dos al unísono de mala gana.

Una sonrisa se dibujó en la comisura de su boca. Y entonces fui yo la que apartó la vista. Di un hondo suspiro, decidida a abordar un último asunto antes de continuar:

—Tenemos que hablar de lo que dijisteis anoche.

—Odio que la gente me diga eso —contestó—. Nunca augura nada bueno.

—Grajo, ya no vais a llevarme a juicio, ¿verdad? Habéis cambiado de opinión.

No estaba segura de qué reacción me había imaginado. Quizá que se acercara y dijera: «¿Te crees capaz de leerle el pensamiento a un príncipe?». Cualquiera cosa menos que mirase para otro lado y se pusiera a jugar con el broche del cuervo.

—Ahora me doy cuenta de que... cometí un error —confesó—. No me saboteaste a propósito. Lo que hiciste con tu arte fue... —Rebuscó las palabras, incapaz de describir lo que no comprendía—. Cuando fui a por ti —continuó—, no le conté a nadie mis planes, de modo que no nos echarán en falta en la corte del otoño. Te prometo que, cuando me haya curado, te llevaré de vuelta a Extravagancia.

Las rodillas me flaquearon y tuve que apoyarme en el tronco de un árbol para no caerme. Me iba a casa. ¡A casa! Con Emma y las gemelas. Regresaba al calor de mi hogar, con su olor característico a aceite de linaza. Volvía al trabajo que tanto había echado de menos. Y, sin embargo, también regresaba a aquel verano interminable y a las cosas de siempre, a una vida que languidecía al son del infinito zumbido de las cigarras en el trigal. Dejaría atrás para siempre las maravillas de las tierras del otoño. El corazón se me hinchaba y encogía por turnos como un pájaro zarandeado por una tormenta. Como no consiguiera aplacarlo, me despedazaría. Pero ¿qué podía hacer? ¿Cómo iba a impedirlo?

¿Y qué era lo que había hecho que Grajo entrase finalmente en razón?

Lo escudriñé. Su expresión era impasible. Pero el modo en que sus dedos acariciaban el broche y el hecho de que sus ojos se tornaran cada vez más opacos perturbaban mucho más mis ánimos.

—¿Y vos qué? —pregunté—. ¿Qué pasa con vuestra reputación? ¿Qué haréis después?

Hizo de tripas corazón y dijo:

—Ya se me ocurrirá alg... —Y entonces se interrumpió. Apretó la mandíbula—. No hablemos ahora de eso —remató—. ¿Ves esa colina de ahí? Cuando lleguemos a la cima, estaremos de vuelta en las tierras del otoño.

Agucé la vista. La colina no me parecía distinta del bosque que habíamos dejado atrás. Mientras le daba vueltas al asunto, caí en la cuenta de por qué Grajo no había podido acabar la frase.

Estaba mintiendo.

Nueve

En cuanto subimos a lo alto de la colina, volvió a ser otoño. Miré a mi alrededor. Los abedules, que se mecían suavemente, se extendían hasta donde alcanzaba la vista, formando un bosque de ensueño pintado de tonos blancos y dorados. Di un paso atrás y luego otro, pero las tierras del verano no reaparecieron.

—Esto no tiene ningún sentido —concluí.

Grajo no me oía. Se había recostado en el primer árbol otoñal que había encontrado y estaba allí apoyado como un espantapájaros ataviado con su abrigo harapiento. Tenía los ojos cerrados y su rostro reflejaba un profundo alivio. Me alegré al verlo, porque, tras nuestra última conversación, la fiebre parecía haber minado su fuerza. Le había costado horrores subir la colina.

Esperé al menos una hora a que se recuperase. Me senté e intenté echarme, pero las hojas me hacían cosquillas en el cuello y no podía relajarme en una postura tan vulnerable. Mis miedos, preocupaciones, anhelos y preguntas no hacían más que darme vueltas en la cabeza y el peso de mi ropa sucia y rasposa y mi propio olor estaban a punto de volverme loca ahora que no tenía nada que me distrajera. Grajo no se había movido ni una de las veces que lo había mirado.

Al final, me acerqué.

—Oigo un riachuelo cercano —dije—. Voy a buscarlo. Tengo sed y necesito lavarme.

No esperaba que respondiera, pero entreabrió los ojos y me miró como si estuviera en trance. Reprimí un estremecimiento. No era como si te contemplara una persona. A su mirada le faltaba conciencia, como si el bosque, y no él, me observara a través de sus ojos. Entonces parpadeó y la impresión se desvaneció.

—Sígueme. Esto es más seguro que las tierras del verano, pero no deberías deambular por ahí sola. — Me escrutó—. Estás bastante sucia —añadió, como si acabara de darse cuenta.

—Mira quién fue a hablar. Gracias.

Su indignación no le impidió la inevitable respuesta:

—De nada.

Inmediatamente después de soltar las reticentes palabras, recorrió con paso regio el resto del camino hasta el arroyo y se arrodilló en su musgoso margen para examinar su propio reflejo. Yo divisé una mata de madreselva que podía utilizar para procurarme algo de intimidad: quería enjuagar mi ropa y dejar que se secara un poco antes de volver a ponérmela. Un buen frote me aportaría poco consuelo si mi vestido seguía tieso como un lienzo tratado con barro y sudor de caballo.

—Todo este tiempo he estado sin mi glamur —murmuró Grajo a mi espalda. Su voz destilaba cierto tono interrogativo. Me giré y me lo encontré contemplando el agua, horrorizado.

—Pues sí. —No estaba segura de qué más decir—. Desde que el señor Túmulo os hirió. Ah, no, un poco después, cuando lo matasteis y os desmayasteis.

—¡Me has estado mirando!

—Pues sí —repetí. Desconcertada, continué—: Es que no me quedaba más remedio.

Su expresión se endureció.

—Deja de hacerlo en este mismo instante —me ordenó con voz fría.

Me quedé allí de pie más por perplejidad que porque ofreciera resistencia. Pero la mirada que me lanzó me puso tanto la piel de gallina que no tardé en escabullirme tras los arbustos.

—¡Vos tampoco lo hagáis! —le grité—. Bañarse es algo privado. Como aliviarse.

No respondió. Aquello tendría que servir. Tras echar un vistazo a mi alrededor, me quité los zapatos, me deshice del vestido y de la ropa interior, y me metí temblando en el arroyo. Me había bañado en agua más fría procedente del pozo de casa, pero esta era distinta y no me entretuve mientras me lavaba el pelo y hacía lo que podía por rasparme la mugre de las uñas. Por último, arrastré la ropa hasta donde estaba y la enjuagué, haciendo una mueca ante la espuma cargada de suciedad y de pelo de caballo que soltó en las aguas poco profundas. Las hojas flotaban en la superficie y giraban en los torbellinos que yo creaba. Poseían unos colores tan maravillosos que pensé en quedarme con una —por ejemplo, esa de un tono mantequilla que tanto se parecía al amarillo de plomo y estaño, o aquella otra, de un naranja vivo con reflejos verdes—, pero me di cuenta de que no sería capaz de decidirme por un único recuerdo, no digamos una docena, y descarté la idea con una punzada cargada de melancolía.

Cuando terminé, repeché por la ribera del riachuelo y extendí el vestido y las medias encima de la madreselva, donde les daría un poco la brisa. Con más reparo, colgué la ropa interior en un par de ramas bajas. Luego crucé los brazos sobre el pecho y me pegué a los arbustos, sintiéndome más expuesta que en toda mi vida. Esperé. No se oía sonido alguno proveniente de la dirección de Grajo. Las dudas

empezaron a llamar a las puertas de mi subconsciente como un tropel de visitantes inoportunos. ¿Y si se había desmayado? ¿O se había quitado de en medio y me había dejado tirada? O peor, ¿y si la Cacería Salvaje nos atacaba mientras estaba desnuda?

Me sentiría mucho mejor si echara un vistazo. Pero ¿me atrevería? Durante un rato fui incapaz de darle la espalda al bosque. Me movía indecisa aplastando las hojas con los pies descalzos mientras el pelo me chorreaba por el cuerpo. Al final reuní el valor para agacharme y escudriñar por entre las hojas de la madreselva.

Las ramas dejaban algunos huecos, no mayores que monedas, que me permitían una perspectiva casi completa del otro lado. Grajo estaba sentado en una piedra plana cercana, pero un poco más apartado de donde yo lo había dejado, cerca de un recodo del riachuelo. Se había quitado la camisa, aunque seguía con los pantalones puestos, y su abrigo estaba echado en el suelo a su alrededor. También había aprovechado la oportunidad para lavarse.

En cierto modo, la cotidianidad de esa idea me sorprendió. Estaba claro que los elfos se daban un baño de vez en cuando, pero él lo hacía con total normalidad, cogiendo agua con las manos y restregándose con ella sin dar muestras de presteza o eficiencia especiales que mis ojos pudieran captar. Tal vez habría sido diferente si no hubiera estado herido. No podía imaginarme a otro elfo, por ejemplo a Tábano, haciendo lo mismo.

Sintiéndome como un travieso duendecillo del bosque acuclillado y desnudo con los hombros y el pecho cubiertos de pelo mojado, me desplazé hasta una nueva ubicación para tener una mejor perspectiva.

La herida tenía un aspecto horrible, pero se veía mejor que antes. Las venas oscuras se habían difuminado y habían retrocedido, y los

bordes del corte parecían estar cerrándose. Sin embargo, sospechaba que no sanaría sin dejar una marca, porque tenía cicatrices de antiguos encuentros: una larga que le atravesaba el antebrazo y otra que le recorría el hombro izquierdo. De modo que Tábano no había exagerado su gusto por la batalla ni era una mera pose ante mí. ¿Su glamur ocultaría esas cicatrices o las dejaría?

Y mucho más importante aún: ¿por qué me estaba planteando siquiera aquella pregunta?

Esperaba que su silueta semidesnuda me perturbara, pero, cuanto más lo miraba, más me parecía su extrañeza opuesta a lo monstruoso. En algún momento, mi mente había dejado de tratar de verlo como un humano y lo había aceptado como lo que era. Había algo innegablemente atractivo en su delgadez y su cara angulosa. Sus ojos seguían pareciéndome crueles, pero también meditabundos. El estremecimiento que sentía cada vez que me observaba era tan arrebatador como peligroso, como cuando de repente te topas con la mirada de un lince o de un lobo en el bosque al anochecer.

Aquello era precisamente lo último que debería estar pensando. Ya estaba bien. La sesión de espionaje había acabado.

Sin embargo, al moverme pisé una ramita y esta se partió. Grajo se detuvo y me atravesó con la mirada por encima del hombro a través de mi frondoso observatorio. Yo me enderecé de un tirón, desconcertada; el corazón me martilleaba amortiguado en el pecho.

Mis prendas no se habían secado, pero las arranqué de la madreselva y me las puse, estremeciéndome ante el frío de la ropa interior y de las medias empapadas y la aspereza pesada del vestido al metérmelo por la cabeza. Acababa de atarme los cordones de los zapatos cuando oí que los pasos de Grajo se aproximaban y supe que

estaba haciendo ruido a conciencia.

—Vamos —fue lo único que dijo y, con la cara vuelta hacia un lado, me ofreció su mano.

Apenas hablamos durante el resto del día. Si de verdad me había pillado espiándolo, no daba muestras de ello, aparte de su silencio. Aún me estaba acostumbrando a esa faceta suya. El príncipe sonriente y despreocupado que había conocido en mi salón también era real, pero sólo una parte de él, que era la que ahora sospechaba que prefería mostrar al mundo.

Traté de entablar conversación un par de veces, pero él se limitaba a dar respuestas cortas y al final me di por vencida. El ritmo de sus pasos también era calculado: caminaba a una velocidad que me permitiera seguirlo, pero no alcanzarlo. Para cuando la luz del día nos abandonó, había memorizado cada uno de los desgarrones que se había hecho en el dobladillo del abrigo al arrastrarlo por el suelo.

Creo que el día anterior lo habría intimidado para que me hiciera caso, tanto si le gustaba como si no, pero en ese momento no tenía ánimos. Ya no era mi captor. Me llevaba de vuelta a casa. Y, según sospechaba, lo estaba haciendo a expensas de un gran coste personal, cuya finalidad escapaba a mi entendimiento mortal.

El refugio que construyó aquella noche no se parecía en nada a la catedral de serbales ni a la fortaleza de espinos. Fresnos finos y amarillos y sauces llorones emergieron de su savia y sus vástagos descendieron hasta el suelo. Una suave brisa susurraba a través de las ramas. No se trataba de árboles perfectos ni elegantes: algunos crecían torcidos o tenían nudos, o alojaban conglomerados de setas venenosas en sus raíces. No estaban enfermos como los de las tierras del verano.

Simplemente tenían defectos y parecían rivalizar por mi atención, solitaria y contraria al rechazo.

Sin pensar, me fui hasta uno, posé una mano en su corteza y miré por el agujero de su tronco. Estaba demasiado oscuro para ver algo. Cuando me di la vuelta, Grajo me estaba observando, petrificado y con el abrigo a medio quitar. Era la primera vez que me miraba desde lo del arroyo.

—Este es el tipo de cosa que más me gusta pintar —le expliqué—. Los detalles, las texturas... —Vi que no me seguía—. Los motivos perfectos dan como resultado un trabajo menos interesante.

Lentamente, terminó de quitarse el abrigo.

—Entonces, no creo que disfrutes mucho pintando a elfos —señaló en tono distante.

—Grajo —dije con una sonrisa, tal vez más cariñosa de lo que pretendía—, sabéis que no se puede ir por la vida como don perfecto, ¿verdad?

Los hombros se le tensaron. De algún modo, había tocado una fibra sensible. Con una expresión indescifrable, me pasó su abrigo. Le había quitado el broche del cuervo.

—El frío no me afecta. Soy consciente de que está destrozado, pero servirá para abrigarte.

Y así el origen de su frialdad me fue revelado. Sostuve el abrigo en los brazos. La compasión me atravesó como un dardo: un dolor agudo y exquisito. Sin obligar a mis pies a moverse, me vi tan cerca de él que tuve que echar la cabeza hacia atrás para verle la cara. Él intentó dar media vuelta, pero le toqué el hombro. Por fortuna, se detuvo. Me sacaba una cabeza y media y el bosque entero estaba sometido a su poder, pero con aquel simple gesto parecía que le hubiera puesto

grilletes.

—No me molesta veros sin vuestro glamur —le dije—. No sois feo.

«No estáis desfigurado».

Él se inclinó y acercó su cara a la mía. Me entró un escalofrío por la nuca y se me puso la piel de gallina. Sus sobrenaturales ojos amatista escudriñaron mis rasgos como si estuvieran leyendo una carta, y luego emitió un sonido suave y amargo y se apartó.

—Y, aun así, sigues teniéndome miedo.

Le di un empujón en el hombro. No fue suficiente para desestabilizarlo, pero retrocedió un paso. Se me habían subido los colores.

—¡Porque me estáis asustando aposta! —Me había hecho perder el equilibrio y me entraron unas ganas repentinas y defensivas de devolverle el favor—. Os observé en el arroyo, ya sabéis. Y..., y seguí observándoos. —Dios, ¿qué estaba diciendo?—. Si hubiera sentido miedo o repulsión, no lo habría hecho.

Alcé la barbilla, aunque estoy segura de que el gesto marcó muy poca diferencia en mi diminuta complexión.

Se me quedó mirando.

—Nuestras verdaderas formas resultan repugnantes a los humanos —sentenció, como si acabara de declarar que la luna estaba hecha de queso.

—No es que tengamos muchas oportunidades de verlas. «Repugnantes» parece un poco exagerado. ¿Cuántos mortales os han visto sin vuestro glamur?

Negó despacio con la cabeza. Supuse que aquello significaba que ninguno aparte de mí. ¿Ni siquiera la chica que le había regalado el

broche del cuervo? ¡Grajo, por el amor de Dios!

—Bueno... —Me estaba quedando sin palabras—. Supongo que eso es todo —concluí con torpeza—. Gracias por el abrigo.

Él inclinó la cabeza y a continuación se fue con paso airado, recordándome a un gato que se esconde bajo un sillón a rumiar su orgullo herido. Yo, que seguía teniendo la cara tan sonrojada como para iluminar el claro, encontré un suave parche de musgo, aparté las ramitas y las hojas y me hice un ovillo para intentar dormir.

Aquella noche soñé.

Primero tuve la nebulosa conciencia de que algo intentaba colarse en nuestro refugio. Las ramas crujían en un sitio y luego en otro, como si un ser pesado caminara sigilosamente por las copas de los árboles. Con los ojos entreabiertos, vi que Grajo dormía a pierna suelta a unos pasos de distancia. Tenía una mano apoyada en el suelo. Recordé el trance que experimentó cuando nos adentramos en las tierras del otoño y se me ocurrió que, si ahora estaba curándose, tal vez no se despertara con la misma facilidad con que lo hacía habitualmente.

El cansancio me nublaba la vista. El agotamiento lamía mi mente como si de una ola oscura y cálida que me arrastrara de vuelta a la resaca se tratara.

Cuando recuperé la conciencia, había una figura posada en el sauce que quedaba por encima de Grajo. Se trataba de una criatura alta y delgada que pendía de las ramas como un grillo, con unas rodillas encogidas que sobrepasaban sus orejas. Su pelo era una nebulosa desprovista de color. Tenía la pálida cara ladeada hacia él y le hablaba, aunque él dormía.

No era otra que Cicuta.

—Ahora estás solo, Grajo —le estaba diciendo. Su voz era agradable, pero su entonación tenía una cualidad sibilante y acribilladora que recordaba al agua de lluvia que golpetea una ventana durante una tormenta—. Sólo la corte del otoño permanece intacta, ¡y mírate! Estás demasiado ocupado blandiendo tu espada por ahí y recogiendo mascotas mortales para darte cuenta.

Como respuesta a un sonido que fui incapaz de detectar, enmudeció de improviso, se tensó y miró a la nada por encima del hombro. Se quedó contemplando la oscuridad en silencio durante un rato antes de volver a girarse hacia él.

—Tengo prohibido hablar del tema, pero tú no me oyes, ¿verdad? Entonces te diré una cosa: ya no respondo a la llamada del cuerno del invierno. —Sus ojos de jade estaban dotados de la misma insensibilidad de una gema pulida—. La nieve se derrite en los picos y la Cacería tiene un nuevo amo. Por mucho que quiera, ya no puedo hacer que las cosas parezcan un juego.

Hizo una pausa para volver a mirar por encima del hombro.

—Así que supongo que lo que me gustaría preguntarte es: ¿qué vamos a hacer cuando seguir la Ley del Bien ya no sea justo? Es una pregunta terrible, ¿verdad? —Ahora hablaba entre susurros. Una fascinación luminosa se había apoderado de sus ojos, que parecían engullirle la cara—. Grajo —bajó aún más la voz—, ¿alguna vez te has parado a pensar en lo que supondría ser algo distinto de lo que somos?

Juro que no hice ruido alguno, pero, de repente, Cicuta desvió la mirada hasta mí con sus refulgentes ojos de gata y me dedicó una sonrisa montaraz.

Me hundí poco a poco en la oscuridad. Sólo era un sueño. Me dormí.

Grajo se había movido durante la noche. Cuando entreabrí los ojos y parpadeé ante la luz de la mañana, me lo encontré de frente, tan cerca como para tocarlo, pero aún dormido. Había recuperado su glamur. Pese a haberme acostumbrado a su aspecto sin él, me parecía más auténtico así, y me alegraba de verlo restablecido. Mi mirada deambuló por sus cejas, ligeramente arqueadas incluso dormido, sus largas pestañas, sus pómulos aristocráticos y su boca expresiva. La buena salud, o al menos su espejismo, bruñía su piel dorada, y su pelo alborotado amortiguaba su cabeza. Reparé en la hendidura que tenía en la mejilla, donde un hoyuelo aparecía cuando sonreía.

Aspiró aire de un modo a medio camino entre un bostezo reprimido y un suspiro, y sus cejas se juntaron meditativamente antes de que abriera los ojos. Su cara, confusa al principio por el sueño, dio muestras de comprensión al mirarme, a lo que siguió la aceptación de dónde se encontraba y con quién. Nos quedamos allí tendidos observándonos en silencio durante un rato, mientras oíamos el susurro de la brisa entre los árboles, siempre seguido por el frufrú de la caída de las hojas.

—¿Puedo tocarte? — me preguntó.

En ese momento, nada existía más allá del claro, más allá de nosotros, como si navegáramos a la deriva en un mar calmo sin tierra a la vista. Pronto nuestros caminos se separarían. No pasaba nada por permitirme aquello, sólo una vez. Asentí.

Con la punta del dedo, trazó la curva de mi mandíbula. Lo hizo con tanta suavidad que apenas lo sentí. Su mano rozó la solapa

levantada de su abrigo, con la que me había tapado el cuello, y una leve corriente de fresco aire otoñal se coló en mi cálido capullo. Trazó el contorno de mi oreja y siguió subiendo hasta mi frente. Su dedo se detuvo cerca del nacimiento del pelo.

Avergonzada, me di cuenta de que me había salido un granito en el transcurso de la noche.

— ¡Grajo! No toquéis eso.

— ¿Por qué no? — inquirió. Levantó el dedo y me miró la frente —. Ayer no estaba.

— Se supone que no vas por ahí tocando los granos de la gente. Es vergonzoso. Supongo que es como cuando me quedé mirando vuestra herida.

— Pero tu cara no está supurando. Ni es horrible.

— Gracias. Muy bonito.

Él arrugó el entrecejo al ver que me hacía gracia.

— Hay algo en ti que cambia cada día — dijo con arrogancia —. Isobel, eres muy hermosa.

No me hacía ilusiones en cuanto a mi aspecto. No era ni guapa ni fea; simplemente, del montón. Pero Grajo no podía mentir. A pesar de su odioso tono, hablaba en serio. Tampoco era tan descabellado pensar que los elfos veían a los humanos de un modo diferente a como nosotros nos vemos los unos a los otros. Sentí mariposas en el estómago incluso habiendo decidido no creérmelo. Él era el vanidoso, no yo. Y lo último que necesitaba era que se me subiera a la cabeza.

Su mano había deambulado hasta mi pelo y lo había esparcido por el musgo, donde lo peinó con los dedos hasta que brilló tan desenredado y suave como fue posible, dadas las circunstancias. Era inconcebible que alguien que había vivido cientos de años y cazado

bestias fantásticas por gusto encontrara aquello entretenido, pero su expresión era de completo arrobamiento. Desvié la vista hacia los árboles, un poco asustada de repente por lo mucho que estaba disfrutando de su atención. ¿Cuánto tiempo había pasado? Seguro que no podíamos permitirnos haraganear de aquel modo. Una ansiedad sombría revoloteó por los confines de mis pensamientos, algunos de ellos para nada desagradables, aunque me sorprendió que la preocupación por la Cacería Salvaje, por el hecho de volver a casa a salvo y por la posibilidad de que nos atacaran más monstruos palidciera ante la inquietante expectación de preguntarme qué haríamos Grajo y yo si daba pábulo a aquello. El mundo entero y su infinidad de posibilidades se redujeron al débil cosquilleo que sus dedos me provocaban en la cabeza cada vez que me pasaba los dedos por el pelo: toda su belleza y todo su horror. ¿Las demás chicas se sentían así la primera vez que dejaban que un chico las tocara? Y no es que me sintiera humillada, pero... ¿incluso a los diecisiete años?

Sus nudillos me rozaron la nuca. Bueno, hasta allí habíamos llegado.

—Deberíamos continuar —declaré, y me senté. No esperaba que el aire del exterior estuviera tan frío cuando su abrigo resbaló por mi cuerpo.

Pero Grajo no se movió; se limitó a contemplarme de un modo indolente desde el suelo con una mirada que decía a las claras que no le apetecía lo más mínimo ir a ningún sitio.

—Levantaos. —Le di un ligero puntapié con el zapato con la esperanza de que no detectara lo forzada que en realidad era mi compostura—. Vamos. No podemos pasarnos toda la mañana aquí tirados como unos vagos.

Fingió que mi puntapié lo había tumbado de espaldas.

—Pero es que estoy herido —se quejó—. Aún no me he curado del todo.

—A mí me parece que estáis estupendamente. Aunque, si insistís en que estáis mal, tendré que echarle otro vistazo a la herida sin vuestro glamur. Debe de haberse inflamado de nuevo.

Entrecerró los ojos. Luego extendió la mano. Sin pensar, estiré la mía para ayudarlo a levantarse. Pero, en cuanto nos tocamos, agarró mis dedos, tiró y aterricé en su pecho de un golpetazo. El abrigo resbaló más abajo y se instaló eficientemente sobre nuestras piernas. Me dedicó una sonrisa encantadora. Yo lo fulminé con la mirada.

—¡Usaré el hierro!

—Seguro que sí —dijo, doliente.

—¡Ya veréis como sí!

—Lo que tú digas.

En ese instante reparé en el hecho de que su torso parecía muy sólido y de que me hallaba a horcajadas a la altura de su delgada cintura. Nuestra respiración entrecortada nos mecía ligeramente al uno contra el otro. Un calor líquido volvió a concentrarse en mí, bajando aún más.

No utilicé el hierro.

Lo que hice fue besarle.

Diez

Es una pésima decisión —pensé—. He perdido el juicio y tengo que parar esto de inmediato».

Pero entonces Grajo hizo un sonido y separó los labios bajo los míos, y me temo que por una vez dejé de escuchar a mi mente por completo.

Me perdí en aquella presión hipnotizadora de dar y recibir, en la extraña pero embriagadora sensación de unir mi boca a la suya. No tardé en notar cómo la palma de su mano se deslizaba por mi espalda y cómo después, con un grácil e impetuoso movimiento, me alzaba en el aire. Me aferré a su cintura con las piernas y le eché los brazos al cuello, anonadada por lo lejos que me hallaba del suelo. Era como volver a estar a lomos de un caballo: un pensamiento que hizo que me pusiera roja como un tomate. Dio unos cuantos pasos por el claro hasta que sentí que mi espalda se topaba con la dura corteza de un árbol. Aquello fue suficiente para devolverme a la realidad.

Aunque Emma había tenido la precaución de instruirme acerca de los pormenores del asunto (o tal vez porque lo había hecho, para ser sincera), una punzada de nerviosismo lidió con el deseo en la boca de mi estómago. Al ver que me ponía rígida, Grajo se apartó. Aguardó, echándome su suave aliento en la cara. Tenía los labios encendidos, casi amoratados. Me pregunté qué pinta tendría yo y, al acordarme del grano, me arrepentí en el acto.

—Mmm —murmuré—. Yo nunca... A ver... —Y de pronto me entró el pánico—. ¿Tus dientes siguen estando afilados? Porque no lo parecen. No sé cómo lo haces.

Ahora resollaba y tenía la mirada perdida. Frunció ligeramente el ceño y volvió en sí mientras asimilaba mi creciente tensión.

—Nunca he hecho un estudio de las propiedades del glamur. Lo único que sé es que no es lo mismo que la metamorfosis, pero sí más que una mera ilusión. No voy a hacerte daño. —Se había dado cuenta de mi recelo. Sus hombros se tensaron—. Si prefieres no...

Me abalancé sobre él y lo acallé con otro beso. Actué con tanta rapidez que nuestras narices chocaron dolorosamente, aunque a él no pareció importarle. Mi corazón seguía martilleando como el de un conejito asustado. Le agarré el pelo en un acto reflejo y volvió a hacer aquel sonido: el que me ponía tensa como si tuviera dentro la cuerda de un arco. Me doblé contra él sin pretenderlo y ambos oímos y sentimos cómo la palma de su mano se deslizaba por la corteza junto a mi oído.

Lo observé fascinada. Me miró a los ojos. Le di a su pelo un segundo tirón experimental. Dejó que su cabeza se ladeara un poco hacia mi mano. En cierto modo, sabía lo que aquello significaba: pensaba cederme el control si lo deseaba. Una oleada de puro deseo me exprimió todo el aire de los pulmones e, irónicamente, también me aportó algo de lucidez.

—¡No podemos hacerlo! —exclamé—. Tenemos que parar. Ya. ¡Ay, Dios!

Aflojé las piernas y le agarré los hombros para disponerme a bajar. Él se dio cuenta de lo que pretendía y me dejó en el suelo para evitar que diera un salto indecoroso. La cara se le había puesto un poco gris y parecía contrariado.

—¿Hemos quebrantado la Ley del Bien? ¿Eso ha contado? —le pregunté.

—No —respondió con voz ronca—. No a menos que... —Se interrumpió y negó con la cabeza—. No —repitió con más seguridad. Se aclaró la garganta—. Si los elfos y los mortales quebrantáramos la Ley del Bien cada vez que..., ejem..., nos besáramos, quedaríamos pocos.

—El sexo nos desquicia —dije, sorprendida de haber cometido otro error típicamente humano del que me creía inmune—. Grajo, esto no puede volver a pasar. La próxima vez usaré el hierro. Lo digo en serio.

Él adoptó una actitud reflexiva y recogió el abrigo del suelo. Tenía los labios blancos de tanto apretarlos.

—De acuerdo —aceptó. Y su respuesta pareció sincera.

Me alisé el vestido, me até los cordones de las botas y volví a subirme una de las medias por encima de la rodilla mientras lamentaba no tener otra cosa en la que ocupar las manos para evitar mirarlo. Lo que acababa de hacer era tan impropio de mí que me costaba creerlo. ¿Acaso me estaba afectando de algún modo la magia de las tierras del otoño? No podía quitarme de encima la sensación de que algo oscuro acechaba en la periferia de mis recuerdos recientes: una experiencia incómoda que había olvidado como un mal sueño. Y, en cuanto lo pensé, una de las sombras que me había estado persiguiendo toda la mañana cobró forma de súbito.

— ¡Cicuta! —solté.

Grajo se giró con la espada en ristre.

—No, aquí no. Al menos en este momento. Creo que la vi anoche, o tal vez sólo soñé con ella. —Ya había empezado a dudar de mí misma. La imagen de Cicuta sentada en las ramas era intangible y se iba diluyendo por mucho que intentara retenerla—. No estoy segura.

Si hubiera sido real, no me habría dado la vuelta para seguir durmiendo.

Él me escrutó la cara. Uno de los faldones de la camisa se le había salido de los pantalones y tuve que reprimir el impulso de gritarle que se lo remetiera.

—Tú no eres de las que dejan volar la imaginación —dijo. Al menos me conocía un poco—. Los elfos podemos introducirnos en los sueños de los mortales, si queremos, para merodear sin que nos vean. Es frecuente que interpretéis tales visitas como sueños. Pero eso significaría...

—Que nos ha encontrado —rematé despacio, como si la certeza dejara caer a plomo cada una de las palabras.

Segó con la espada el sombrerillo de un grupo de setas describiendo un arco limpio. Después se quedó de espaldas, apoyado en la empuñadura, intentando esconder su fracaso. Ahora entendía por qué los actos de Cicuta le pasaban tanta factura. Ya dudaba de su idoneidad como príncipe y la facilidad con la que lo había rastreado por sus propios dominios era otro punto en su contra.

Pero yo había visto su poder de primera mano y no me creía que las cosas fueran tan simples.

—Intentaba decirte algo —continué, sacando a relucir los detalles, frustrada por recordar tan poco—. Creo que era una advertencia. Dijo que ahora estás solo y que ya no responde a la llamada del cuerno del invierno. ¿Alguna de esas cosas tiene sentido para ti?

—No, pero las dos suenan mal. —Envainó la espada—. Isobel, yo... —La pausa derivó en un silencio agónico. Cuando continuó, me pareció que cada confesión le costaba la vida—. Por supuesto que no mentía cuando te dije que no me había recuperado del todo. Confiaba

en perder de vista a la Cacería Salvaje al menos durante unos días. Si nos ataca en el viaje de vuelta, que lo hará, no podré protegerte.

Me mordí el labio y agaché la mirada. El calor entre nosotros se había disuelto, no era más que un fuego ardiente reducido a cenizas empapadas.

—Tiene que haber otra opción.

—Sería inútil volver a las tierras del verano, por no decir peligroso. Las tierras del invierno no cuentan, igual que —vaciló— mi propia corte, dados los recientes acontecimientos. Pero Cicuta no se atrevería a abordarnos si fuéramos directos a la corte de la primavera. Podríamos quedarnos allí varias noches y regresar a Extravagancia por una ruta más segura.

Ningún humano había visitado jamás una corte élfica y había vivido para contarlo. O, al menos, ninguno lo había hecho y había seguido siendo humano. Yo era una artista reputada y contaba con la escolta de un príncipe, aunque no podía evitar preguntarme si de verdad era un caso especial o si todos los mortales se engañaban a sí mismos creyendo que eran la excepción a la regla.

Di un hondo y trémulo suspiro.

—Tengo muchos clientes en la corte de la primavera.

Grajo agachó la cabeza en señal de asentimiento.

—Si algo me ocurriera, Tábano cumpliría tu deseo de volver a casa. Estoy seguro de ello.

—Y una vez que regrese a Extravagancia...

—Nunca volveremos a vernos —afirmó—, pase lo que pase.

Un dolor que nada tenía que ver con lo físico me retorció el pecho. ¿Qué sería de él cuando nos separásemos? Lo imaginaba regresando a la corte del otoño, caminando por un pasillo largo y

oscuro y sentándose en el trono con un millar de ojos posados en él, analizando su rostro en busca de aquella incorrección humana que mi retrato había puesto en evidencia. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que cometiera un error y su pueblo enseñara los dientes y se abalanzara sobre él como los lobos sobre un ciervo herido? ¿Durante cuánto tiempo podría hacerles frente? Sabía que no se lo pondría fácil. La cosa sería lenta.

Pero yo no tenía la capacidad de ayudarlo. Debía meterme en la cabeza que el único destino que podía controlar era el mío. De modo que, con todo el dolor de mi corazón y una gelidez que me atenazaba el cuerpo, asentí.

—Entonces pongámonos en marcha —sentenció, y pasó por mi lado sin mirarme siquiera.

Un radiante día de otoño nos recibió al otro lado del claro. Anduvimos durante horas y, en todo aquel tiempo, no vimos a la Cacería Salvaje por ningún sitio; el mayor peligro al que tuvimos que enfrentarnos fue la caída ocasional de alguna bellota en el camino. Rodeados como estábamos por la belleza serena del bosque y sintiendo el calor del sol en la espalda, era difícil que no se nos levantara el ánimo. Hasta los pasos de Grajo se iban aligerando conforme viajábamos sin incidentes.

—¿Por qué sonríes? —le pregunté, observándolo con suspicacia mientras me agachaba en otro intento inútil por limpiarme los dedos, que se me habían quedado pegajosos del jugo de las manzanas que habíamos encontrado para almorzar.

—Acabo de acordarme de que la corte de la primavera celebra un baile por esta época del año. Si no nos lo hemos perdido, tal vez podamos asistir.

—Sí, no se me ocurre otra cosa mejor que hacer mientras huimos por salvar la vida — me burlé.

—Entonces vayamos — concluyó encantado.

Resoplé; aquello no me pillaba por sorpresa.

—Los elfos no tenéis remedio.

—Y lo dice una humana que ni siquiera es capaz de comerse una liebre cruda.

Apreté el paso para intentar seguir sus largas zancadas, decidida a no discutir por lo de la liebre. Empezaba a darme cuenta de que el arte era algo tan enigmático para los elfos que del mismo modo podría haberme negado a comer carne que no hubieran bañado las lágrimas de una viuda bajo la luna nueva. Darte cuenta de que tu propia magia suponía un misterio mayor para los elfos del que la suya suponía para ti era una experiencia singular. Me sentía como una especie de hechicera con delicadas y arcanas indisposiciones, no una artista y una persona corriente.

Pasamos un peñasco musgoso coronado por una ardilla. Cuando me giré para volver a mirarlo, tanto la roca como la ardilla habían desaparecido. Examiné el bosque que nos rodeaba y me percaté de que, aunque estaba integrado por el mismo tipo de árboles que antes habíamos atravesado, los ejemplares en sí no eran exactamente los mismos. Miré adelante y luego otra vez atrás. Sí, aquel fresno de la rama colgante había desaparecido. Agucé la vista y calculé que debíamos de haberlo pasado hacía medio kilómetro más o menos. Con todas aquellas hojas de por medio era difícil saberlo a ciencia cierta.

Me acordé de los viejos cuentos y vacilé.

—No le estarás haciendo algo al tiempo, ¿verdad? — pregunté.

Él me observó con altivez por encima del hombro, lo que significaba que mi pregunta lo había confundido pero no quería admitirlo.

—Cuando vuelva a Extravagancia no voy a descubrir que todos mis conocidos murieron hace un siglo o que de repente me he convertido en una vieja solterona, ¿no? Porque, si es así, tienes que arreglarlo. —Esto último lo dije con firmeza, intentando camuflar mi creciente aprensión—. Sólo me he fijado en cómo viajamos. Cada pocos pasos que damos deben de suponer quince minutos o más de caminata.

—No, las tierras del otoño están cumpliendo mis órdenes y acelerándonos. ¿Quieres decir que no te has dado cuenta hasta ahora? —Fruncí el ceño. No, no me había dado cuenta—. Te doy mi palabra de que el tiempo sigue su curso normal desde que entramos en el bosque. Lo que estás pensando es un encantamiento, una jugarreta para engañar a los humanos. Que es precisamente para lo que se hace, claro —añadió.

—Pues más vale que no se la hayas hecho a nadie —le advertí.

—¡Claro que no! —exclamó ofendido, aunque se apresuró a arruinar el efecto con lo que dijo a continuación—: Siempre me ha parecido tedioso. Lo único que hacen es *gotear* mucho y luego vuelven al bosque para gritarte.

Meneé la cabeza. «Oh, vaya amenaza».

Continuamos la marcha. Me encontraba admirando un grupo de serbales en pleno apogeo cuando de pronto me adentré en un bosque completamente distinto. Todo era verde. Pero no del verde vivo y exaltado propio del verano, sino de un verde pálido, como de encaje, o de un verde delicado con matices dorados, y los diferentes tonos se

superponían en los árboles como si fueran gasa o azúcar en polvo. Mis piernas se vieron rodeadas de repente hasta la rodilla por una gran mancha de flores silvestres. Y una abeja me pasó zumbando con somnolencia por la cara.

Una carcajada de placer burbujeó en mi pecho. ¡Estábamos en las tierras de la primavera!

—¿Podemos parar un momento? —grité. Grajo no se había detenido y se hallaba ya en mitad del claro—. Sólo si es seguro. Esto es una maravilla. Me gustaría pintarlo cuando vuelva a casa.

Se detuvo y me lanzó una mirada furtiva.

—Es casi tan bonito como las tierras del otoño —añadí en voz alta para no herir su orgullo.

Aquello pareció ablandarlo.

—Aquí hay un sitio donde sentarse.

Se agachó bajo unas ramas. Cuando lo alcancé, estaba sentado en el filo de una piedra achaparrada cubierta casi por completo de musgo y a cuyo alrededor brotaban campanillas y helechos plumosos. Me senté en el extremo opuesto dándole la espalda, pues, después de los acontecimientos de aquella mañana, me parecía lógico mantener las distancias. Pensé en quitarme los zapatos.

Entonces vi el pozo y se me olvidó lo de acariciar los helechos con los dedos de los pies. Era pequeño, de aspecto antiguo, y no tenía nada de especial. Me lo quedé mirando un buen rato.

—Te he traído al Pozo Verde —dijo Grajo en voz baja.

Di tal sobresalto que pareció que me había sentado sobre un lecho de carbones ardiendo. Un sonido como el de la nieve al derretirse me colmó los oídos y la vista se me oscureció por los bordes. Desesperada por escapar, me dirigí tambaleándome hacia un árbol y me apoyé en

él, empapada de repente en un sudor húmedo y pegajoso. Nunca me había desmayado, pero tenía la inconfundible sensación de estar a punto de hacerlo.

Él volvió a hablar con la cabeza inclinada, sin mirarme del todo por encima del hombro. Mi reacción abrupta lo había desconcertado; no creo que llegara a entender su gravedad.

—No te ocurrirá nada si no bebes de él. Pero comprendo que gozar de esa oportunidad es el mayor deseo de muchos humanos.

Me dejé resbalar hasta el suelo y me quedé sentada de mala manera sobre las raíces nudosas y sobresalientes del árbol; las flores silvestres me hacían cosquillas en las piernas. Tenía razón. De todos los mortales que desaparecían en el bosque, la mayoría buscaban el Pozo Verde con la esperanza de encontrarlo por sí solos, a pesar del riesgo que entrañaba. Los artistas experimentados se esforzaban durante años persiguiendo aquel objetivo. Un honor que quizá sólo estuviera reservado a un humano cada cien años. Era más codiciado que cualquier encantamiento, que cualquier cantidad de oro deslumbrante. Y, de todas las cosas sobre la Tierra, era la que más me aterrizaba.

—Se me ocurrió —continuó diciendo— que podría ser una buena alternativa para ti, dadas las circunstancias. Así ya no necesitarías mi protección ni te enfrentarías a ninguno de los peligros del bosque. Podrías entrar en las tierras del otoño o en cualquier otra corte élfica, y salir de ellas... a tu antojo —se apresuró a añadir—. Y, por supuesto, vivirías para siempre.

No sé cómo me salió la voz para responder:

—No puedo.

Esta vez sí que me miró. Estudió mi expresión e hizo ademán de levantarse.

— ¡Isobel! ¿Estás enferma?

Negué con la cabeza.

Una pausa.

— ¿Te estás muriendo de hambre? — preguntó nervioso.

Apreté fugazmente los ojos y reprimí una carcajada dolorosa.

— No. Se trata del Pozo Verde. Grajo, hay algo que debes saber sobre mí. Mi arte no es sólo lo que hago, sino también lo que soy. Si bebiera del pozo, me perdería a mí misma y sacrificaría todo lo que me importa. Sé que es difícil de entender para ti porque tú nunca has sido mortal, pero el vacío que he vislumbrado entre los de tu clase me asusta más que la muerte. Ni siquiera tendría en cuenta el Pozo Verde como último recurso. Preferiría mil veces que la Cacería Salvaje me hiciera pedazos a convertirme en una elfa.

Volvió a sentarse para asimilar mis palabras. Creía que le ofenderían, pero sólo se mostró un poco aturdido, como si le hubieran dado un golpe en la nuca. Tal vez el esfuerzo por comprender lo que había dicho le hacía tambalearse. Al fin y al cabo, desde su perspectiva, las emociones humanas no eran una bendición, sino una maldición y una catástrofe. ¿Por qué no querría librarme de ellas?

Tras una larga deliberación, asintió vacilante.

— Muy bien. No volveré a preguntártelo. Pero hay otra cosa que debemos zanjar antes de continuar hasta la corte de la primavera. Un asunto de vital importancia.

— Pues adelante — lo alenté. El terror frígido que me invadía se fue derritiendo poco a poco y dejó paso a una trémula flaqueza. El hecho de haber visto el Pozo Verde y no haber sucumbido a él lo hacía parecer menos amenazador. Me había enfrentado a él y había

salido ilesa.

Los helechos susurraron. Alcé la vista y vi que Grajo se paseaba de un lado al otro del claro.

—Los elfos no traen a los humanos al bosque así porque sí. De hecho, tú serás la primera mortal que pise la corte de la primavera en más de mil años. Para evitar levantar sospechas, debemos inventarnos una excusa de por qué viajamos juntos. Pero...

—No puede ser una mentira o tú no podrás hablar de ello.

Me miró y asintió con firmeza.

—Siempre he oído que las mejores mentiras son las que más se acercan a la verdad. ¿Qué será lo primero que den por hecho al vernos juntos?

—Que estamos enamorados —dijo en un tono completamente neutro.

—Y no sería tu primera vez. —Se quedó petrificado—. Vi lo que hay en tu broche del cuervo por casualidad, cuando te quedaste inconsciente. Lo siento, Grajo. No voy a seguir indagando, pero es relevante para nuestro lance. Es obvio que sacarán conclusiones, aunque seguramente inverosímiles... —Se sumió aún más en su inmovilidad. El pavor resonó en mi interior como un gong. La piel se me tensó y me hormigueó—. ¿Estás enamorado de mí? —solté.

Se hizo un horrible silencio. Grajo no se giró.

—Por favor, di algo.

—¿Tan horrible es? —me espetó—. Lo has dicho como si fuera lo más horrible del mundo. Tampoco es que lo haya hecho a propósito. En cierto modo le he cogido cariño a tus..., a tus irritantes preguntas, a tus piernas cortas y a tus intentos fortuitos de matarme.

Retrocedí.

— ¡Es la peor declaración de amor que he oído en mi vida!

— ¡Qué suerte! — exclamó con acritud—. ¡Qué suerte tienes, tenemos, de que te sientas así! Parece que de momento no vamos a quebrantar la Ley del Bien. — Aparté la mirada de la cruda angustia que denotaban sus ojos—. Al fin y al cabo, el amor debe ser mutuo.

— Bien. — Bajé la vista hasta mis manos.

— ¡Sí, bien! — Caminó de un lado a otro—. Ya has dejado bien claro lo que te inspiran los elfos. Así que deja de hacerme sentir cosas —exigió, como si fuera tan sencillo—. Tengo que pensar.

La cara se me calentó y enfrió a la vez. Sus palabras resonaron en mi cabeza. Nunca me había imaginado que las relaciones amorosas fueran así, si es que acaso me veía inmersa en una. Dios, qué cerca habíamos estado de echarlo todo a perder. Si los dos hubiéramos sentido lo mismo...

Aunque ¿habría importado? Ya no estaba segura de que lo que había sentido por Grajo en mi salón hubiera sido amor. En aquel momento me lo había parecido. Nunca había sentido nada igual. Pero apenas lo conocía, por mucho que en mi febril encaprichamiento me hubiese parecido que llevábamos años haciéndonos confianzas. ¿Era posible amar de verdad a alguien de esa manera, cuando sólo se trataba de una agradable ilusión? Si hubiera sabido que iba a secuestrarme por un retrato, estoy segura de que habría cambiado de opinión.

Y, sin embargo, sentía *algo* por él. Pero ¿qué era ese algo? Tiré de mis emociones como quien tira de un hilo enmarañado y no logré hallar una respuesta. ¿Estaba enamorada de lo que representaba, de aquel melancólico viento otoñal y de la promesa de poner fin a mi eterno verano? ¿Sólo quería que mi vida cambiara o quería cambiarla con él?

Sinceramente, no tenía ni idea de cómo la gente sabía que estaba enamorada. ¿Se podía extraer un solo hilo de la maraña y decir: «¡Sí, estoy enamorada, aquí está la prueba!» o siempre se enganchaba en un nudo de síes, peros y quizás?

Vaya lío. Enterré la cara en la falda y solté un gemido. Sólo estaba segura de una cosa: si ni yo misma era capaz de entenderme, la Ley del Bien no iba a hacerlo por mí.

La sombra de Grajo se proyectó sobre mi pelo caído.

—Tu comportamiento me está distrayendo en extremo —me recriminó—. Como no se me ocurra algo pronto, nos veremos obligados a pasar aquí la noche.

Mi respuesta llegó amortiguada por la tela:

—Sea lo que sea, tendrá que ver con el arte. Es lo único con lo que contamos para despistarlos.

No caí hasta más tarde en que él no sabría por dónde empezar. No contaba con el menor indicio de lo que el arte suponía. Lo miré a través del pelo y vi que estaba plantado delante de mí con cara de frustración y que un músculo palpitaba en su mejilla al tensar la mandíbula.

Aquello implicaba que era yo quien debía arreglar las cosas; lo cual, no me quedaba duda, resultaría mucho mejor para los dos al final. Dispuse nuestros problemas en mi mente como pinceladas: mi presencia en el bosque, la compañía de Grajo e incluso la cuestión de su retrato, noticias que tal vez ya hubieran llegado a la corte de la primavera. Y, como si mezclara un nuevo color, empecé a ver que podía hacerse algo no sólo satisfactorio, sino quizás incluso extraordinario con ellos.

—Escucha —le dije, y alcé la cabeza—. Tengo una idea.

Once

Mi plan requería preparación para asegurarnos de que Grajo decía las frases correctas. Ensayamos mientras caminábamos y parecía encantado con cómo sonaba. Yo misma estaba más que encantada. Sentía la radiante satisfacción de haber negociado un encantamiento particularmente sinuoso, o de haber estirado y enmarcado el equivalente a un mes de lienzos nuevos con anticipación. Mi mundo volvía a estar en orden y al fin contaba con cierto control sobre lo que iba a ocurrirme a continuación. Además, existía una posibilidad de enmendar mi sabotaje accidental.

—¿De verdad crees que eso reparará tu reputación? —le pregunté mientras me remangaba la falda para atravesar un prado lleno de primulas amarillas y cabeceantes. Cada vez que la brisa cambiaba de dirección, traía una fragancia diferente: algunas era capaz de identificarlas; otras nunca las había olido.

—A estas alturas, dudo que algo pueda hacerlo —respondió con una sonrisa torcida—. Pero el retrato... Sí, lo creo. Me alivia saber que ya no soy el objetivo de tus maquinaciones. Eres mucho más ladina de lo que pareces.

Por mucho que intentara evitarlo, oía un eco de la confesión de Grajo en todo lo que decía desde que dejamos atrás el pozo. Ahora que sabía encontrarla, percibía la cálida admiración en su tono. Aunque nuestro estado de ánimo se había aligerado, la tensión pendía en el aire fragante. Solté una risotada forzada y me concentré en mis pasos por entre las flores altas y entrelazadas.

—Yo no soy ladina, simplemente soy práctica. Pero supongo que

a los elfos esto último les trae sin cuidado.

Él frunció el ceño en un intento por descifrar si lo había insultado.

—Mira — dije, ocultando mi diversión mientras salvaba una gran piedra cubierta de musgo —, esta flor es tan grande como mi mano. Me pregunto qué las hace crecer tanto.

En cuando me agaché para arrancarla, la pernera de un pantalón apareció junto a mí. Estaba confeccionada con seda brillante de un color gris rosáceo y le siguió otra del mismo color. Di un respingo hacia atrás y caí sobre mis posaderas justo a tiempo de ver cómo Tábano terminaba de salir del espacio que quedaba entre las dos mitades del pedrusco agrietado. Resultó aún más extraño por el hecho de que —y estoy segura de ello— no había emergido desde el otro lado. No sé cómo, pero había tropezado con la entrada a un camino mágico.

—Buenas tardes, Isobel — me saludó con galantería mientras se recolocaba el pañuelo del cuello, impecablemente atado. No parecía en absoluto sorprendido de encontrarme sentada en el suelo delante de él, alarmada y con una prímula en la mano.

En cuanto me recuperé de la impresión, me di cuenta de que me alegraba muchísimo de verlo. La nostalgia en la que no había tenido tiempo de recrearme durante los últimos días me arrolló como un carruaje descontrolado. Había pasado años con él en mi salón y, aunque sus pálidos ojos azules no daban la menor muestra de calidez genuina, su cara era lo más familiar en lo que había posado la vista desde que abandoné mi casa.

A punto estuve de exclamar su nombre, pero me contuve en el último segundo. Mis modales habían degenerado mucho desde que

estaba con Grajo.

— ¡Qué maravilla veros, Tábano! —lo saludé, y me levanté para hacer una reverencia—. ¿Os ha avisado Grajo de nuestra llegada?

Si lo había hecho, me estaba enterando en ese momento.

Me correspondió con una elaborada reverencia y a continuación le dedicó a este una mirada penetrante.

— ¿Acaso nuestro querido Grajo se molesta alguna vez en hacer un vulgar gesto de cortesía? No, sencillamente sabía que veníais. Muy pocas cosas escapan a mi atención en las tierras de la primavera, hasta el hecho de que alguien arranque una flor.

Miré la primula con sentimiento de culpabilidad.

— Quédatela —me urgió—, como regalo de bienvenida a mis dominios.

Mientras digería sus curiosas palabras, pasó por mi lado y trazó un círculo alrededor de Grajo, que soportó la inspección con la barbilla en alto y la mandíbula apretada. Los comparé y me sentí extrañamente orgullosa al percatarme de que Grajo era unos centímetros más alto. Su pelo negro y revuelto y sus llamativos ojos contrastaban con la refinada palidez de color pastel de Tábano. Eran como la noche y el día. Y, aunque saltaba a la vista que Grajo era con diferencia el más joven de los dos, no tenía nada que envidiarle.

— Esa ropa lleva al menos cincuenta años pasada de moda —le estaba diciendo Tábano—. Nadie lleva botones de cobre en la corte de la primavera. Si insistes en quedarte, tendremos que encontrar...

Dijera lo que dijese a continuación y fuera lo que fuese lo que Grajo respondió, me lo perdí, pues estaba terminando de digerir aquella frase: «un regalo de bienvenida a mis dominios».

Me aclaré la garganta. Tábano miró a su alrededor.

— Señor, ¿sois el príncipe de la primavera? — pregunté.

Él sonrió.

— ¡Pues claro! ¿Quién si no? Seguro que te lo he mencionado en alguna ocasión.

— La verdad es que no.

— Qué descuido por mi parte. Soy muy olvidadizo con los mortales y doy por hecho que todo el mundo lo sabe. — Mientras Tábano hablaba, Grajo lo escrutaba con una expresión indescifrable —. Bueno, no temas, Isobel. No se puede hacer el más mínimo reproche a tus modales. Siempre me has recibido en tu casa como una figura principesca. Ahora, antes de que se me olvide, ¿te importaría decirme por qué vas deambulando por el bosque en tan distinguida compañía?

— La verdad es que... — Desvié la vista hasta Grajo. Me alegraba que hubiéramos decidido que fuera él quien lo explicara, porque la revelación sobre el rango de Tábano me había dejado sin palabras.

— Háblémoslo mientras caminamos — sugirió, estirándose el abrigo y ciñéndose el cinto de la espada, más bien ladeado, pensé. Me pregunté si se habría tomado en serio las críticas de Tábano. Entonces, echó a andar por el prado y dejó que nosotros lo siguiéramos.

— Es un tipo peculiar, ¿no te parece? — comentó Tábano.

¿Cómo podía responder a eso sin revelarlo todo? Lo dejé en la respuesta más anodina que se me ocurrió:

— Y que lo digáis, señor. Todos los elfos me lo parecen.

— ¡Oh, cómo me gustaría que así fuera! Pero me temo que todos somos iguales. — Me dedicó una sonrisa tan sutil y gélida como el deshielo de la primavera—. La mayoría de nosotros, claro. Muy bien, Grajo, ¿por dónde íbamos?

Estaba claro que Grajo, que caminaba delante a buen ritmo, se estaba hartando de tantas primulas.

—Como sabes —dijo con impaciencia—, en estos momentos Isobel es la artista más distinguida de Extravagancia. El retrato que me hizo no tiene parangón en toda la corte del otoño.

—Eso he oído —respondió Tábano. Tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para no mirarlo y calibrar su reacción.

—Nos sorprendió a todos, a mí el primero. Al principio creí que era un acto de sabotaje por el que Isobel debía ser juzgada, pero, de camino a la corte del otoño, descubrí que no tenía mala intención. Se había limitado a pintar una emoción humana en mi rostro de forma muy habilidosa, sin ser consciente de lo que había hecho. —Aquello, en cierto modo, era verdad—. Y ahora está interesada en reproducir ese arte recién descubierto.

—Emociones humanas, Tábano —añadí yo, cuya confianza aumentaba a medida que avanzábamos sin meter la pata—. Vos habéis probado todo lo que el arte tenía que ofrecer: pastas para el té y porcelana, trajes de seda, libros, espadas. Seguimos elaborando diferentes versiones de las mismas cosas de siempre, pero creo que lo que me gustaría probar es algo nuevo. Podría dotar a vuestra cara de verdadera alegría. De asombro a la de otro. De risa o ira, incluso de pena. Grajo me ha informado de que a los vuestros les parecerá de lo más divertido.

—Así que la he traído a la corte de la primavera, donde puede hacer una primera demostración a sus mejores clientes —concluyó este con solemnidad—. Si los resultados son satisfactorios, creo sinceramente que semejante destreza merece una justa recompensa. Propongo que, si lo desea, el pago de Isobel sea un viaje al Pozo

Verde.

Mi sonrisa irradió inocencia. «Un viaje hasta el susodicho, no beber de él».

—Algo nuevo —musitó Tábano con voz remota. Durante un brevísimo instante, pareció mucho mayor de la edad que aparentaba. Las abejas dejaron de zumbiar en el aire meloso y todos los pájaros se callaron. Yo contuve la respiración junto con el resto del mundo—. Sí. Sí, creo que es perfecto. Isobel, Grajo, estaré encantado de hospedaros. Mientras estéis en la corte de la primavera, no os faltará de nada.



Llegamos a la corte mucho antes de lo que esperaba y casi sin enterarme de que lo habíamos hecho. A nuestro alrededor había abedules cuya anchura igualaba la altura de un hombre y que se elevaban hasta cotas imposibles. Eché la cabeza hacia atrás y vi que sus ramas estaban entretejidas de manera muy parecida a los refugios construidos por Grajo y que los pájaros cantores y los colibríes de brillantes colores revoloteaban entre ellas. El único árbol que estaba alejado del resto era un cornejo viejo y nudoso en plena floración, elevado en una loma cubierta de musgo. Había adquirido una forma extraña y, para añadir más misterio, me di cuenta de que no era un árbol normal, sino un trono con todas las de la ley.

En cuanto llegué a esa conclusión, el bosque a mi alrededor cambió. Una risa argéntea colmó el aire y, con un centelleo como el del vapor que escapa de una tetera, un montón de sillas con brocados, almohadones de seda y mantas de pícnic se desplegaron por todo el

prado sembrado de flores. Docenas, si no cientos de elfos, que antes me habían pasado inadvertidos, observaban nuestra llegada en distintos estados de reposo. Las piernas se me volvieron de mantequilla y tuve que obligarme a seguir caminando. Nunca había visto siquiera una fracción de aquella cantidad de elfos en un mismo sitio. Y lo peor era que, después de todo, no nos estaban observando. Me miraban a mí y solamente a mí: la primera mortal que entraba en su corte desde hacía mil años.

Cuando nos aproximábamos al trono, una niña se levantó de una de las mantas —parecía estar tomando té, aunque todas las tazas estaban vacías— y se dirigió hacia nosotros: su larga melena rubia flotaba al viento y las muchas capas de su vestido azul violáceo iban y venían como las olas. Cuando nos alcanzó, me sobresaltó al cogerme ambas manos. Su piel estaba fría y era tan inmaculada como la porcelana. De haber sido humana, habría dicho que rondaba los catorce años.

—¡Oh, una mortal! ¡Tábano, nos has traído a una mortal! —gritó simulando un eufórico placer y revelando que sus pequeños dientes blancos eran tan afilados como los de un tiburón—. ¡Debemos presentársela a Aster, le encantará! ¿Vas a beber del Pozo Verde? —Centró su atención en mí—. ¡Di que sí, anda, di que sí! Seremos las mejores amigas. Por supuesto, podemos serlo si no lo haces, ¡pero morirás tan rápido que no merecería la pena!

Tábano le posó una mano en el hombro.

—Isobel, esta es mi... —buscó las palabras— sobrina, Alondra. Por favor, disculpa su entusiasmo. Es la primera vez que ve a una mortal. Confío en que haga gala de sus mejores modales contigo como invitada de honor.

Esto último lo decía más por Alondra que por mí.

Le hice a la joven una torpe reverencia que resultó de lo más difícil, pues ella seguía aferrada a mis manos. No obstante, surtió efecto, porque, para mi alivio, se soltó y me devolvió el saludo. Fue como si hubiera tenido los dedos metidos en hielo.

—Encantada de conocerte, Alondra.

—¡Y tanto! —exclamó ella.

—Y ya conoces a Grajo —continuó Tábano amablemente.

—Hola, Grajo —saludó ella sin apartar la vista de mi cara—. ¿Puedes volver a convertirte en liebre para que te persiga?

Él soltó una risotada.

—Eso era un juego de niños, Alondra. Ya eres toda una damisela.

—¡Qué soso eres! Pobre Isobel, debe de haberse aburrido como una ostra contigo. ¿Puedo ponerle ropa nueva? —le preguntó a Tábano, cuya sonrisa se iba congelando por momentos.

—Enseguida, querida. Ahora, Isobel y yo debemos hablar de su arte. ¿Por qué no tomas asiento junto al trono y piensas en los vestidos que te gustaría que llevara? Recuerda, ella no puede utilizar glamur, de modo que debe ser un vestido *nuevo*.

Ladeó la cabeza para recalcar la palabra.

—¡Oh, estupendo!

Y, dicho esto, se dejó caer cerca del trono hecha una trágica pompa de chifón azul.

—Y bien —prosiguió Tábano, colocándose con elegancia en la base del cornejo—, ¿qué necesitas que te traigamos para que puedas trabajar en tu arte? Me temo que no disponemos de materiales similares a los que he visto en tu salón. Puedo mandar a alguien a por suministros a Extravagancia, pero mi corte está tremendamente

atareada preparando el baile de máscaras y puede que tarden un tiempo en llegar.

Evité mirar a los elfos que nos rodeaban, que no hacían nada más productivo que mordisquear galletas de mantequilla.

—Dejadme pensar, señor. —¿Qué podía usar?—. Primero necesitaré un sustituto del lienzo o el papel. Tal vez láminas de corteza de árbol, finas y de color claro, recias pero lo suficientemente flexibles para estirarlas sin que se rompan. La de abedul servirá y parece que hay bastante. —¿Era mi imaginación o las ramas del trono de Tábano se estaban moviendo?—. Y luego —continué, nerviosa ante la idea de que su cornejo se hubiera ofendido— creo que yo misma puedo recolectar pigmentos naturales. Es lo que solía hacer cuando era una cría.

—Excelente —dijo, dándose golpecitos en los labios con uno de sus finos dedos—. ¿Y una silla y un caballete para que puedas colocar la corteza?

—Eso suena muy bien, señor. —No tenía la menor idea de lo que podía utilizar como pincel o carboncillo, pero ya se me ocurriría algo. Utilizaría los dedos si era preciso—. Debido a la diferencia de materiales, los retratos no serán como los que suelo hacer ni durarán tanto, pero, si quedáis contento con el trabajo, no me importa rehacerlos al óleo. Utilizando mi método habitual, quiero decir —añadí, consciente de que tal vez no me entendiera.

—¿Puedo vestirla ya? —preguntó la voz de Alondra desde el suelo, donde seguía desplomada en la misma pompa trágica.

Tábano levantó ambas cejas.

—Mmm —murmuró—. Sí, supongo que sí. Aunque yo debería...

—¡Vas a probártelo todo! —exclamó Alondra, y su fría mano me

agarró la muñeca como un cepo. Antes de que me diera cuenta, me llevaba a rastras por entre los sonrientes elfos en pleno pícnic con pocas posibilidades de escapatoria. Miré por encima del hombro a Grajo, que contemplaba cómo me alejaba con atención, y se me pasó por la cabeza el reconfortante pensamiento de que no tardaría en encontrar alguna excusa para asegurarse de que no me asfixiara bajo capas y capas de seda del último siglo.

Alondra me condujo hasta uno de los gigantescos abedules, provisto de gruesas enredaderas que se alzaban en espiral como una escalera de caracol. Se encaramó a aquella estructura de dudoso aspecto sin vacilar mientras tiraba de mí. Subimos cada vez más alto y los elfos del suelo se redujeron al tamaño de soldaditos de plomo. Descubrí que, si prestaba toda mi atención a las raíces nudosas que pisaba, no miraba hacia abajo y me agarraba a la corteza con la mano libre, podía controlar la necesidad de vomitar en el chifón de Alondra, que fue charlando con alegría durante todo el trayecto sin importarle, al parecer, que no le respondiera ni una sola vez.

En la copa, salimos a un laberinto frondoso. Me recordó un poco a uno hecho de setos, pero con emparrados arqueados de ramas blancas parecidas al mimbre llenas de hojas de un verde claro. El suelo parecía mullido y, por lo demás, sólido. No me habría importado caminar por él si no hubiera sido consciente de la larga caída hasta abajo. Había un revoltijo de artículos de arte tirados por todos los senderos, amontonados contra las paredes en pilas tambaleantes compuestas por muebles, cojines, libros, cuadros y objetos de porcelana. Se veían joyas rutilantes colgando de las patas de unas sillas vueltas del revés; las arañas tejían sus telas brillantes sobre los atlas y los percheros de bronce.

— ¡Por aquí! — gritó Alondra. Me dio la vuelta de un tirón tan fuerte que por poco me disloca el hombro y enfiló uno de los corredores. Mientras me apresuraba tras ella, a menudo tenía que atravesar los estrechos pasillos de lado y sospecho que dejé a unas cuantas arañas sin hogar por el camino.

— Guardo mis vestidos en el Agujero del Pájaro. Les ponemos nombre a todas nuestras habitaciones, aunque no sean verdaderas habitaciones, porque eso es lo que hacen los mortales — me reveló.

— Anda, mira qué bien — respondí débilmente, aterrorizada.

Sin embargo, resultó que el Agujero del Pájaro, de mal agüero — habría añadido yo —, se parecía más o menos al resto del laberinto, aunque se trataba de una habitación abovedada que sobresalía de uno de los pasillos y en cuyo interior había nidos con pájaros cantores, que echaron a volar en una melódica explosión cuando entramos. Unas enredaderas con flores escudaban la pared del fondo a modo de cortinas. Alondra al fin soltó mi maltrecha muñeca para ponerse a hurgar en ella, desapareciendo hasta la cintura.

— Toma. — Me plantó en los brazos una pila de chifón que había sacado de entre las cortinas—. Quítate ese viejo vestido marrón tan aburrido y ponte esto. Te quedará largo, porque eres bajita, pero lo puedes arreglar, ¿no? Y luego dejarlo como estaba.

Tardé un poco en comprender lo que quería decir.

— Por desgracia, no domino ese tipo de arte. Sé coser un poco, remiendo rotos y ese tipo de cosas, pero no soy modista.

Alondra se enderezó y se me quedó mirando sin comprender. Sus grandes ojos azules bien separados le otorgaban el aspecto de un gorrión curioso. De no ser por los dientes, habría encontrado su semblante encantador.

—Algunos elfos dominan diferentes tipos de magia, ¿verdad? — dije por probar—. Magia que sólo ellos o muy pocos pueden hacer, como que Grajo sea capaz de cambiar de forma, por ejemplo.

—¡Sí! —exclamó—. Como que Tábano sepa las cosas antes de que ocurran.

Archivé aquella información para más tarde.

—Pues bien, eso es lo que pasa con los mortales y el arte. Mi especialidad es hacer cuadros de las caras de la gente. Me las apaño bien con la comida, pero no mucho con la ropa y para nada con las armas.

—¡Quién necesita armas de todos modos! Si yo fuera mortal, querría arte para hacer vestidos. Anda, date prisa y ponte eso.

Miré la tela rosa sin mucha convicción.

—De acuerdo. ¿Me lo sostienes mientras me preparo? —Se lo devolví y me quité el vestido. A falta de mejor sitio donde ponerlo, lo extendí en el suelo y luego me embutí en el nuevo con su «ayuda», que consistió en toda una serie de pellizcos y empujones innecesarios. Durante todo ese tiempo, pensé en el anillo de hierro escondido en mi bolsillo y deseé habérmelo guardado en las medias.

—Así estás mucho mejor —aseguró muy seria cuando hubimos terminado—. Salvo que el rosa no es tu color. ¡Quítatelo! —me ordenó, y volvió a sumergirse en el armario.

Estaba saliendo del montón de tela cuando oí un rumor procedente de la pared. Me giré y me encontré con un cuervo que metía el pico por entre las ramas. Ladeó la cabeza a un lado y a otro, tiró de las hojas, las arrancó para hacerse sitio y clavó la mirada en nosotras con un interrogante ojo púrpura. Me invadió una oleada de alivio, seguida de la punzante conciencia de que me encontraba en

ropa interior. Crucé los brazos delante del pecho justo cuando metió el resto de la cabeza por el hueco. Medio atascado en la pared, emitió un gorjeo irascible.

No pude evitarlo: me reí. Resultaba difícil sentirse cohibida ante un pájaro.

— Espera, no te muevas. — Me dirigí hacia él, metí la mano por el lado de las plumas y aparté las ramas. Él revoloteó hasta el suelo. Dándose aires de importancia, se pavoneó por toda la habitación y tiró del dobladillo del vestido de Alondra.

— ¡Basta! — exclamó ella—. Estoy ocupada. ¡Que no la voy a romper, lo prometo!

Grajo y yo intercambiamos una mirada. Acababa de dar su palabra, tanto si pretendía hacerlo como si no, pero dudé que aquello importara mucho, dadas las pocas posibilidades que había de que llegase a comprender cómo podía romperse exactamente a un mortal.

Dio media vuelta.

— Este.

Su cara se iluminó de satisfacción.

Ay, Dios. Era un Firth & Maester. Lo cogí con reticencia, como debe de cogerse el collar de diamantes de una reina, y me lo acerqué con las rodillas pegadas, plena y abrumadoramente consciente de que Grajo estaba sólo a unos metros de distancia.

— Alondra, no sé yo si este... Tengo que adentrarme en el bosque a buscar bayas cuando acabemos y no querría estropearlo.

— ¿Y por qué iba a importarte eso?

— Bueno, porque se echaría a perder. ¿No se enfadaría Tábano si tuviera que reemplazarlo?

— Pero qué tonta eres. ¡Mira! — Sacó otro vestido de entre las

enredaderas. Retrocedí de manera involuntaria. Parecía haber servido de vestido de novia hacía mucho tiempo, pero la tela, una vez blanca, se había vuelto grisácea y estaba manchada y llena de agujeros de las polillas. Los lazos que colgaban de la cintura estaban tan raídos que uno de ellos se desprendió cuando Alondra se lo acercó al cuerpo. Pero, en cuanto el vestido la tocó, desplegó nuevos metros de níveo satén. Los bordados se recompusieron como capullos que se abrieran y los lazos se desenrollaron hasta sus pies, immaculados. El vestido parecía recién cosido, sin el menor rastro de deterioro.

Al ver mi expresión, Alondra chilló de la risa mostrando todos y cada uno de sus afilados dientes. Luego dejó de reír de golpe, como si hubiera cerrado la tapa de una caja de música.

— A eso se refería cuando me dijo que consiguiera unos nuevos — me explicó—. Pero sólo podemos hacer que se parezcan a como eran cuando fueron confeccionados. De modo que no puedo cambiar su forma ni añadir nada.

Me agarró. Se notaba que iba a preguntarme de nuevo por mis habilidades de costura, así que me puse el vestido a toda prisa antes de que tuviera oportunidad de hacerlo.

Estaba hecho de precioso satén de color verde salvia. El corpiño estaba bordado con diminutos pájaros cantores en hilo de plata y un lazo de satén de color crema marcaba su talle alto, bajo el cual había una capa adicional de muselina transparente sobre la enagua verde. Me sentía diáfana y resplandeciente, como el ala de una libélula. En condiciones normales, nunca llevaba nada ni la mitad de fino sin una combinación debajo, y el tacto de la tela lustrosa en las piernas, tan sedoso y sutil como el agua, me resultaba extraño. No pegaba en absoluto con mis bastas botas de piel que sobresalían por debajo del

dobladillo, pero ese era un aspecto de mi guardarropa en el que me negaba a ceder; no sabía cuándo tendría que echar a correr.

— Perfecto para ir a coger bayas — bromeé sin convicción.

— ¿Y tú? — le preguntó Alondra a Grajo, que me estaba observando con la cabeza ladeada. Un rubor me subió hasta las mejillas y aplaqué la necesidad de volver a cruzarme de brazos, aunque no había nada que esconder—. ¿Te ha cambiado Tábano esa deprimente ropa otoñal?

El viento sacudió el Agujero del Pájaro y Grajo se materializó a nuestro lado enfadado y con el ceño fruncido.

— Sí, esa fue su primera orden del día, como cabía esperar. Pero estos colores no me favorecen en absoluto.

— ¡No seas aguafiestas! El negro, el marrón y todo lo que llevabas encima le sientan fatal a todo el mundo. Creo que estás estupendo.

— Y yo creo que debemos coincidir en que diferimos en lo que a moda se refiere — respondió con dignidad—. Además, no era marrón, era cobre.

— ¡Cobre! — repitió, y soltó otra risotada estridente, aunque el origen del chiste se me escapaba.

Para ser completamente sincera, Grajo podía ir por ahí envuelto en una sábana y seguir estando magnífico, pero la verdad es que le sentaba mejor su propia ropa: la chaqueta verde helecho que Tábano le había gorroneado no casaba en absoluto con su tez ni su pelo oscuros y le quedaba demasiado estrecha por los hombros. El asediado pañuelo que llevaba al cuello daba muestras de haber recibido impacientes zarpazos; dudé que aguantara mucho en aquella corte, pero al menos, pensé irónicamente, íbamos conjuntados.

— ¿Habéis acabado ya? Tengo órdenes de bajar a Isobel para las

presentaciones una vez que esté vestida. Y tú puedes ayudar a presentarla, por supuesto —añadió mirando a Alondra, que estaba poniendo cara de puchero.

— ¡Oh, estupendo!

Y lo agarró del brazo.

Grajo levantó su otro codo de manera significativa y yo sonreí y negué con la cabeza.

— Si vamos paseando del brazo, no conseguiremos atravesar esos pasillos.

— ¡Tú hazlo, Isobel! — chilló Alondra—. No vamos a ir por ahí.

¿Qué otro camino podía haber? Segura de que estaba a punto de experimentar otra rareza élfica que prefería evitar, me agarré del brazo que Grajo me ofrecía. Observé lo delicadas que mi mano y mi muñeca parecían en su manga y admití que era posible entender que los elfos se hubieran vuelto tan vanidosos y fueran por ahí desfilando con vestidos de Firth & Maester y discutiendo constantemente acerca de los colores que mejor les sentaban.

Grajo bajó la vista; su mirada era un libro abierto.

«Está realmente enamorado de mí», pensé. El corazón me dio un vuelco en el pecho como a un cervatillo sobresaltado. Ver una confesión de amor en sus ojos no era como oír una declaración de viva voz. Era una mirada que haría que el tiempo se detuviera si fuera posible. Suave y afilada a la vez, cargada de una ternura afligida bordeada de melancolía, la prueba palpable de un corazón roto. Allí estaba yo, ataviada con un vestido de libélula, cogida de su brazo, y él era consciente de que el tiempo casi se nos había agotado.

Un millar de alas se desplegaron en mi interior. Las perseguí e intenté silenciarlas, embutirlas donde no hicieran daño, pero era como

estar en el centro de un vórtice de mariposas y tratar de capturarlas con las manos. Fui consciente del calor que desprendía su piel a través de la tela de su chaqueta de seda y de que mi mano, si bien muy ligeramente, había empezado a temblar.

Él no podía decir nada delante de Alondra y no necesitaba hacerlo. Veía todo lo que necesitaba saber reflejado en sus ojos.

¿Qué estaba sintiendo? ¿Cómo podía estar segura?

El amor entre nosotros era algo imposible. Me obligué a imaginar lo que nos ocurriría si dábamos alas a aquel sentimiento. Sólo había dos opciones: beber del Pozo Verde o condenarnos a ambos a la muerte. Al confrontar su mirada, dejé que mi decisión se reflejara en mi rostro; no podía permitir ninguna de las dos. Era más fuerte que mis emociones. Aunque viviera mil veces, no tiraría por la borda mi vida y la de otra persona por amor ni una sola vez. Una tormenta se concentró en mi pecho; las mariposas descendieron aleteando débilmente hasta el suelo.

Grajo inhaló con brusquedad y apartó la vista.

Según mi cabeza, había hecho lo correcto. Pero en mi corazón se abrió una brecha oscura con el vacío que había dejado al desviar los ojos. Me pregunté si mi cabeza y mi corazón se reconciliarían alguna vez o si me habría condenado a revivir aquel momento durante el resto de mi vida, medio segura de que había tomado la única decisión posible, medio susurrando «¿y si...?», colmada de amargo arrepentimiento por siempre jamás.

El Agujero del Pájaro crujió. El suelo tembló bajo mis pies y las ramas de mimbre de las paredes empezaron a entrelazarse como hilos en un telar, entretejiéndose, retorciéndose, arqueándose hacia afuera. Me aferré al brazo de Grajo por reflejo. Alondra aulló maléficamente

al ver la cara que ponía. Todo a nuestro alrededor se transformó y una idea aterradora asaltó mi mente: durante aquel único momento íntimo, ¿habíamos roto Grajo y yo la Ley del Bien después de todo?

Doce

El suelo de mimbre descendió en cascada a partir de las puntas de mis pies. Unos finos soportes de abedul se elevaron de la tierra y se unieron a la reciente escalera en formación a intervalos, creando elegantes arcos arriba y abajo mientras las ramas del árbol se desplegaban en abanico formando balaustres.

En pocos segundos me encontré en lo alto de una amplia e inmensa escalera, más suntuosa que la de cualquier palacio, que bajaba cinco pisos por lo menos. A los pies me aguardaba una multitud de elfos dispuestos en semicírculo en la hierba a la que supuse que estábamos a punto de descender. Tábano estaba arrodillado en el centro y su pelo lanzaba destellos plateados al recibir los rayos del sol. Cuando lo miré, se levantó, se examinó la punta del dedo índice y se la llevó con discreción a los labios para limpiarse la sangre. Al parecer, había hecho todo aquello con una sola gota.

El pulso se me aceleró. Aunque mi peor temor no se había cumplido, ahora poseía un amplio material con el que reemplazarlo. La concurrencia de elfos era mayor que en el prado y, aunque Grajo irradiaba majestuosidad a mi lado, yo era el centro de atención de todas sus miradas. Iban de punta en blanco con los delicados rosas, verdes, azules y amarillos de un jardín primaveral y se veían resplandecientes con sus bordados plateados y sus botones de madreperla, y con aquellas joyas que imitaban el brillo de sus ojos inmortales. Sabía que, aunque caminara entre ellos durante horas, no hallaría ni una uña astillada ni un pelo fuera de lugar. Como también sabía que todos y cada uno de ellos podían matarme con la misma

facilidad, y la misma indiferencia, con la que se deja caer una taza de té.

Tábano nos hizo un gesto con la cabeza.

Un pie delante del otro. Eso era lo único que tenía que hacer. Y, aun así, el descenso se me antojó eterno y los segundos me parecieron minutos mientras la multitud esperaba en completo silencio; lo único que se oía era el frufnú de mi vestido al rozar los escalones que íbamos dejando atrás. Cuanto más nos acercábamos, menos naturales me parecían los elfos. La pequeña inquietud que me provocaba aquella pulcritud extrema cuando me hallaba en presencia de uno o dos se amplificó hasta convertirse en una sensación de auténtico horror cuando me enfrenté a tantos, como si me observara un ejército de muñecos vivientes.

En cuanto planté el primer pie en la hierba, un delicado coro de risas, suspiros y conversaciones susurradas se propagó por la audiencia. Y empezaron las presentaciones.

Cuando Tábano se dio la vuelta, los elfos de las primeras filas empezaron a separarse y una mujer de arrebatadores ojos color avellana emergió victoriosa entre ellos. Se caló bien el sombrero con una sonrisa regia y se adelantó para tomar la mano que él le ofrecía. Llevaba un vestido lila con un cuello alto de encaje ceñido y el defecto que su glamur no lograba ocultar, unos pómulos demasiado prominentes, era más sutil que el de la mayoría. Como muchos de los presentes, tenía la piel clarísima, un rasgo propio de la corte de la primavera, mientras que los miembros de las cortes del otoño y del verano tendían a mostrar unos cutis más complejos, como el de Grajo, con matices que abarcaban desde el dorado de los rayos del sol hasta el ocre más oscuro, pasando por el marrón bellota.

—Isobel, me gustaría presentarte a Dedalera —anunció Tábano. Hice una profunda reverencia—. Dedalera, esta es Isobel, aunque ya has oído hablar de ella, pues su fama la precede.

Ella me devolvió el saludo.

Yo también había oído hablar de ella. Era la elfa que le había robado las vocales a la señora Firth. Siempre me había sentido afortunada porque nunca se hubiera cruzado en mi camino.

—Estoy emocionadísima por tu visita —dijo, acercándose tanto a mí que su aliento me agitó levemente el pelo. Emanaba un dulce aroma floral con una base intensa y especiada—. Llevo siguiendo tu obra desde que empezó a aparecer en las cortes. Me encantaría que me hicieras un retrato mientras estás aquí.

La mandíbula me dolía de tanto sonreír y el calvario no había hecho más que empezar.

—Gracias. Sería un placer.

—Eres un sol —respondió con ojos anhelantes.

Poco a poco, los demás elfos se fueron acercando en una fila interminable. Las rodillas no tardaron en crujirme de tanto agacharme para saludar y los cumplidos me entumecieron el cerebro. Grajo y yo permanecimos todo el tiempo el uno al lado del otro, sin mirarnos. Muchos de los elfos a los que saludé eran o habían sido clientes míos, como Macaón, que no perdió la oportunidad de sacar a colación a voz en grito el encargo que había hecho para él, mientras varias cabezas se asomaban envidiosas por encima de sus hombros. Todos conocían mi arte de sobra.

Conforme la tarde avanzaba, crecía mi impaciencia. Necesitaba tiempo para hacer acopio de materiales antes de que anocheciera. Y lo más importante: tenía que enviar noticias de mi situación a Emma —

por escrito — ahora que por fin estaba en posición de hacerlo. Las que pudiera transmitir oralmente un mensajero elfo, si es que Tábano lograba sacar a alguno de la reunión del té para tal cometido, la tendrían de los nervios hasta el amanecer, intentando averiguar si estaba muerta o herida y si le habrían disfrazado la verdad con palabras dulces.

Así que estaba distraída pensando en una forma de escapar antes de que fuera demasiado tarde cuando el príncipe de la primavera se aproximó en compañía de otra elfa llamada Aster.

—Creo que te hará una ilusión especial conocer a Aster —dijo, con un entusiasmo exagerado—. En otra vida fue mortal como tú y bebió del Pozo Verde. ¿Cuándo fue eso, Aster?

—Ya debe de hacer varios siglos, aunque parece que fue ayer —respondió ella con una voz suave y susurrante que me recordó al bamboleo de unas ramas de sauce sacudidas por la brisa.

Volví a concentrar mi atención en el acto. Si no lo hubiera sabido, me habría resultado imposible distinguirla del resto. Quizás era un poco más baja, pero apenas se notaba. Lucía unas flores entretejidas en su negra melena ondulada hasta la cintura. En contraste, su piel se veía palidísima, lo cual acentuaba el defecto que su glamur no lograba ocultar: era de una delgadez extrema. Las clavículas y las costillas le sobresalían del pecho por encima del escote de su vestido y sus hombros parecían tan frágiles como los de un pajarillo. Me escrutaba con unos ojos marrones casi tan oscuros como los míos.

Intercambiamos sendas reverencias.

—Es un placer conocerte, Aster. Yo también espero beber algún día del Pozo Verde. —La capacidad de mentir nunca me había resultado tan útil ni necesaria—. ¿Qué se siente al ser una elfa?

Me dedicó una sonrisa trémula que no se contagió al resto de su cara.

— Ah, es estupendo. Hay tan pocas cosas de las que preocuparse... Ya casi nunca me preocupo por nada. Me acuerdo de lo que era ponerse enfermo o del dolor, y hay mucho menos de eso ahora.

Su sonrisa se desvaneció y volvió a aparecer.

— No suena nada mal. — Era consciente de que todos los ojos estaban puestos en mí y me aseguré de que mi expresión no cambiaba —. El bosque es tan bonito comparado con Extravagancia...

— Sí — coincidió ella —. Oh, sí.

— ¿Tú también eras artista? — le pregunté.

Su lánguida sonrisa encendió su rostro como la chispa de un pedernal.

— ¡Sí! Hay que beber del pozo, por supuesto. A ver..., era... — titubeó —. No sé, creo que he olvidado el nombre. ¡Ja, ja! ¡Qué raro!

Se me erizó la piel, como si miles de miriódodos me salieran en tropel del cuero cabelludo y me bajaran hasta los dedos de los pies. Recé por que los elfos no se percataran de mis vellos de punta.

— Si me lo describes, a lo mejor puedo decirte el nombre — le sugerí.

— De acuerdo. Creaba palabras. Creaba palabras para libros, de esos que cuentan historias que no son ciertas. ¿No es absurdo? ¡Eso es lo que hacía!

— Eras escritora — concluí.

Las pupilas se le dilataron. Durante un instante, tuve la aterradora impresión de que iba a abalanzarse sobre mí y a arrancarme la garganta. Entonces vi que apretaba tanto los puños al agarrarse el vestido que los nudillos se le habían puesto blancos y sus dedos

parecían a punto de romperse.

—Sí, eso es. Era escritora. ¡Ja, ja! ¡Escritora! Qué tonta soy, se me olvidan las cosas. A todos se nos olvidan de vez en cuando.

—Sí, claro que sí. —Me costó horrores que la voz no me temblara—. ¿Puedo preguntarte si también tuviste el placer de visitar la corte de la primavera antes de beber del pozo?

—Oh, no —dijo—. Eso habría sido magnífico, pero vine aquí después, cuando me convertí.

¿A cuántos elfos había conocido Aster antes de tomar aquella decisión? ¿Habría comprendido enteramente sus consecuencias? No podía continuar por aquel derrotero sin levantar sospechas, pero me dio la impresión de que no había sido consciente de lo que le esperaba, no del todo, igual que el resto de la gente de Extravagancia.

—Ya veo —respondí—. Ha sido un placer conocerte, Aster.

—Estoy muy contenta de que hayamos tenido ocasión de hablar. Espero que sigas mis pasos. Sería estupendo tenerte aquí en la corte de la primavera, ya lo creo que sí. —Apretó y relajó los dedos—. A lo mejor podríamos hablar otra vez antes de que regreses a Extravagancia, para que vuelvas a recordarme esa palabra. Ja, ja, ya ves lo olvidadiza que soy.

Mi sonrisa pareció tallada en mi cara mientras se marchaba. Grajo se movió a mi lado, pero no me atreví a mirarlo. Un frío gélido me helaba hasta el tuétano. La llamada invernal de los sabuesos de la Cacería Salvaje se elevó de nuevo en mis oídos y vi el rostro blanco y los ojos feroces de Cicuta retrayéndose en la oscuridad. Recordé el anhelo que asomaba bajo la sonrisa fría y educada de todos los elfos que había pintado. ¿Cómo era posible que hubiésemos llegado a admirar a los elfos e incluso albergado esperanzas de convertirnos en

ellos?

—Tábano —dijo Grajo en tono jovial—, creo que Isobel ya ha tenido bastante por hoy. Ya sabes cómo son los mortales: no pueden estar de pie más de un par de horas sin derrumbarse de cansancio. Si queremos disfrutar de su arte mañana, necesitará ahorrar fuerzas para..., en fin, para lo que quiera que tenga que hacer esta noche.

Oí, más que vi, su encantadora media sonrisa.

—¡Santo cielo, no! ¡No interfiramos en su arte! —Tábano elevó la voz—. Damas y caballeros de la corte, tendrán que esperar. Volveremos a reunirnos para la cena.

Me vi envuelta en un coro de exclamaciones de disgusto, seguido por un murmullo generalizado. De forma automática, agarré el brazo que Grajo me ofrecía y dejé que me guiara por las escaleras. Alondra nos siguió brincando mientras se despedía de sus amigas con la mano. Para su regocijo, estas nos vieron marchar con cara de malhumor.

—Ahora te tendremos enterita para nosotros —comentó, y me cogió del otro brazo. Grajo hizo una mueca y se esforzó por contener su frustración. No podía hablar con libertad en presencia de Alondra, pero su compañía era un alivio por la misma razón. No podían vernos a solas demasiado a menudo si no queríamos levantar sospechas.

Le hice un gesto de asentimiento con la cabeza, confiando en que entendiera lo que pretendía decirle: que estaba bien y que le agradecía su intervención. Aquello no pareció contentarle.

Alondra columpió nuestros brazos adelante y atrás.

—¡Estás muy callada, Isobel! Debes de estar exhausta. ¿Cómo es?

—¿Cómo es qué?

—Pues estar exhausta.

Incluso después de haber pasado tantos años en su compañía, los

elfos seguían teniendo la capacidad de sorprenderme.

—Mmm..., supongo que te entran unas ganas enormes de sentarte o de acostarte. Cualquier cosa para la que no haya que moverse o pensar.

—Entonces es como tomar demasiado vino —murmuró como si cayera en la cuenta de repente.

Enarqué las cejas y pensé que, si Tábano fuera humano, alguien debería cantarle las cuarenta.

—Sí, pero sin las partes buenas. Y, mmm, bueno, también sin la mayoría de las malas —añadí, rememorando mi primera y última experiencia con el *brandy* que Emma reservaba para las fiestas.

Alondra me chilló en el oído.

—Eso no tiene ningún sentido —dijo una vez que se recuperó—. ¿Qué vamos a hacer ahora? Por favor, no te eches la siesta, eso sería aburridísimo.

—No, me gustaría empezar a reunir materiales para los pigmentos. ¿Creéis que podríais ayudarme? —Miré a Grajo de reajo—. ¿O esa tarea es indigna de un príncipe?

Por fin logré arrancarle una sonrisa, una real esta vez, con hoyuelo y todo.

—En circunstancias normales, diría que sí, pero no puedo dejar pasar la oportunidad de manchar la espantosa ropa de Tábano. Quizás a Alondra no le importe, pero a él sí. Así que dinos lo que hay que buscar, estamos a tu servicio.

Me llevaron a cierta distancia de lo que había empezado a creer que era la sala del trono de la corte, a un lugar que se asemejaba a un bosque corriente, y me senté en el tocón de un árbol. Allí les enumeré lo que necesitaba. Arándanos, zarzamoras, bayas de saúco, moras...

Cualquier fruto rojo que pudieran encontrar. Cebollas silvestres y corteza de manzano para el amarillo; cáscaras de nueces para el marrón. Para el negro, podría usar hollín.

—¿Para qué son los huevos? —preguntó Grajo indignado, cerniéndose sobre mí cuan alto era.

—Necesito algo para dar consistencia a los pigmentos. Suelo usar aceite de linaza o de espliego, pero la yema de huevo es una alternativa más rápida. —Al ver su expresión, me apresuré a añadir—: No cojáis huevos de cuervo, por el amor de Dios. Ah, y que sean frescos, no quiero que me salga un pollito de alguno.

—Yo me los comeré —me aseguró Alondra como una auténtica damisela.

—Te llevarías bien con mi..., ah, da igual.

¿Cómo podía estar allí pasándomelo tan bien cuando mi familia me esperaba en casa sin saber si estaba muerta o algo peor? Grajo me lanzó una mirada, pero, por suerte, Alondra no notó nada raro.

—¡A ver quién los consigue primero! —gritó, y desapareció.

Las hojas de un arbusto cercano temblaron como si algo hubiera pasado rozándolas a gran velocidad.

—Isobel —me susurró Grajo—. Cuando hablaste con Aster...

La voz lejana de Alondra lo interrumpió:

—¡Date prisa!

Titubeé, indeciso. Eché una ojeada a nuestro alrededor para asegurarme de que estábamos solos y le cogí la mano. Él bajó la vista enseguida a nuestros dedos entrelazados como si contuvieran los secretos del universo.

—Continúa —lo incité—. Fue a mí a quien se le ocurrió este plan, ¿recuerdas? Y ahora es cuando más necesito tu ayuda.

La sombra de una duda surcó sus rasgos. Pero Alondra volvió a llamarlo y no quiso demorarse más.

Aquella noche, los elfos se reunieron para ver los preparativos de mi arte. Nos quedamos en el mismo claro del bosque, para que no tuviéramos que andar yendo y viniendo, y la corte no tardó en llegar; cada vez que me daba la vuelta, más damas y caballeros elfos aparecían de manera inquietante por arte de magia. Contemplaron fascinados cómo molía las bayas, las cáscaras y la corteza en una piedra plana y luego las vertía en unas tazas de té y unos cuencos de porcelana que Alondra había traído del laberinto. Casqué los diminutos huevos de rruiseñor, aparté las claras con los dedos y mezclé la yema y los pigmentos usando una ramita. No muy lejos de allí, unos leños quemados aparecieron de la nada para proporcionarme la madera chamuscada que necesitaba para el hollín.

Los pigmentos eran caros. Antes de que los elfos se convirtieran en mis clientes, sólo usaba carboncillo junto con colores que yo misma fabricaba y, mientras trabajaba, acudieron a mi mente aquellos recuerdos de la infancia. De las zarzamoras obtenía un rojo oscuro e intenso. Las bayas de saúco se secaban con tinta ocre. Las moras, mezcladas con cáscaras de nueces, creaban un bonito marrón intermedio con matices violáceos. Y los arándanos derivaban en rosa y se oscurecían hasta un fuerte azul índigo en el transcurso de un día. Quizás, irónicamente, el verde era el color más difícil de extraer de la naturaleza; tendría que experimentar con los amarillos obtenidos a partir de la cocción de la piel de cebolla y la corteza de manzano, y ver qué aspecto tenían al mezclarlos con mis azules.

Tan ensimismada estaba que durante un rato me olvidé del

público y me concentré exclusivamente en el placer del color. El sol declinaba y arrojaba destellos dorados sobre mis utensilios improvisados y mi pelo.

Por último, terminé de moler la leña chamuscada del fuego.

—Creo que ya está —anuncié, creyendo que me dirigía a Grajo y a Alondra, pero dándome cuenta en el acto de que había toda una multitud de elfos arracimada a mi alrededor.

—Maravilloso —declaró Tábano, como si fuera una alquimista de la corte transmutando el plomo en oro, mientras me lo quedaba mirando con los dedos manchados de huevo.

Me ofreció un trozo cuadrado de corteza de abedul y me limpié las manos en el suelo antes de cogerlo.

—Gracias —repuse—. Creo que me vendrá de perlas. ¿Puedo pedirlos un favor?

Tábano inclinó la cabeza.

—Te dije que no te faltaría de nada.

—Si le escribo una carta a mi familia en Extravagancia, ¿podrías hacérsela llegar? Tal vez con un pájaro. Cuanto antes la reciban, mejor —me apresuré a añadir, consciente de que, de lo contrario, la carta podía llegar a nuestra casita abandonada y en ruinas con cien años de retraso.

—Claro que sí. Te doy mi palabra de que tu carta llegará al alba dentro de dos días.

—¿Y mi tía Emma la recibirá? —insistí para no dejar ningún cabo suelto.

Me dedicó una sonrisa intencionada.

—Nunca se te escapa un detalle, ¿eh? Te prometo que se entregará en mano a tu tía Emma. Además, ¡te confieso que nunca he tenido el

privilegio de ver el arte de la escritura! —Y, tras decir eso, se sentó a mi lado con las piernas cruzadas para verme escribir.

—Oh, eh..., estaré encantada de enseñároslo —respondí, e intenté ignorar su escrutinio. Contemplaba la corteza que tenía en la mano como si esperase que la transformara en una paloma con un simple giro de muñeca. Hice amago de coger el cuenco de hollín, pero me detuve a medio camino al darme cuenta de una cosa—. No tengo nada con lo que escribir —me dije a mí misma en voz alta, y eché una ojeada a mi alrededor.

El viento me agitó el pelo. Grajo se posó en el tocón a mi lado convertido en cuervo y giró la cabeza para arreglarse las plumas de la cola. Justo cuando estaba a punto de ahuyentarlo, agarró la pluma más larga, se la arrancó de cuajo y me la ofreció con elegante aplomo. Estaba caliente y en la punta del astil translúcido había una gota de su sangre ambarina.

La giré en mis manos y recorrí su borde sedoso con la punta del dedo para ganar tiempo. No estaba segura de por qué me había conmovido tanto el gesto. La pluma era una de muchas y Grajo podía hacerla crecer de nuevo en un mero instante. Cuando ya no pude demorarme más, me aclaré la garganta y limpié la punta en el suelo con delicadeza.

Lo cual puede que fuera un error.

Pues, justo en ese momento, la hierba se hinchó; un pimpollo emergió de entre las flores silvestres y creció rápidamente hasta convertirse en un árbol joven que desplegó sus ramas como si fuera un accesorio de un decorado teatral. Unas vívidas hojas escarlatas brotaron en una gloriosa florecencia. Su follaje se desplegó triunfante, y un poco ofensivo, por el claro primaveral, en lo que me

pareció el estilo característico de Grajo.

—¡Ten cuidado! —exclamó Tábano—. No pienso ver cómo desfiguras mi corte, Grajo. Eso es tremendamente antiestético.

El aludido desplegó las alas y lanzó una serie de graznidos beligerantes. Disimulé una sonrisa.

—Gracias —le susurré, e hice rodar el cálamo entre las puntas de los dedos.

En cuanto empecé a garabatear la carta con hollín húmedo, Tábano olvidó la ofensa. Puede que los elfos no supieran escribir, pero sí que sabían leer, de modo que debía tener cuidado con lo que revelaba.

«Queridas Emma, Marzo y Mayo —escribí—: Estoy bien y a salvo. Me duele pensar en la angustia que mi desaparición debe de haberos causado. La verdad es que me he visto envuelta en una aventura inesperada —sabía que Emma entendería lo que suponía para mí verme envuelta en una “aventura”— y no he tenido la oportunidad de escribiros hasta ahora. En estos momentos, me encuentro haciendo una demostración de mi arte en la corte de la primavera. Grajo, el príncipe del otoño, vino a por mí de repente y me trajo aquí. Tengo muchas ganas de volver a veros. Con cariño, Isobel».

La carta le suscitaría a Emma más preguntas que respuestas, pero la corteza no me daba para más, así que tendría que conformarme. Esperé a que se secase y se la tendí a Tábano.

Este se la acercó a la cara y la examinó con distante fascinación.

—Un acto tan simple... —dijo al fin—. Y, sin embargo, ¿sabes que, si un elfo intentase imitarte, acabaría convertido en polvo?

—Eso..., eso he oído, señor.

Su mirada pálida se clavó de súbito en mí.

—No te confundas. Comparado con el poder y la belleza de la inmortalidad, es un precio muy pequeño. Y, aun así, nos suscita la duda, ¿verdad? ¿Por qué deseamos por encima de todo lo que tiene el poder de destruirnos?

Un escalofrío me recorrió la espalda. Nunca había oído filosofar a Tábano sobre algo más profundo que la crema de limón. Reprimí el impulso de mirar a Grajo y me pregunté si compartiría mi malestar.

—El arte en sí mismo no os hace daño —apunté—. Lo lleváis puesto u os lo coméis todos los días sin consecuencias.

—Ah, sí. De momento. —Esbozó una débil sonrisa—. Hay consecuencias que no se ven. Tal vez un día descubras que ese arte tiene el poder de destruir a los de mi clase de un modo que nunca habrías imaginado. Oh, eso ha sonado muy deprimente, ¿a que sí? Perdona.

Me guiñó un ojo. Aplaudió y se puso en pie.

Entonces me percaté de que la carta ya no estaba; había desaparecido tan rápido de sus manos que ni siquiera la había visto. Me había dado su palabra, recordé, tratando de librarme de la extrañeza de nuestra reciente conversación. Emma la recibiría. La leería pronto y, aunque seguiría temiendo por mí, al menos sabría que no estaba muerta.

—¿Algún voluntario para ayudar a Isobel a acarrear sus utensilios hasta el trono? —preguntó Tábano como si se dirigiera a un grupo de escolares.

Enseguida me vi rodeada por un corrillo de elfos de risillas nerviosas que levantaban los cuencos y los inspeccionaban. Al principio me preocupó que pudieran estropear los pigmentos, pero la

preocupación se desvaneció cuando vi que sostenían los recipientes como si fueran cálices encantados, susceptibles de explotar o convertir en piedra a alguien cercano si se caían. Al parecer, Grajo ya había ayudado bastante aquel día porque, cuando me levanté, revoloteó sobre mi hombro hasta que le di permiso para posarse y luego se quedó allí observando a todo el mundo con el pico levantado.

Caminamos en procesión como salidos de un tapiz; yo encabezaba la marcha, con mi vestido de gasa y un príncipe al hombro trocado en animal, y un desfile de elfos me iba a la zaga. El sol poniente hacía que todo refulgiera y los insectos que se elevaban de las flores silvestres parecían motas de oro suspendidas en el aire.

Cuando llegamos a la sala del trono, fue evidente que la habían transformado en mi ausencia. Habían dispuesto una larga mesa a lo largo del sendero bordeado de abedules que conducía al trono, la habían cubierto con un mantel blanco y adornado con un camino de mesa bordado que debía de medir quince metros como mínimo. Su seda verde clara y plateada hacía juego con los cojines de las sillas y los diseños de los cubiertos de porcelana fina. Pero la comida lo desmerecía todo: brillantes montañas de uvas, ciruelas y cerezas, un abundante surtido de pastas glaseadas, ganso y perdiz asados aún relucientes del espetón.

—¿Quién ha hecho todo esto? —le pregunté a Grajo en voz baja—. ¿Os turnáis para jugar a las casitas o las ardillas y las liebres salen del bosque para prepararlo todo mientras no estáis?

Me hizo saber lo que opinaba de mi burla revoloteando a mi alrededor y sacudiéndome la cola en la nariz.

La mesa era tan impresionante que no me fijé en el pequeño añadido hasta que nos aproximamos. Habían colocado una silla con

brocados a unos pasos del trono y, delante de ella, se erguía un caballete. Este era decorativo y parecía más adecuado para exponer las obras que para pintarlas, pero serviría para su propósito. La cantidad de corteza de abedul que Tábano me había conseguido era apabullante. Formaba una pila más alta que la propia silla y ponía de manifiesto sus expectativas.

—Me temo que cuando acabemos de cenar será demasiado tarde —dijo al ponerse a mi lado—. Tal vez podrías deleitarnos con tu arte mañana por la mañana.

Y dicho esto, retiró la silla que presidía la mesa.

Trece

Deseé con todas mis fuerzas haber podido renunciar a ese honor, pero habría sido descortés y tenía todos aquellos resplandecientes ojos clavados en mí. Hice una reverencia y, mientras me sentaba, Grajo echó a volar de mi hombro y se transformó a mi lado a tiempo para acercarme la silla. Tábano se lo permitió con una sonrisa y yo me pregunté si aquel gesto de Grajo había sido sensato.

Los elfos se acercaron y tomaron asiento. Alondra lo hizo a mi izquierda y Grajo a mi derecha. Tábano recorrió toda la mesa y se sentó en el otro extremo, justo enfrente de mí, semioculto por las exquisiteces que se amontonaban en el espacio que nos separaba. Los demás hicieron lo propio en medio de un frufrú de seda y muselina.

El festín que siguió fue extrañamente fascinante. En lugar de utilizar cucharas, tenedores o cacillos, los elfos usaban los dedos para coger lo que querían. Tan refinados eran sus modales y tan delicados sus movimientos que la práctica no me resultó repulsiva. No había sirvientes alrededor de la mesa: si un elfo quería algo que no alcanzaba, o se levantaba y lo cogía o hacía que se lo pasaran de mano en mano, con el riesgo de que a alguien se le antojara y se lo comiera por el camino. Circularon botellas de vino y todos nos servimos una copa. Mis gustos no eran refinados, pero di un sorbo y supe que su añada valía su peso en oro. El vino era una de las pocas cosas que no elaborábamos en Extravagancia; se importaba del Otro Mundo a un gran coste y bajo un gran peligro.

Seleccioné piezas de fruta y pastelitos siguiendo su ejemplo, pero, cuando llegó la hora del ganso, lustroso y recubierto de miel y

especias, cogí el cuchillo y el tenedor. Mientras cortaba la carne, sentí que me observaban. Cuando alcé la vista, varios elfos hacían uso de la cubertería de plata y me imitaban con precisión, mientras otros cuantos examinaban sus utensilios con curiosidad. Era obvio que la mayoría de ellos nunca los habían utilizado. ¿Por qué, entonces, ponían la mesa de aquel modo?

«Porque es lo que hacen los humanos», pensé con una leve punzada de inquietud.

La conversación giró en torno a mi arte y otras ocupaciones humanas. Discutieron sobre ropa y espadas. Yo respondí a algunas preguntas desconcertantes y tuve que volver a explicar que dominar un arte no me convertía automáticamente en experta en las demás. A medida que avanzaba el banquete, las esperanzas de enterarme, aunque fuera de pasada, de información útil sobre el resto de las cortes, las tierras del verano y las criaturas fantásticas corrompidas se desmoronaron bajo el rumor de la cháchara.

Cuando cayó la noche, las luciérnagas salieron en tal cantidad que resplandecían como estrellas en los árboles. Unos cuantos elfos convocaron luces etéreas en diferentes tonos que planeaban por encima de la mesa. Cuando me entró frío, Grajo enseguida me ofreció su chaqueta prestada y pareció alegrarse mucho de desprenderse de ella. Tanto si los colores le sentaban bien como si no, el corte del chaleco ceñido de Tábano realzaba su figura y tuve que hacer un esfuerzo para no quedarme embobada mirándolo en mangas de camisa. Hacía un buen rato que se había deshecho del pañuelo, lo que le dejaba la garganta al descubierto.

Con el tiempo, se fue desvelando un extraño patrón. Un elfo sonriente pasaba un postre o una pasta por la mesa en mi dirección,

pero Grajo lo interceptaba antes de que llegara hasta mí. A la quinta o sexta vez que esto ocurrió, tuvo incluso que estirarse por encima de la mesa para quitarle a Alondra de las manos una pila de uvas del tamaño de una rueda. Me dedicó una mirada de preocupación cuando recuperó su asiento y apuntaló la mano en el reposabrazos. Para entonces, ya había tomado bastante vino y me dio la impresión de que empezaba a notársele, una observación que me hizo igualmente consciente de mi propia condición. Debía admitir que la presencia de tantos elfos era más llevadera tras unas cuantas copas.

Me incliné hacia él, tratando de ignorar cómo se mecían las luces cuando me movía, y murmuré:

— ¿Están encantados? ¿Son venenosos?

— No como tales — respondió en tono incómodo.

— Entonces, ¿qué les pasa?

Nuestras miradas se encontraron.

— Mejor que no lo sepas — determinó, con una expresión tan triste que no quise seguir presionándolo.

Sin embargo, no podía interceptarlos todos y, al final, descubrí la razón por mí misma. Alondra volvió a toda prisa con un puñado de tartaletas, se comió una y me ofreció otra. Cuando la toqué, se transformó: el hojaldre se marchitó y se cubrió de moho gris. Fuera cual fuese el relleno que tenía, este chorreó convertido en un fango negro e inidentificable que apestaba a podredumbre. Para colmo, el bocado desinflado bulló en mi mano: estaba lleno de gusanos. Lancé lo que quedaba del hojaldre a la mesa, aunque no cayó en mi plato, sino justo en medio de las copas y la cubertería de plata, provocando un gran estrépito mientras empujaba la silla con la parte trasera de las piernas.

Y así fue como la magia de la noche se rompió. Todos los elfos de la mesa se me quedaron mirando y, aunque sabía que debía de ser mi imaginación, sus ojos me recordaron a los de un gato, desprovistos de glamur bajo la luz titilante. Los de Tábano eran tan claros que destellaban como la llama de una vela a través de un cuarzo. Se me aceleró la respiración. Entonces Alondra, que me observaba estupefacta, soltó una risotada estridente y cogió el pastelillo corrompido del mantel. En cuanto lo hizo, ya no estaba pocho; parecía un poco aplastado, pero, por lo demás, estaba igual que antes. Se lo embutió en la boca.

Una risita nerviosa se propagó por toda la mesa y la tensión que reinaba en el ambiente se evaporó. Lentamente, volví a sentarme. Examiné mi plato para asegurarme de que no lo había imaginado todo, de que no era una especie de broma pesada que me estaban gastando. No sabía si estaba más aliviada o asqueada de ver los gusanos retorciéndose en la porcelana.

Un músculo se movió en la mandíbula de Grajo. Intercambió mi plato por el suyo y, al hacerlo, se inclinó lo suficiente para que su pelo rozara mi brazo, que seguía con la piel de gallina. A continuación, sacó un pañuelo del bolsillo delantero de la chaqueta que me había prestado y me lo dio en silencio. Me limpié los dedos, pero lo que me revolvía el estómago no era ni el moho ni los gusanos. Había tocado el moho muchas veces antes y lo volvería a hacer muchas más. No era la primera vez que manipulaba comida estropeada. Y, por supuesto, había visto a Marzo comer todo tipo de cosas.

No, era la conciencia de que estaba rodeada de gente vacía con ropa raída que mordisqueaba pastelitos llenos de gusanos mientras contaba bagatelas con sonrisas congeladas en sus caras falsas. ¿A qué

se parecería aquel festín sin el glamur? Me imaginé las uvas frescas resplandeciendo al lado de un plato de pudín que se había vuelto marrón como el barro y donde bullían las larvas. Un líquido coagulado que caía de una botella, bebido sin rechistar. El vino se me agrió en las tripas, como si también se hubiera estropeado y descompuesto.

La náusea acumulada amenazaba con salir a borbotones. Tragué varias veces, pues la saliva inundaba mi boca.

—No me había percatado de que los elfos podían proyectar su glamur —le dije a Grajo, desesperada por recibir algún tipo de explicación, de distracción—. Alondra no pudo cambiar el vestido hasta que lo sostuvo.

—Es una habilidad poco común. La ilusión no es tan completa como el glamur. Si un mortal la toca, se desmorona. Dedalera es quien lo está haciendo ahora si no me equivoco.

Esta nos miró desde su puesto en la mesa al oír su nombre, aunque Grajo lo había pronunciado en voz baja. Sonrió.

—¿La ilusión afecta en algún modo al... —dudé—, al sabor? ¿Para vosotros?

—Ah —dijo Grajo—. No, pero, en general, nos importa más el aspecto. —Al menos tuvo la sensatez de parecer avergonzado—. Este es el principal punto de disputa entre la corte del invierno y el resto de los elfos, por si te lo has preguntado —prosiguió de manera impulsiva—. Ellos creen que rodearnos de objetos humanos, de todo esto, incluso llevar un glamur, es una depravación de nuestra verdadera naturaleza.

—Y qué desalentadoras deben de ser sus vidas —añadió Tábano a nuestra espalda—. Yo disfruto de lo lindo siendo depravado. De

hecho, creo que es mi verdadera naturaleza.

Habría pegado un brinco de no ser porque el vino ralentizaba mis reflejos. Estaba segura de que, una décima de segundo antes, Tábano seguía en el extremo opuesto de la mesa. Miré por encima de mi hombro; la ansiedad chapoteó en mi cabeza al girarme. Grajo y yo no nos habíamos comportado con demasiada familiaridad, ¿no?

— Gracias por vuestra hospitalidad, Tábano — dije, balbuciendo el primer comentario educado que me vino a la mente—. Un banquete estupendo.

Sus dedos arácnidos se posaron en el respaldo de mi silla.

— Pero no del todo, ¿verdad? Isobel, siento que encontraras uno de nuestros platos... menos inmaculados. Creía que Grajo se ocupaba de la tarea de cuidarte.

Este arrugó la frente a mi lado. De repente, una inexplicable necesidad de defenderlo se apoderó de mí.

— Ha hecho lo que ha podido — respondí. Me salió con más énfasis del que pretendía, así que me apresuré a añadir—: De verdad, me siento realmente afortunada de haber sido atendida por un príncipe.

— Por supuesto — dijo Tábano, mirándonos por turnos.

Mierda. Puse mi sonrisa más falsa y educada y me negué a darle nada más de donde tirar. Que pensara que estaba fascinada por las atenciones de un guapo príncipe élfico y nada más. Que no había nada más. Los sentimientos que había que ocultar eran los de Grajo, no los míos.

— Admito, señor — continué—, que el incidente me ha dejado un poco indispuesta. Si he de levantarme temprano para comenzar mi arte a una hora prudente mañana por la mañana, creo que debería retirarme

antes de la medianoche.

—Muy razonable. —Sus dedos tamborilearon con ritmo reflexivo, demasiado cerca de mi mejilla para que resultara reconfortante—. Alondra, ¿podrías acompañar a Isobel a una habitación? La mejor, por supuesto.

Grajo pareció a punto de protestar, o tal vez de ofrecerse a ayudarme en su lugar, así que le di un toque en la rodilla por debajo de la mesa como advertencia. No me cabía la menor duda de que, al final, encontraría el modo de hacerlo, pero tenía que ser algo más discreto y no escoltarme escaleras arriba a la vista de toda la corte.

Alondra se bamboleó antes de enderezarse y se me enganchó al brazo.

—Tengo muuuuuchos camiones —anunció mientras me arrastraba hacia las escaleras del árbol.

—¡Yo quiero ir! —exclamó una de sus amigas, a la que me habían presentado como Ortiga.

Alondra dio media vuelta como un rayo y le siseó, así que la otra volvió a sentarse sin rechistar. Acto seguido, esbozó una encantadora sonrisa y se agarró con más fuerza a mi brazo.

Cuando llegamos a la base del árbol y empezamos nuestro ascenso, las luces del banquete brillaban como un pueblo entero a nuestras espaldas. Mientras subía serpenteando por las enredaderas detrás de una Alondra igualmente inestable, temí por mi vida casi tanto como durante el incidente del señor Túmulo. No sé cómo llegamos a la copa indemnes. El reflejo de las estrellas que se filtraba por las hojas del laberinto nos proporcionaba suficiente luz y los pasillos llenos de luciérnagas resplandecían como una mina de diamantes.

—¿Te importa si cojo mis cosas del Agujero del Pájaro? —le pregunté. El anillo llevaba toda la noche acechando mi subconsciente y, tras el tenso final del festín, era incapaz de seguir sin él un segundo más.

—No sé por qué les tienes tanto aprecio a tus aburridas prendas, pero ahí es donde guardo mis camisones, así que tenemos que ir de todos modos. ¡Mejor que no te acuestes con ellas!

—No lo haré —le aseguré, aunque lo que sí iba a hacer era guardarme el anillo, de eso estaba segura.

Según mis cálculos, me probé alrededor de una docena de camisones de seda, todos ellos ligeros como una combinación y semitransparentes, aunque me di cuenta de que en realidad no me importaba: señal última y definitiva de que había bebido demasiado. Alondra escogió uno verde y decidió que ese iba a ser mi color personal. Tenía un fruncido por debajo del pecho y contaba con un cuestionable número de lazos para dormir, a menos que una utilizara una hamaca y necesitara que la atasen durante las rachas de viento. Pero era espectacular. Ojalá hubiera tenido un espejo en el que mirarme. No, ojalá hubiera podido saber qué cara ponía Grajo al verme, lo diferente que habría sido a la que puso cuando me vio con el vestido de libélula. Aparté de mi mente aquel pensamiento de inmediato, ruborizada, aunque, por más que intentaba ignorarlo, el efervescente resplandor de la idea se negaba a abandonarme.

Al final, Alondra permitió que recogiera mis cosas y me condujo a través del laberinto titilante hacia otra habitación. Me detuve en seco en la puerta.

El dormitorio contenía una cama de cuatro postes y docenas de Tábanos me miraban desde el interior. Los retratos, algunos lustrosos,

otros polvorientos, otros torcidos, ocupaban cada centímetro cuadrado de las paredes de la habitación y representaban a Tábano con diferentes atuendos según la moda de cada siglo. Estaban asegurados con frondosas enredaderas, de modo que parecía que estaban parcialmente incrustados en las paredes. Había unas cuantas obras más; unas ocho o así en total. Hacía años que no veía la mayoría de ellas y me impactó encontrármelas, como cuando reconoces las caras de viejos amigos en medio de una multitud. A la luz chispeante de las luciérnagas, sus ojos parecían moverse.

—Pero yo no puedo dormir en la habitación de Tábano — protesté.

Sin embargo, no hubo nada que hacer. Alondra me metió en el cuarto de un tirón.

—¡Por supuesto que sí! Tábano sólo duerme una vez al mes, durante la luna nueva. La otra razón por la que viene es para contemplar sus retratos. Como es tu arte, le encantaría que te quedaras aquí.

Aquello tenía sentido según la extraña lógica de los elfos y, sin duda, Tábano consideraba que era un gran privilegio que pasara una noche inquieta observada por todas sus caras. Una oleada de risas se elevó desde el banquete y Alondra hizo una desconsolada pausa.

—Si quieres volver, no pasa nada —dije—. No seré una buena compañía una vez que me acueste.

Ella me agarró la mano con fuerza.

—Oh, ¿estás segura? ¿Completamente segura? No puedo soportar la idea de que te sientas sola aquí arriba.

Sonreí.

—No me sentiré sola. Desde aquí oigo a todo el mundo y estoy

tan cansada que me dormiré en menos que canta un gallo.

—Eres maravillosa. —Se llevó mi mano al pecho—. Sabía que seríamos buenas amigas. ¡Hasta mañana, Isobel!

Dicho esto, me soltó y salió a toda prisa de la habitación.

Yo me estremecí y me metí la mano bajo la axila para calentármela. Luego puse mi ropa encima de la colcha, me senté, me desaté las botas y me escurrí bajo las mantas: un fino cubrecama de pluma de ganso con suaves sábanas debajo. Me quedé un buen rato observando la puerta. Como Alondra no volvió a aparecer, saqué la mano y rebusqué en el bolsillo de mi vestido. Contuve la respiración mientras tanteaba a ciegas los pliegues, imaginando qué habría ocurrido si un elfo hubiera descubierto el hierro. Pero, al instante, las puntas de mis dedos se toparon con su forma reconfortante y me retorcí bajo las sábanas para colármelo en una de las medias en la oscuridad.

Desde abajo me llegaban las conversaciones y las risas, casi confortablemente humanas. Sin embargo, ni podía ni quería dormirme. Por encima de mí y a mi alrededor, la sonrisa de Tábano variaba sutilmente con el resplandor de las luciérnagas. En la periferia de mi visión, la luz cambiante hacía que sus ojos parecieran moverse y a veces incluso parpadear. Tenía la impresión de estar siendo observada sin el lujo de saber a ciencia cierta si se trataba o no de una sensación. Y se me pasó por la cabeza que no había mirado debajo de la cama, una ocurrencia infantil, aunque no era difícil imaginar a un elfo tumbado allí en la oscuridad, con los dedos arácnidos entrelazados sobre el pecho como un cadáver, sonriendo mientras se preparaba para salir de un salto de su escondite y sorprenderme...

Con el deseo de que fuera seguro llevar el anillo encima, cerré la mano tan fuerte que me clavé las uñas en la palma.

Pasaría como una hora o así, tal vez menos. Algo repiqueteó en el pasillo.

— ¡Dichosa tetera! — exclamó la voz de un Grajo enfadado.

Sólo con oírlo, mi miedo se disolvió por completo. Me estremecí de la risa al imaginarlo tambaleándose, bebido y agraviado, por los pasillos abarrotados del laberinto, atacado por teteras que se caían.

— Grajo — susurré, confiando en que me oyera —, ¿estás bien ahí fuera?

Siguió un silencio cargado de bochorno. Luego, dijo con frialdad:

— No tengo la menor idea de por qué no iba a estarlo.

— Es verdad — respondí —. Mataste al señor Túmulo, no deberías tener ningún problema con una tetera.

Entró en la habitación, tratando de zafarse del chaleco verde de Tábano. Cuando logró quitárselo, lo tiró al suelo como si de basura se tratase. A continuación, pasó justo por encima y, con un suave movimiento, se metió en la cama conmigo, frente a mí, bajo las mantas, con la vanidad natural y descarada de un gato que se planta encima de un libro abierto.

Me enderecé y me apoyé en el codo. La piel me hormigueaba, consciente de que su pierna doblada casi tocaba la mía, de que podía sentir el calor de su cuerpo a través del estrecho espacio que nos separaba bajo las sábanas. Al recordar lo que llevaba puesto y mi peligroso pensamiento anterior, me pegué las mantas.

— Pero ¿qué haces? — le pregunté —. No puedes dormir aquí.

— Sí que puedo. De hecho, debo hacerlo. No puedo permitir que te ocurra nada, así que es mejor que me quede cerca.

— Podrías ofrecerte a dormir en el suelo, como un caballero.

Pareció horrorizado por mi sugerencia.

—Y no estoy muy segura de que estés en condiciones de protegerme —continué, percatándome de que era un caso perdido—. Justo ahora has estado a punto de morir asesinado por una tetera.

—Isobel. —Me miró muy serio—. Isobel, escucha. La tetera no tiene la menor importancia. Puedo derrotar a quien sea, en cualquier momento.

—¿Ah, sí? ¿Es eso verdad?

—Sí —respondió.

Me debatí con una ternura exasperada. A pesar de lo insufrible que estaba siendo, me resultaba asombrosamente difícil evitar que se me escapara una sonrisa.

—Entonces es que debes de estar muy borracho.

—De eso nada. Puede que haya bebido mucho vino, pero pertenezco a la realeza, ya lo sabes. Soy el príncipe del otoño. Por tanto, sólo estoy un poquito achispado.

Y dicho esto, cerró los ojos.

—No puedes dormir aquí. De verdad que no, es demasiado...

Las hojas de la habitación temblaron cuando alguien se acercó corriendo por el pasillo.

—Oh, no —me lamenté—. Rápido, métete debajo de la cama o transfórmate...

Una racha de viento levantó las mantas y un suave y resbaladizo torbellino de plumas acarició mis brazos. Cuando se aplacó, Grajo estaba agazapado de manera indigna convertido en cuervo, enredado entre las sábanas, con las alas torcidas, como si su cuerpo se hubiera transformado automáticamente ante mi sugerencia sin que él hubiera dado su visto bueno. Antes de que pudiera cambiar de opinión, lo metí de un tirón bajo las mantas y lo sujeté contra mi estómago.

Justo cuando había terminado, Alondra asomó la cabeza por la puerta. Me contempló durante unos instantes mientras yo fingía estar dormida; luego, soltó una risita y se marchó corriendo.

—No —dije cuando Grajo empezó a forcejear—. Si vas a quedarte, debes ser un poco más sutil.

No dejaba de patear y de picotearme los dedos, tratando de liberarse para transformarse de nuevo. Me di cuenta de que hacían falta tácticas más contundentes.

—Pero qué pájaro más bonito eres —le canturreé.

Su forcejeo se fue debilitando hasta detenerse. Sentí cómo ladeaba la cabeza.

—Pero qué pájaro más precioso —repetí con voz melosa—. Sí, eres el pájaro más precioso del mundo.

Le acaricié el lomo. En su pecho sonó un ronroneo de placer. Pronto, su petulante silencio me indicó que estaba bastante conforme quedándose como estaba, siempre y cuando yo continuara con los piropos.

Sabía que ya no estaba realmente a salvo, pero no podía negar que la presencia de Grajo, aunque fuera de aquel modo, me reconfortaba. Las emociones del día se abatieron sobre mí como una pesada manta de lana. Su corazón latía contra las puntas de mis dedos a través de las suaves plumas, y mis ojos se cerraron mientras murmuraba somnolientas y cariñosas palabras al príncipe consentido acunado contra mi estómago, arropado por un nido de mantas.

Por encima de mi cabeza, unos ojos no paraban de pestañear. Un centenar de Tábanos nos miraban con inescrutables sonrisas mientras caíamos en un profundo sueño.

Catorce

La fila de elfos que esperaban para que los retratara se alargaba tanto por el sendero bordeado de árboles que conducía al trono que no veía el final. No quedaba ni un solo resto de la fiesta de la noche anterior. Por mucho que lo intenté, no logré atisbar ni una sola uva o miga de pan en la hierba musgosa. Toda la noche anterior parecía haber sido una mera ilusión.

En esos momentos, Dedalera se hallaba sentada delante de mí esbozando una sonrisa que sugería que el cuello ceñido de su vestido la estaba asfixiando lentamente. Me pregunté cómo se habría hecho con el codiciado primer puesto de la fila, pero enseguida decidí que prefería no saberlo.

Sentí un desagradable cosquilleo en el estómago. Trazar aquel plan estupendo había sido una cosa, pero ejecutarlo era otra muy distinta. ¿Y si Dedalera veía los resultados y montaba en cólera como Grajo había hecho? No tenía motivos, me dije a mí misma, pues las circunstancias eran diferentes, pero no podía negar que, como los elfos se rebelaran contra mí, sólo contaba con mi ingenio y un anillo de hierro para protegerme, ahora convertido en un duro bulto en el interior de mi bota ajustada. «Y... —pensé—, y con Grajo».

Estaba segura, con la misma certeza infalible con la que sabía que el sol salía cada amanecer, de que Grajo me defendería de los demás elfos aun a costa de su propia vida. La idea no tenía nada de romántica. Más bien era lúgubre. Si se daba el caso, no me imaginaba un final en el que los dos no acabáramos muertos.

Miré hacia donde estaba sentado, cerca del trono de Tábano.

Parecía elegante pero incómodo en aquella silla de brocados que le habían traído, inclinado, impaciente, con el codo apoyado en el muslo, medio escuchando lo que quiera que Alondra le estuviera cotorreando al oído. Vio que lo observaba y nuestros ojos se encontraron. Sin saber por qué, me fijé en el mechón de pelo oscuro que le caía sobre la mejilla y me apresuré a concentrarme de nuevo en el trabajo.

Para el retrato de Dedalera había elegido la alegría humana. Me parecía que lo que entre los elfos podía pasar por alegría tenía dos variedades. La primera era algo parecido al arrogante y frío regocijo que una esposa engañada experimentaría al enterarse de que la amante de su marido se había matado al caerse por las escaleras. La segunda era un placer vano, egoísta e indulgente, el que un noble rico sentiría al calcular que las cuantiosas ganancias de su mina de plata le permitirían el lujo de sobrevivir a base de caviar durante tres siglos, si acaso pudiera vivir lo suficiente para disfrutarlo.

De modo que, mientras dibujaba sus rasgos con pigmento de arándano valiéndome de la pluma de Grajo, le asigné la típica alegría plena y radiante que a uno le embarga cuando es levantado en los brazos de su amante; o cuando ve acercarse por la calle a un ser querido después de meses de ausencia y reconoce su silueta recortada en la luz matutina. Sin la nítida y brillante perfección del óleo en el lienzo, había algo puro en mi trabajo, menos hermoso, menos realista, pero más potente. Una arruga suelta junto a su boca que no pude corregir sugería que reprimía una sonrisa. La risa se adivinaba detrás de sus ojos fruncidos. Trabajar en aquel medio imperfecto hacía que fuera más fácil transmutar humanidad, como si el alquimista de la corte convirtiera el oro de nuevo en plomo.

Cuando terminé, me levanté e hice una reverencia. Dedalera se acercó para coger la corteza del caballete. A nuestro alrededor, toda la corte contuvo la respiración. Nadie pronunció palabra y noté una extraña quietud procedente de la dirección de Tábano. Aunque sólo transcurrió un instante, un único instante en el que Dedalera evaluó mi obra sin demostrar emoción alguna, la presión fue creciendo en mi pecho hasta que me entraron ganas de gritar.

— ¡Oh, qué pintoresco! — exclamó en voz alta y clara, similar al tintineo de un tenedor contra un vaso de cristal.

A continuación, giró el retrato el tiempo suficiente para que los elfos que esperaban echaran un segundo vistazo insatisfactorio y volvió a darle la vuelta para retomar el escrutinio. Su sonrisa había cambiado y tenía una mirada vacua. Mientras la corte susurraba jubilosa a su espalda, una vez desaparecida la tensión anterior, ella permanecía allí congelada, contemplando una versión de sí misma que reflejaba alegría humana. Nadie se percató de la peculiaridad salvo yo misma.

Nadie salvo yo misma y Tábano, me corregí, y Grajo, que tenía la vista clavada de nuevo en el trono. Los dos también examinaban detenidamente a Dedalera.

Las palabras de Alondra acudieron a mi mente: «Como que Tábano sepa las cosas antes de que ocurran».

Justo esa mañana había declinado el honor de posar para mi primera demostración. En ese momento no le di importancia, pero ahora me asaltó la duda: ¿Estaría esperando algo? ¿Algo que ya hubiera visto?

Capté un movimiento por el rabillo del ojo y miré a tiempo para ver cómo Dedalera desaparecía a paso vivo con el retrato delante como

si le hubieran endilgado un bebé para que lo sujetara por primera vez en su vida.

Con delicadeza, de manera casi imperceptible, la pluma tembló entre mis dedos. Contuve el aliento e intenté serenarme.

Macaón era el siguiente. Su defecto era el pelo, que era rubio como la seda de araña y tan sumamente fino que flotaba en torno a su cabeza como el borro del algodoncillo. Parecía situarse por edad entre Alondra y Grajo, y sus ojos enormes y sus rasgos juveniles resultaban idóneos para conferirles una expresión de asombro humano. Cuando terminé, se marchó a toda prisa aferrando el retrato y se paseó por la fila enseñándoselo a todo el mundo con fanfarronería, en especial a los que aún debían esperar varias horas.

El día se alargó. Cada retrato era un pequeño paso y la suma de todos ellos configurarían el camino de vuelta a casa. Perdí la cuenta de cuántos pinté y acabé distinguiéndolos sólo por las emociones que había utilizado: curiosidad, sorpresa, diversión, felicidad... Los pigmentos mermaron en las tazas de té.

En medio de todo el trajín, noté que Grajo me observaba y evité la pena por todos los medios.

Cada elfo reaccionaba de una manera distinta al verse transformado. Algunos se carcajaban como si se tratara de una broma placentera. Otros se encogían y soltaban una risita nerviosa y aprensiva. La mayoría de estos últimos, observé, eran los que parecían más jóvenes. Otros, a menudo los mayores, se quedaban mirando el retrato fijamente como había hecho Dedalera. Y otros cuantos se iban y se sentaban a reflexionar con la mirada perdida, mostrando una cara de rasgos tan poco humanos que no podía ni imaginar lo que estarían pensando. Aunque los elfos dejaban de envejecer cuando adoptaban

más o menos la edad de Tábano, me pareció que aquellos eran los más viejos de todos.

Entregarse a la pintura durante todo el día era una tarea tan ardua como correr un maratón. Me dolía el codo derecho de tenerlo encogido durante horas y el trasero y las rodillas de estar sentada. Al principio los dedos se me agarrotaron de tenerlos contraídos alrededor de la pluma, pero la tensión pronto derivó en dolor y después en entumecimiento; cada vez que los estiraba, me daban espasmos. Sin embargo, por encima de todo, me dolía la cara de tanto sonreír. Mi expresión petrificada debía de haberse vuelto terrorífica, aunque ninguno de los elfos parecía darse cuenta.

Al cabo de un tiempo, muchos de los que ya tenían su retrato se reunieron en la hierba para jugar. Me alivió dejar de ser el único centro de atención mientras los cortesanos jugaban al bádminton y a los bolos cerca de allí. El ambiente se tornó festivo. A mi espalda oí, más que vi, que Grajo se removía en su asiento. Sonreí con sinceridad al imaginar lo mucho que le costaba estarse quieto durante tanto rato.

Por fin exclamó:

— ¡No tiene sentido que siga aquí sentado!

Y se fue trotando a batir a Macaón en una partida de croquet. Luego perdió a la gallina ciega con Dedalera, pero se unió a los del bádminton y los bolos y los venció a todos sin ningún pudor. Alondra revoloteaba tras él como una mariposa curiosa conforme iba derrotando a todos sus contrincantes.

Me fijé con interés en que los elfos jugaban a la velocidad de los humanos. Quizás aquella era la única regla que les suponía un auténtico reto. En varias ocasiones vi que un proyectil emplumado pasaba rozando a un jugador situado a una distancia que podrían

haber alcanzado sin apenas esfuerzo.

Grajo se había quitado el abrigo. Cada vez que se giraba, se le veían unos centímetros de la camisa blanca bajo el chaleco ajustado, lo que acentuaba su delgadez. Las mangas subidas dejaban al descubierto sus musculosos antebrazos y una levísima capa de sudor le recubría la garganta por encima del cuello desabotonado. Como lo había visto matar a animales fantásticos sin transpirar, reconocí el enorme esfuerzo de contención que estaba haciendo. En cada lanzamiento, en cada golpe, le costaba horrores no alardear de su poder y parecía un caballo de guerra que cabriolara muy tieso con las finas guarniciones propias de un desfile.

Sentí una repentina punzada de calor. Aquella mañana, dos días antes, ¿también había sudado? Me acordé de cómo sus manos me habían levantado como si no pesara nada, de cómo me habían bajado por los costados y me habían apoyado en el árbol...

Con las mejillas ardiendo, terminé de perfilar los contornos del cabello del retrato que me ocupaba, lo bajé del caballete y se lo tendí a su dueño. Este se echó a reír al ver la expresión de desconcierto que reflejaba su cara y se fue a jugar a los bolos. La siguiente modelo ocupó su sitio y se alisó la falda sobre sus rodillas desnudas y frágiles de pajarillo.

El calor se apagó como unas brasas sobre unas baldosas heladas.

Se trataba de Aster.

— Buenas tardes, Aster. — Me armé de cautela para dirigirme a ella como si nada, como si el mero hecho de mirarla no me diera escalofríos—. ¿Tienes algo en mente o quieres que elija la emoción por ti?

— Oh, elige tú, por favor. Estoy segura de que lo harás mejor que

yo.

Me dedicó una débil sonrisa, pero sus ojos..., sus ojos eran voraces. Y sus manos temblaban envueltas en muselina. Sabía lo que quería y no estaba segura de que pudiera dárselo. O, más bien, de que *debiera* dárselo.

Quería volver a verse como mortal.

Mojé la pluma de Grajo. Un olor agrio a bellotas machacadas emanó del cuenco cuando tracé la primera línea en ocre oscuro. Me sentía como si llenara un vaso de agua que estuviera a punto de enseñar, desde el otro lado de los barrotes de una celda, a una persona muerta de sed. En ese momento, odié el Pozo Verde más que nunca. Odié que existiera y que la gente soñara con él. Odié haberme sentado en su borde y no haber apreciado la maldad que irradiaban sus piedras musgosas. ¿Cómo se atrevía aquella cosa malvada y hueca a lucir así, rodeada de helechos, campanillas y pájaros cantores? ¿Aster había tenido algún modo de conocer el eterno horror al que estaba accediendo? La punta de la pluma se estremeció por la fuerza de mi rabia.

Esboqué sus rasgos con intensas y violentas pinceladas. La tinta salpicaba mientras trabajaba, dando la sensación de que el retrato se fusionaba en la página a partir de partículas de oscuridad. Su barbilla afilada, sus mejillas hundidas y sus ojos inmensos se materializaron bajo mi mano, algo brutos en su forma pero sinceros. Le cambié el ángulo a su rostro para que estuviera un poco elevado; sus ojos miraban de lleno al espectador. «¿Cómo os atrevéis?», llameaban. Tenía la boca cerrada, con el labio superior torcido en una mueca de desdén. «¿Cómo os atrevéis a hacerme esto? ¿Qué sacáis con ello?». Parecía a punto de saltar de la página para vengarse, para agarrar del

cuello a alguien. «¡Ateneos a las consecuencias!».

Así le transmití mi rabia. Una rabia fea, humana. La rabia que merecía sentir, pero que no podía porque se la habían arrebatado para siempre.

Cuando acabé, jadeaba y una extraña energía me corría por las venas, como si todo mi torrente sanguíneo se hubiera visto reemplazado por un viento aullador. Al contemplar los ojos del retrato de Aster, sentí un escalofrío. Estaba viva en la página de un modo que mi arte rara vez conseguía reflejar. Volvía a ser real.

Tenía que ponerme de pie. El vendaval de mi interior me exigía movimiento. Me levanté a duras penas de la silla, sin sentirme los muslos ni el trasero. Las rodillas me crujieron. Le llevé el retrato a su dueña, que me vio aproximarme con educado desconcierto. La corteza temblaba en mi mano. En el último momento, me acordé de hacer una reverencia. Entre la corte, docenas de siluetas elegantes se vieron obligadas a devolverme el gesto.

—Necesitaba estirar las piernas —le expliqué con voz áspera. Carraspeé—. El cuerpo de los mortales no está diseñado para permanecer mucho tiempo sentado.

Unos murmullos de comprensión se propagaron por la fila. Todo el mundo se había quedado observándome, intentando encontrar sentido a mis actos. Claro, claro, los mortales eran tan frágiles...

Le tendí el retrato a Aster.

Esta lo examinó. Una cortina de largo pelo moreno le tapaba uno de los lados de la cara, de modo que no pude ver su expresión. Por fin alzó un dedo y lo pasó por la tinta todavía húmeda, emborronándola. Arrastró la mancha por toda la corteza hasta el borde del lienzo, apretando tan fuerte que creí que iba a romperlo. Cuando llegó al filo

y la soltó, la corteza volvió a su posición original. A continuación, giró el dedo manchado para mirárselo.

— Me acuerdo — susurró, e inclinó la cabeza ligeramente hacia mí, lo suficiente para que captara un destello en sus ojos a través del pelo.

Fue como si una campana tañera por el claro, una que sólo yo oía. En sus ojos, la rabia, la auténtica rabia humana, se debatía como un fuego que se resistiera a apagarse en mitad de la noche. Se me puso la piel de gallina.

Entonces, casi con un soplo de voz, dijo:

— Gracias.

El hechizo se rompió. Se levantó con expresión neutra, tan neutra que casi dudé de que hubiera visto en realidad aquella chispa de enfado, aunque sabía que no me la había inventado ni me había confundido. Anduvo por la hierba con el retrato colgando sin fuerzas de los dedos, en una actitud de plena indiferencia hacia el mundo. Pero, cuando se sentó, lo mantuvo bocabajo contra su regazo, como si fuera un secreto que estaba decidida a guardar.

Me armé de valor y me volví hacia Tábano.

— Señor, mi arte me ha dejado exhausta y los pigmentos empiezan a escasear. ¿Puedo tomarme un descanso?

Él juntó las manos.

— Por supuesto, Isobel. No tienes ni que preguntar, lo sabes, ¿verdad? Eres nuestra invitada y mereces toda la cortesía que pueda brindarte. — Los elfos que hacían cola suspiraron al unísono y soltaron murmullos de decepción—. Ya, ya — los reprendió antes de volver a concentrarse en mí—. ¿Deseas que alguien te escolte hasta el bosque? ¿Grajo, quizá? — sugirió, sin visos de que fuera un ardid.

Desvié la vista hacia la partida de bádminton y vi que Grajo se

había olvidado del juego y me observaba fijamente entre resuellos. El volante pasó rozándole la cabeza y le revolvió el pelo.

—No, prefiero ir sola. —Lo dije en tono imparcial y me pareció que mi voz pertenecía a otra persona, a una que hablara detrás de una esquina—. No voy a alejarme mucho y no quiero molestar al príncipe por una minucia.

No tenía manera de saber si la pregunta era inocente. Si Tábano sugería que alguien me acompañara, la opción más natural era Grajo. Sin embargo, no podía quitarme de encima la paranoica sensación de que lo sabía. De que había visto algo..., algo del futuro.

Le sonreí e hice una reverencia para marcharme. Luego, despacio, con deliberación, recogí las tazas de té y me dirigí al valle, donde la copa del árbol otoñal de Grajo desplegaba sus hojas escarlatas en la distancia. Sentí la mirada de este posada en mí, pero no me giré ni una sola vez.

Al fin y al cabo, tenía que acostumbrarme a dejarlo atrás.

Quince

Mientras me abría paso a duras penas por entre la maleza, me convencí de que Grajo se encontraría bien. Seguramente ya estaría languideciendo como un insufrible tras haber derrotado por enésima vez a todo el mundo al bádminton. Pero ¿por qué tenía que ser tan completa y estúpidamente transparente? Era como si llevara «¡Estoy enamorado de Isobel!» escrito en la frente.

Pegué un grito de frustración y liberé mi bota de un tirón de los zarcillos enmarañados de una enredadera. Hasta el delicado follaje primaveral había empezado a parecerme menos amistoso. El cielo azul, salpicado de espumosas nubes blancas, brillaba tan inofensivo como la sonrisa de Tábano, y las ardillas saltaban por las ramas que quedaban por encima de mi cabeza, provocando una lluvia de pétalos blancos. Pero, si había aprendido algo de los elfos, era que no debía fiarme de las apariencias.

Aparté el matorral y me senté en el mismo tocón de la tarde anterior. Una ligera brisa agitó las hojas del árbol de Grajo y unas cuantas cayeron haciendo molinetes y se esparcieron por mi regazo. Cogí una y recorrí sus bordes con el dedo. Su color escarlata destacaba como el propio Grajo.

Las cosas no estaban yendo exactamente como había planeado. No debería haberme dejado llevar por Aster. No cabía duda de que había sentido verdadera ira, ira humana, por muy imposible que pareciera. No sólo eso; mis retratos también habían afectado a otros. Llevaba años pintando elfos y nunca antes había visto semejantes reacciones a mi arte. Dedalera había sentido algo, de eso estaba segura.

Tal vez hubiera experimentado una emoción. O tal vez hubiera detectado un ápice de lo que significa no hacerlo y se había visto enfrentada al vacío de su existencia, a la frivolidad de no haber conocido jamás la dicha. No estaba segura de qué posibilidad era más alarmante... o más peligrosa.

Lo único que sabía a ciencia cierta era que no podía fallar. Mi vida no era la única en juego.

Me di cuenta de que había hecho trizas la hoja y de que me había quedado sólo con sus fibrosas venas. Tiré los trozos y me llevé las manos a la cara. Los ojos me escocían. El corazón me dolía. Aunque todo estaba yendo a la perfección y me estaba preocupando por nada, me enfrentaba a un futuro que ya no estaba segura de poder soportar.

— Ojalá estuvieras aquí, Emma — murmuré, pues en ese momento no había otra cosa que deseara más en el mundo que un abrazo de mi tía. Ella sabría qué decir. Me aseguraría que no era una persona horrible porque una parte de mí no quisiera volver a casa. Tal vez incluso me convenciera de que podía vivir conmigo misma tras haber enterrado mi corazón en las tierras del otoño y haberlo dejado atrás para siempre.

— ¿Quién es Emma? — preguntó una alegre voz justo al lado de mi oreja.

Por poco me salgo de mi propia piel.

— ¡Alondra! No sabía que estabas aquí.

Se hallaba posada en el borde de mi tocón haciendo honor a su nombre y me sonreía con un puñado de arándanos recién cogidos en las manos. Cuando vio mi cara, su sonrisa se desvaneció.

— ¡Estás goteando!

— Sí, he estado llorando. — Al ver cómo enarcaba las cejas, añadí

—: Es lo que hacen los mortales cuando están tristes. Echo de menos a mi tía, Emma.

—Pues para, por favor. Te he traído unos arándanos; Tábano me dijo que te habías quedado sin material para tu arte. Toma. —Dejó caer los arándanos en mi regazo, en la cesta que mi falda formaba entre mis piernas. En el último momento me arrebató unos cuantos y se los metió en la boca.

Me sentí extrañamente conmovida.

—Gracias, Alondra. Ha sido todo un detalle por tu parte.

—Sí, lo sé. Siempre tengo detalles con todo el mundo, pero nadie parece darse cuenta y todos me tratan como si fuera la criatura más tonta de la corte de la primavera.

—Yo no, ¿verdad? —pregunté, preocupada.

—No. ¡Y por eso me gustas tanto! —Se puso en pie de un salto—. Venga, vamos a buscar más bayas.

Con una sonrisa triste, cogí uno de los arándanos de mi regazo y me lo metí en la boca; su sabor maduro y ácido estalló dulcemente en mi lengua.

Un cuervo de ojos negros se posó en la rama más alta del árbol de Grajo.

Alondra sonrió de oreja a oreja, mostrando todos y cada uno de sus dientes afilados y manchados de púrpura.

Supe que no debería haberme comido aquella baya —que no debería haber contemplado siquiera la posibilidad de comérmela— antes incluso de que el mundo se convirtiera en un torbellino caleidoscópico de color. Me desplomé como si se hubiera abierto un agujero en el suelo. El cielo retrocedió y fue disminuyendo, rodeado por una negrura cálida, suave y arrugada a la que primero me agarré

desesperadamente mientras caía y que luego reconocí con horror inconsciente como mi propia ropa.

Forcejeé, asfixiada por la tela que me envolvía desde todos los ángulos. Mi cuerpo no respondía como debía. La cara, los miembros e incluso los propios huesos habían adquirido un ensamblaje extraño que hacía que un escalofrío me recorriera la espalda. Mientras intentaba encontrarle algún sentido a lo que me estaba ocurriendo, dos largos apéndices me salieron en la nuca. Por alguna razón, me dio por olisquear y mi flexible naricilla se crispó como respuesta. El corazón me latía tan deprisa que al principio no supe identificar la sensación: era como si una avispa atrapada zumbara como loca en mi pecho.

Pataleé para desprenderme de la ropa y di saltitos por la hierba, que me llegaba a la altura de los hombros, medio cegada por el sol, y por fin fui consciente de la naturaleza de mi transformación: la baya encantada de Alondra me había convertido en un conejo.

Sus chillidos sonaban a mi espalda, apuñalando mis sensibles oídos. Por imposible que pareciera, mis latidos se aceleraron aún más. Creí que el corazón me iba a estallar en el pecho mientras corría hacia el majuelo que se cernía sobre mí, más alto que el campanario más elevado de Extravagancia y más ancho que una casa. El bosque había crecido de manera tan sobrecogedora que apenas podía abarcarlo con la mirada. Necesitaba encontrar un sitio oscuro y cerrado donde sentirme a salvo de inmediato.

— ¡Corre, corre, corre! — exclamó Alondra a carcajadas—. ¡Que te pillo, Isobel!

De pronto, al rebobinar mis recuerdos, llegué horrorizada a lo que le había dicho a Grajo el día anterior: «¿Puedes volver a

convertirte en liebre para que te persiga?»». Me acordé del modo en que Grajo la había estado ignorando para prestarme atención a mí en su lugar.

Me metí derrapando bajo el arbusto, soltando tierra y hojas del tamaño de bandejas. Mi pelaje se deslizaba impecablemente bajo ramas que pendían a escasos centímetros del suelo. Avanzaba a toda prisa, consciente de que Alondra me habría visto desaparecer bajo aquel arbusto y de que ya debería de andar persiguiéndome, a juzgar por el sonido de su risa.

¡Un agujero! Sin embargo, cuando me aproximé a la madriguera excavada en las raíces del majuelo, me encogí ante el hedor que emanaban sus profundidades. Mi instinto gritó: «¡Peligro!». No sé cómo, pero sabía que lo que vivía en aquel agujero me comería a la menor oportunidad.

— ¡Oh, eres de las rápidas! ¡Creo que te he perdido! — Por un hueco entre las hojas, vi que su gigantesco pie daba un pisotón al arbusto que quedaba justo enfrente. Se inclinó y, al mirar debajo, su melena dorada cayó en cascada como una ola resplandeciente del tamaño de un tapiz real.

Era obvio que para ella se trataba de un juego. Seguro que no pretendía hacerme ningún daño. Tenía toda la pinta de que solía jugar a aquello con Grajo. No obstante, si me atrapaba, ¿entendería que era un conejo mortal, no un elfo transformado en uno de ellos? ¿Rodearían sus dedos mis delicadas costillas y las apretarían tal vez demasiado fuerte? Me estremecí al recordar que, cuando los elfos atrapaban conejos, se los comían crudos.

¿Y si realmente estaba molesta conmigo por robarle la atención de Grajo?

Antes de que tuviera la oportunidad de pensarlo mucho, se giró de golpe y me miró directamente.

— ¡Ahí estás!

Volvió a descubrir sus dientes manchados y corrió a toda prisa doblada por la cintura, con los brazos extendidos y los dedos curvados en forma de ávidas zarpas. Yo di media vuelta y salí pitando hacia un grupo de madresevas. No eran tan densas como me habría gustado, pero la perdí de vista al saltar detrás de un tronco revestido de una densa mata de helechos que crecían en espiral. No pude evitar fijarme en ellos al pasar. Tal vez, si escapaba, pudiera regresar e intentar mordisquear unos cuantos más tarde...

— ¡Isobel, Isobel! — cantó dulcemente—. ¿Dónde te has metido, Isobel? Sabes que voy a encontrarte. ¡Te oigo! ¡Te huelo! —El suelo tembló y a mi espalda se produjo un gran alboroto de hojas cuando se adentró en las matas de madreseva—. ¡No eres más que una liebre tonta!

«¡Una liebre tonta! ¡Una liebre tonta!». Las palabras resonaban en mis oídos y perdían su significado mientras mi ser al completo se reducía a una única necesidad primaria: sobrevivir. Eché a correr. La luz esmeralda y las sombras frondosas pasaban a toda velocidad por mi lado y mi cuerpo se encogía y se estiraba como una flecha a cada paso. Esquivaba piedras y raíces. Si zigzagueaba, la bestia que avanzaba pesadamente a mi espalda se confundiría y se quedaría atrás.

Me detuve en seco en lo alto de una piedra para echar un vistazo. La nariz me daba espasmos por el esfuerzo de coger suficiente aire y se me había puesto colorada. El calor se evaporaba por mis orejas. Mi perseguidora se había parado a mirar bajo un tronco, al que dio la vuelta vigorosamente con sus apéndices superiores. Incluso desde

lejos, oí que la suave corteza se desmenuzaba y que los tiernos helechos se desgarraban y se desprendían. Una de mis orejas rotó por voluntad propia para percibir mejor los sonidos. Entonces la perseguidora se enderezó. «¡Peligro!». Me bajé de la piedra y crucé el claro como un rayo. Uno de los tocones me resultó familiar: tenía un mantel echado por encima y tazas de té al lado. Aquella imagen me inquietó, como si hubiera visto pasar la sombra de un halcón por el suelo.

Y entonces, desde un ángulo que no me esperaba, un depredador descendió en picado.

«¡No! ¡No! ¡No!».

¡Y me atrapó!

Di patadas y me revolví, gritando, enseñando los dientes. Unas manos gigantescas me habían agarrado y ahora me levantaban. El sol destellaba en mis ojos —el mundo se elevó vertiginosamente— y mi captor me retenía con demasiada firmeza como para escapar. Pateé el pecho de la criatura, pero esta me tenía tan bien asida que no podía mover las piernas y levanté varias de sus prendas para esconderme debajo.

Oscuridad cercada. Sonidos amortiguados. Dejé de batallar, pensando que tal vez el peligro había pasado. En el repentino silencio, mi corazón iba a todo galope. Su sonido inundaba mis oídos y estremecía mi cuerpo con latidos frenéticos y rítmicos.

—Alondra —dijo la criatura. No gritó. Sentí que no tenía que hacerlo. Su voz era como un viento cruel que lo desnuda todo a su paso—. ¿Qué has hecho?

—¡Es que ya nunca juegas conmigo, Grajo! ¡Nadie me presta atención excepto ella! ¡Y tú intentas quedártela para ti solo! ¡No es

justo! —contestó una voz malhumorada.

Me acurruqué aún más en la ropa de mi captor, crispando la nariz con ansiedad. Aquella voz indicaba «¡Peligro!», pero el olor de la criatura que me retenía, un olor a hojas frescas, a brisa nocturna, me decía «Estás a salvo».

—Tontita, ¿te has parado a pensar en lo que pasaría si se te escapara? Mira. —Una de las cálidas manos me levantó por el lomo. Temblé—. Ya ha olvidado lo que es. Habría vivido ahí fuera el resto de su corta vida como una liebre cualquiera.

Oí que un pie se estampaba en el suelo.

—¡No se me habría escapado! ¡Yo cuido mis cosas! Grajo, ¿por qué te comportas así? Estás siendo horrible, horrible. Voy a decirle a Tábano lo horrible que eres.

—Díselo si quieres —respondió mi captor—, pero no creo que le haga gracia descubrir lo mal que has tratado a su huésped.

—¡Muy bien! —La voz sonó insegura—. ¡Voy a ir ahora mismo!

—Adelante —la alentó mi captor con frialdad.

Se oyeron unos pasos airados que se alejaban por la hierba. Con las orejas pegadas a la espalda, no oía del todo bien como para determinar si el depredador se había marchado al fin. Con todo, no tenía miedo. Confiaba en que mi captor no me expusiera hasta que el peligro hubiera pasado.

Me sacó de la oscuridad y me sostuvo a la altura de su cara. Lo miré con calma y con las patas traseras colgando. No detecté a nadie más en el claro, ni sombras de halcones ni olor a zorros.

—Isobel, ¿me reconoces? —me preguntó. Una sombra se había cernido sobre su cara y su aroma había adquirido un toque amargo. Estaba enfadado. Incluso entonces, seguía pensando para mis

adentros: «A salvo».

Crispé la nariz.

Él suspiró y volvió a acurrucarme contra su pecho.

—Voy a devolverte a tu estado normal. Intenta no forcejear, pues no tengo demasiada práctica con este tipo de magia. A ver —se apresuró a añadir—, soy perfectamente capaz de hacerlo y estoy seguro de que has notado que destaco en todos los encantamientos, pero será mejor que te quedes quieta, así que inténtalo, por favor.

Me recosté servicialmente en sus brazos meneando la nariz.

Al principio, no ocurrió nada. Luego, justo cuando pensaba que estaría bien echarme una siesta, el mundo se volvió del revés y me arrojó como si acabara de pasar unos segundos siendo la peonza de un niño. Todo encogió. Mi cuerpo se tornó pesado, carnoso y lento. Pestañeeé aturdida, tratando de orientarme. Unas hojas rojas se arremolinaron en el claro y los árboles se mecieron con la ráfaga de viento menguante. Cuando este agotó su último aliento, el árbol del otoño estaba desnudo, sin una sola hoja.

No estaba tocando el suelo. Mis pies pendían en el aire y unos brazos cálidos me sostenían por los hombros y por las corvas. Grajo. Era Grajo quien me sostenía.

Iba completamente desnuda.

Antes de que me saliera la voz y le pidiera que me dejara en el suelo, él me dejó caer como si fuera una ascua; aterricé en las flores silvestres dando un porrazo muy poco digno. Horrorizada, encogí las piernas, me encorvé con los brazos cruzados sobre el pecho y alcé la mirada hasta él, que parecía tan horrorizado como yo.

—¿Por qué me has...? —empecé, en el mismo instante en que él soltaba:

— ¡Habías dejado de estar en peligro y yo ya no podía tocarte!
¿Estás bien?

— No. — ¡Acababan de convertirme en un conejo!—. Pero lo estaré. Gracias por venir a rescatarme. ¿No podrías haberme bajado un poco antes?

Apartó la vista.

— Estaba distraído — respondió con dignidad.

Genial.

Cuando empezó a desprenderse del abrigo, me adelanté al decir:

— Voy a ponerme mi vestido, así que... no mires. — Me levanté y me dirigí al tocón, consciente de que, últimamente, deambulaba demasiadas veces desnuda por el bosque. Presa de un rubor que me bajaba por el cuello, me coloqué la ropa interior, el Firth & Maester del día y, finalmente, las medias, las botas y el anillo escondido, mientras Grajo me esperaba mirando con determinación un punto fijo a un lado—. ¿Te echarán de menos en la corte? — le pregunté con la esperanza de disolver la tensión o al menos redirigirla hacia un tema más urgente.

— Sin duda. — Hizo una pausa—. Isobel...

Me alisé la falda. De repente, el suelo se convirtió en un sitio muy interesante que observar.

— Sí, fue una soberana tontería comer algo que Alondra me ofrecía. Tampoco debería haberme marchado sola, pero me preocupaba que la corte, sobre todo Tábano, sospechara algo si pasamos más tiempo juntos. — La hoja que había hecho trizas se había colado volando en una de las tazas de té—. Y necesitaba irme de allí. Tú también lo notaste, ¿verdad? Me refiero a lo que estaba ocurriendo.

Cuando alcé la vista, su expresión me indicó que habría sacado el tema de no haberlo hecho yo primero.

—Sí. Tu arte nos está afectando de algún modo. Isobel, nunca había visto nada parecido.

—Si continúo haciendo demostraciones, ¿crees que nos pondrá en peligro?

—Como he dicho, esto es... nuevo para mí. Los míos ansían tu trabajo y ahora más aún por su particularidad. Sinceramente, no puedo asegurar que no exista peligro alguno. Lo que sí creo es que la corte sospecharía si dejaras de hacerlo ahora, cuando todo el mundo espera que continúes. Si, por ejemplo, nos quedamos un día más y nos marchamos tras el baile de máscaras de mañana por la noche...

Se hizo un largo silencio; ninguno miraba al otro. Nuestro pacto había sobrepasado el punto de supervivencia mutua; ambos queríamos ganar tiempo para estar juntos por razones en absoluto prácticas. No servía de nada fingir lo contrario, aunque ninguno de los dos llegó a decirlo en voz alta.

—Pero ya estoy casi recuperado —continuó con decisión, obligándose a terminar—. Si quieres que nos marchemos hoy, incluso ahora mismo, podemos hacerlo.

Cerré los ojos con fuerza y maldije mi estupidez.

—Tras el baile de mañana por la noche, venga.

Su suspiro de alivio racheado no fue nada sutil. Le dediqué una sonrisa burlona, pero algo más atrajo mi atención.

—¡Se te ha caído el broche! No lo tienes en el bolsillo, ¿verdad? Debió de desprenderse cuando me soltaste.

Se palpó el pecho alarmado y se agachó para rebuscar entre las flores. Aquella no era la búsqueda sin prisas de alguien que ha perdido

un reloj de bolsillo o un pañuelo. Por el contrario, arañaba el suelo con los ojos desorbitados y una desesperación que sólo podía estar inspirada por la pérdida de un tesoro irremplazable y de incalculable valor. Cuando lo encontró, lo aferró con fuerza en el puño. Llevó el pulgar hasta el cierre oculto, pero entonces se detuvo, recordando que yo estaba allí, y se dispuso a metérselo en el bolsillo.

Me dio pena. Era doloroso verlo reducido a eso por algo tan pequeño. Aquel broche le importaba más de lo que a la mayoría de las personas les importaba todo lo que tenían en el mundo.

— ¿Quién era ella? — le pregunté.

Se irguió, aún de rodillas.

— Vaya, lo..., lo siento. No tienes por qué responder a eso. Supongo que me preguntaba cómo lograsteis escapar de la Ley del Bien.

Creí que se enfadaría conmigo. En cambio, me miró como si le hubiera desgarrado el corazón del pecho. Sus ojos se empañaron de vergüenza y desesperación. Se guardó el broche en el bolsillo.

— Estaba enamorado de ella, pero nunca infringimos la Ley del Bien — respondió.

— ¿Cómo es posible?

Ojalá no lo hubiera preguntado. Contemplar su tristeza resultaba horrible.

— Ella no me correspondía.

El silencio se propagó por el prado. Tras unos segundos, una ardilla empezó a mordisquear una bellota sobre nuestras cabezas.

Él continuó con voz entrecortada:

— Me tenía cariño, pero sabía que no podía haber nada más. Decidimos que lo mejor era no volver a vernos. Me dio el broche

como regalo de despedida. Dejé de visitar Extravagancia y pasó más tiempo del que había creído. —Bajó la vista al suelo—. Cuando regresé, descubrí que sus bisnietos vivían en el pueblo y que ella había muerto hacía tiempo de vieja. Hasta tu retrato, no había vuelto a poner un pie allí. —Retuvo un suspiro—. Sé que está mal, que me preocupo demasiado por el broche. No puedo explicarlo. Es...

—No está mal. —Hablé tan bajo que apenas me escuchaba a mí misma—. Grajo, en serio. Sólo es humano.

Dejó caer la cabeza.

—¿Qué ha sido de mí?

No pude soportarlo más. Me fui hacia él y lo abracé. Era tan alto que sentí que no estaba sirviendo de nada; le rodeaba la cintura con mis brazos como una niña. Pero, tras un tenso momento, se derrumbó, como si estuviera demasiado abatido por la desesperación para mantenerse en pie por sí mismo.

—No eres débil. —Sabía que nadie le había dicho eso antes en todos sus largos siglos de vida—. La capacidad de sentir es una fortaleza, no una debilidad.

—No para nosotros —objetó—. Nunca para nosotros.

No había nada que pudiera responder a eso. Mis palabras de consuelo eran vanas. No podía decir nada que lo tranquilizara, nada sincero. Porque allí, en el bosque, su humanidad supondría su muerte. Tal vez no en ese momento, tal vez no durante cientos de años, pero, al final, tarde o temprano, se enfrentaría a la muerte a manos de los suyos. Hice un esfuerzo por no derramar las lágrimas que me escocían en los ojos y por aflojar el doloroso nudo que se me había formado en la garganta. Parecía terrible e inconcebiblemente injusto dejarlo morir allí solo. Aquella injusticia rugía en mi interior como una tormenta,

desgarrándolo todo.

Se apartó. Debí de perder la noción del tiempo, porque sentí frío sin su contacto.

—Fui un arrogante al pensar que podría protegerte de cualquier mal provocado por los de mi especie. —Su voz sonó vacía—. Apenas he llegado a tiempo para salvarte.

—No ha sido culpa tuya.

Él meneó la cabeza.

—Si algo así vuelve a ocurrir mañana, no importa de quién sea la culpa. Puedes acabar muerta.

Y allí estaba yo, dispuesta a quedarme una noche más a pesar del peligro. Veinticuatro horas más no eran nada. Y, sin embargo, lo eran todo. Podía vivir más al día siguiente de lo que lo haría durante el resto de mi vida. ¿Cuánto iba a arriesgar por ello? Mi viejo yo, el que había escondido los bocetos de Grajo en el fondo del armario, nunca habría hecho esa pregunta. Pero empezaba a darme cuenta de que ese era el problema de mi viejo yo, que había aceptado que comportarse como era debido significaba no ser feliz, porque así era como funcionaba el mundo. No le había pedido lo suficiente a la vida o a sí mismo.

—¿Hay algún hechizo protector que puedas lanzar sobre mí? —le pregunté—. Sólo hasta que nos marchemos.

Su cara se ensombreció. Habló con mesura:

—Sólo existe un modo de salvaguardar a un mortal de la magia élfica. Ningún otro elfo sería capaz de lanzarte un hechizo o influir en ti mientras durase, pero es más que un mero hechizo. Para que funcione, debes decirme tu verdadero nombre.

La ardilla rechinó y rechinó con un sonido molesto y penetrante.

— Te refieres a un encantamiento.

— Sí. Entiendo que no lo permitas, pero, si me lo pidieras, sólo lo usaría para mantenerte a salvo. Nunca manipularía tus pensamientos.

— Si lo hicieras, no tendría ningún modo de saberlo.

Asintió con la cabeza.

— Tendrías que confiar en mí. Te doy mi palabra.

De haberse tratado de cualquier otro elfo, habría repasado sus palabras en busca de alguna brecha: la mentira de cómo pretendía hacerme daño disfrazada de verdad. Pero, que Dios me asista, no lo hice. Le creía. Cerré los ojos y respiré varias veces en la oscuridad, analizando la situación con detenimiento. Mantener mi verdadero nombre en secreto era uno de mis principios más arraigados. Confiar en un elfo era una locura.

Estaba harta de todo aquello. Quizá fuera el momento de dejar de tener secretos y descarrilarse un poco.

En esa ocasión, tanto mi corazón como mi mente clamaron la misma verdad.

Abrí los ojos y descubrí que Grajo me contemplaba, con la mirada oscurecida por el pelo que le caía y le enmarcaba la cara. Sus labios se afinaron. Al descifrar mi expresión, asintió ligeramente.

— Pensaremos en otro modo...

— Sí — dije.

Inhaló de golpe.

— ¿Qué?

— Confío en ti. — Una feroz convicción me inundó como la luz de la mañana, abrasando cualquier resquicio de duda—. Te conozco. Confío en tu palabra. Pero — añadí —, si empiezo a decirte demasiados piropos mientras me tienes bajo el encantamiento, empezarán a

sospechar.

No pareció haber entendido del todo mi respuesta. Ni siquiera creo que se percatara de mi pequeña broma. Dobló una rodilla para que nuestras caras quedaran al mismo nivel.

—Isobel, antes de que te decidas del todo, debes saber que eso me liberaría y podría tocarte de nuevo, aunque no estuvieras en peligro.

—Bueno. No quiero que vuelvas a dejarme caer al suelo.

Soltó una risotada repentina, peligrosamente cercana a un sollozo. Me miró como si fuera el misterio más grande del mundo.

—Los mortales sois terriblemente extraños. —Su voz sonaba tensa.

—Mira quién fue a hablar. Empiezo a sospechar que es un cumplido. ¿Hay alguien más por aquí? —Él meneó la cabeza. No apartó los ojos de mi cara en ningún momento, pero esperaba que no necesitara mirar para saberlo—. Entonces, no te muevas —le indiqué.

En los nombres hay magia. El mío sólo se había pronunciado una vez desde que el mundo era mundo. Yo era la única persona que lo sabía. Su sonido y su forma nunca me abandonarían, aun cuando no lo recordara: mi madre me lo había susurrado al oído al nacer, cuando no era más que un diminuto bebé enrojecido y arrugado que acababa de salir de su vientre. Así es como funcionaba. Me incliné hacia delante. Coloqué mis labios tan cerca del borde de su oreja que, cuando hablé, en un suspiro que fue más silencioso que un susurro, más silencioso que el batir del ala de una polilla, el aire cálido le revolvió el pelo.

Y así fue como le dije mi verdadero nombre.

Dieciséis

Al día siguiente, en la corte sólo se hablaba de la mascarada, que se celebraría al anochecer. Cuando las sombras se alargaron, no sólo había pintado un retrato para casi todos los elfos de la corte de la primavera, sino que además me había enterado al detalle de lo que cada uno luciría para la ocasión, de quién le había robado la idea a quién y de algunas sugerencias alarmantes de venganza sartorial.

Cuanto más retratos terminaba sin incidentes, más me iba relajando. Cuando llegué al último de la fila, empecé a creer, no sin cierto recelo, que mi plan había funcionado. La mayoría de los implicados habían tenido una reacción peculiar al ver sus retratos; algunos los habían contemplado boquiabiertos durante un rato y otros se habían pasado el resto de la tarde totalmente aturcidos, pero, por fortuna, ninguno de ellos ni de los espectadores pareció darse cuenta de nada. Por una vez, su ignorancia absoluta de las emociones humanas había jugado en mi favor. Me intrigaba haber descubierto un curioso patrón que se repetía desde el día anterior: mi arte afectaba sobre todo a los elfos más viejos.

Del encantamiento no notaba nada. Y eso era lo más inquietante. Hurgué y rebusqué en el interior de mi mente por si había pasado algo por alto, sabiendo que así era aunque no sabía el qué. A veces, incluso me preguntaba si Grajo habría lanzado el hechizo como era debido. Pero se lo veía seguro y, además, se había producido un cambio en el claro después de que le dijera mi nombre, una especie de susurro, como si todos los árboles, los helechos y las flores hubieran exhalado a la vez.

Y, al fin y al cabo, se trataba de un encantamiento; si me daba cuenta, es que no había surtido efecto.

Reprimí un quejido al levantarme y confié en que mis piernas se recuperasen a tiempo para el baile. Mi último modelo era un elfo alto y serio llamado Eléboro que recogió su retrato brindándome una divertida reverencia. Lo examinó mientras se marchaba y, al poco rato, se tapó la boca con la manga para tratar de sofocar una risita incontenible que casi no le dejaba respirar. Su júbilo era incontrolable, exagerado, rayano en la histeria.

Lo había dibujado riéndose.

Se me pusieron los vellos de punta y me arrodillé para organizar mi lugar de trabajo; ordené las tazas y las tiras de corteza sobrantes por hacer algo. Eléboro se había alejado bastante y, con suerte, nadie se daría cuenta ni ataría cabos.

Entonces vi a Dedalera. Había interrumpido su partida de bolos y se lo había quedado mirando con desconfianza. Cuando la risa lo sobrepasó y se cayó al suelo agarrándose el estómago, ella se giró de súbito y clavó sus ojos en mí, con las aletas de la nariz dilatadas y los hombros rígidos.

— ¡Isobel! — me llamó Tábano desde el trono.

Me armé de valor y levanté la cabeza. No sonreía; su expresión era seria, aunque de un modo sereno y agradable. Ya estaba. La había fastidiado con el último retrato.

Pero continuó:

— Creo que Alondra tiene algo que decirte.

Una de las tazas se escurrió de su precario equilibrio entre mis brazos y chocó con las otras provocando un leve tintineo.

Alondra se aproximó con delicadeza desde donde estaba sentada junto a Tábano, medio escondida por las ramas florales del trono, e hizo una profunda reverencia con cara impasible. Luego, para mi sorpresa, rompió a llorar.

—Siento..., siento haberte convertido en una liebre, Isobel — tartamudeó entre hipidos. Unos tristes lagrimones corrieron por sus mejillas y le cayeron por la barbilla. Sorbió ruidosamente. Me pregunté desazonada si me estaría imitando, pues yo era la única a la que había visto llorar en toda su vida. Si ese era el caso, la emulación no era para nada halagadora—. Yo sólo..., yo sólo quería jugar con alguien.

¿Eléboro seguía riéndose? ¿Y Dedalera mirándome? ¿Alguien más se había dado cuenta? No podía arriesgarme a echar un vistazo, por lo que hice un gran esfuerzo y me concentré en la joven elfa. A pesar de lo que había hecho, me daba pena.

—Te perdono, Alondra.

—¿Podemos seguir siendo amigas? —preguntó en tono lastimero aprovechando la ocasión.

—Sí, claro que sí —respondí para salvar las apariencias—. Pero, por favor, no me gastes más bromas de ese tipo.

—¡Por supuesto que no!

Sus escandalosas lágrimas desaparecieron al instante y no dejaron ni el más mínimo rastro de humedad ni de suciedad en su carita de muñeca de porcelana. Porque, obviamente, no había especificado que sentía haberme asustado o haber estado a punto de hacerme daño. Lo más probable era que sólo sintiera haberme convertido en una liebre porque la habían pillado y la habían castigado por ello.

—Entonces vamos —añadió—. El baile va a empezar y necesitas

un vestido. Ya te lo he escogido. Te va a encantar. Es...

Alguien apartó de una palmada la mano que me tendía. Al principio creí que era Grajo, pero de pronto vi a Dedalera a nuestro lado esbozando aquella sonrisa gélida y estrangulada. A Alondra se le cambió la cara y se llevó rápidamente la mano al pecho, pero, aun así, me fijé en un corte largo y fino parecido al de las garras afiladas de un animal que se perdía por detrás de sus nudillos.

—Creo que ya has pasado bastante tiempo con nuestra querida Isobel, ¿no te parece, cielo? —Su sonrisa se descongeló con afectación mientras se giraba hacia mí—. Alondra es muy joven. Tiene buenas intenciones, pero no es la mejor compañía para una chica mortal. En cambio, yo he tratado con humanos en multitud de ocasiones. Y tengo un guardarropa mucho más extenso, lleno de cientos de vestidos que he ido acumulando durante una larguísima existencia. — Sus ojos volvieron a posarse en Alondra para saborear los frutos de aquel golpe certero—. Así que ven conmigo.

El estómago se me revolvió sólo de pensar en quedarme a solas con ella. Habría preferido mil veces que me encerraran en una habitación con un tigre muerto de hambre. Pero ¿qué diría si rechazaba su ofrecimiento delante de toda la corte?

—No. —Ortiga se adelantó—. ¿Por qué no vienes conmigo? Hace poco que he empezado a visitar Extravagancia, pero todo el mundo habla ya de mis encantamientos.

Tan fugaz y violentamente que casi ni me di cuenta, la cara de Dedalera se contorsionó en una mueca atroz.

Otras elfas acudieron y no tardé en verme rodeada por una ruidosa muchedumbre que me agarraba a diestro y siniestro: más de una veintena de mujeres inmortales que se disputaban el privilegio de

ofrecerme una máscara y un vestido como si fueran niñas avariciosas que se peleaban por un juguete que preferían romper a compartir. Busqué con la mirada a Grajo. Cuando lo vislumbré por entre los cuerpos de dos de mis acosadoras, ya se había marchado y había recorrido la mitad del claro. Tábano caminaba a su lado con una mano paternal apoyada en su espalda y la otra blandiendo un pañuelo en el aire.

Habíamos planeado el encantamiento justo para aquel tipo de situaciones. Yo era inmune a toda la magia élfica salvo a la de Grajo y, si alguien intentaba herirme físicamente, él lo sentiría. Sin embargo, con la presión claustrofóbica que ejercían sobre mí todas aquellas manos agarrándome a la vez, no pude sofocar mi pánico creciente recurriendo a la lógica.

¿Por qué ocurría eso ahora? Alondra me había reclamado para sí el primer día sin que le saliera ninguna competidora. Miré en su dirección, pero había desaparecido. Al contrario que a Grajo, a ella no se la veía por ninguna parte.

Se me hizo un nudo en la garganta. Sabía la respuesta: Alondra había mostrado debilidad. Los demás elfos la habían visto tropezar y se le habían echado encima como depredadores. Ahora la cuestión era quién ocuparía su lugar.

En las alturas, entre las mujeres que se inclinaban sobre mí, vi que una rama se bamboleaba cuando algo aterrizó en la copa del árbol. Atisbé algo negro y brillante antes de que el corrillo se cerrara de nuevo. ¿Se trataba de las plumas de un cuervo o tan sólo del destello de los granates rojo sangre que salpicaban el pelo de Dedalera? No veía ni oía nada. Y empezaba a faltarme el aire; aquel salvaje perfume animal que emanaban era sofocante. Mareada, tensé los músculos para

cargar contra la muchedumbre, para escapar de aquella embestida de olor y ruido y agarrones indeseados sin importarme las consecuencias.

—Parad —ordenó una voz fina y suave apenas perceptible. Su emisora se hallaba al borde de la multitud con los puños apretados.

—Aster —resollé. Intenté abrirme paso hasta ella, pero me resultaba imposible avanzar con tantos dedos aferrándose y tantos cuerpos ciñéndose en torno a mí.

Ella me vio y asintió levemente con la cabeza.

—Parad —repitió y se dio la vuelta—. Dejad a Isobel en paz ahora mismo. Seré yo quien la prepare para el baile. ¡Seré yo quien la prepare para el baile! —Su voz tronó como un cañonazo.

Todas giraron la cabeza hacia ella y enmudecieron. Durante un segundo, sólo un segundo, un rescoldo de pura rabia refulgió en sus ojos. Creo que yo fui la única capaz de reconocerlo. Pero, aunque las elfas no supieran nombrar lo que habían visto, les afectó igualmente y retrocedieron aturcidas.

Me solté de un tirón de las dos que me agarraban e hice una torpe reverencia.

—¿Por qué crees que deberías ser tú, Aster? —le pregunté con voz seca y desesperada. Confiaba en que nadie notara mi miedo—. Por favor, dime.

Alzó la barbilla.

—Yo bebí del Pozo Verde. Ninguna de vosotras puede decir lo mismo. Así que yo gozaré de ese privilegio esta noche.

Y me tendió una frágil mano.

Mis dedos buscaron los suyos hasta que por fin los encontraron. Por alguna razón, me sobresaltó que no hubiera nada humano en su apretón de acero. Me liberó de la opresión y me condujo a la escalera.

Las demás elfas suspiraron melancólicas.

— Ay, querida, quizá la próxima vez...

— Me habría gustado tanto...

— Siempre he admirado mucho tu trabajo...

Intenté no estremecerme mientras cada una susurraba una excusa a mi paso y sus respectivos alientos me acariciaban las mejillas como si fueran plumas.

Aster me condujo escaleras arriba en silencio y, a medida que subíamos, empecé a contar. Un cuervo nos observaba desde el pasamanos. Otro desde las flores del trono de cornejo. Un tercero planeaba por el claro, liviano como una sombra. El cuarto y el quinto daban saltitos por una rama con ojos brillantes. Ninguno de ellos parecía querer marcharse. Como hubiera un sexto...

Entonces la mano de Aster tiró de mi muñeca, por lo que no pude quedarme allí parada en el descansillo. Nos adentramos juntas en el laberinto. No sé si fue obra de mi imaginación, pero el recodo desconocido por el que torció me pareció más extraño, más agreste, y su sinuosidad, menos amigable. No reconocí el caballito balancín que había en un rincón, cuya pintura estaba desvaída y desconchada por el paso del tiempo. En un momento dado, pisé algo y, si Aster no me hubiera sujetado, me habría torcido el tobillo. Se trataba de la figurita de un pájaro tallado medio engullida por el suelo. Pasamos una campana de iglesia gigante recubierta de corteza que sobresalía de una pared en uno de los ángulos. Más adelante, la mano de una muñeca emergía del techo de hojas. Aquella colección de arte debía de llevar allí intacta tanto tiempo que el laberinto había empezado a tragársela, y allí se quedaría olvidada para toda la eternidad.

Al fin, Aster me hizo doblar otra esquina y se detuvo. Se dio la

vuelta para echar una ojeada al camino por el que veníamos y aguzó el oído.

—No nos han seguido —murmuró para sí.

—Debo darte las gracias por acudir en mi...

Se giró con ojos feroces.

—¡No me las des! —Cada tensa sílaba susurrada me golpeó como una bofetada. Me quedé de piedra.

Con mano temblorosa, se remitió el pelo por detrás de la oreja. Una sonrisa tiró de las comisuras de sus labios. Volvió a mirar a nuestra espalda.

—Vamos —dijo como si nada hubiera ocurrido, y me metió en una habitación situada un poco más adelante—. Tengo que prepararte para la mascarada.

La cabeza me daba vueltas y un oscuro presentimiento se abrió paso en la boca de mi estómago. Me costó un momento asimilar todo lo que veía a mi alrededor. Me hallaba en una habitación forrada de libros, que se apilaban en las paredes como ladrillos y pavimentaban el suelo como adoquines. Sus títulos dorados me guiñaban desde los lomos llenos de arañazos. Un olor rancio a piel y papel amarillento colmaba la estancia.

—¿Los has recopilado tú? —Cogí aire—. ¿Los has leído todos?

Ella vaciló. Hizo un gesto vano con la mano libre y luego la posó en un libro. Lo acarició con las puntas de los dedos, pero no lo sacó de la pared.

—Son obras de arte —explicó en voz baja—. Las palabras no siempre tienen sentido, pero las necesito de todas formas, ¿sabes? Es como si buscara algo. Cada vez que tengo uno nuevo, pienso que será suficiente... —Su voz se fue apagando.

—Pero nunca lo es —rematé.

No pareció escucharme.

—Sígueme. No debemos demorarnos mucho.

Me soltó la mano. La seguí hasta la siguiente habitación sin dejar de mirar por encima de mi hombro. El sol ya debía de haberse puesto por detrás de los árboles porque la oscuridad se había cernido sobre el laberinto y su contenido apenas se distinguía en la penumbra. El corazón me dio un vuelco cuando confundí las figuras alineadas tras el umbral con rígidos elfos que nos esperaban, pero sólo eran maniqués colocados en dos largas hileras a cada flanco cuyos rostros de madera carecían de expresión. Aster me había llevado a su guardarropa. Hizo un gesto y una mágica luz ámbar apareció sobre nosotras y se elevó hacia el techo. Un espejo de pie situado en el otro extremo de la estancia reflejó su irradiación. Y enseguida yo misma fui testigo del semblante indeciso con el que miré a mi alrededor.

—Tenemos la misma talla —dijo—. Creo que la mayoría de estos te quedarán bien. ¿Sientes predilección por el verde?

—No. En realidad, no tengo ninguna preferencia. Tal vez sea raro que una artista diga eso, pero no acostumbro a autorretratarme. — Hice una pausa y me acordé de la sesión que había tenido con ella—. ¿Por qué no eliges por mí?

Sus hombros se tensaron. Acarició la cola de gasa del vestido más cercano y palpó su textura con la mirada perdida; luego la soltó sin interés.

—El verde te queda genial, pero es un color de primavera. Cuando bebas del pozo, no creo que pertenezcas a nuestra corte.

Me paseé por la otra fila examinando toda aquella seda y encaje sin quitarle la vista de encima a mi acompañante.

— ¿Por qué lo dices? — quise saber.

— Oh, no lo sé. Es sólo una sensación.

Mantuve el tono ligero:

— ¿Puedo preguntarte por qué has acudido en mi ayuda ahí abajo? Puede que me equivoque, pero durante estos minutos me ha dado la impresión de que lo has hecho por una razón. De que a lo mejor querías decirme algo.

Se detuvo en seco; su mano se quedó paralizada en el aire entre dos vestidos. Yo tenía razón. Una nota de pavor profunda y resonante tañó en mi interior. Las cosas estaban a punto de torcerse muy mucho.

— Él lo sabe — me confesó.

— ¿Lo de mi arte?

Me miró rápidamente con sus ojos oscuros.

— Sabe que has quebrantado la Ley del Bien.

«No — pensé. Y luego —: Sí».

Porque de pronto tuve la certeza de que estaba enamorada de Grajo y que había ocurrido como suelen ocurrir las cosas más tranquilas, perfectas y naturales: sin que ni siquiera me diera cuenta. Habíamos estado juntos en un claro y había confiado tanto en él como para desvelarle mi verdadero nombre. Le di vueltas en la cabeza a aquella idea extraña y maravillosa. Amaba a Grajo. Lo amaba. Era lo mejor que había sentido en la vida. Y lo peor que había hecho.

Nos había condenado a muerte a los dos.

Nada cambió a mi alrededor, aunque me pareció que tenía que haber alguna prueba tangible de que todo estaba a punto de acabar. No caí de rodillas ni me puse a llorar. Simplemente me quedé allí de pie respirando como si nada e intentando comprender el alcance de lo

que estaba ocurriendo con la mente serena y comedida.

¿Quién era ese «él»? ¿Tábano? Eso suponía. Seguro que lo había visto venir desde bien lejos. A pesar de nuestra historia, quizás había disfrutado presenciando aquel disparate mortal que habíamos ideado. El pensamiento le otorgó un nuevo sentido al modo en que Alondra, Dedalera, Ortiga y las demás se habían peleado por mí: se habían peleado por ver quién me pondría el último vestido que tendría ocasión de llevar.

Entonces, rápida como una serpiente, Aster se dio la vuelta y me agarró de los brazos. Sus dedos huesudos se me clavaron como garras. Sus ojos chispeaban.

—Por eso debes marcharte del baile. Haz la entrada, pero, en cuanto Tábano te dé la espalda, huye al Pozo Verde y bebe de él antes de que te alcance. Debes hacerlo. Yo te ayudaré.

Tal vez sólo me lo hubiera imaginado, pero, cuando me agarró, sentí una punzada de alarma que no era mía, una sensación remota y fantasmal que vibró por mi cuerpo como las ondas que se forman en la superficie de una charca. «¿Grajo?», pregunté, pero no obtuve respuesta.

—Isobel — estaba diciendo Aster.

—No. —Negué con la cabeza—. No. No puedo. La historia que Grajo y yo contamos a la corte era mentira. Nunca beberé del pozo.

—Debes hacerlo.

—Si pudieras volver atrás, si pudieras repetirlo todo, ¿tomarías la misma decisión?

La luz abandonó sus ojos. Aflojó la presión de sus manos y se giró.

—Yo podría enseñarte una manera de salir de la corte sin que te

vieran — continuó—. Pero te encontrarán allá donde vayas.

Emma. Las gemelas. Habrían recibido mi carta aquella misma mañana sin saber que iba a morir por la noche. Negué con la cabeza varias veces más.

—No puedo permitir que te pongas en peligro por mi culpa en vano. —Una fría niebla trepaba a mi alrededor. Aún quedaba una última cosa que podía hacer o al menos intentar—. Asistiré a la mascarada. Necesito estar a solas con Grajo un momento.

Ella no dijo nada. Debió de pensar que ya estaba condenada, y puede que tuviera razón. Continuó por el pasillo y se detuvo delante de uno de los últimos vestidos.

—Este — resolvió, y se lo quitó al maniquí.

Nunca había visto un vestido semejante. Tenía unas rosas granate bordadas en encaje sobre su capa interna de color carne con efecto brillo que se arracimaban sobre el corpiño y se iban esparciendo por la falda de vuelo, separándose como barridas por una suave brisa, y la parte de la espalda no mostraba ningún adorno para crear la ilusión de un amplio escote. En otro momento me habría dejado sin habla. Ahora, en cambio, no había belleza ni placer en el mundo que me sacudiera de encima la lúgubre certidumbre de lo que se me venía encima.

Dejé caer mi ropa al suelo de manera mecánica y me introduje en el vestido casi a trompicones; sentía el cuerpo lento y torpe a causa del miedo. Cuando me agaché para subírmelo, me demoré un instante y me llevé la mano a la media. Quería asegurarme de que el anillo seguía allí. Una defensa irrisoria. Pero algo era algo.

Me enderecé.

— ¡Oh! — exclamó Aster. Me cogió por los hombros y me llevó al

espejo.

Cuando me moví, el corpiño de encaje permaneció tieso y ajustado, pero la falda ondeó a mi alrededor formando remolinos casi imposibles que me recordaron a un famoso cuadro de una doncella que se ahogaba en un lago al anochecer y se hundía en las sombras mientras su vestido se hinchaba liviano tras ella. Al acercarme a la figura reflejada en el espejo, casi no me reconocí. Desde mi llegada, había lucido un Firth & Maester, pero no había tenido ocasión de ver cómo me quedaba. El vivo escarlata del vestido acentuaba mi cutis pálido y resaltaba mis ojos oscuros de un modo deslumbrante. Se me veía menos asustada de lo que esperaba. Mis ojos miraban, miraban y miraban como fosos que absorbieran la luz en una cara tan inexpresiva como la del maniquí que había portado el vestido antes que yo.

—Joyas —dijo Aster para sí—. Y una máscara. Sé de una que vendrá bien, si logro encontrarla...

Se marchó. Oí el tintineo de un pestillo, seguido por el crujido de un arcón al abrirse. Mientras esperaba, me llevé las manos al pelo casi sin querer, me lo solté y me pasé los dedos por la maraña. Después observé con indiferencia cómo volvía a trenzármelo y me lo recogía en lo alto con un moño informal, que mantuve en su sitio hasta que Aster me tendió una horquilla para sujetarlo. Tenía la vaga impresión de que, si parecía tranquila, si los elfos no notaban mi miedo enseguida, podía ganar tiempo. Lo único que necesitaba era pasar un momento a solas con Grajo.

Los pálidos dedos de Aster descendieron para colocarme una delicada diadema sobre las trenzas. Se trataba de una fina pieza confeccionada en filigrana de oro y adornada con hojas diminutas.

Posé la mirada en mi reflejo y lo contemplé de nuevo. Colores otoñales. Una corona pequeña a juego con la de Grajo. Supuse que estaba siendo amable del único modo que se le ocurría. Concediéndome dignidad en mis últimos instantes, al contrario que Dedalera y las demás, que ahora sospechaba que me habrían torturado como gatos a un ratón herido, hinchidas de petulancia por lo que sabían, antes de llevarme al baile. Tal vez, hasta que la presioné, Aster hubiera confiado en que no me enterase de todo para permitirme un final rápido y misericordioso.

Cuando la vi a mi lado en el espejo, distinguí una pizca de tristeza en su expresión distante, trémula y remota, un rayo de luna en el fondo de un pozo muy profundo. Llevaba sujeta en la cintura la varita de un antifaz. Una máscara de rosas a juego con el vestido; un ramillete pétreo con agujeros para los ojos en el centro de las flores.

— Pareces una reina entre los mortales. Serás la persona más guapa del baile.

Intenté esbozar una débil sonrisa, pero no lo conseguí. Era muy probable que no volviera a sonreír nunca más.

— La humana más guapa, en todo caso. Será difícil que le haga sombra a Dedalera.

— No. La más guapa de todas. — Parecía incolora y frágil a mi lado —. Eres como una rosa viva entre flores de cera. Puede que nosotros seamos inmortales, pero tú floreces; tu aroma es más dulce y tus espinas provocan verdadera sangre.

Le quité la máscara de las manos con cuidado.

— Se nota que fuiste escritora.

Ella apartó la mirada.

Me llevé la máscara a la cara para ocultar mi expresión. Al

contemplarme, sólo veía una cosa y sabía que mi acompañante estaba pensando lo mismo: tal vez pareciera una reina, pero mi vestido era una mortaja. Aster me había puesto guapa para que me encaminara a mi muerte.

Diecisiete

Cuando Aster y yo volvimos a la escalera de Tábano, la sala del trono se había transformado. Unas guirnaldas de tela de araña pendían de las ramas y el rocío brillaba a la luz de la luna. Había flores nocturnas temblando en cada rama, iluminadas con luces feéricas que titilaban en su interior como velas votivas que bañaban el claro con un resplandor etéreo en el que nada parecía del todo real. Ni las mesas colmadas de vino, dulces y frutas ni las musicales bandadas de pájaros cantores que bajaban en picado antes de dirigirse de nuevo a las copas de los árboles. Ni, por supuesto, los elfos, que parecían salidos de un cuento de hadas. La luz de la luna brillaba en las joyas que llevaban prendidas del pelo y otorgaba una fría refulgencia a los bordados de plata de sus abrigos y vestidos. Bailaban en parejas sin música, un vals extraño y silencioso, dando vueltas por el claro en lo que, por entre los agujeros de mi máscara, me pareció una secuencia de viñetas. Todos ellos tan irreconocibles como yo: pájaros y flores, zorros y ciervos, cuyas sonrisas eran más afiladas que la luz de las velas que impactaba en la curva de las copas de cristal.

Todo el mundo iba ataviado con los pálidos colores de la corte de la primavera, salvo Grajo... y yo. Lo distinguí de inmediato a los pies de la escalera junto a Tábano. Esa noche era el príncipe del otoño con todas las de la ley, enfundado como iba en un abrigo largo de color vino ribeteado con hilos de oro. Su corona centelleaba entre sus enortijados rizos y una máscara de cuervo cubría la mitad superior de su rostro. Al ver sus modales distendidos, su sonrisa y la posición relajada de sus hombros, y al percatarme de que su mano no vagaba

cerca de su espada, fui consciente con gran horror de que no lo sabía, de que Tábano no se lo había contado. Estaba enamorada de él y él lo ignoraba.

Aquel sentimiento me ancló los pies al suelo como si tuviera grilletes. Cada paso requería un esfuerzo, incluso con la mano de Aster sujetando mi codo.

Nadie detectó nuestra presencia hasta que estuvimos a medio camino. Entonces, el baile entero se detuvo. El silencio se hizo en todo el claro. Todo el mundo nos miró, expectante. Yo también me detuve y traté de reunir el valor para continuar. ¿Era así como se sentía Grajo? ¿Siempre en guardia, siempre tratando de ocultar cualquier signo de debilidad que pudiera hacer que los elfos le saltaran a la garganta en segundos? Sin la máscara, estaría perdida.

Un pétalo de rosa rodó por el escalón que había a mis pies, seguido de otro. Evitando a duras penas encogerme de miedo, miré por encima del hombro para ver de dónde procedían. Había un camino de pétalos de rosa a mi espalda escaleras arriba y su color escarlata contrastaba con el blanco del abedul entrelazado, pero no vi a nadie responsable de su presencia.

—El vestido está encantado —susurró Aster inclinándose hacia mí—. Los pétalos aparecerán a cada paso que des, pero no son reales. Mira.

Una brisa sopló y esparció los pétalos, que se desvanecieron como sombras que revoloteasen. La vista era a la vez horrible y fascinante. Mi sendero por el baile de máscaras estaría marcado como un animal herido que deja manchas de sangre en la nieve. Una comparación apropiada, a fin de cuentas.

Me obligué a continuar. Por fin mis botas, ocultas bajo el

dobladillo ondulante y suelto del vestido de gala, tocaron el suelo. Tábano tomó mi mano y la besó mientras Grajo, junto a él, trataba deliberadamente de no reaccionar. Por primera vez, agradecí su ignorancia. De haberlo sabido, habría desenvainado su espada contra Tábano en ese mismo instante y todo habría acabado antes de haber tenido una oportunidad.

— ¡Qué delicia celebrar nuestro primer baile de máscaras con una mortal! — exclamó Tábano. Las plumas níveas de su máscara de cisne cubrían su rostro casi por completo y sólo le dejaban al descubierto una franja de la mandíbula, pero oí el tono sonriente en su voz—. Y qué vestido tan intrigante te ha elegido Aster. ¡Vaya, Grajo y tú conjuntáis a la perfección! Por supuesto, sería una pena que te acaparase durante toda la noche. Debo insistir en que me concedas el primer baile.

El estómago se me encogió de vértigo, como si siguiera bajando y acabara de saltarme el último escalón. Forcé una sonrisa para disimular mis dientes apretados. Tábano seguía hablando, aunque yo no oía ni una palabra y esperaba que mis amables asentimientos bastasen. Grajo se movía con impaciencia. Con tantos ojos sobre nosotros, estaba desesperada por tener la oportunidad de hablar a solas con él.

Tal vez hubiera una forma de avisarlo antes de que Tábano me borrara del mapa. Brevemente, cerré los ojos con fuerza. Evoqué la sensación de unas manos frías que me constreñían la garganta como garras, asfixiándome y drenándome la vida. Mareo. Terror. Muerte. Durante todo ese tiempo, no permití que la sonrisa se borrara de mi cara. Con suerte, a Tábano sólo le parecería que había bajado la mirada con modestia ante uno de sus elaborados cumplidos. Lo más seguro es que pareciera que tenía indigestión.

Cuando alcé la vista, descubrí que Grajo me observaba. Lo había sentido. Sus ojos, enmarcados por las plumas oscuras de su máscara, me taladraban presos de la conmoción y la inquietud. Vi cómo cambiaba de expresión. Primero confusión al ver que no me pasaba nada y después comprensión. Se pasó la mano por la parte delantera del abrigo, como para asegurarse a todo el mundo que aquel peculiar gesto de su cara se debía a que estaba preocupado porque había olvidado algo. Palpó el cinto y comprobó su espada. No, no la había olvidado después de todo. ¡Allí estaba! Sonriendo, se ajustó la vaina contra la pierna. ¡Dios, era un pésimo actor! ¿Qué iba a esperar de alguien que no podía mentir? Pero su intención estaba clara. Mensaje recibido. Estaría en guardia.

—... y así fue como terminé con la carreta entera de nabos y el señor Thoresby se vio obligado a devolverme mi segundo mejor chaleco. Pero basta ya —estaba diciendo Tábano, que no se había dado cuenta de nada, o al menos lo fingía, mientras admiraba uno de sus propios gemelos—. Podría hablar de mí durante horas, ¿verdad? Bailemos. La noche ya no es joven, después de todo, y parece que todo el mundo nos espera.

Como si estuviera extendiendo el cuello hacia la guillotina, tendí la mano. No tenía otra alternativa. Él tomó mi brazo con galantería y me escoltó hasta el centro del claro. Los demás elfos permanecían a una distancia respetuosa y habían interrumpido el vals a la espera de la entrada del príncipe, que me colocó la mano libre en la cintura, por lo que tuve que bajar la máscara para descansar la mía en su hombro. Me arrastró hábilmente hasta el flujo y reflujo del vals cuando todo el mundo empezó a bailar. Los cortesanos fluían a nuestro alrededor con gracia artificial y se oía el frufrú de la muselina y la seda al pasar, pero,

aparte de eso, reinaba el silencio.

—Estáis muy elegante esta noche, Tábano —dije sin el menor sentimiento.

—Sí, lo sé —respondió—. Sin embargo, no puedo negar que es maravilloso oír confirmadas mis sospechas.

En los agujeros de su máscara de cisne, unas arrugas producidas por la risa, que yo nunca había visto en el salón de mi casa, aparecieron alrededor de sus ojos. Tal vez nunca hubieran existido hasta ese momento: un engaño astuto, como aquel único mechón de pelo que había permitido que escapara de su lazo el fatídico día en que supe del encargo de Grajo, o como el hecho de haberlo tenido como cliente durante tantos años sin que hubiera mencionado jamás que era el príncipe de la primavera. Llevaba la máscara atada con un lazo celeste, de modo que podía contemplar mi cara mientras que yo no veía nada de la suya.

—He oído que Aster y tú habéis estado hablando del Pozo Verde —prosiguió.

Con la boca seca y un nudo en el estómago, me debatí por encontrar un modo de prolongar las cosas, de mantener la inocencia de mi destino, de negar la implicación de Aster.

—No tienes por qué mentirme, Isobel. Tengo un don único, incluso entre los de mi especie. Pero eso ya lo sabes, ¿verdad?

Ya estaba. De nada servía seguir fingiendo.

—Alondra me lo dijo —contesté, y el susurrante ritmo del vals se amortiguó cuando la sangre rugió en mis oídos.

—Perfecto. Nada de esto está grabado a fuego, por supuesto. El futuro nunca lo está. Es como un bosque surcado por miles y miles de senderos que se ramifican en diferentes direcciones. Algunas cosas

pueden cambiar, incluso en el mismísimo final. Ayer no estaba seguro de si haríamos esta versión o la otra en la que elegías no decirle a Grajo tu verdadero nombre y volvías a casa sin mayores consecuencias, y entonces, debido al hecho de que yo estaba bailando en otro lugar con Ortiga, en vez de aquí contigo, un rruiseñor me manchaba la solapa al aliviarse mientras me sobrevolaba, motivo por el cual llevaba el traje que menos me gusta y aun así pedía expresamente los pastelitos de limón, por si acaso. —Dio un triste suspiro—. ¡Qué lástima! Ahora nunca llegaremos a comérmolos. Pero al menos Macaón se manchará esa ofensiva chaqueta amarilla que lleva.

Un pajarillo trinó dulcemente por el claro. En algún sitio entre los bailarines, un joven emitió un grito de consternación.

—¿Desde cuándo lo sabéis? —Mi voz palpitaba de terror y de rabia, sentimientos mezclados en una maraña asfixiante—. ¿Desde cuándo lleváis esperando esto?

Me honró con una mirada que parecía sugerir: «Puedes hacerlo mucho mejor».

—No he tenido que esperar en absoluto. He viajado contigo todo el tiempo, iluminando tu camino, asegurándome de que elegías el desvío necesario entre cientos de ellos. Si te paras a pensarlo, ¿no te parece extraño que fuera tu primer cliente o que Grajo acudiera a ti para que le hicieras el retrato después de llevar escondido tantos siglos?

—Sois un auténtico bastardo — dijimos al unísono.

Tábano pisaba mis palabras en frío contrapunto. Meneó la cabeza, decepcionado pero no sorprendido.

—Eso es de todos conocido.

Creí que iba a vomitar.

Torpemente, como alguien que estira el brazo en una habitación oscura, sentí una cálida ráfaga de seguridad. Era Grajo, no cabía duda. Estaba poniendo a prueba el vínculo que nos unía, consciente de que pasaba algo malo y haciendo todo lo posible por consolarme. No lo sabía, pensé. No sabía que lo había condenado a muerte. Pronto tendría que decírselo. Tragué saliva y aparté su presencia de mi mente cuanto pude; antes de que la sensación se desvaneciera, recibí una última punzada de triste sorpresa por su parte, como si le hubiera cerrado una puerta en las narices sin previo aviso.

—Estáis vacío —le espeté con la garganta seca—, y sois cruel.

—Ah. Sí, eso es verdad. ¿Te gustaría conocer el mayor secreto de los elfos? —Como no contestaba, continuó—: Preferimos fingir lo contrario, pero en realidad nunca hemos sido inmortales. Podemos vivir el tiempo suficiente para ver cambiar el mundo, pero nosotros nunca somos los que lo cambiamos. Cuando llegamos al final del camino, estamos solos y nadie nos quiere, y no dejamos ningún legado, ni siquiera nuestro nombre grabado en una losa de piedra. Y, sin embargo, los mortales, con sus obras, con su arte, son recordados por siempre jamás. —Me condujo con elegancia por la multitud sin perder el paso—. Ay, no puedes ni imaginar el poder que los de tu especie ejercen sobre nosotros. Lo mucho que os envidiamos. Hay más vida en la uña de tu meñique que en todos los miembros de mi corte juntos.

¿Eso era todo? ¿Aquella era la razón por la que los elfos condenaban las emociones mortales, porque los pocos que las sentían sólo servían para recordarle al resto lo que no podía tener? De ahí que el amor, la experiencia que más amargamente envidiaban, se hubiera convertido en la mayor ofensa de todas.

—¿Por eso habéis hecho esto? —susurré—. ¿Por celos?

—Me duele que me tengas en tan baja estima, Isobel —respondió Tábano, que no sonó en absoluto dolido, sino como si la opinión de los demás no le importase lo más mínimo—. No, estoy inmerso en un juego más a largo plazo, en las profundidades del bosque, un poco más allá del sendero. Y ya no te entretengo más. El tiempo se agota y estoy seguro de que preferirías bailar con Grajo.

Me condujo por entre los demás bailarines en dirección adonde Grajo esperaba con cara de pocos amigos, pues había sido requisado a regañadientes por Dedalera para un baile. Tábano mantuvo un aire expectante, aunque no me quedaba nada que decirle.

—No temas —concluyó ante mi silencio—. Este asunto será desagradable mientras dure, pero pronto habrá acabado. —Cuando su guante de seda resbaló de mi hombro, acercó su máscara a mi oreja—. Recuerda: a pesar de mi intromisión, al final tu elección es la que cuenta. ¡Hola, Dedalera! ¡Grajo! ¿Puedo robaros este baile?

Unos pétalos de rosa se arremolinaron a nuestro alrededor mientras cambiábamos de pareja y luego desaparecieron dejando un rastro de embriagadora fragancia. Si sobrevivía a aquello, pensé, nunca más tendría ganas de oler rosas.

—Sentí... —empezó a decir Grajo, pero lo corté con un gesto seco de la cabeza. Prefería esperar para hablar hasta que Tábano y Dedalera se hubieran alejado. Sin embargo, a medida que pasaban los segundos, descubrí que era incapaz de pronunciar palabra. No sabía cómo romper el hielo. Las palabras eran demasiado vastas y terribles para que me cupiesen en la boca.

Dimos vueltas y más vueltas. Las luces destellaban en su pelo y en el hilo de oro de su abrigo. Los cortesanos pasaban como flotando

por nuestro lado, girando pero sin tocarse, como flores que se arremolinaran en la superficie de un lago. Una máscara de lobo se volvió para mirarme al pasar; sentí incontables ojos sobre nosotros, esperando la señal que indicara el punto álgido de la cacería. Dos presas, una alerta y la otra inconsciente del peligro, a las que estaban a punto de hacer salir de un matorral para enfrentarlas a un sangriento final.

—¿Isobel? ¿Qué ocurre?

—Debo pedirte que hagas algo por mí —dije.

—Lo que sea —respondió en el acto.

Me obligué a no apartar la vista.

—Debes utilizar el encantamiento para cambiar lo que siento.

Grajo a punto estuvo de trastabillar.

—¿Qué estás diciendo?

Cerca de nosotros, Dedalera echó la cabeza hacia atrás y su risa argéntea quebró la mascarada.

—Estoy diciendo que...

—No. Ni hablar.

Me miró como si fuera un naufrago y yo un barco que viera alejarse cada vez más en el mar.

De repente, me llegó a la nariz un enfermizo olor a podredumbre.

—Grajo, lo siento —dije—. Te quiero.

Nuestro siguiente giro dejó las mesas a la vista. Una elfa se llevaba una pera a los labios, pero la fruta se ennegrecía en su mano y supuraba por entre los dedos, hinchada de gusanos. Se la comió de todos modos, con una expresión de dulce placer, mientras el zumo y la pulpa le chorreaban por la barbilla. En todas las bandejas, la fruta se había podrido. La oscura descomposición se extendía por la

porcelana, empapaba los manteles y goteaba hasta el suelo.

— ¿Cuándo? — me preguntó sin apenas mover los labios. La mitad inferior de su cara era igualmente una máscara, cenicienta en comparación con sus negros rizos y el cuello alto de su camisa.

Un pájaro cantor se lanzó en picado y despedazó una mariposa con el pico. Los asistentes a la fiesta, que no paraban de dar vueltas y más vueltas, se volvieron cetrinos y febriles con el resplandor multicolor de las luces feéricas. Las máscaras animales enseñaban los dientes. Las florales nos contemplaban atónitas, inescrutables. Giraban vertiginosamente y con un abandono delirante y ya no jugaban a ser humanos, sino que parodiaban un baile mortal como si de una mascarada de pesadilla se tratase.

— Ayer. Pero no lo he sabido hasta... — No soportaba hablar de ello—. Por favor. Casi no queda tiempo.

— No puedo — dijo.

Un cuervo graznó sobre nuestras cabezas.

— ¡Debes hacerlo!

Me soltó la cintura para tirar de la punta del lazo que le sujetaba la máscara. Esta cayó al suelo y se perdió entre los bailarines.

— Lo prometí — objetó, con la cara al descubierto.

Dimos un paso hacia delante. Otro hacia atrás. Giramos. Saboreé las palabras como si fuera vino envenenado.

— Entonces, todo ha terminado.

— Isobel. — Dejó de moverse, de modo que éramos los únicos que permanecían quietos—. Nunca he conocido a nadie más frustrante, valiente o hermosa que tú. Te quiero.

Se me hizo un nudo en la garganta. Me puse de puntillas, recorrí el espacio que nos separaba y lo besé; lo besé con intensidad, con

fiereza, mientras una cacofonía de lamentos sarcásticos y chillidos escandalizados se elevaba de entre los elfos que nos observaban. Aquello era lo que habían estado esperando.

Se produjo un susurro. De repente, nos encontrábamos a solas, como si los cortesanos se hubieran desvanecido cual espectros en la noche. Pero no, seguían allí. Atisbé las formas grotescas de unas máscaras que nos espiaban ocultas tras los matorrales, tras los árboles, tras las sombras: sus dueños se agachaban en rígida anticipación como mantis dispuestas para atacar.

Y no estábamos completamente solos. Una figura esbelta de pelo blanco vestida con una armadura negra se hallaba de pie junto a una de las mesas. Nos daba la espalda. No la había visto llegar; tal vez llevara allí un rato. Cogió un pastelito estropeado, lo examinó y lo tiró asqueada.

Un cuerno resonó en el bosque. Lo sentí en el suelo y me reverberó en los huesos. Otros dos toques respondieron a su llamada, pero aquellos profundos bramidos no eran propios de un cuerno. En la oscuridad neblinosa que pendía entre los árboles, dos figuras imponentes se movieron. Estaban coronadas por ramas y eran tan altas que las habría tomado por robles gigantescos si no se hubieran movido y se hubieran revelado como sayones enormes, unos que doblaban en altura al que Grajo había abatido el día que nos conocimos. Varios sabuesos salieron de un salto del bosque como huyendo de ellos, pálidas llamas en mitad de la noche, para enredarse sinuosamente alrededor de las piernas de Cicuta y tirar la mesa de paso mientras competían en vano por su afecto. Sus lenguas colgantes y escarlatas despedían vapor.

El cuerno volvió a sonar. Hasta entonces, no se giró.

Aquel movimiento fue como si retirara un trapo del polvo de la sala del trono. El aire ondeó y los abedules se volvieron grises y se combaron; la corteza se les desprendió, agujereada por los escarabajos. El musgo se atrofió a nuestros pies hasta tornarse de un verde amarillento enfermizo y las flores se marchitaron con el calor húmedo que empezó a emanar la tierra, fétida por el hedor de la vegetación que empezaba a descomponerse. La corrupción de la corte del verano había llegado a las tierras de la primavera... o llevaba allí todo el tiempo.

—¡Estoy aquí para hacer cumplir la Ley del Bien! —anunció Cicutu con voz clara. Lo que dijo a continuación hizo que los árboles crujieran y susurraran y que todos los cuervos que esperaban alzarán el vuelo formando una nube agitada y silenciosa—: Por orden de nuestro soberano, el rey Aliso.

Dieciocho

Cicuta se detuvo a sólo unos pasos de distancia con las manos abiertas a los lados como para enseñarnos que no portaba ningún arma o como si se dispusiera a abrazarnos. Dadas las fieras garras de sus dedos largos y nudosos, no intenté averiguarlo.

Grajo la inspeccionó de arriba abajo y desenvainó la espada con un movimiento suave y despectivo. Incliné su cuerpo delante de mí y yo aproveché la oportunidad para agacharme y sacarme el anillo de la media. Me lo puse mientras hablaba.

—¿Cuánto tiempo llevas sirviendo al rey Aliso, Cicuta? —espetó—. No sabía que la corte del invierno hubiera caído tan bajo. Hincar la rodilla como cumplido es una cosa. Pero ejecutar sus órdenes es otra muy distinta.

Aunque Grajo se interponía entre nosotras, la mirada inquietante y luminosamente verde de Cicuta estaba fija en mi cara.

—Cuida tus modales, Grajo —dijo esta—. Mira a tu alrededor. Ni yo ni Tábano ni el mismísimo príncipe del invierno hacemos esto por gusto. —Una sonrisa surcó sus rasgos—. Os dije a los dos que huyerais, estúpidos. Os dije que os perseguiría.

Grajo enarboló la espada con tanta rapidez que no vi cómo asestaba el golpe ni cómo Cicuta levantaba el brazo para bloquearlo. Se quedaron enganchados; la hoja se incrustó en la armadura y el abrigo de Grajo se infló a su alrededor cuando el viento amainó. La sonrisa de Cicuta se endureció. No cedió ni un ápice y su brazo tembló por el esfuerzo de mantenerlo a raya, pero nos superaban en número. Los dos lo sabíamos y ella también.

Dobló un dedo para indicar a los cortesanos que se acercaran.

—Haced algo útil, por favor, y apresadlos. Pero limpiaos la cara primero.

Los elfos salieron en tromba del bosque y, antes de que me diera tiempo a reaccionar, me arrancaron del lado de Grajo. Docenas de manos pegajosas por el reciente festín de fruta podrida me agarraron de la ropa, los brazos y el pelo y tiraron de mí en todas direcciones como si quisieran bailar conmigo, mientras sus caras maliciosas giraban a mi alrededor como un carrusel. Yo daba latigazos con el anillo y alguien lanzó un grito aterrador.

—¡Lleva hierro en el dedo! —exclamó una voz que me resultó familiar: Dedalera—. ¡Quitádselo! ¡Arrancadle la mano si es preciso!

Alguien me cogió por la espalda y me lanzó al suelo. Boqueé, me apoyé con el brazo y alcé la barbilla lo suficiente para ver que a Grajo también lo habían dominado. Tábano se hallaba a su lado rodeándole la garganta con el brazo y apretándole la muñeca, ya sin espada, con la otra mano. Se había quitado la máscara y se lo veía tranquilo y divertido mientras Grajo intentaba zafarse enseñando los dientes. La diferencia de estatura entre ambos era tal que este último se veía obligado a encorvarse hacia atrás, incapaz de encontrar un asidero, mientras los sabuesos de Cicuta pugnaban por asestarle un buen mordisco a sus botas pataleantes.

Sólo nos apuntamos dos pequeñas victorias. Un trozo de corteza se desprendió del brazal de la armadura de Cicuta y esta tuvo que apartarse a arreglárselo; la savia goteaba y emanaba un fuerte olor a pino invernal y la corteza ya volvía a crecer sobre la herida. Y Dedalera estaba sentada en el suelo frente a mí con una mano en la mejilla. Tenía una gran hinchazón en el punto donde la había

golpeado, aunque esta ya se estaba fundiendo en su piel inmaculada tras la jaula furiosamente trémula que formaban sus dedos.

Sabía que había dado aquella orden en serio y que los demás elfos no dudarían en cumplirla. Me quité el anillo y lo lancé más allá de la alfombra de pétalos de rosa que se desplegaba a mi alrededor como un charco de sangre. El hierro ya no me servía de nada.

—Maldita criatura ruin —siseó, poniéndome en pie de un tirón.

Ni siquiera la había visto levantarse. Reprimí un grito cuando me descoyuntó uno de los brazos y varios calambres relampagueantes me atravesaron el hombro; el dolor fue tan intenso que me resultó imposible sentir nada más. Me empujó y trastabillé hacia delante, casi sin poder mantener el equilibrio. La pequeña corona pendía torcida de mi cabeza.

—No —dijo la vocecilla de Aster desde algún lugar cercano—. No le hagáis daño... No les hagáis más daño del necesario, por favor.

Me puso la mano en el brazo antes de que alguien la apartara de un manotazo.

—Le meteré la mano por la garganta y le arrancaré el corazón si me place —gritó Dedalera—. ¿Qué pasa contigo, Aster? ¿Pides piedad para aquellos que han quebrantado la Ley del Bien? Esta humana ha usado hierro contra mí.

La respuesta de Aster pareció proceder de un tiempo remoto:

—Lo siento...

—Y deja de mirarla así —añadió Dedalera en un arrebato. Creí que seguía dirigiéndose a Aster hasta que continuó—: ¡Qué asco! Ten un poco de dignidad y muere como uno de los tuyos.

Levanté la cabeza y vi que Grajo me miraba fijamente; llevaba sus agónicos afectos escritos en la cara. Varios de los presentes

contemplaban la escena con repugnante fascinación; otros se estremecían, incapaces de soportarla; pero Tábano nos miraba por turnos con una sonrisa débil y casi pesarosa que ensombrecía las comisuras de su boca. Me acordé de sus muchos retratos, un centenar de versiones que cambiaban con la luz de las luciérnagas.

—Dedalera, aunque apreciamos tu entusiasmo, no comencemos a arrancar corazones todavía. Ahora que nuestra mascarada se ha visto trágicamente interrumpida, no quiero que acaben las diversiones de la noche. —Le lanzó una mirada apaciguadora a Cicuta, que había empezado a adelantarse—. Insisto. Después de todo, esta sigue siendo mi corte, ¿no? Bien, entonces, que así sea. Primero los llevaremos al Pozo Verde y le daremos a Isobel una última oportunidad para que salve la vida del príncipe y repare todo el daño que ha hecho.

El clamor que siguió ahogó mi grito. Me revolví en los brazos de mi captora y las lágrimas me nublaron la vista.

—Venga, vamos allá —los exhortó Tábano—. Es lo justo. Y prometo que será un espectáculo memorable.

Mientras Grajo se retorció contra él y gritaba incoherencias a causa de la furia, él guiñó el ojo lleno de júbilo.

La muchedumbre de elfos nos condujo por el claro, a través de prados y matorrales, hasta más allá de la piedra achaparrada y de las campanillas, mientras la luz de la luna lo escarchaba todo como si camináramos en sueños. La cabeza me colgaba, pero, de vez en cuando, captaba fogonazos de los sayones que nos acompañaban a ambos flancos, sombras colosales que surcaban el bosque, terribles en su majestuosidad inmensa y silente. Los sabuesos brincaban entre los elfos como los perros de los nobles en una cacería. Por supuesto, Grajo y yo éramos las presas. Parecía idóneo que el lugar en el que me

había declarado su amor fuera el mismo donde íbamos a morir.

Cuando llegamos al Pozo Verde, lo encontré tal y como lo recordaba, incluso en la oscuridad. El bajo parapeto de piedras musgosas me provocó el mismo terror paralizante que la vez anterior, pero Dedalera me empujó implacable cuando mi cuerpo se anquilosó y mis pasos se arrastraron vacilantes, y no paró hasta que las puntas de mis botas chocaron contra él. Me quitó la corona mientras yo seguía forcejeando y me estampó contra el borde, lo que provocó que mi pelo destrenzado cayese en cascada sobre las sombras del pozo.

Tábano condujo a Grajo al otro lado del parapeto y lo puso enfrente de mí. Fue tristemente gratificante ver que se había cortado la nariz en algún punto del breve trayecto. La sangre manaba de su boca y flores y helechos brotaban a su alrededor allá donde las gotas caían en la tierra.

—Isobel... —empezó a decir.

Cicuta entró en escena, apartando a patadas aquella vegetación exuberante conforme iba emergiendo. Le dio un codazo en las tripas que hizo que se doblase, acallándolo. Varios de los espectadores se mofaron. En ese momento supe que nuestra muerte sería de todo menos rápida.

Macaón se adelantó exhibiendo una sonrisa triunfante. Le arrebató la corona a Grajo, se la caló y se pavoneó por ahí fingiendo que blandía una raqueta de bádminon mientras los demás se carcajeaban. Otro elfo, envalentonado, se acercó, lo agarró por la solapa del abrigo y se la desgarró; el broche del cuervo salió despedido hacia las flores. Grajo se tambaleó. Luego arremetió contra el ofensor, pero Tábano le barrió limpiamente las piernas y lo tumbó.

Un sollozo se me atrancó en la garganta. Grajo volvió a ponerse

en pie entre jadeos y con la ropa raída. Nunca habría imaginado verlo tan humillado.

—Haced lo que queráis conmigo —dijo—, pero no la obliguéis a presenciarlo. Dejadla marchar.

Tábano suspiró. Le quitó las ramitas y las hojas del pelo con un gesto paternal, pero él no reaccionó. Había agachado la cabeza para esconder la cara. Me dolió pensar que, si entre los elfos existía algo parecido a la confianza, él debía de haberla sentido hacia Tábano.

—Me temo que para violar este dogma en particular de la Ley del Bien hacen falta dos —lo contradijo el príncipe de la primavera.

—Está bajo sortilegio.

—Tonterías, sigue siendo dueña de su voluntad. Parece que la amas tanto que te has resistido a hechizarla. —Esta vez, nadie se mofó. Los susurros sonaron inquietos, confundidos—. Y, en cualquier caso, tanto tú como yo sabemos que la infracción se produjo con anterioridad.

—Date prisa, Tábano. —La sonrisa de Cicuta parecía incrustada en su cara—. Odio hacer esperar al rey.

—¡Entonces matadme! —gruñó Grajo, y se dio la vuelta para mirar a su captor—. Difícilmente infringiremos la Ley del Bien si uno de los dos está muerto. ¿Qué supone la vida de una mortal para el rey Aliso? Ella volverá a su hogar, se casará, tendrá hijos, morirá y se convertirá en polvo en apenas un suspiro. No significa na... —Se interrumpió y tragó saliva con pesar, pillado en una mentira—. No significa nada para él —se corrigió mientras la angustia destrozaba sus palabras—. ¡Matadme y acabemos con esto!

—¡Grajo, para! —grité, pero los demás elfos me prestaron la misma atención que a un pajarillo piante. Él fue el único que

reaccionó: se encogió de dolor como si le hubiera golpeado.

—Supongo que podríamos hacerlo. —Tábano hizo una pausa—. Pero no sería muy divertido, ¿verdad? Y todavía no le hemos preguntado a Isobel qué opina del asunto.

Soltó a Grajo bruscamente y este, que estaba a su entera merced, cayó a cuatro patas en el suelo. Se enganchó con un brazo en el borde del pozo y se aupó para ver mis ojos, resollando, aunque habría jurado que quería desviar la mirada; le costó la misma vida enfrentarse a la mía.

—No he sido lo bastante fuerte para protegerte —murmuró en un soplo de voz que sólo yo pude oír.

—No pasa nada —respondí—. No pasa nada.

Nos miramos el uno al otro desesperados. Sí que pasaba.

—En fin, perdonadme por arruinar el momento, pero Cicuta tiene razón, estamos perdiendo el tiempo. Así que... —Se quitó los guantes con toda parsimonia y se los guardó en el bolsillo—. Isobel, Grajo tiene razón en una cosa: sólo quebrantáis la Ley del Bien en vuestro estado actual. Es decir, los dos vivos, una mortal y un elfo, y enamorados. Ajá —añadió al verme la cara—. Sí, si uno de los dos pudiera dejar de amar al otro, tendríamos que liberaros. Adelante, intentadlo si queréis.

¿Cómo era posible que en todos aquellos años no me hubiera dado cuenta de que Tábano era un monstruo? Aun así, al menos tenía que intentarlo. Apreté los ojos con tanta fuerza que unas potentes luces explotaron en el interior de mis párpados. Pensé en Grajo raptándome en mitad de la noche, en su arrogancia, en sus rabietas, en lo tonta que era por estar enamorada de él. Me imaginé a Emma acostando sola a Marzo y a Mayo. Y, pese a todo, mi corazón

traicionero no se rendía. No podía cambiar mis sentimientos, igual que no podía ordenarle al cielo que descargara lluvia o al sol que saliera al dar la medianoche.

Expulsé todo el aire que tenía retenido en el pecho soltando una especie de grito ahogado. Tábano lo sabía. Maldita sea, sabía que el hecho de no tener autoridad sobre mi propio corazón era el mayor tormento de todos.

—Pero hay otra manera —insinuó su voz apacible en el silencio imperante—. No es un delito que dos elfos se enamoren. —Alguien soltó una risita. El amor entre elfos era más bien una broma—. Lo único que tienes que hacer es beber del Pozo Verde y salvarás tu vida y la de Grajo. Los dos estaréis juntos para toda la eternidad.

Negué con la cabeza.

—No te creo. Tal vez me dejes vivir a mí, pero no a Grajo, no por mucho tiempo.

—Oh, he tomado algo de vino, así que estoy generoso. —Abrí los ojos para ver cómo le daba un empujoncito con la bota a este último, que parecía haberse rendido por completo y tenía la frente apoyada en el borde del pozo—. Por supuesto, se verá privado de sus poderes y despojado de su título de príncipe, pero me encargaré de que viva. Ten por seguro que una parte de él no querrá hacerlo después de esto. Siempre ha sido muy orgulloso. Pero lo hará por ti.

Me entró tal tiritera que se me pusieron los vellos de punta.

—No —susurré.

—¿No? ¿En serio? ¿Valoras tanto tu mortalidad como para condenar a muerte a Grajo además de a ti misma? ¿A él, que le quedan tantos miles de años por vivir? Y luego dicen que los elfos somos fríos.

Me fijé en el broche del cuervo, que destellaba entre las campanillas.

— Yo nunca seré una de vosotros — afirmé—. Nunca.

Tábano me sonrió con tristeza.

— ¿Y qué me dices de tu familia?

Alcé la cabeza, temblando de rabia y de miedo a la vez. ¡Cómo se atrevía!

— Seguro — continuó— que para tu tía Emma y tus hermanas pequeñas, Marzo y Mayo, sería estupendo verte de nuevo. Imagínate lo mucho que podrías ayudarlas siendo una elfa.

— No metas a mi familia en esto.

— Ah, pero es que tengo que hacerlo. ¿Seguro que quieres dejarlas así, sin decirles nada o comunicarles tus últimas voluntades? ¿Sin que puedan enterrar tu cuerpo? Tu querida tía está tan sola... Tu recuerdo la perseguirá de por vida. Se culpará de lo ocurrido. Créeme, lo sé.

— Me estás torturando aposta. Emma nunca..., nunca...

«Nunca querría que tomara esa decisión». Me desplomé, aún en las garras de Dedalera, y miré de nuevo el frío destello del broche en el suelo, casi al alcance de la mano. Tábano había planeado cada momento atroz de aquella farsa espantosa. Sabía que nunca bebería del Pozo Verde, por mucho que me tentara, y que mi tortura sería el mayor espectáculo. Tenía mi destino suspendido en sus manos como si fuera la paloma enjaulada de un mago y en cualquier momento podía dejar caer sobre mí los barrotes y machacarme. Y, sin embargo..., sin embargo..., la decisión era mía y sólo mía. Tábano podía ver todos los senderos del bosque, cualquier grieta en el camino, pero ¿y lo imposible? ¿Y si me apartaba de la senda, me adentraba a ciegas en la espesura del bosque y ponía rumbo hacia un

lugar al que ninguna de sus visiones lo hubiera conducido jamás?

Creía saber por qué Dedalera me había arrancado la corona. Esperaba no equivocarme, pues me hallaba a punto de asumir el mayor riesgo de mi vida y no estaba para muchas sorpresas.

— Beberé — dije en un susurro.

Dedalera aflojó la presión en mis muñecas, aunque no sé si lo hizo para permitir que me moviera o de la mera impresión. Caí de rodillas y avancé a tientas, palpando el suelo entre dolorida y desesperada, hasta que planté un codo en el parapeto y me arañé con el duro borde. Chillé levemente al recibir el impacto en el codo dislocado. Tábano me observaba muy quieto con los ojos entornados. ¿Cuánto me había desviado ya de su senda? Lo último que habría esperado era que accediera a beber del pozo. Y la cosa no había hecho más que empezar.

Introduje en él la mano buena e hice cuchara con ella. El tacto del agua no tenía nada de especial, pero el mero hecho de saber lo que era me dio escalofríos y mi respiración se entrecortó mientras alzaba la palma brillante, que reflejaba la luna en fragmentos. Entonces, me interrumpí de forma abrupta. El brazo simplemente se me paralizó. Tenía los dedos apretados con fuerza, pero el agua se me escurría e iba menguando gota a gota.

¿Y si bastaba con tocarla para iniciar la transformación?

Grajo pronunció mi nombre.

Alcé la mirada temerosa y vi que me observaba muy tenso, como dispuesto a abalanzarse sobre mí. Contemplé la angustia de su indecisión. No quería que hiciera aquello, que para mí era peor que la muerte, pero tampoco quería que muriera. No podía decir nada que no me traicionara de una manera u otra. En ese mismo instante, comprendí lo que me había ocurrido.

—Libérame —le dije amablemente—. Confía en mí.

Él inclinó la cabeza. La parálisis del sortilegio se desvaneció. Apreté los dientes y levanté la mano con el agua hasta que mi aliento creó ondas en su superficie.

Después clavé la vista en Tábano por encima de ella. La giré y dejé que el agua volviera a caer al pozo. Elevé el otro brazo todo lo que pude, aunque el hombro me dolía a rabiar, aunque apenas sentía el objeto de metal que tenía encerrado en el puño, mezclado con hierba y barro.

En las propias palabras de Tábano, estaba a punto de descubrir si el arte tenía el poder de destruir a los elfos de un modo que nunca había imaginado. Hasta el momento.

—Vete al infierno —le espeté, y tiré el broche del cuervo al Pozo Verde.

Diecinueve

Se oyó un grito ahogado colectivo, un extraño sonido en el silencio del prado, como si una bandada de pájaros hubiera alzado el vuelo a la vez. Varios elfos se lanzaron hacia el pozo con las manos extendidas, pero, aunque reaccionaron con una velocidad poco común, ninguno de ellos fue lo suficientemente rápido como para coger el broche antes de que este cayera, dando vueltas y brillando, en las profundidades nebulosas del pozo.

Un temblor sacudió la tierra. Todo el mundo retrocedió de manera instintiva, salvo Tábano, que no se movió. Sencillamente permaneció allí plantado, observando. Parecía muy viejo y extraño, como una estatua de sí mismo. Tal vez estuviera reproduciendo las cosas que me había dicho en el claro, recordando el momento en que me había dado la idea de que el arte podía destruir el Pozo Verde.

Las piedras se tambalearon, se soltaron y fueron cayendo al interior del pozo una por una. A medida que cada hilera se desmoronaba, más piedras emergían de la tierra para ocupar su lugar como si lo hicieran de una fuente inagotable. El estrépito de las rocas al chocar amortiguaba cualquier otro sonido y se formó una nube de polvo que parecía humo. Grajo logró llegar hasta mi lado y ambos nos alejamos tambaleándonos, pues el claro se convulsionaba, tirando a todo el mundo al suelo. Sentí, más que vi, la erupción final. Una piedra grande como una carreta nos pasó rodando por el lado y dejó un rastro de helechos aplastados y retoños doblados.

Cuando el aire se aclaró, un inmenso túmulo había aparecido en el punto donde antes se encontraba el Pozo Verde. Se trataba de una

cascada de roca que ya parecía tener mil años. Pasara lo que nos pasase a continuación, me llevé la feroz satisfacción de saber que aquella cosa odiosa se había destruido, que ningún mortal se enfrentaría a su tormento después de mí. Que nadie volvería a correr la suerte de Aster.

El lugar donde Tábano se encontraba había quedado enterrado bajo suficientes escombros como para aplastar diez veces a un hombre. Había desaparecido.

Dedalera fue la primera en reaccionar.

— ¡Ha destruido el Pozo Verde! — aulló, gateando hacia nosotros. Grajo la apartó de una bofetada con el antebrazo. Su cabeza impactó en el túmulo y emitió un crujido vacío y húmedo. El musgo se extendió por las piedras, cubriéndolas a medias, seguido por un derroche de flores silvestres púrpuras que brotaron entre las grietas. Del cuerpo de Dedalera no quedó nada. Había muerto. Había visto morir a una elfa.

Los demás se cernieron sobre nosotros. Esta vez fue Cicuta la que me agarró y me puso en pie de un tirón. Hicieron falta cuatro para intentar abatir a Grajo; él se zafó de cada uno de ellos antes de que consiguieran reducirlo juntos, sujetándole los brazos en precavido tándem mientras lanzaban miradas a los restos de Dedalera por encima del hombro.

Entre exclamaciones de horror y lamentos mudos, una persona soltó una risotada. Con los sentidos atenuados por el dolor, me costó un momento identificar la fuente. Aster yacía en el suelo y pasaba una mano por el musgo que tenía delante, como si volviera a sentirlo por primera vez tras mucho tiempo encarcelada. Las lágrimas le corrían por la cara y reía con desvarío. La miré sin comprender hasta que me

di cuenta de lo que había cambiado: volvía a ser humana.

—Muy inteligente por tu parte, mortal — me dijo Cicuta al oído. Me acercó tanto la boca que oí cómo sus labios se despegaban para hablar. Su aliento me dio en la cara, frío como la escarcha. Olía a un terror mayor que el de cualquiera de los elfos con los que me había tropezado: visualicé una extensión interminable de pinos cubiertos de hielo, de montañas coronadas de nieve que se elevaban en la distancia y de lobos que se abrían paso por los ventisqueros con las fauces empapadas de sangre fresca. Su áspera armadura de corteza me raspaba la espalda—. O tal vez no. A veces es difícil saberlo. No te muevas.

Creí que iba a matarme allí mismo. No me esperaba que me cogiera el brazo dislocado y me lo colocara en su sitio de un giro brutal. Me pilló tan desprevenida que ni siquiera grité. El dolor del hombro se redujo a una débil palpitación.

—Ya está. No soporto los gimoteos de los humanos. ¡Vamos! ¡Dejad de lloriquear todos! ¡Arriba!

A la llamada de Cicuta, los árboles que rodeaban el claro se agitaron, crujieron y chasquearon. Uno de los sayones dio un paso al frente e inclinó la cabeza para liberar sus cuernos de las ramas. Su glamur aparecía y desaparecía de manera intermitente. Lo mismo era un venado de proporciones majestuosas que un monstruoso matorral de bosque infestado de insectos cuyos ojos eran nudos oscuros que supuraban hilillos de putrefacción. Cuando se giró y me miró, percibí algo más, arcano e implacable, que observaba a través de él.

—Esta mortal acaba de ganarse una audiencia con el rey Aliso — concluyó. Dicho esto, me dio la vuelta antes de que hubiera procesado las palabras y me condujo por donde habíamos venido. Los elfos se levantaron y nos siguieron, recogiendo sus ropas de-sordenadas,

mirando a su alrededor con ojos desorbitados. Dejaron a Aster atrás, como si hubieran olvidado siquiera que existía.

Al principio no tenía ni idea de adónde pretendía llevarnos Cicutu, hasta que divisé la piedra hendida a lo lejos. A poca distancia, Grajo se revolvió, se zafó de dos de sus captosres y logró acercarse a medio camino de nosotras antes de que lograsen abatirlo de nuevo. Uno recibió un codazo en el pecho. Grajo se resistía bajo ellos y escupía tierra.

—No nos llesves por ahí —le pidió a Cicutu—. Sabes que los mortales no están hechos para caminar por los senderos de los elfos.

Ella le dedicó una peligrosa sonrisa.

—¿Propones que hagamos esperar al rey?

—La Cazadora siempre ha procurado una muerte limpia. Una muerte justa.

La sonrisa se congeló.

—Eso era antes —respondió, en voz tan baja que apenas la oí.

Entonces, sin mediar palabra, me arrastró hacia delante. Los otros levantaron a Grajo, que no paraba de forcejear.

—Isobel —resolló.

No pude girarme lo suficiente para mirarlo, pues Cicutu me agarraba con fuerza.

—¿Qué va a pasar?

—No lo sé. Algunos mortales enferman; otros se vuelven locos. Haz caso omiso de las cosas que veas. Mantén los ojos cerrados si puedes.

Casi todos los demás elfos llegaron a la piedra hendida antes que nosotros. Se metieron por la grieta y, sencillamente, no salieron por el otro lado. Traté de encontrar un indicio de lo que estaba a punto de

ocurrirme, pero no veía nada aparte de una piedra completamente normal.

— Sed buenos y no le quitéis el ojo de encima — les ordenó Cicuta por encima del hombro a los que retenían a Grajo—. Sigue siendo un príncipe con poder de príncipe y me enfadaría mucho si intentara algo por el camino. Ponedle esto.

Y le lanzó algo envuelto en un pañuelo a Macaón, que soltó un grito y estuvo a punto de tirarlo.

— ¡Es hierro!

Y allí, brillando fríamente en el pañuelo de lino con el monograma de Tábano, estaba mi propio anillo.

— Oh, deja ya de quejarte. No tienes que tocarlo. Sólo pónselo, rápido, ya.

— Pero...

La sonrisa de Cicuta se amplió. Macaón se apresuró a agarrar la mano con la que Grajo solía empuñar la espada y le metió el anillo en el dedo meñique, el único en el que encajaba. Grajo respiró hondo y levantó la barbilla con gesto desafiante. Al principio no reaccionó. Se quedó mirando a Cicuta con orgullo, a pesar de que tenía los brazos retorcidos a la espalda y de que su glamur se iba diluyendo por momentos, hundiéndole las partes planas de la cara y convirtiendo su pelo en una maraña asilvestrada. Había vuelto a acostumbrarme a su falso aspecto y sentí un impacto visceral al verlo. Justo cuando empezaba a albergar la esperanza de que pudiera soportar el tacto del hierro, un músculo se accionó en su mejilla. Se puso en pie tambaleándose y dio un paso adelante como si estuviera borracho. Su garganta emitió un gemido profundo, descarnado y casi animal.

No podía soportar verlo padecer semejante agonía. Di un tirón en

su dirección, pero Cicutu utilizó mi propio impulso para darme la vuelta y hacerme atravesar la piedra hendida de un empujón.

No tuve tiempo de cerrar los ojos.

Lo primero que vi al levantar la vista fueron estrellas. Había demasiadas. Molinetes de una luz fría y abismal giraban en un vacío negro e insondable. Cuanto más miraba, más sentía que nunca antes había sido verdaderamente consciente del cielo nocturno ni había llegado a comprender mi propia insignificancia frente a su enormidad. El hueco entre las estrellas no estaba vacío como me pareció en un principio, sino lleno de más y más estrellas, y cada hueco entre ellas tenía más y más, y entonces...

—No mires.

Las palabras rechinaron con estridencia junto a mí, con un sonido tan distorsionado que al principio no reconocí a Grajo como su emisor. Emergí como a quien rescatan de morir ahogado y tanteé en dirección a su voz hasta que me dio la mano. Bajé la vista de aquel cielo terrible e infinito. Pero fui incapaz de obedecerlo. No pude apartar la vista de lo que vi a continuación.

Un camino se extendía ante nosotros y continuaba a nuestra espalda. Los elfos retozaban en fila: formas pálidas que titilaban como llamas sepulcrales, una procesión de fantasmas. El bosque se alzaba a ambos lados del sendero, pero no era el mismo bosque que existía en el mundo en el que acabábamos de estar. Los árboles eran tan anchos como casas. Las raíces sobresalían del suelo a tal altura que no habría sido capaz de trepar por ellas de haberlo intentado. La luminosidad blanca de los elfos emitía sombras temblorosas en sus troncos.

Mientras iba dando traspies, los años pasaban a toda prisa a mi alrededor. Las setas brotaban del suelo, se marchitaban y se

desmoronaban. En su lugar crecían otras. Las hojas enjambraban las ramas y caían, mientras nuevos brotes se retorcían y medraban en su lugar. El musgo se extendía por el suelo como espuma de mar, avanzando y retrocediendo en distintos tonos de verde. Un cervatillo se abrió paso tímidamente entre la maleza para experimentar un extraño espasmo y desplomarse muerto en el suelo convertido en un venado de hocico gris con toda una cornamenta. Cuando pasé por su lado, su esqueleto estaba medio hundido en el suelo, absorbido por capas de hojas en estado de descomposición que se pudrían mientras lo consumían como gusanos voraces.

¿Cuántos años habían pasado ya? ¿Veinte? ¿Treinta? El miedo hizo mella en mí. Me miré la mano, agarrada a la de Grajo, esperando encontrar mi piel arrugada y llena de manchas provocadas por la edad, pero estaba igual. ¿O no? La luz era tan irreal que no confiaba en nada de lo que veía...

—Piensa en ello —se esforzó en decir Grajo— como en una ilusión. Cuando dejemos el sendero, sólo habrán pasado unos segundos. No habrás cambiado, no en sentido físico.

Su mano brilló con una luz fantasmal. Casi creí ver el contorno de la mía a través de la suya y el anillo parecía proyectar una sombra en su dedo. Alcé la mirada...

—No —dijo con voz ronca.

... hasta su cara. Tenía una expresión espantosa, contorsionada por la agonía. Unas sombras translúcidas bordeaban sus ojos y ensombrecían sus mejillas hundidas. No fue hasta que me percaté de que podía distinguir ligeramente sus afilados dientes a través de su boca cerrada cuando caí en la cuenta de que la luz procedía del interior, que la irradiaban sus propios huesos. Apenas lo reconocía.

Parecía un fantasma que acabara de salir reptando del suelo y sólo se aferrara a la vida gracias a un hambre desesperada.

— ¿Mi anillo te está matando? — le pregunté.

Aunque de manera casi imperceptible, meneó la cabeza. Hasta aquel pequeño movimiento le costó horrores. Tal vez no fuera a morir, pero sufría un dolor atroz.

— Ojalá no me hubieras visto en este estado.

— Sigo sin tenerte miedo — susurré, y finalmente cerré los ojos.

— ¡Qué mortal tan peculiar has encontrado! — La voz de Cicuta me sacudió como una ráfaga de viento helado y aullador—. Una pena. Me gustan más cuando están asustados. Son tan rosaditos y tan pequeños... Les sienta mejor.

No sabría decir cuánto tiempo duró el viaje. Incluso a ciegas, sentía lo que ocurría a mi alrededor. Las ramas crujían y susurraban como si los árboles estuvieran vivos. Las raíces se retorcían por el suelo bajo mis pies. Las setas, los helechos, el musgo y las flores brotaban y morían emitiendo un sonido húmedo y viscoso, como si alguien removiera un cuenco de pudín cuajado. La risa cruel de algún elfo se elevaba de vez en cuando por encima de aquella cacofonía, pero, a medida que pasaba el tiempo, el bosque se volvía cada vez más ruidoso, hasta tal punto que temí que me estallaran los oídos. Entonces capté sonidos más extraños: un trémulo gemido que emanaba de las profundidades mismas de la tierra. Un tintineo cristalino que sabía que debía de proceder de las estrellas.

Ya casi no sabía quién era: me había convertido en un animal ciego que avanzaba a trompicones, intimidada por la enormidad implacable e intemporal del universo que me aplastaba.

Hasta que, de repente, todo paró.

Las manos de Cicuta bajo mis axilas eran lo único que me mantenía en pie. Mis párpados se agitaron y una luz dorada refulgió a través de mis pestañas. Un clamor apagado me sacudió. Era el sonido de cientos o quizás incluso de miles de voces que hablaban a la vez, pero, comparado con la sinfonía del tiempo al pasar, resultaba silencioso y lejano, como amortiguado por tapones de algodón. No era capaz de centrarme en lo que fuera que estuviera sucediendo. La Tierra giraba a tal velocidad que, según las estrellas, ya estaba muerta. No importaba si lograba sobrevivir ese día, el siguiente o el mes venidero. Mi vida era más trivial que la de una simple hoja en un bosque. Una tarde dorada, recordé, y sonreí, sin pensar en la imagen que debía de estar dando.

La cabeza me colgaba mustiamente. A través de la abertura de mis párpados determiné que nos encontrábamos en una plataforma elevada aproximadamente una planta del suelo. Unas raíces nudosas, ennegrecidas por un fuego antiguo o el impacto de un rayo y perladas de gotas de savia endurecida, se me enredaron en los pies y descendieron formando una escalera de caracol desnivelada hasta un salón resplandeciente y abarrotado que nos esperaba abajo, bañado en lo que parecía ser la brillante luz del atardecer, aunque eso no era posible, puesto que era de noche. Grajo había dicho segundos, y yo le creía. Un pensamiento disperso me vino a la mente: la luz la reflejaban unos espejos. Había grandes espejos tras los balcones atestados de elfos, que nos rodeaban en gradas como las de un gigantesco teatro o un juzgado... No, espejos no: láminas de agua que caían en cascada, perfectamente lisas, y que reflejaban la sala hasta el infinito dorado y rutilante.

Traté de concentrarme en la figura encorvada que se encontraba a

mi lado. Estaba diciendo algo, pero no lo entendía. Aferrada al recuerdo de los dos de hacía tanto tiempo, me obligué a pronunciar unas palabras inconexas:

—Eso es por lo que tú... Desaconsejable.

—Sí. ¡Lo recuerdas! Vuelve, Isobel. Vuelve conmigo.

—Oh, Grajo, déjala en paz. No importa si se ha vuelto loca o no y, de estarlo, es mejor que así sea. Después de todo, soy yo quien la está sujetando.

—Isobel —volvió a decir, y presionó sus labios contra los míos.

Fue un beso apresurado; su boca agrietada chocó dura y castamente contra la mía, pero fue como inhalar una bocanada de aire fresco después de llevar horas asfixiada bajo tierra. Parpadeé rápidamente y la imagen borrosa que había a mi alrededor cobró nitidez. Me subió una náusea que me quemó la garganta y vi que cada joya, columna y luz feérica emitía un halo mareante, pero recordé que tenía cosas por las que vivir después de todo. Si iba a morir, lo haría recordando lo mucho que quería a Grajo, y a Emma, Marzo y Mayo, cuyas fugaces vidas me importaban tanto, por mucho que desvelaran los caminos mágicos.

Todos los elfos de la audiencia nos contemplaron boquiabiertos. La mayoría de ellos se aferraron a las barandillas y estiraron el cuello como si hubieran estado viendo una obra de teatro conocida y un actor hubiera irrumpido de improviso desde las bambalinas. Tras haber presenciado la repugnancia de Dedalera ante su anterior demostración y haber servido de testigo íntimo de las profundidades de la vergüenza de Grajo, sabía que besarme delante de la corte del verano era una de las cosas más valientes que jamás había hecho.

—Me parece una pesadez que nunca sigas mi consejo —dijo

Cicuta detrás de mí. Yo no la escuchaba. Miraba a Grajo y él me miraba a mí mientras los elfos lo sujetaban encorvado. Estuve a punto de soltar una risotada cuando se me ocurrió que nos encontrábamos al mismo nivel.

Jadeaba mostrando los dientes y su aliento revolvía los mechones de pelo suelto que le caían por la cara.

—Te hice una promesa la última vez que estuvimos en las tierras del verano. Aún pretendo cumplirla.

—¿Me estás diciendo que tienes un plan? —le pregunté, sintiéndome bastante mal, lo que explicaba por qué aquello también me parecía gracioso—. Y, de ser así, ¿es arrogante, imprudente y probablemente acabemos muertos de todos modos?

—Sí —respondió y me dedicó una rápida media sonrisa entre resuello y resuello—. Me temo que no hay tiempo para que se te ocurra uno mejor. De lo contrario, esperaré.

—Adelante entonces. Sé lo mucho que te gusta alardear.

Su expresión se tornó seria.

—Por imposible que parezca, resulta que tú me gustas bastante más —dijo.

Vaciló, reuniendo fuerzas. Luego dio un tirón brusco y repentino y su glamur volvió a inundarlo. Antes de que entendiera lo que había hecho, se había zafado de sus captores, había recuperado toda su altura y estaba gritando con una voz que resonaba en cada rincón de la sala:

—¡Reto al rey Aliso! ¡Lo reto a defender su soberanía en las cuatro cortes!

Su dedo cercenado, que seguía llevando mi anillo, yacía crispado entre las raíces hendidas del roble.

Veinte

Los elfos que nos rodeaban dieron un paso atrás. Las rodillas me flaquearon, pero Grajo me cogió del codo antes de que me cayera y entrelazó su brazo con el mío. Me pregunté por qué nadie hizo ademán de detenerlo, hasta que le vi la cara: no lo había visto así desde la noche que se enfrentó a mí por lo del retrato. Estaba sumamente enfadado, rojo de ira, menos humano que nunca, aunque hubiera recuperado el encanto, y daba la impresión de que, como alguien osara acercarse, lo dejaría en el sitio. Supongo que aquella era una de las ventajas de sus horribles costumbres élficas: la fuerza lo era todo y, una vez liberado del hierro, Grajo era el ser más poderoso de entre todos los presentes. Además, no tenía nada que perder. Hasta a Cicuta se la veía cautelosa.

—Tu mano —dije.

—Supongo que sangrará bastante —respondió en tono satisfecho—. ¿Puedes andar? Te necesito cerca.

Claro, el plan. El plan en el que Grajo se arrancaba su propio dedo y, por lo visto, desafiaba al rey Aliso a batirse en un duelo a muerte. ¿Qué podía salir mal?

Cerré los ojos y busqué en mi interior, evaluando mis reservas.

—Eso creo. Aunque no sé si duraré mucho.

—Entonces vámonos.

Descendimos juntos por los escalones irregulares y, al hacerlo, mi vestido fue dejando un reguero de pétalos. Cuando llegamos al final, volví la vista atrás. El roble hendido por el que habíamos salido colgaba de un balcón; sus oscuras raíces se enroscaban en la

plataforma y sus ramas se habían incrustado en la pared. No vislumbré ninguna puerta, ni arco ni ninguna otra entrada. Sólo podía llegarse a la sede del gobierno del rey Aliso por un camino mágico.

Avanzamos codo con codo. La avenida recta que discurría por el centro de la habitación estaba bordeada por altas columnas de la misma piedra brillante y translúcida de las paredes y los balcones. La pesadez estancada del aire y la ausencia de cualquier atisbo de cielo me alertó de la posibilidad de que, a pesar del esplendor reinante, nos encontráramos bajo tierra. Cuando pasamos la primera columna, me fijé en que su superficie mostraba el típico dibujo propio de una corteza y caí en la cuenta de que no se trataba de estalagmitas ni de esculturas, sino de auténticos árboles petrificados, preservados en aquel enclave subterráneo desde hacía tanto tiempo que se habían vuelto de cristal. Di un profundo suspiro y me apoyé en Grajo, consciente de la edad inconmensurable de aquella estancia y del peso claustrofóbico que nos aplastaba.

El pasillo se perdía en un resplandor deslumbrante al que era imposible mirar de frente. Puede que el rey Aliso estuviera allí sentado viendo cómo nos acercábamos. O quizá no hubiera llegado todavía. No tenía ni idea.

El sonido era sobrecogedor. Me recordó a una catedral entre los movimientos del coro, cuando todo el mundo se sentaba, susurraba, se movía, pasaba las páginas de los himnarios y llenaba el techo abovedado de un ruido similar al de cientos de pájaros batiendo las alas. Se oía el eco de las duras pisadas de Grajo. E incluso era consciente del delicado susurro que emitían los pétalos encantados de mi vestido al desprenderse y caer en el suelo reflectante. De vez en cuando, se distinguían varias palabras y frases sueltas en mitad del

barullo de voces, en algunas ocasiones ininteligibles y, en otras, tan claras como si me las hubieran gritado al oído.

—Grajo —dijo una voz de barítono, y tardé un momento de pánico en percatarme de que se trataba de un espectador dirigiéndose a su acompañante en uno de los balcones y no al propio Grajo.

—¿Has...? —murmuró otra persona y, a continuación, se propagó un murmullo entre los presentes, seguido por la aguda y rauda sibilancia de la palabra *beso*.

—¡Isobel! —gritó la voz de una chica, y el corazón se me estampó contra las costillas como si fuera un caballo espantado.

—No les hagas caso —me aconsejó Grajo, que mantenía la mirada al frente—. Haz como si camináramos tú y yo solos. Los demás no son más que viento.

Con la vista tan emborronada como la tenía, casi me parecía factible.

—No sabía que al viento le gustasen tanto los cotilleos.

—Ay, los mortales y vuestras percepciones limitadas. —Aunque no giró la cabeza, noté que me miraba de reojo esgrimiendo una sonrisa torcida—. Observa.

«Aun en estas circunstancias, tiene ánimos para fanfarronear», pensé. Pero no pude negar que una chispa de emoción me galvanizaba las venas y me hacía contener el aliento ante lo que quiera que pretendiese hacer. Todavía sonriente, alzó la mano herida como si nada y desplegó los dedos que le quedaban. La sangre empezó a gotear y a formar un reguero en el suelo. Alguien ahogó un grito. Otro de los espectadores chilló de miedo. Hubo un cúmulo de zapatazos y de pasos arrastrados cuando los elfos se abalanzaron contra los barrotes para observar la escena. Una mujer le tiró a otra de

la larga melena rizada para ver mejor. Por el pequeño hueco, atisbé una cabeza entre rubia y plateada que se agachaba a toda prisa; su color crudo contrastaba con los ricos castaños y caobas de la corte del verano. «¿Tábano?». No, no podía ser.

La columna más cercana explotó en una cascada de esquirlas de cristal refulgente. Las demás la imitaron sucesivamente en la distancia. Unas ramas vivas se desplegaron de sus cáscaras destrozadas, repletas de ardientes hojas escarlatas. Las raíces emergieron del suelo, levantaron la piedra con una violenta turbulencia y abrieron grietas zigzagueantes en todas direcciones que resquebrajaron las esquinas y subieron rápidamente por las paredes. Los gritos se desataron cuando trozos de mampostería cayeron de los balcones y se derrumbaron en una avalancha de roca que tapó el centelleo del cristal desprendido. El aire se llenó de residuos que destellaban como diamantes.

Me tropecé con el suelo roto, pero Grajo me sujetó y me ayudó a salvar una raíz que seguía creciendo, retorciéndose y expandiéndose mientras reptaba como un gusano y le crecían filamentos. No le importó hacerlo con la mano herida. No tuvo más remedio.

Inflexibles e imparables, sus árboles otoñales chocaron con el techo y siguieron desplegándose, reduciendo su follaje la luz cegadora de la sala a los tonos enjoyados de las vidrieras. Por primera vez, vi lo que nos esperaba.

El rey Aliso. Estaba sentado cómodamente en un trono elevado al nivel de las plataformas más altas y unas enredaderas lo sujetaban contra la pared como un corazón atrapado en una telaraña de arterias. Su cara, su barba, su ropa, el trono e incluso las hiedras eran del mismo gris pálido y polvoriento, yermo como el mármol, como si su dueño formara parte de la propia habitación. Su semblante soñoliento

me provocó un pánico indecible. No sé cómo, pero sabía que no estaba tan dormido como parecía. Notaba cómo lo asimilaba todo poco a poco a medida que se giraba hacia nosotros, igual que el haz de un faro que traza círculos en la oscuridad. Y no quería verlo despertarse por nada del mundo.

Grajo me apretó el brazo y vaciló un segundo al dar el siguiente paso antes de que su bota golpeará el suelo. Él también lo había sentido, pero, al contrario que yo, no podía mostrar su miedo, su debilidad. Lo miré a la cara y vi que sus ojos estaban clavados en el rey con atenta y desdeñosa expectación, como si sólo fuera alguien a quien pretendiera vencer jugando al bádminton. Sin embargo, su confianza era falsa. Apenas unos minutos antes había visto cómo se derrumbaba e imploraba aferrado al borde del Pozo Verde. Lo había visto recomponerse tantas veces como para reconocer la imagen al instante.

Deseaba poder decirle una vez más que lo quería y que eso no fuera una maldición para los dos.

La estancia se había quedado en silencio. Los elfos miraban hacia arriba como niños que vieran caer las hojas otoñales; los escombros habían quedado recubiertos por un manto de follaje, como si llevaran allí muchísimo tiempo. En la nueva quietud, la hiedra amarilla se retorció por los balcones y trepaba en espiral por el tronco de los árboles, y el vestido me aleteaba en las piernas con el nítido viento nocturno. Las ramas de Grajo se acercaron serpenteando a la forma inmóvil del soberano, exhibiendo sus esplendorosas hojas escarlatas.

Entonces, de repente, este crispó uno de sus dedos.

Un hilillo de polvo se desprendió de su corona de cuernos y después una auténtica nube cuando levantó la cabeza. Nos hallábamos lo bastante cerca para ver las motas que poblaban su barba. Pestañeó

y, al hacerlo, reveló unos ojos empañados e incoloros que vagaban como los de un anciano.

—¿Por qué me despertáis? —preguntó en un áspero susurro. Aunque sus palabras quejumbrosas apenas fueron audibles, barrieron la sala y se esparcieron por cada rincón como una ráfaga de hojas muertas. Siguió una oleada de calor y un olor a podredumbre. Las palmas de las manos me sudaban—. Estaba soñando..., soñando con uvas maduras y una puesta de sol reflejada en el agua. Ojalá sólo... — Se interrumpió, confundido, y se fijó en las hiedras que habían crecido en torno a él y lo habían aprisionado contra el trono.

—¡Estoy aquí para desafiaros, rey Aliso!—gritó Grajo, y sus palabras reverberaron—. Vuestro verano interminable se ha corrompido. Todo el mundo puede verlo. Los animales fantásticos campan por el bosque sin nadie que los gobierne y vuestras propias tierras se deterioran mientras dormís. Y, para colmo, esta noche — añadió en voz aún más alta, inclinando el cuerpo hacia los balcones con la mano herida todavía en alto y el musgo bajándole en espiral por la manga— una mortal ha destruido el Pozo Verde.

Varias exclamaciones sucedieron a su proclama.

—¡No!

—¡Así que es cierto!

—¡El Pozo Verde!

—¿Y ahora cómo vamos a hacer que los humanos nos quieran?

Estallaron disputas en los balcones. Unos cuantos elfos se arrodillaron y se aferraron a la barandilla en un exagerado gesto de devastación. Todos se callaron cuando el rey Aliso se lo indicó con la mano despidiendo una cortina de polvo.

—No. Lo que dices es... imposible. El Pozo Verde es eterno.

No sé cómo me salió la voz para enfrentarme a él:

—Los elfos no mienten —le recordé, viendo que a mi miedo se le unía de pronto una extraña sensación de lástima—. El pozo ya no existe.

Él entrecerró los ojos. Otra nube de polvo salió despedida de la telaraña de arrugas que los rodeaban y dejó al descubierto unos parches de piel apergaminada. Bajó la vista hasta mí. El calor era sofocante. Cada centímetro de piel en contacto con el vestido me picaba a rabiar y unas cigarras espectrales zumbaban sin parar mientras la presión aumentaba en mi cabeza. Era obvio que, a pesar de lo que había hecho, para él yo no era más que un insecto que se arrastraba a los pies de su trono. Pretendía matarme con la mera fuerza de su atención. Y lo habría hecho si el hechizo de Grajo no se lo hubiera impedido.

En cuanto se dio cuenta de que era inmune a su magia y por qué, la alarma y la inseguridad se instalaron en sus ojos nublados.

—Su voluntad sigue siendo suya.

Grajo enseñó los dientes en una sonrisa que no era tal y que parecía tan chiflada que me olvidé de respirar.

—Sí. Ahora bajad aquí y luchad conmigo si os atrevéis.

La sala del trono al completo contuvo el aliento. Y, acto seguido, estalló.

Cientos de cuervos irrumpieron graznando desde todos los rincones y colmaron el aire de tal modo que sumieron la estancia en una oscuridad propia de la medianoche. Su vuelo era un trueno ensordecedor que ahogó las protestas del rey y se tragó los gritos de sorpresa de todos los elfos. Sentí el azote de uno en la cara. Tosí y los fragmentos de plumas se arremolinaron como paja; sólo el calor del

brazo de Grajo me aseguró que seguía allí. Entre las alas batientes, atisbé a fogonazos el caos que me rodeaba. Una mujer en uno de los balcones intentaba quitarse de la cabeza un cuervo que se revolvía en su sofisticado sombrero. Otra cayó en picado, atacada por una docena. Los elfos inundaron las escaleras en un intento vano por escapar del ataque; se peleaban unos con otros mientras se pisoteaban los vestidos y los zapatos. Una niña rubia — «¿Alondra?» — sonrió de oreja a oreja cuando le asestó una patada en la espinilla a un hombre y se giró hacia mí buscando mi aprobación.

Corrió la sangre. La fragancia de los polemonios me embriagó con su dulzor empalagoso y me costó mantener el equilibrio cuando el mundo giró en una vorágine plumífera.

Una alta silueta surgió de la oscuridad; sus cuernos causaron estragos entre los cuervos, cuyos cuerpecillos rotos caían a plomo a su paso. Grajo se volvió para protegerme de las pezuñas del sayón, pero, en ese mismo momento, unas manos frías me agarraron por los brazos, me separaron de él y me arrojaron contra el árbol más cercano.

—Deja de forcejear —me dijo Alondra al oído—. Algunos estamos aquí para ayudarte.

Le cogí la muñeca.

—¡Grajo no tiene espada!

—¿Espada? —Esbozó una amplia sonrisa—. ¿Y para qué la querría?

Lo cierto es que no la necesitaba para nada. Se agachó, giró bajo el sayón como un bailarín y le clavó la mano izquierda en el pecho. El animal se quedó inmóvil y empezó a temblar. Una hiedra otoñal le salió primero de la nariz, después de la boca y de los ojos y se extendió por su cuerpo hasta que este se asemejó a un seto gigante

podado. Grajo liberó la mano de un tirón, estrujó la vieja calavera marrón y la lanzó muy lejos. Luego, haciendo ondear el abrigo, se dio la vuelta y esquivó la cascada de corteza que se derrumbaba. Nos lanzó una mirada penetrante a Alondra y a mí. Los cuervos dibujaban ahora un círculo alrededor de los tres: un muro negro y opaco salpicado de ojos chispeantes, como si nos halláramos en el centro de una tormenta. Él estaba de espaldas cuando un segundo sayón entró en escena.

Le grité, pero ya había notado su presencia. Con un movimiento fluido, se arrodilló y plantó la palma de la mano en el suelo para esperar a que se desatara el remolino de plumas que ya empezaba a envolverlo. Las astas del sayón silbaron en el aire al no impactar en el cuervo enorme y de ojos violetas que se alejaba volando. Grajo se perdió en el ciclón, se confundió con la multitud. Una vez cerca del techo, se separó de ella y se lanzó en diagonal con las patas extendidas, abalanzándose contra el sayón como un halcón que descendiera sobre su presa. A continuación volvió a desaparecer. Agucé la vista en busca de cualquier indicio de adónde habría ido esta vez, pero no tuve que esperar demasiado. El sayón se inclinó primero hacia un lado y luego hacia otro mientras sus pezuñas resonantes aplastaban los fragmentos podridos de su compañero; después cayó con un ruido sordo que hizo temblar la tierra y se desintegró creando una cascada de vegetación que se precipitó por el suelo en toda su longitud.

Grajo esquivó los restos a zancadas con su forma humana y se sacudió el polvo de las mangas.

—¿De verdad se ha cortado el dedo? —La voz de Alondra denotaba un ápice de placer truculento—. ¡Sí, se lo ha cortado! Nunca he oído que alguien haya hecho algo así. Es permanente, ¿sabes? Su

glamur no lo esconderá. Y el poder no le durará mucho.

Tragué saliva.

— ¿Va a...? ¿Puede enfrentarse al rey Aliso?

El sonido de un cuerno sacudió el suelo y me subió vibrando por los pies. El tiempo se detuvo. O, al menos, eso me pareció, pero entonces Grajo retrocedió y alcé despacio una de mis manos hormigueantes para asegurarme de que era capaz. Los cuervos nos rodeaban a media altura, suspendidos en el aire, imperturbables. No movían ni una sola pluma. El cuerno volvió a sonar. Los cuervos se rompieron como si fueran de cristal y cayeron formando una cortina, una catarata de obsidiana que estalló a nuestros pies.

El rey Aliso se hallaba en lo alto de su plataforma. Las enredaderas lo habían liberado; aún se alejaban reptando por el respaldo del trono. Bajó un escalón. Luego otro. Cada impacto despedía una nube de polvo de su cuerpo y, a medida que bajaba, se iba desprendiendo del peso de los siglos, como si el manto de los años se escurriera de sus hombros; su túnica esmeralda ribeteada en oro oscuro y antiguo fue quedando poco a poco al descubierto. Su tupida barba entrecana estaba trenzada por algunas partes como la de un viejo guerrero y sujeta con fíbulas de oro, y un anillo de sello refulgía en su dedo. Sus espesas cejas le ocultaban los ojos y sólo se atisbaba una nariz severa y una boca despiadada que había visto mil veces en los grabados que poblaban las tierras del verano. ¿Cuál era el defecto de su glamur? No tenía ninguno.

A nuestro alrededor, los demás elfos dejaron de luchar y se quedaron congelados en poses extrañas como actores de una pantomima. Me sorprendió vagamente el hecho de que muchos parecieran luchar entre sí, además de con los cuervos. No sabía si

algunos estaban de nuestra parte o si se habían contagiado la violencia unos a otros al verse pisoteados. Estaban petrificados, clavándose las garras mutuamente mientras la hiedra y el musgo floridos que brotaban al derramar su sangre crecían en torno a ellos.

Grajo no se movió. Tenía la espalda recta y su cara era indescifrable. Con el corazón en la garganta, me aventuré a mirar a Alondra y no me gustó nada el modo en que la vista se me desenfocó al girarme; sin duda no era el mejor momento para desmayarme como una doncella de cuento. Ella también se había quedado helada y contemplaba al rey Aliso con unos ojos enormes y vidriosos de hipnotizada.

Este bajó otro escalón, oscureciendo el ángulo de mi campo visual, y en ese instante fue cuando lo descubrí. Su tamaño. El tamaño era su defecto. Sobresalía muy por encima de los demás elfos; sus dimensiones eran sobrehumanas y le sacaba una cabeza al mismísimo Grajo.

Por fin Alondra respondió a mi pregunta:

—No —dijo con los dientes apretados. La palabra, apenas audible, salió propulsada de sus pulmones por mero esfuerzo y pasó entre sus labios inmóviles como una exhalación—. Nadie puede.

—Ahora recuerdo por qué no me he levantado de mi trono en toda esta eternidad. —La voz del rey reverberó por la sala como un trueno que retumbara por encima del horizonte. El aire se densificó y chispeó con la energía latente. Se me pusieron los vellos de punta—. Me cansé de vuestras discusiones. Me aburrí de vuestras vidas insignificantes. Vino, bordados, bagatelas, ¿para qué? Le sacaríais los ojos a vuestro vecino por un puñado de polvo. Y, sin embargo, todo a vuestro alrededor lo es. El mundo entero está hecho de él y siempre

vuelve a él. No hay nada más.

Debí de confundir el temor que había vislumbrado en sus ojos. Aquel ser no sentía miedo alguno. No sentía nada en absoluto, pensé al tiempo que conseguía levantar la barbilla. Unas manchas negras pulularon ante mí como jejenes.

—Y ahora que se ha quebrantado la Ley del Bien, ni siquiera habéis sido capaces de infligir un castigo justo. ¿Por qué motivo este... y esa... siguen vivos? No importa lo que la mortal haya hecho. No quiero verle la cara a ninguno —remató.

Casi había llegado al pie de la escalera. Me tragué el amargo sabor a ozono, busqué mi vínculo con Grajo y, en medio de aquel silencio compartido, le grité.

Él se tambaleó como si de repente le hubieran quitado la alfombra de los pies. Meneó la cabeza y, para mi horror, le lanzó al rey Aliso una sonrisa torcida, una demasiado fiera para tildarla de encantadora.

—Qué coincidencia —declaró—. He de confesar que ninguno de nosotros quería veros la cara tampoco. En vista de las circunstancias, creo que lo mejor será que nos marchemos. —Se llevó una mano al pecho e hizo una reverencia—. Que tengáis un buen día.

La forzosa reverencia del rey interrumpió el oscurecimiento de su semblante.

—Rápido, conmigo —me indicó, girándose y sacando la mano buena.

Una avalancha de hojas se le vino encima mientras Alondra me levantaba, me aupaba a lomos de un caballo que estampaba los cascos y me hacía rodearle el cuello con los brazos. Salimos disparados dando una fuerte sacudida. Los poderosos músculos del animal se arracimaban bajo mi mejilla. Veía rápidas ráfagas de caras que

ahogaban gritos de sorpresa y se apartaban para esquivar la lluvia de piedrecillas que arrojábamos a nuestro paso, las cuales, a su vez, atizaban mis propias piernas provocándome gélidos pinchazos indoloros. Me pregunté si estaría sangrando.

Subimos las escaleras repiqueteando; Grajo tuvo que arquear el lomo para vencer los escalones más pequeños. La cortina de agua espejada se fue acercando, reflejando en plata ondulante su embestida y mi tez cadavérica mientras colgaba a horcajadas. Estaba a punto de atravesarla de un salto. Me aferré a él todo cuanto pude.

—¿Este era tu plan? ¡Ay, Grajo! —murmuré medio inconsciente, pegada a su crin cálida y áspera. Estaba haciendo lo último que cualquiera habría esperado—. ¡Estás huyendo!

Veintiuno

Nuestra huida de la corte del verano pasó como un sueño emborronado. Sólo el impacto del agua que me chorreaba por el pelo y me goteaba por la espalda me mantenía con la sensatez suficiente como para agarrarme a las crines de Grajo. El estupor nublaba a intervalos mis pensamientos y mi mente se debatía por mantenerse a flote.

Llegado un punto no muy tardío, la fría voz de Cicuta nos dio caza en una sombría hondonada flanqueada por pinos medio muertos. Me estremecí ante sus inclinadas formas, cuyas desnudas ramas inferiores se doblaban hacia dentro sobre el lecho del arroyo como si pretendieran arrebatarme de lomos de Grajo.

— ¡Oh, volved ahora mismo! —gritó—. Podríamos haber intentado derrocarlo juntos, tú y yo. Aún podemos. Va tras de ti, ya lo sabes. ¡Piensa en la batalla que libraríamos!

Entonces, el cuerno sonó hueco e imponente en la noche. Los sabuesos aullaron en la distancia. De las agujas de pino que Grajo aplastaba con los cascos se elevaba un fuerte olor a resina y su ritmo constante no flaqueaba.

— ¡Por favor! —gritó Cicuta—. Le he fallado. Me los ha echado encima. Por favor, por favor, por favor...

Sus gritos se arremolinaron conmigo en la oscuridad.

Cuando recuperé la consciencia, Emma estaba en la puerta de nuestra casa sujetando una sartén en un puño de nudillos blancos a punto de atizarle a Grajo en la cabeza.

— ¡Me importa bien poco quién seas y por qué estás aquí! —chilló—. ¡Déjala ahí ahora mismo y vete!

—Señora, yo...

—¿Quieres saber cuántas veces le he vuelto a meter las tripas en el cuerpo a un hombre? Elfo o no, estoy segura de que puedo hacer lo contrario.

Intenté hablar, pero tenía la garganta tan seca que se me cerró. Lo único que me salió fue un sonido amordazado.

—¡Isobel! —exclamaron Grajo y Emma al unísono.

Tosí y la saliva inundó mi boca ante las repentinas náuseas que me entraron.

—No pasa nada. No le pegues. Me es... —otro acceso de tos devastador—, me está ayudando.

Emma, ceñuda y con los labios apretados, bajó la sartén.

—Llévala dentro y déjala en el diván. Y luego explícate, hazme el favor, empezando por la razón por la que eras un caballo.

Las paredes no dejaban de moverse cuando Grajo me llevó por la cocina y el pasillo al salón, donde el aire olía a aceite de linaza y las siluetas de los atrezos me resultaban familiares incluso en la oscuridad. Casa. Estaba en casa. Un dolor fue aumentando en mi pecho. No había albergado esperanza alguna de regresar: pensaba que moriría sin ser capaz de volver. Cuando me dejó en el diván, las cálidas lágrimas empezaron a brotar. Tenía un montón de cosas más importantes que decir, pero mi lamentable alivio se interpuso en mi cerebro y lo único que me salió fue «Emma» en un gemido estrangulado.

Esta echó a un lado a Grajo, que tuvo el buen juicio de retirarse a los pies del diván y permanecer allí como un niño al que han regañado. Mi tía deslizó el brazo entre mi espalda y los cojines del diván y me abrazó. Yo me agarré débilmente y sollocé en su hombro.

—Oh, Bell, ¿dónde está tu ropa? ¿Por qué llevas un vestido que

esparce pétalos por todos sitios? ¿Estás herida? ¿Te han hecho daño?

—Estoy bien —sollocé contra su camión, no porque fuera verdad, sino porque quería que así fuera.

Me fui sosegando poco a poco hasta que sólo quedaron intensos hipidos y grandes tragos de saliva; entonces me recostó en los cojines. Agradecí no poder ver el enorme manchurrón húmedo que le había dejado en el hombro en la oscuridad.

—Voy a por un poco de agua y un farol. Tú —añadió, helando a Grajo con la mirada— compórtate.

—Mmm, sí, señora —dijo él.

En cuanto Emma abandonó la habitación, se plantó a mi lado como un rayo y reunió mis húmedos dedos en sus manos; siseó de dolor y retiró la izquierda para buscar a tientas un pañuelo con el que cubrir su tara. Le toqué la mejilla y él se quedó muy quieto, con los ojos brillantes absortos en mi cara ensombrecida. Me sorprendí de lo caliente que estaba su piel, lo que significaba que yo debía de estar muy fría.

—Isobel, ¿estás bien? ¿De verdad? —me preguntó.

Medité la respuesta. Aunque yacía inmóvil, cada músculo de mi cuerpo se crispaba de agotamiento. Los latidos del corazón me mecían ligeramente y el contorno de mi oreja rozaba los cojines con un rítmico shuf, shuf, shuf, como si me hubiera consumido y no fuera más que una cáscara ligera y frágil como el papel.

—No lo sé. ¿Y tú? —susurré.

Él empezó a asentir y se detuvo, incapaz de completar el gesto. ¡Qué tontería hacernos esa pregunta, conscientes de que ninguno de los dos volvería a estar bien! Con todo, tenía la extrañísima sensación, envuelta en aquel capullo de oscuridad y agotamiento, descansando

en el brocado rasposo y casi incómodo de mi diván, de que nada de lo que nos había ocurrido era real. Las tierras del otoño, el señor Túmulo, la corte de la primavera, el rey Aliso... Todo ello se me antojaba imposible, vívido como un sueño febril, opuesto a la sólida realidad de mi hogar.

—Prometiste traerme de vuelta.

—Ojalá lo hubiera hecho antes. Yo...

Aún con la mano en su mejilla, le pasé el pulgar por los labios y enmudeció.

—No te culpes. Tomamos juntos esa decisión. Pero no podemos quedarnos. El rey Aliso viene de camino, ¿verdad? Emma y las gemelas están en peligro. Si les pasara algo... Debemos marcharnos en cuanto podamos.

—¡Isobel! —El farol que Emma sostenía en la puerta iluminaba su conmoción, tanto ante mis palabras como ante la posición en la que nos había encontrado—. No vas a volver a abandonar esta casa, ¿me oyes?

Rodeó a Grajo. Su aspecto desaliñado y su respiración entrecortada a la luz del farol la hicieron detenerse. Entrecerró los ojos. Sospechaba lo mismo que yo había sospechado hasta hacía poco: que la única razón por la que un elfo se presentaría así era para engatusarnos. Desde luego, nunca se le ocurriría pensar que estaba conservando toda la magia que podía.

—Explícate —ordenó con voz dura—. Al detalle.

Para mi sorpresa, Grajo se levantó, cuadró los hombros y lo hizo. Pasó de puntillas por ciertas partes, lo cual le agradecí en silencio, pero no se dejó en el tintero nada importante. Mi trance onírico se fue diluyendo a medida que avanzaba. Con cada palabra, los recuerdos

volvían con una claridad afilada, desgarrando el velo insustancial que me separaba de los horrores vividos esa noche. La cara de Emma fue empalideciendo hasta que al final se sentó con expresión pétrea.

La humillación hormigueaba por mi piel en oleadas frías y calientes y se enfrentaba al duro nudo de desafío que había anidado en mi pecho. La idea de ver el menor rastro de juicio —o peor, de decepción— reflejado en su cara hizo que quisiera hacerme un ovillo y no volver a enfrentarme al mundo. No tenía ningún modo de demostrar que el amor que Grajo y yo sentíamos el uno por el otro era real y que merecíamos cada centímetro desesperado e insensato de este, y ya estaba harta, muy harta, de cargar con su peso como si fuera un fracaso. Un delito.

Los minutos que esperé la reacción de Emma fueron los más largos de mi vida. Ella escuchó sin interrumpir. Cuando Grajo fue acercándose al final del relato, su mirada se desvió hacia su mano izquierda y una arruga apareció entre sus cejas. Nunca antes había visto a un elfo herido. Él cambió de postura ante su escrutinio, la única señal de nerviosismo que había mostrado desde el comienzo de la narración. A pesar de ser un príncipe entre los elfos, en aquel momento parecía terriblemente joven, no muy distinto a un pretendiente humano que conoce a la familia de la chica.

Aunque, por lo general, un pretendiente no da noticias de su inminente muerte y de la de su amada.

—Y por eso llegué convertido en caballo —concluyó— y debemos marcharnos enseguida.

Emma se volvió hacia mí. Yo me armé de valor, creyendo que estaba preparada para lo peor, pero no era así. No podía soportar su cara de devastación cenicienta y demacrada. Y lo peor de todo era que

no me había juzgado, ni se sentía decepcionada conmigo ni me culpaba de nada.

— ¿Qué pasa con el encantamiento de la casa? — preguntó.

— Es el rey Aliso, Emma — dije—. Lo siento. Lo siento mucho.

Miró a Grajo.

Él inclinó la cabeza.

— Me temo que Isobel tiene razón. Nada puede interponerse en el camino del rey Aliso.

Durante unos segundos, ninguno pronunció palabra. Emma se restregaba los pulpejos de las manos por los muslos como aliviando un tirón en un músculo. Su expresión la traicionaba un poco, pero aquel gesto tenso y repetitivo era de pura desesperación y yo también la sentí: una aceleración vertiginosa, un descenso acelerado, como si alguien acabara de empujarme por la cresta de una colina en una carreta. No había vuelta atrás. Sólo estaba la caída y la inevitable colisión al final.

— Grajo, gracias por traerla a casa — concluyó—. Isobel, quiero que sepas que estoy orgullosa de ti. No te vayas todavía, por favor. ¿Hay algún lugar al que podáis ir desde aquí?

Grajo y yo intercambiamos una mirada.

— Podemos dirigirnos al Otro Mundo — sugirió, formulando la frase con suma precaución. Lo había dicho por deferencia hacia Emma, nada más. Nunca llegaríamos tan lejos.

En la escalera se oyeron unos pasos furtivos. Luego sonaron dos pares de pies descalzos que bajaban.

Ay, Dios. Las gemelas debían de haberlo oído todo. Lo más probable es que hubieran estado escuchando a escondidas desde que llegamos. El estómago se me encogió al ver sus grandes ojos cuando

asomaron lentamente por la esquina. Marzo vaciló en la puerta retorciéndose el largo camisón de lino contra las piernas. Mayo llevaba un objeto rectangular encajado bajo el brazo. Ambas parecieron petrificadas al verme tumbada en el diván medio muerta y vestida con un traje de baile encantado.

Mayo fue la primera en recuperarse. Se dirigió hacia Grajo con el ceño fruncido dando fuertes pisotones y le tendió lo que llevaba. A continuación, se aclaró la garganta como solicitando la atención unánime de los presentes en la sala.

—Un extraño horripilante nos dio esto cuando estábamos jugando fuera.

—¿Qué? —exclamó Emma, que se puso en pie de un salto.

—Nos dijo que lo escondiéramos y que no lo abriésemos, pues era un regalo para ti y para Isobel. Lo intentamos de todos modos —añadió, estrechando los ojos—, pero la tapa está atascada.

Era una delicada caja del tamaño aproximado de un antebrazo, como las que se usan para guardar los lazos de los sombreros, aunque era plenamente consciente de que no era para eso, incluso ignorando el modo en que Grajo la sostenía como si fuera a explotar en cualquier momento. Sentí una punzada de preocupación en las entrañas.

Mayo me miró fingiendo indiferencia. Acto seguido, se armó de valor y declaró:

—Te odio.

—Mayo...

Cerró los puños.

—¡No digas que lo sientes porque eso no me hará cambiar de opinión!

Sabía que no lo decía en serio. Estaba confundida, asustada, se

sentía traicionada y enfadarse conmigo era su única manera de controlar la situación, pero aquello no impidió que mi corazón se desplomara cuando dio media vuelta y se fue a la cocina dando grandes zancadas. Marzo corrió a toda prisa tras ella después de lanzarme una mirada asustadiza. La que Emma me dedicó antes de precipitarse tras las gemelas fue larga y tensa; su significado saltaba a la vista: «quédate».

Durante ese rato, la expresión de Grajo fue de fría perplejidad, como la de un gato que contempla cómo mueven su accesorio favorito sin su permiso.

Su desconcierto fue la gota que colmó el vaso. No tenía fuerzas para traducirle nuestra humanidad. La pena hizo añicos mis últimas defensas como si de un ariete se tratara. Di un sollozo estrangulado, tan cansada que no sabía si el dolor y la aspereza de mis ojos se debían a la extenuación o a las lágrimas.

Grajo se desplomó al final del diván. Vaciló y luego se quitó el abrigo y me lo echó por encima; estaba tibio y olía a él. Abrumada por su dulzura, empecé a llorar desconsoladamente. Él se echó hacia atrás alarmado, pensando sin duda que había empeorado las cosas.

—Mmm —dijo. Me dio unas palmaditas en la parte más cercana a la que llegó, que era mi pie—. Lo siento por... eso. ¿Podrías dejar de llorar, por favor? —añadió, con una pizca de desesperación y un punto de autoridad principesca.

No sirvió de nada. Justo entonces, un pensamiento fortuito renovó mi angustia.

—¡Oh, he destruido tu broche del cuervo! —murmuré con voz estrangulada—. Lo siento mucho.

—Bueno, creo que he descubierto que ya no lo necesito.

Porque me amaba. Me tapé la cara con las manos.

—Isobel, creo que estoy... ¿Quieres que salga?

—No, no eres tú. —Mi voz, amortiguada por los dedos, sonaba penosamente gangosa por las lágrimas—. Sólo..., sólo estoy siendo humana, ¿vale? Dame diez segundos.

Respiré hondo y conté hasta diez. Cuando terminé, había dejado de llorar. Casi. Después de un tembloroso suspiro, me restregué la cara con la manga, lo cual resultó ser una mala idea: el encaje me raspó los párpados hinchados como si de lija se tratase. Estiré la mano solicitando la ayuda de Grajo para que me aupara en la esquina del diván, porque no estaba segura de poder sentarme derecha por mis propios medios, y fingí con determinación que no tenía la cara roja y brillante ni la nariz llena de mocos.

Más o menos.

—Ya está. Bueno, vamos a abrir la caja.

Sus dedos se tensaron en los bordes de esta. Su barniz resplandecía a la luz del farol. Un regalo, había dicho Mayo. Mi mejor apuesta era que se trataba de algún tipo de broma cruel, una inocentada que nos gastaban por haber infringido la Ley del Bien. Pero no tenía sentido, ¿no? Uno no iba gastándole bromas a la gente que se suponía que estaba muerta. Nadie esperaba que sobreviviéramos a aquella noche, y mucho menos que regresáramos..., que regresáramos a mi casa. A menos que...

«Tábano».

Un escalofrío me subió por las piernas, me recorrió los brazos y anidó en mi cabeza.

Allí estaba pasando algo que se me escapaba. Algo, supe enseguida, que, como la mayoría de las cosas que ignoraba, no iba a

gustarme en absoluto. La habitación pareció alejarse y sus cacharros juntarse en un siniestro montón.

Grajo pasó la mano por el cierre. Me obligué a no apartar la vista del muñón de su dedo meñique. Ya había utilizado su glamur para hacer que pareciera curado y, por mor de su orgullo, no iba a reprochárselo. La herida debía de haberle dolido muchísimo, pero, aparte de aquel único sonido que había emitido antes, no había dejado entrever nada más.

Chasqueó los dedos y la tapa se abrió como accionada por un muelle. Dentro, encima de un cojín de terciopelo negro, yacía una daga recién forjada. Su punta destellaba, afilada como una aguja.

—¿Es hierro? —le pregunté, aunque no necesitara hacerlo.

—Sí —respondió.

Tanto si se debía al encantamiento como a la sencilla razón de que nos habíamos acostumbrado el uno al otro, supe que habíamos pensado lo mismo a la vez: Tábano, de pie sobre nosotros en el Pozo Verde describiendo los términos de nuestra infracción y los limitados medios por los que podíamos evitar el castigo; el modo en que Grajo le había rogado que acabara con su vida para salvar la mía. Incluso ahora jugaba con nosotros.

Sin mediar palabra, me pasó la caja. Yo no quería cogerla, así que la dejó en un cojín a mi lado. Nuestras miradas conectaron. Una silenciosa discusión se desató entre nosotros. Cuando él inspiró para hablar y salir de aquel punto muerto, meneé la cabeza con énfasis.

—No —dije—. Ni se te ocurra.

Él saltó del diván y se arrodilló en el suelo delante de mí. Cogió la daga de la caja y la giró hacia sí. Temblaba tanto en su mano que la soltó enseguida y sentí un frío alivio al saber que no podía usarla sin

ayuda. Pero cuando su glamur se desvaneció, no estaba preparada para ver su verdadero ser. Su piel mostraba una terrible palidez; sus ojos, desmesurados y de aspecto extraño, estaban sombreados de agotamiento y dolor. El sudor había dejado estrías en la suciedad de su cara.

— Escúchame — dijo con voz ronca—. No tenemos por qué morir los dos esta noche. Isobel, tú sola no puedes romper la Ley del Bien. Si los elfos detectan que ya no estoy...

Le quité la daga. Después, sin saber qué hacer con ella, levanté el almohadón en el que estaba recostada, la metí debajo y eché el peso encima.

— ¡Deja de ser melodramático! ¡No voy a matarte en mi salón!

Él me lanzó una mirada incrédula.

— ¿Te acabas de sentar encima?

— Sí — respondí soliviantada.

— Pero es que no hay otro modo.

Debí de lanzarle una mirada feroz, porque se echó un poco hacia atrás.

— ¿Te has parado a pensar en lo que supondría para mí continuar con mi vida después de matarte? ¡Imagina que fuera al revés!

Permaneció en silencio, y luego pareció enfermar.

— ¡Exacto!

— No... Sí... Tienes razón. No debería habértelo pedido.

Desvió la vista hacia el pasillo. Emma. Un nudo me exprimió el aire de los pulmones. Si Grajo se lo pedía a Emma, ella con toda seguridad lo mataría para salvarme a mí, igual que habría matado a la bestia fantástica para salvar a su hermana de haber tenido fuerzas. No permitiría que otro miembro de la familia muriera por culpa de los

elfos.

El corazón me rugía en los oídos. Ya no sentía los cojines del diván ni las lágrimas que se secaban en mi cara. En los cuentos, las doncellas bebían veneno y saltaban de altas torres tras enterarse de la muerte de sus príncipes. Pero yo no era una de ellas. Seguía queriendo vivir y, de hecho, había vivido diecisiete años perfectamente funcionales antes de conocer a Grajo. Tenía una familia que me quería y me necesitaba. No podía pedirles a Emma y a las gemelas que sufrieran el dolor de mi pérdida. Era la única opción, era lo que debíamos hacer, pero no podía permitirlo; me dolía pensar en su ausencia, un dolor vacío e inmenso al que no podía enfrentarme por miedo a ahogarme en él.

Sus dedos me remetieron un mechón de pelo por detrás de la oreja con una caricia.

—No sería como la muerte de un mortal —prosiguió—. Ya lo has visto. No dejaré ningún cadáver. Tal vez un árbol. Uno más grande que ese roble esmirriado que tenéis en el patio.

No pude soportarlo. Me atraganté con una risotada.

—Engreído.

—Sí. —Me dedicó una media sonrisa—. Siempre.

Me giré y recuperé la daga de debajo del cojín. Cerré los ojos y la apreté tan fuerte que a punto estuve de hacerme sangre. Imaginé una versión de mí misma, tal vez un año o dos mayor, que subía la colina de camino a casa. Aún afligida, pero mejor cada día. En mi mente, Marzo y Mayo salían corriendo por la puerta de la cocina para abrazarse a mis piernas, no, a mi cintura, pues habrían crecido. De un árbol majestuoso se desprendían hojas que pintaban una de las aguas del tejado de escarlata durante todo el año, mostrando una

indiferencia arrogante por el estado de nuestros canalones. Las nubes cruzaban el cielo azul a toda velocidad. El calor aumentaba. Las cigarras zumbaban en un coro incesante y adormecedor.

Regresé de esa imagen. No. No podía aceptar ese mundo, un mundo en el que nosotros habíamos perdido y el rey Aliso había ganado, un mundo en el que nada cambiaba y cuya evidencia me rodeaba cada día.

Sentí un pinchazo en la palma de la mano. Parpadeé y mi visión se centró en la daga, plateada en contraste con mi vestido rojo y en cuya superficie la luz rielaba como el agua. Por primera vez entendí lo que se me había dado y lo que aquella arma podía hacer. O más bien lo que haría, porque, tras entenderlo, tomé una decisión.

La daga mataría a un elfo.

Pero no al que Tábano tenía en mente.

Veintidós

Tráeme bermellón. E índigo, por favor. Mayo, sé que no me hablas, pero todavía puedes llevar cosas, ¿verdad? Emma, ¿te importaría buscarme algo para que apoye el brazo mientras trabajo? Grajo, eso no es una paleta, sino una bandeja. Bah, no importa, tráela. Supongo que servirá.

El salón bullía de actividad. Como era incapaz de tenerme en pie, me había apoltronado en el diván, recostada sobre una docena de cojines, mientras todo el mundo se veía obligado a servirme, cosa que habría sido estupenda de no haberse tratado de tareas que habría preferido realizar yo misma. En su defensa he de decir que nadie contradijo mi plan descabellado. Emma y Grajo habían visto el brillo de mis ojos, se habían mirado mutuamente con repentina complicidad y habían ido a por los pinceles.

Nunca había trabajado así. Y, por primera vez, no tenía tiempo de hacer un boceto. La luz de la mañana ya atravesaba la habitación, iluminando mi frasco de aceite de linaza y proyectando un rectángulo rosa en el empapelado. Había decidido no echar ninguna ojeada por encima del hombro porque, si empezaba, no podría parar, pero Emma seguía mirando por la ventana y no tardó mucho en ahogar un grito y soltar uno de los cojines.

—¿Qué has visto? — quise saber.

—Nada. —Se apresuró a colocarme el cojín debajo del codo—. Los nervios me han traicionado.

Lo cual era una mentira descarada. Emma era capaz de mezclar productos químicos letales al lado de alguien que tocara los platillos.

Mayo se puso de puntillas y se asomó.

—Hay algo que corre por el campo —anunció con una voz que pretendía sonar desenfadada. Luego se giró, encogiendo los hombros con exageración para demostrar que no tenía miedo, aunque incluso desde la otra punta de la habitación saltaba a la vista que temblaba—. Apuesto a que es el rey Aliso, que ha venido a matarte y comerte porque eres tonta.

Emma se enderezó con otro cojín en las manos.

—¡Mayo, no le hables así a tu hermana!

—¡Pero es que es verdad!

—El rey Aliso no ha llegado todavía —me tranquilizó Grajo—. Es sólo un perro y no va a entrar en tu casa, ni él ni ninguno de los demás animales y elfos que vienen detrás.

Controlé mi respiración y me obligué a relajarme. El pincel me había dejado unas marcas pálidas en los dedos apretados.

—¿Por qué? —pregunté en voz muy baja para que mi familia no me oyera—. El encantamiento no les impide entrar.

Le chispearon los ojos.

—Porque yo no pienso dejarlos.

Volvió a mirar someramente la ventana y se dirigió al pasillo.

—Grajo —lo llamé, haciendo que se detuviera en seco—. Gracias. Ten cuidado.

No sólo le daba las gracias por lo que estaba a punto de hacer, sino por confiar en mí, por creer en mí. No había sido fácil para él dejar la daga.

Asintió con rigidez antes de marcharse. La puerta de la cocina se bamboleó y se cerró a su espalda. Aparqué los miedos que me carcomían y me centré en el lienzo, perdiéndome en la pintura

brillante que se deslizaba por su superficie rugosa, en los discretos arañazos que dejaban las cerdas secas al final de las pinceladas. El fondo iba de un siena tostado oscuro en las esquinas a un oro luminoso en el centro, donde el tema principal resaltaría con una corona de luz. Todo dependía de aquel retrato. Tenía que ser la mejor obra que hubiera hecho nunca y estar terminada aquella misma mañana, con mi método menos pulido —húmedo sobre húmedo—, pues no tenía tiempo de dejar que se secara. Los ojos me escocían del esfuerzo de tenerlos abiertos y me parecía que el pincel pesaba un quintal. Pero, pincelada a pincelada, el cuadro fue cobrando vida.

Pronto me abstraí tanto que no me di cuenta de lo que ocurría a mi alrededor. Mi arte era lo único que existía en el mundo. Como en el mapa terrestre de un viejo marinero, no había nada más allá de las fronteras planas de mi lienzo. Hasta que se oyó un gran estruendo procedente del exterior que hizo temblar los vasos de la mesa que había junto al caballete y que me trajo súbitamente de vuelta a la luz, el sonido y el clamor de la vida real.

Giré la cabeza, pestañeando aturdida, y encontré a Emma y a las gemelas pegadas a las ventanas. Mi tía estaba en la ventana sur al otro lado de la estancia, y Marzo y Mayo se habían encaramado al diván sin que me diese cuenta y me flanqueaban.

— ¡Lo ha roto por la mitad! — exclamó Mayo con júbilo.

Marzo botó de rodillas.

Miré por encima del hombro. Una maraña de tortuosas zarzas gigantes y llenas de espinas, cada una más alta y gruesa que el roble, rodeaba la casa y sumía nuestro patio en una oscura penumbra. Mientras miraba, uno de los sarmientos agarró una silueta blanca — un sabueso — y la lanzó de vuelta al trigal, tan lejos que no vi dónde

aterrizó. Los restos de un animal fantástico mucho mayor desparramados por nuestro gallinero explicaban el terremoto. Busqué a Grajo en medio del caos. La última vez que había creado zarzas de aquel tamaño, el señor Túmulo lo había herido de gravedad. ¿Cuánto daño se habría hecho ahora para acometer aquella empresa temeraria? No lo encontraba por ninguna parte y sabía, no sólo sospechaba, que se veía tentado por cierto impulso suicida. Un temblor se propagó por mis hombros y brazos y se extendió levemente al resto de mi cuerpo. Notaba la piel tirante y un ruido blanco me taladraba la cabeza y acallaba los demás pensamientos.

Marzo baló eufórica cuando otro sabueso salió disparado por encima del campo. Al menos, la reacción de las gemelas me aseguró que, si lográbamos escapar de esa, no me costaría nada que se encariñaran con Grajo.

«¿No deberíamos evitar que vean esto?», le pregunté a Emma con una mirada un tanto delirante.

Emma me correspondió con otra similar que venía a decir: «Uf, lo he intentado, créeme».

Fuera se oyó un quejido chirriante. Me fijé en la ventana. Las zarzas espinosas empezaban a inmovilizarse de abajo arriba y sus zarcillos llenos de pinchos zigzagueaban en ángulos agudos a medida que se iban quedando rígidos, formando una espesura impenetrable. Sentí un cosquilleo de vértigo en el estómago. Cejé en mi empeño de contemplar el patio y me centré en el interior, fiándome del vínculo que el encantamiento había forjado entre ambos. Seguro que, si algo le sucedía a Grajo, notaría su reacción. Las zarzas no estaban muertas, sólo inmóviles. Y lo que quiera que estuviese ocurriendo allí fuera, lo había hecho con un propósito, ¿no?

La puerta de la cocina se abrió de golpe y unas botas resonaron en el pasillo; las largas zancadas de Grajo eran inconfundibles. Cerré fugazmente los ojos para mitigar el mareo de alivio que me sobrevino, pero no pude recrearme en ello.

—Ya viene —dijo en cuanto plantó un pie en la habitación—. Tenemos poco tiempo.

Jadeaba como un fuelle e iba tan despeinado que parecía recién salido del ojo de un huracán. Llevaba subida una de las mangas y un trapo de nuestra cocina atado de mala manera en el antebrazo. Traté de no pensar en las consecuencias... Nunca había necesitado vendarse las heridas. Tal vez no quisiera ponerlo todo perdido de sangre.

Emma y yo nos miramos muy serias desde cada extremo del salón.

—¿Por qué no te llevas a las gemelas al sótano? —le pedí.

Puede que fuera la última vez que nos viéramos y, consciente de ello, sostuve fijamente su mirada como si contemplara el sol. Había jurado criarme y mantenerme a salvo, pero ahora se enfrentaba al hecho de perderme a manos de la misma fuerza que ya había destrozado nuestras vidas en una ocasión. De repente me asaltó la terrible certeza de que, si me perdía, quizá no contara con el ánimo suficiente para recomponerse de nuevo. En aquel instante había dos Emmas distintas superpuestas: la que me había criado y la que se escondía de mí, una Emma a la que apenas conocía. Una Emma a la que nunca llegaría a conocer con el paso de los años.

El hechizo se rompió.

—Ya habéis oído a vuestra hermana —dijo con brío, aunque sonó bastante cansada.

Se acercó a aupar a Marzo. Mayo se escurrió sumisa del diván. Las dos gemelas me observaron con cara de indecisión. No podía echarme

a llorar otra vez. No era el momento.

—Os quiero y habré terminado para la hora del almuerzo — declaré con mi mejor voz de «Isobel la perfeccionista». Cuando Mayo abrió la boca para hablar, la interrumpí—: Mayo, sé que no me odias. —Si le daba la oportunidad de decirlo por sí misma, no lograría mantener la compostura—. Y ahora date prisa.

Antes de irse, Emma me besó en la coronilla. Apreté la mandíbula, elevé la cara al techo y esperé hasta que las oí zapatear escaleras abajo para dejar que las lágrimas cayesen. Entre afanosos hipidos, me las enjuagué con las muñecas, hundí el pincel en una espiral de bermellón y amarillo de plomo y estaño, y volví al trabajo. Sólo me faltaban los últimos retoques. Varios defectos me desafiaban desde el lienzo: una sombra que necesitaba más reflejos púrpura, un trozo de la corona al que podía aplicarle más toques de luz para crear volumen... Pero no tenía tiempo de enmendarlos todos. Lo más importante, me dije a mí misma, estaba hecho.

Oí un frufnú y noté que Grajo se ponía a mi lado. Cuando asimiló mi creación, quedó sumido en un estado de serenidad profunda. Aquella serenidad me dijo todo lo que necesitaba saber. Aguardé un poco y solté el pincel. La confianza aumentó en mi interior con la misma seguridad y calma que una marea creciente, y llenó todos los huecos de mis dudas.

Mi obra tenía el visto bueno.

Un cuerno emitió un sonido bajo y desdeñoso que hizo traquetear las ventanas. El sol inundó el salón cuando unos cristales se hicieron añicos en el exterior: las espinas habían sucumbido al rey Aliso. Animada por una vertiginosa certeza tan embriagadora como el vino, miré a Grajo y sonreí.

Él apartó la vista del retrato, sobrecogido. En algún momento, había perdido su glamur; el pelo le caía en un remolino alrededor de las inquietantes planicies de su rostro. Me estudió con unos ojos crueles y sobrenaturales que no habían sido hechos para mostrar amabilidad, ternura ni amor, pero que clamaban a los cuatro vientos que me estaba comportando de una manera impropia de un mortal e incluso de mí misma.

—Te has quedado sin magia —murmuré, y le toqué la muñeca.

La sangre de color ámbar le había traspasado el vendaje rudimentario.

Se encogió, y su semblante vaciló. Alzó la mano y se miró la palma y el dorso mientras observaba sus largos dedos arácnidos y extrañamente nudosos; parecía que su mera visión le perturbara tanto como lo haría a cualquier humano.

—El hechizo merma mis fuerzas —explicó—. Ya no puedo protegerte más de él.

—No tendrás que hacerlo —repuse.

Un temblor sacudió el suelo. Aunque yo no sentía ningún movimiento, toda la casa crujió como si la hubieran levantado por la fuerza varios palmos de sus cimientos. Cuando volvió a asentarse provocando un sonoro golpetazo, los tablones repiquetearon y un polvillo de escayola cayó del techo en una especie de llovizna. Grajo miró a nuestro alrededor y vio algo que yo no alcanzaba a distinguir. No tuve ni que preguntarle: el encantamiento de la casa se había roto. Al fin y al cabo, el rey Aliso había acudido allí por una única razón: matarnos a ambos. Y no pensaba perder el tiempo.

Aparté los cojines y me levanté. Las rodillas me flaquearon por tercera vez aquel día y Grajo hubo de sostenerme de nuevo, aunque lo

hizo como si no pesara nada. Fui a coger el retrato.

—Isobel —dijo, y mi mano se detuvo—. No se me dan muy bien las... declaraciones —continuó tras una pausa.

Se quedó pensando, bajó la vista hasta mí y me contempló arrobado como si hubiera olvidado lo que fuera que tuviera en mente.

—Lo sé —le aseguré con cariño—. Me acuerdo perfectamente de cómo te metiste con mis piernas cortas aquel día, entre otras cosas.

Aguardó un instante.

—En mi defensa, he de decir que son muy cortas, y ya sabes que no puedo mentir.

—¿Estás intentando decirme que me quieres, con mis piernas cortas y todo?

—Sí. Y... no. Isobel, te quiero a rabiar. Te quiero para toda la eternidad. Te quiero tanto que me asusta. Me temo que no podría vivir sin ti. Podría ver tu cara cada mañana al despertar durante diez mil años y seguiría anhelando la siguiente como si fuera la primera.

—Creo que te he juzgado mal —susurré—. Esa ha sido una declaración en toda regla.

Lo agarré del cuello de la camisa y lo atraje hacia mí para darle un beso, con aquella cara fantasmal y todo, ignorando una protesta amortiguada que no permaneció mucho tiempo en sus labios. Sus dientes eran afilados, pero me besó con tanta ternura y cuidado que no me importó. Una flor brotó en mis entrañas, una flor única y delicada que suspiraba por la luz, el viento y el tacto. En otro mundo, podría haberse tratado de nuestro último beso. En este, no lo permitiría.

Nos separamos cuando una sombra cruzó la ventana. Me soltó a regañadientes y me tambaleé hacia delante sobre mis piernas

debiluchas de cervatillo recién nacido. Me armé con el retrato cual escudo y me di la vuelta.

Algo le ocurría a mi puerta. Unas manchas oscuras y brillantes se desplegaban por ella como borrones de tinta en un folio o como esas marcas negruzcas que deja la llama de una vela en un papel desde abajo. No fue hasta que percibí el hedor dulzón de la podredumbre y el moho blanco se esparció por su superficie cuando me di cuenta de que se estaba corrompiendo. Se combó por los goznes, donde la madera se alabeó. Los tablones se fueron desconchando y quedando reducidos a montones mullidos a medida que se desprendieron. El picaporte de latón repiqueteó al caer al suelo y rodó hasta un rincón. Y el rey Aliso se agachó para cruzar el umbral ya vacío, doblándose por la cintura y girando sus anchos hombros para caber por la puerta. La luz lo eclipsaba desde atrás y lo transformaba en una silueta negra refulgente a la que resultaba imposible mirar. El calor se expandió por la habitación.

Yo había recibido a muchos elfos en mi salón, pero a ninguno como ese. Cuando se puso recto, un sol de una época distinta prendió fuego en su barba y destelló en su sobrevesta esmeralda, impactando en él con un ángulo y un ardor de los que las ventanas de la estancia no eran responsables. Perteneecía a otro tiempo y el peso de los años lo envolvía como una capa. Consciente de que era tan pequeña como una cría allí frente a él, di un paso adelante. Él no me miró. Parecía que ni siquiera me viera. Bajo sus cejas pobladas, sus ojos rebuscaban entre un sinfín de años, rastreando el presente, tratando de hallar una hora y un día que significaban menos para él que una mota de polvo suspendida en el aire entre varias miles.

Empecé a perder la confianza. Mi plan tenía un fallo: no

funcionaría a menos que mirase hacia abajo. Así que me aclaré la garganta para romper el hielo.

—Ya os veneramos en una ocasión, ¿verdad, majestad? Vi las estatuas en el bosque. Fueron talladas por manos humanas.

Ladeó la cabeza como si hubiera oído el trino lejano de un pájaro.

—Nunca he escuchado una historia ni leído un libro en los que no fuera verano en Extravagancia —continué—. Antes de que nos castigéis, ¿podrías decirme desde cuándo lleváis gobernando?

Su voz chirrió como la madera verde:

—Llevo gobernando toda una era. Me convertí en rey antes de que los mortales inventasen la palabra. Al principio me admiraron. Luego me temieron. Y ahora simplemente me han olvidado. Qué curioso. No recuerdo si estoy dormido o despierto, o cuál es la diferencia entre ambos estados. —Bajó la mirada y esta se aguzó al comprender. Se me agarrotaron los músculos mientras me resistía a salir corriendo como una liebre que huyera de un halcón que cayese en picado sobre ella—. Un día vine a castigar a una chica llamada Isobel y a un príncipe llamado Grajo por quebrantar la Ley del Bien.

—Sí —respondí, con la garganta seca como un palo—. Ese día es hoy, majestad. Pero primero os he traído un regalo, igual que hicieron siempre los mortales que me precedieron.

Levanté el retrato. Clavó la vista en él y se demoró unos instantes. El corazón me tembló de miedo. Examinó mi obra sin ningún aprecio, como si no significara nada para él. Ya podía haberle enseñado un retrato de Grajo o de Tábano o incluso un lienzo en blanco. Pero entonces dejó escapar un largo y lento suspiro, parecido al último estertor de un moribundo, que llenó mi salón como una corriente de aire. La luz sobrenatural que doraba sus hombros se

ocultó tras unas nubes, ensombreciendo sus rasgos. Volvió a parecerse al anciano de la sala del trono. Su cara seguía repleta de polvo. Una telaraña, revelada por una sombra, colgaba entre dos de las astas de su corona.

— ¿Qué es eso? — preguntó en voz baja y ronca.

— Sois vos, majestad.

Se contempló a sí mismo. Observó su propio rostro como si no fuera suyo y, sin embargo, lo era: el de un gobernante que llevaba incontables milenios sentado en el trono, pero que había sentido todas y cada una de las pérdidas, grandes y pequeñas; que había soportado todos y cada uno de los embistes de aquella vida interminable. Un ser que había amado una vez y al que quizás habían correspondido. La boca le tembló. Una lágrima trazó un sendero brillante entre el polvo de su mejilla.

— Habéis dicho que soñabais, majestad. Habéis dicho que deseabais algo. ¿Qué es?

Aferré mejor el reverso del lienzo. El metal, calentado por mi cuerpo, se me escurría de la palma.

Se le cambió la cara.

— ¿Cómo te atreves...? ¿Cómo te atreves a enseñarme esto? — Sus palabras se fueron elevando hasta que aulló con una voz rota similar a una tormenta que soplara entre los árboles. Las paredes temblaron y las ramas chasquearon contra la casa—. Yo no sueño. Me importan un bledo vuestras menudencias, ese polvo al que llamáis arte.

Alzó la mano y se dispuso a derribarme de un golpe. Con todo, no podía despegar los ojos del retrato.

«Ahora». Me lancé hacia delante. El rey Aliso no vio ninguna amenaza en que una chica mortal se abalanzara sobre él armada

únicamente con un lienzo y pintura húmeda. Y aquello que no vio fue su perdición. Impulsada por toda la fuerza de mi peso, la daga de hierro rasgó el cuadro, le atravesó las costillas y se le clavó en el corazón.

Salté hacia atrás a los brazos expectantes de Grajo al tiempo que el rey se desplomaba sobre sus rodillas. El retrato se rompió y cayó al suelo: la mejor obra de mi vida yacía entre una pila de fragmentos de marco, tela raída y pintura desparramada. El pulso me tamborileó como un martillo que golpeará un yunque cuando imaginé que se sacaba la daga del pecho y se levantaba como si nada, pero, en lugar de eso, se limitó a llevarse la mano a la pintura amarilla de su sobrevesta, como si aquello le sorprendiese más que su propia sangre. Su glamur empezaba a descascarillarse y ahogué un grito al ver lo que dejaba al descubierto.

El rey Aliso conservaba su estatura, pero se lo veía demacrado y macilento como un cadáver; su ropa carcomida envolvía su marchita estructura como si fuera el atuendo de un hombre otrora grande consumido por la enfermedad. Sus ojos estaban hundidos en las cuencas y su piel incolora presentaba un matiz tenue y desgastado como el de una estopilla. La corona de cuernos se había ennegrecido y mostraba unos pinchos horribles allí donde las astas se habían roto por el paso del tiempo; tenía el aro hincado en la frente. Emanaba un hedor nauseabundo. Cuando se desplomó, un escarabajo carroñero se escurrió de su oreja y se perdió en su barba.

Movió los labios.

—Tengo miedo —susurró, perplejo—. Creo que...

Cerró los ojos. El musgo ascendió desde la alfombra para tragárselo. «Va a destrozar el suelo —pensé con pragmatismo—.

Deberíamos mover el cuerpo». Pero, tan pronto como se me ocurrió la idea, Grajo nos tiró a los dos a un lado, protegiéndome con su espalda y con sus brazos. El mundo dio una potente sacudida. Una raíz gruesa como un barril brotó de los tablones del suelo que teníamos debajo e hizo astillas la madera como si fuera un hacha. Unas flores atravesaron la alfombra, el caballete y el diván, nos pasaron por encima y se estrellaron como una ola contra la pared opuesta. Los cristales estallaron. Las ramas arañaron el techo. Los clavos chirriaron y cedieron a la presión, y entonces la casa tembló con tremendo ímpetu y las tablas sueltas llovieron a nuestro alrededor. Una luz cegadora se abrió paso en medio de la devastación.

Ese parecía el final. Grajo se quedó tumbado encima de mí un poco más antes de girar la cabeza para mirar por encima del hombro, despidiendo una nubecilla de trocitos de yeso, y rodar hacia un lado. Me ayudó a ponerme en pie entre las ruinas del salón. Más que un salón, parecía un bosque: un aliso colosal había crecido en el centro, había traspasado el tejado y había derribado la pared que daba al sur. Una luz veteada brillaba entre la maleza de musgo, helechos y flores que había sepultado los muebles; tan sólo se atisbaba algún bulto de forma curiosa aquí o allá. Habíamos vencido, pero en aquel momento me sentía totalmente aturdida. Era extraño estar justo en medio de mi salón y contemplar el trigal detrás de los restos caídos de la barricada de espigas de Grajo. En la distancia, unas figuras huyeron hacia el bosque, más raudas que cualquier humano y algunas a cuatro patas.

Nos vimos azotados por una ráfaga de viento. Grajo se movió, una teja chirrió bajo su bota. Luego se tambaleó y cayó. El pánico se apoderó de mí. Me imaginé que un tablón se le había ensartado en la espalda mientras me protegía con su cuerpo. Caí en el suelo a su lado

y le agarré el brazo, preguntándome si lograría sobrevivir sin magia a una herida tan grave.

Sin embargo, parecía más aturdido que otra cosa y, cuando le pasé las manos por el cuerpo en busca de alguna lesión, su glamur resurgió. Me cogió la mano.

—Mira —dijo, pero fue la expresión de su cara lo que me hizo girarme.

El viento soplaba por el campo y doblaba el trigo en ondas radiantes. A medida que se propagaba hacia el exterior, los colores iban cambiando: las hojas de los árboles se tornaron doradas, escarlatas y de un naranja vibrante. Pronto la transformación encendió todo el bosque. En la distancia, los únicos verdes que se apreciaban eran los de las lindes de hierba que bordeaban los campos y los de varios pinos altos y solitarios que asomaban entre las frondas. Estallé en una carcajada al imaginar lo confundida que debía de estar la gente de Extravagancia. La señora Firth saldría en tropel de la tienda, horrorizada; Phineas estudiaría el cuadro que colgaba junto a su puerta. Una única hoja roja se desprendió del roble de la cocina.

— ¡Qué serenidad! — exclamé maravillada.

La brisa agitaba mi vestido y su dulce y ansiada frescura me erizó el vello de los brazos. Los pájaros trinaban en los árboles. De los extremos del bosque llegaba la fluida melodía que entonaban los grillos. Pero las cigarras se habían callado.

Una figura solitaria apareció entre los escombros del patio, abriéndose camino con fastidio entre las espinas que cubrían el suelo. Su pelo rubio adoptaba reflejos plateados al contacto con el sol y se había cambiado de ropa desde la última vez que lo había visto; llevaba un chaleco celeste y un pañuelo impoluto recién atado en el cuello.

El estómago se me contrajo. Aún había una daga de hierro enterrada en algún lugar del salón.

Tábano se dirigió a nosotros con voz dulce y apacible:

—De modo que ha terminado el gobierno del verano y el otoño ha llegado a Extravagancia... Qué pena que falte tanto para la primavera, pero así funciona el mundo y espero que algún día las estaciones vuelvan a cambiar. Buenas tardes, Grajo, Isobel.

Se detuvo a varios pasos de distancia e hizo una reverencia.

Grajo frunció el ceño y le devolvió el gesto. Como yo no tenía la misma obligación, me limité a fulminarlo con la mirada.

—¡Qué buen recibimiento! —continuó—. Sólo quería felicitaros a los dos por vuestro impecable trabajo. —Desvió la vista hacia mí y me sonrió, con una sonrisa cálida y cortés que le arrugó las comisuras de los ojos, pero que no reveló nada—. Habéis tomado todas las decisiones correctas. ¡Qué maravilla! ¡Y qué atípico! En cuanto habéis matado al rey Aliso, habéis destruido todos y cada uno de sus mandatos. Grajo y tú sois libres de vivir como gustéis, ya no estáis sujetos a la Ley del Bien. Las cortes élficas nunca serán las mismas.

No sé cómo me salió la voz:

—Pero vos..., vos pretendíais...

¿Qué había pretendido? De repente, todas las piezas encajaron.

Antes de mi primer encargo hacía tantos años, tal vez incluso antes de que naciera, ya había empezado a trazar su plan. Colocar mi casa bajo un potente encantamiento para ganarse mi confianza y asegurarse de que no me ocurría nada antes de que las cosas echaran a rodar. Organizar lo del retrato de Grajo. Llevarnos al Pozo Verde. Colocar la daga de hierro, que, al fin y al cabo, nunca llegó a estar destinada a Grajo, sino al rey Aliso. Y lo peor de todo: saber

exactamente qué decir para convertirlo en mi peor enemigo y que me lanzara a recorrer el bosque como una loca, alejándome del camino previsto, con el objetivo imposible de destruirlo. El asombro y la furia me invadieron por igual. Mi voz se endureció, estrangulada por la emoción.

—No me gusta ser el peón de nadie, señor.

Él me contempló en silencio durante unos instantes.

—Ah, pero si no has sido un peón. En todo momento has sido una reina.

Respiré hondo. Lo dijo en un tono que implicaba algo que no tuve la paciencia de descifrar.

—Y vos sois un traidor, y nunca olvidaré el daño que nos habéis infligido por culpa de vuestro plan, sea cual sea el resultado.

—Permíteme que te diga que hablas como una auténtica monarca.

Volvió a sonreír, pero una sombra cruzó su rostro y, en esta ocasión, sus ojos no se crisparon. La habitación de sus retratos me vino de súbito a la mente. Todos aquellos siglos pacientes coleccionándolos, no porque los deseara, sino porque me estaba esperando a mí, a mi arte, una araña en el centro de una vasta telaraña que había tejido en soledad durante años y años.

—Creo que el resultado ha sido bueno —continuó diciendo mientras me observaba con atención—. Confiar en uno de los míos ya es bastante locura para una vida entera. Los mortales harían bien en no olvidar lo que somos y que sólo nos servimos a nosotros mismos.

—Tábano —intervino Grajo, en un tono que sugería que el príncipe de la primavera estaba tardando en irse.

—Una última cosa, si se me permite. —Se sacudió un poco de polvo invisible de la manga y enarcó las cejas—. Supongo que eres

consciente de que todavía no te han nombrado rey, ¿verdad? Hay cierta cosa que debes...

— ¡Sí, ya lo sé! — lo interrumpió él enfadado.

Lo miré con curiosidad y descubrí que me evitaba, nervioso. Pareció aliviado cuando unos pasos indecisos crujieron dentro de la casa, librándolo de la obligación de tener que explicarme esa «cierta cosa». Por el momento, a mí también me alegró olvidarme del tema.

— ¡Emma! — grité—. ¡Estamos a salvo! ¡Estamos en el... salón!

— Ya lo veo — dijo esta con calma, abriéndose camino por el interior de la estancia con las gemelas de las manos—. Hay agujeros en las paredes. Marzo, no sé lo que has cogido, pero no te lo comas.

— Demasiado tarde — terció Mayo.

Mi tía meneó la cabeza. Examinó el salón, después el patio y, cuando reparó en Tábano, entrecerró los ojos como evaluando la situación.

— Bueno, ¿y quién va a limpiar todo esto?

— Ay, querida — contestó este último —, lo siento mucho, pero yo ya me voy.

Epílogo

Vendé con firmeza la mano herida de Grajo, complacida al ver que, esta vez, no ocultaba una mueca de dolor. Dos semanas más tarde, su dedo casi se había curado. Estábamos sentados a la mesa de la cocina bajo el vacilante resplandor amatista de su luz feérica, que seguía brillando con intensidad después de las dos docenas de encantamientos que había dispensado aquel día como pago a los trabajadores que habían reconstruido nuestro salón. No se me escapaba que aún no había mencionado nada de volver al bosque ni había hablado de asumir su papel de rey, así que, en cuanto empezó a removerse en su asiento, tuve una idea bastante fundada de lo que tramaba.

—Una vez —empezó a decir— te mencioné cómo funciona la sucesión entre los de mi especie. Cómo un príncipe reemplaza a otro. O, al menos, cómo solía funcionar. Ahora la ley puede cambiarse.

—Sí, y es horrible —afirmé conmovida—. Matarse los unos a los otros como... Oh.

Grajo no estaba preparado para que empezara a descubrirlo por mí misma. Empalideció y continuó a toda prisa:

—Así que, técnicamente, como tú eres la que has derrotado al rey Aliso, ahora eres, en fin, la reina de las cortes de los elfos. Y yo...

Me dio lástima. Se le estaba poniendo mala cara.

—Grajo, me encantaría casarme contigo y hacerte rey. Pero, primero, tengo una petición. Y es de suma importancia.

No sabía si parecía más aliviado o asustado.

—¿Y cuál es, mi amor?

—Me gustaría otra declaración, por favor.

—Isobel. —Se arrodilló y besó mi mano, contemplándome con devoción—. Te quiero más que a las estrellas del cielo. Te quiero más de lo que Alondra quiere a sus vestidos.

Me sobresalté con mi propia risotada.

—Te quiero más de lo que Tábano quiere a su propio reflejo en un espejo —continuó.

—¡Seguro que no tanto!

Nuestra risa se propagó por el patio sumido en las sombras, por el gallinero lleno de gallinas durmientes, por el roble de hojas rojas y por el trigo del otoño que susurraba en el campo, en mitad de la cosecha. Una racha de viento salvaje transportó nuestras voces hasta el bosque, donde los grillos cantaban una nueva canción a la luna en cuarto creciente. En algún lugar, los elfos estarían celebrando un banquete. Otros seguirían dando vueltas en mitad de un baile. Otros acariciando los bordes de un trozo de corteza y contemplando sus retratos en silencio. Una delgada mortal empaquetaría sus libros, ayudada por una niña de dientes afilados y un hombre bien vestido con pelo rubio platino. No obstante, hicieran lo que hicieran, todos en el bosque contendrían el aliento a la espera de saborear el otoño, de oler el cambio, de recibir las primeras noticias de un rey y una reina como el mundo no había conocido jamás.

Y no viviríamos felices ni comeríamos perdices, porque no creo en esas tonterías, pero ambos teníamos una larga y audaz aventura por delante y, finalmente, mucho que anhelar.

Agradecimientos

No habría tenido el valor de intentar publicar si mi familia no hubiera creído en mí. Gracias, mamá y papá, por vuestro ánimo y apoyo incondicionales. Confiasteis en mí cuando buena parte del mundo dudaba de la validez de mis sueños —incluso yo misma— y no podría haberlo conseguido sin vosotros. Os quiero infinito multiplicado por infinito.

Sara Megibow, mi agente, es una superheroína. No me imagino cómo habría sido este viaje sin ella, sobre todo porque no existiría. La gratitud se queda corta, Sara. Te mereces un anillo de ocho mil dólares adornado con una docena de diminutos huevos Fabergé y además una isla privada. Estoy en ello.

Mi editora, Karen Wojtyla, no es sólo una persona con la que es un placer trabajar, sino que comprende mi escritura de un modo que no deja de sorprenderme y agradarme. Karen, es un privilegio trabajar contigo, aunque tuvieras que quitarles todos los bolsillos a los vestidos de Firth & Maester de Isobel (tenías toda la razón, como siempre). Gracias por creer en este libro.

También me gustaría dar las gracias a todo el equipo de Simon & Schuster, incluidas Annie Nybo, Bridget Madsen, Sonia Chaghatzbanian, Elizabeth Blake-Linn y Barbara Perris, por toda su ayuda y duro trabajo.

Gracias a mi hermano, Jon Rogerson, y también a Kate Frasca, por asegurarse de que siempre tenga un lugar donde quedarme, darme de comer y comprarme los pantalones de chándal más cómodos.

No sería quien soy sin mis amigas Rachel Boughton y Jessica

Stoops. Tenéis mi gratitud eterna por estar siempre ahí, a un mensaje de distancia, por conocerme como nadie y por aguantar mis cuestionables textos durante años; no os merezco. Tenéis que escribir vuestros propios libros.

Kristi Rudie, gracias por sacarme de casa para nuestros maratones televisivos. Me has ayudado más de lo que puedas imaginar.

Gracias a las Swanky Seventeens, una comunidad que me proporcionó un apoyo incalculable durante el viaje hacia la publicación y que me ha hecho conocer a amigas como Katherine Arden y Heather Fawcett. Las dos sois una fuente inagotable de inspiración y estímulo. Por muchas más larguísimas cadenas de e-mails.

Nicole Stamper, Liz Fiacco, Jessica Kernan, Jamie Brinkman, Katy Kania y Desiree Wilson: gracias por ser mis cómplices del delito.

Jessica Clueless, gracias por tu consejo, aunque me haya comportado como una fan chiflada.

A Allison, por llamar a este libro «húmedo». Tú ya me entiendes.

Por último, unas gracias enormes a Charlie Bowater, que ha hecho un trabajo increíble dando vida a la cubierta.